GILL PAUL

# LAS CHICAS DE MANHATTAN

La ingeniosa escritora Dorothy Parker y sus amigas a la conquista de Nueva York

MAEVA

GILL PAUL

# LAS CHICAS DE MANHATTAN

*Traducción:*
LAURA MANERO JIMÉNEZ

MAEVA

# Índice

Portada
Dedicatoria
Elenco
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Agradecimientos
Epílogo histórico: qué sucedió después
Sigue leyendo: más material de lectura (y audiovisual)
Notas
Créditos

*Para Vivien Green*

Advertencia: Este libro es una obra de ficción. Las menciones de personas, acontecimientos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales solo pretenden transmitir sensación de veracidad, pero se utilizan de manera ficticia. Los demás personajes, así como todos los sucesos y diálogos, son fruto de la imaginación de la autora y no deben interpretarse como verídicos.

# Elenco[1]

**El club de *Bridge*** Jane Grant, reportera de *The New York Times*, casada con Harold Ross Dorothy «Dottie» Parker, escritora de relatos y poemas conocida por su agudo ingenio Winifred Lenihan, actriz de Broadway Margaret «Peggy» Leech, agente de ventas del Departamento de Publicidad de Condé Nast

**Otros habituales del hotel Algonquin** Alec Woollcott, crítico teatral de *The New York Times* Harold Ross, redactor y director de publicaciones, casado con Jane Grant Franklin Pierce Adams, conocido como FPA, columnista de periódico Bob Benchley, periodista independiente Heywood Broun, periodista de *The New York Tribune*, casado con Ruth Hale Ruth Hale, feminista y articulista independiente, casada con Heywood Broun George Kaufman, redactor de la sección teatral de *The New York Times* Marc Connelly, dramaturgo y crítico teatral Helen Hayes, actriz Edna Ferber, novelista Charlie MacArthur, reportero del *New York American* Frank Case, director del hotel Algonquin

**Contrabandistas** Arnold Rothstein, gánster con socios como Lucky Luciano, Legs Diamond y Meyer Lansky Larry Fay, gánster

**Extras** Edwin «Eddie» Pond Parker, corredor de bolsa y marido de Dottie Parker *Woodrow Wilson,* terrier de Dottie Parker Max, agente de Winifred Lenihan Tony Soma, dueño de un bar clandestino Neysa McMein, ilustradora de portadas de revistas Jack Baragwanath, minero Peter Costello, distribuidor de películas cinematográficas Hawley Truax, empresario Carr Van Anda, director editorial de *The New York Times* Herbert Swope, director del *New York World* Alvan Barach, médico y psicoanalista Elinor Wylie, poetisa Bill Benét, director adjunto de la *Literary Review* del *New York Evening Post* Eva Le Gallienne, actriz Raoul Fleischmann, heredero de una empresa de levadura Tommy Smith, editor de Boni & Liveright Seward Collins, niño bien Ralph Pulitzer, dueño del *New York World*

# Capítulo 1

# JANE

JANE GRANT SE metió en un cubículo de Bell Telephone que había en el vestíbulo del hotel Algonquin, sacó la libreta de reportera de su gastada cartera de cuero y marcó el número de la redacción de *The New York Times*. Mientras esperaba que la centralita estableciera la conexión, se quitó el sombrero y se atusó unos mechones rebeldes de pelo castaño, encendió un Lucky Strike y entornó los ojos para esquivar el humo.

—Tengo un artículo para mañana, página dos —dijo en cuanto contestaron.

—Listo, cuando quiera —repuso la voz de un joven.

Jane empezó a dictar: —Ruth Hale, fundadora de la Liga Lucy Stone, organización por los derechos de las mujeres…

—¿Cómo se escribe eso? ¿H-a-i-l? —la interrumpió la voz.

Ella chasqueó la lengua con exasperación.

—¿Es que no lees las noticias? Es una periodista muy conocida.

—Pues no había oído hablar de ella —contestó el joven.

—H-a-l-e —deletreó Jane, y continuó—: … ha obtenido una importante victoria legal al conseguir que le expidan una escritura inmobiliaria con su apellido de soltera en lugar del de casada.

—¿Y cuál es el de casada? ¿Tengo que citarlo?

—¡Señor, dame fuerzas! —exclamó Jane—. El principal objetivo de la Liga Lucy Stone es justamente hacer campaña en contra de que obliguen a las mujeres a adoptar el apellido de sus maridos.

—¿Y por qué no quieren hacerlo? —El chico parecía desconcertado.

—¿Cuánto hace que estás en el puesto? —El nivel de los transcriptores del periódico era desigual, pero jamás se había topado con uno tan obtuso como ese.

—Es mi primera semana. El segundo día, de hecho. —Parecía orgulloso.

—¿Y nadie te ha hecho una prueba de cultura general en la entrevista?

—No he hecho ninguna entrevista —repuso el chico—. El trabajo me lo ha conseguido mi tío, que es redactor jefe.

—Ya decía yo… —Jane dio unos golpecitos en el cigarrillo para hacer caer una columna de ceniza en un cenicero de cristal ambarino con el logotipo del hotel en la base—. Bueno, si quieres llegar a tu

tercer día, será mejor que espabiles. ¿Entendido?

Le molestaba ese nepotismo tan flagrante. Ella no había recibido ayuda alguna cuando luchaba con uñas y dientes por convertirse en la primera mujer reportera de la historia del periódico. Nada le había resultado fácil; para llegar allí, había tenido que encontrar más noticias y trabajar más horas que nadie y, aun así, sus compañeros seguían despreciándola y llamándola «bombón». Pero al menos ahora la enviaban a cubrir historias de verdad, y no solo bailes de sociedad donde informar sobre el largo de las faldas para la nueva temporada.

Dictó el resto del artículo y, cuando el joven del otro lado de la línea comentó que no había reparado en que la Decimonovena Enmienda otorgaba a las mujeres el derecho al voto, le dijo que era «más tonto que hecho de encargo» y apagó el cigarrillo con ganas.

Después de colgar, cruzó el Salón Rosa del hotel. Estaba vacío, salvo por un grupo de amigos suyos que ocupaban desordenadamente uno de los reservados del fondo, o más bien lo desbordaban, como si la sala se hubiera inclinado hacia un lado y ellos hubieran caído allí formando una pila. Las sillas invadían el pasillo que llevaba a la cocina, de manera que los camareros, para preparar las mesas de la cena, tenían que pasar apretándose y haciendo equilibrios con las bandejas sobre los hombros.

En un extremo del reservado estaba sentado Harold Ross, marido de Jane desde hacía menos de un año, junto a Alec Woollcott, amigo de ambos y crítico teatral de *The New York Times.* Jane se detuvo a plantarle un beso a Harold en la frente arrugada y aguzó el oído para escuchar lo que decían.

—Te equivocas en cuanto a la tanatopsia —afirmaba Harold—. Viene del griego *thánatos,* que significa «muerte», y *opsis,* que quiere decir «visión». No es el «deseo» de encontrar la muerte, sino una «meditación» sobre ella.

—Ah, pero olvidas que… —empezó a decir Alec.

Jane se apartó. A esos dos les encantaban sus interminables debates seudointelectuales y ninguno daba nunca su brazo a torcer, así que prefería mantenerse al margen.

Dorothy Parker la llamó haciendo señas desde el otro extremo de la mesa y se movió para dejarle sitio en su banco, así que Jane pasó como pudo entre los demás y logró llegar hasta su amiga.

Dottie estaba deslumbrante con un primaveral sombrero verde y una boa de plumas negras, bañada en su habitual nube de perfume *chypre:* una esencia con matices de musgo y madera que a Jane siempre le recordaba al líquido de embalsamar del taller de unas pompas fúnebres. Ella nunca se ponía colonia, vestía con ropa práctica y sin fruslerías, pero eso no impedía que admirase el estilo de Dottie.

—Quieren montar un club de póker para hombres las noches de los

sábados —dijo esta señalando a Harold y Alec—. Debería proponerle a Eddie que se apunte. Puede que le enseñen a tirar de la cadena. —Se echó la boa por encima del hombro y le dio con ella en la cara a un hombre a quien Jane no reconoció, y que apartó las plumas con una risa burlona.

Dottie solía convertir a su marido, Eddie, en blanco de sus chistes; por eso no era extraño que él prefiriera no codearse con sus amigos.

Jane sintió una punzada de preocupación al oír lo de ese club de póker. A Harold le encantaba jugar, pero se le daba fatal. Lo había conocido durante una partida en París, en 1918, cuando trabajaba como voluntaria para la Asociación Cristiana de Jóvenes, la YMCA, y él era el director editorial del periódico del ejército de Estados Unidos, *The Stars and Stripes*. Harold perdió esa mano porque se desconcentró al empezar a coquetear con ella, y desde entonces siempre había tenido mala suerte jugando a las cartas.

—Volverán a dejar a Harold sin camisa —dijo, pensando en voz alta.

—Y esa es una imagen que nadie quiere ver —murmuró Dottie.

Siempre se metía con la falta de atractivo físico de Harold, pero Jane no hizo caso. Solo era Dottie haciendo de Dottie. Alguien le pasó una petaca y ella olisqueó el contenido antes de servirse dos dedos en un vaso. Por el color ambarino supuso que era whisky, aunque nadie lo habría dicho por el sabor ni por el olor. Desde que el año anterior se había aprobado la Ley Seca, en el Algonquin no servían nada de alcohol, pero el personal hacía la vista gorda si los clientes entraban con el suyo.

Se oyeron vítores desde el otro extremo de la mesa, y Alec se levantó y pidió silencio dando unos golpecitos con una cuchara en el borde de su vaso. Se había quitado la americana, y Jane recordó la cruel pero certera descripción que Dottie había hecho de su figura: «Como un barril de cerveza sobre dos tocones».

—La decisión está tomada. En lo sucesivo, el club de póker de las noches de los sábados ostentará el nombre de Club Literario y Recreativo Tanatopsia, y se reunirá en una habitación de las plantas superiores de este mismo establecimiento, cortesía de la siempre sufrida dirección.

Jane miró a Dottie y puso los ojos en blanco para burlarse de la pomposidad del anuncio. ¡Típico de Alec!

—¿Y las chicas podremos pasarnos a mirar? —preguntó una joven ingenua a quien Jane no conocía y que llevaba algo que, más que un vestido, parecía un salto de cama de raso color melocotón.

—Solo hombres —repuso Alec—. Las mujeres estropean el póker. No saben controlar sus sentimientos.

Winifred Lenihan, la actriz de Broadway, estaba sentada frente a

Jane y Dottie.

—¡Caray! —comentó—. Y yo que pensaba que eso es justo lo que hago cada noche cuando salgo al escenario…

Alec levantó su vaso hacia ella en un brindis.

—Tú eres la excepción, querida, pero de todos modos no puedes participar.

—¿Por qué no montamos nosotras un club solo para chicas las noches de los sábados? —propuso Jane—. Me apetece aprender a jugar al *bridge*. ¿Tú qué dices, Dottie?

Esta se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Siempre que admitáis apuestas bajas para las desempleadas… —Había perdido su trabajo el año anterior y seguía abatida por ello.

—Yo estuve en el club de *bridge* de la Universidad de Vassar —dijo Peggy Leech, otra amiga suya, un ratón de biblioteca que trabajaba para Condé Nast—. Será un placer enseñaros.

—Yo también juego un poco —señaló Winifred enseguida—. ¿Me aceptáis en el club?

—Pues ya somos cuatro —anunció Jane. Casi no conocía a Winifred, pero con ella ya eran las jugadoras necesarias—. ¿Nos turnamos para hacer de anfitrionas? No me apetece estar aquí, en el Gonk, con los del club de póker arriba. Los bares clandestinos son demasiado ruidosos y las cafeterías están muy secas.

—Por mí, bien. Seré la primera —se ofreció Dottie—. ¿El sábado que viene?

—¿Estás segura de que a Eddie no le importará? —preguntó Jane—. Quizá no le parezca bien que invadamos vuestro piso.

—¿Si le importará? ¿Me tomas el pelo? —replicó Dottie—. Cuando vea a Winifred Lenihan en su salón, seguro que hasta pierde la cabeza… Cosa que no estaría nada mal, ahora que lo pienso.

Winifred sonrió con educación. Jane pensó que era muy guapa: sus ojos eran de un verde grisáceo y su rostro tenía la estructura ósea de una escultura clásica. Aun así, Jane nunca había sentido celos de las mujeres atractivas; ser tan perfecta debía de ser una carga.

Una señora robusta que vestía un traje beis de cuadros se acercó entonces a la mesa con una libreta y un bolígrafo en la mano, y la mirada fija en Dottie.

—Perdone la interrupción, señora Parker —dijo con la peculiar cadencia del acento de Boston—. Llevo toda la velada esperando una ocasión para pedirle un autógrafo y ahora tenemos que irnos o no llegaremos al tren… —Estaba azorada y hablaba de forma atropellada, como si no tuviera tiempo que perder—. Es que jamás me perdonaría haber dejado pasar esta oportunidad. Soy una gran admiradora de todas esas cosas tan ingeniosas e inteligentes que dice usted. Siempre

la leo en los periódicos.

Antes de que Dottie pudiera responder, Alec Woollcott se le adelantó: —¿Está segura de que no quiere también mi autógrafo? Cualquier cosa remotamente divertida que haya dicho se le atribuye siempre a la señora Parker.

Dottie no le hizo ningún caso y aceptó la libreta y el bolígrafo con una sonrisa educada. Garabateó una firma en una página en blanco y se los devolvió a su dueña.

—No crea todo lo que lee en los periódicos —le dijo—. Los tipos que escriben ahí son estos sinvergüenzas. —E hizo un gesto vago con la mano en dirección a Alec.

La mujer masculló un gracias y casi volcó una silla al retirarse. Por un momento, Jane pensó que iba a hacer una reverencia, como ante la realeza.

—¿Sabes, querido, que la atribución es la forma más sincera de halago? —dijo Dottie, volviéndose hacia Alec.

—¿La señora Parker siendo amable? —repuso él—. Habría dicho que no aprobabas ningún tipo de halago.

—Un poquito está bien —concedió Dottie—. Siempre que no te lo tragues…

CUANDO JANE Y Harold tomaron el tranvía para regresar a casa esa noche, ella le habló del joven transcriptor de *The New York Times* que no se había enterado de que las mujeres habían conseguido el derecho al voto.

—Por su tono, me he dado cuenta de que la idea no le hacía mucha gracia.

—Ese maldito gamberro no sabía con quién estaba hablando —repuso Harold—. Espero que no tuvieras piedad con él.

—No demasiada. —Rio entre dientes—. ¿Cuándo me he vuelto tan… combativa?

—Es el carácter de Kansas. Reses y mujeres: os crían con rudeza. —Le posó un brazo sobre los hombros—. No te importa lo de nuestra partida de póker, ¿verdad, gatita? He oído que las chicas vais a montar otra para vosotras solas.

Jane aspiró aire entre los dientes apretados.

—Me preocupo cada vez que te oigo decir que vas a jugar al póker, cielo. Se supone que debemos ahorrar, no repartir dinero entre nuestros amigos.

Su primer plan era comprar una casa para salir del minúsculo apartamento de mala muerte que compartían. El siguiente, fundar una nueva revista con Harold como director. Hacía muchísimo que él tenía

ese sueño, y a Jane le emocionaba poder acompañarlo en su aventura. Habían acordado que, hasta que alcanzaran sus metas, vivirían del sueldo que *The New York Times* le pagaba a ella y ahorrarían todo lo que ganaba él en la revista de humor *Judge*.

—Empujado por el espíritu del compromiso conyugal, prometo retirarme de la mesa si alguna vez mis pérdidas ascienden a más de cinco dólares. ¿Qué me dices?

—Que cinco dólares a la semana son doscientos sesenta dólares al año.

Él se echó a reír y le dio un puñetazo fingido en el brazo.

—¡Mujer de poca fe!

—Podríamos invertir ese dinero en ir a un restaurante de vez en cuando —adujo Jane—, y así no me vería obligada a correr a casa todas las tardes para hacer la cena.

Era muy pesado encargarse de la compra y de cocinar algo todos los días, sobre todo porque a menudo tenía que regresar después a la redacción para acabar de atar cabos sueltos antes de que mandaran a imprenta la edición de la mañana. Entendía por qué la mayoría de las mujeres abandonaba el trabajo al casarse; intentar compaginar las dos facetas la dejaba extenuada.

Harold le hizo dar una vuelta y le dio un beso en los labios.

—Con mis primeras ganancias te invitaré a cenar bistec —prometió.

Jane se mordió la lengua para no contestar. No quería ser una aguafiestas.

—Oye, ¿por qué no invitas a Eddie Parker a vuestro club de póker Tanatopsia? —preguntó, en cambio—. A Dottie le preocupa que no se sienta integrado en la pandilla del Algonquin.

—No creo que haya ninguna pandilla en la que pudiera sentirse integrado —repuso Harold—, a menos que lograra encontrar un cardumen de peces muertos flotando en el puerto.

Jane soltó una risotada. Eddie andaba algo escaso de personalidad, sin duda. Era guapo, de acuerdo, pero los amigos de Dottie seguían considerando un misterio que se hubiera casado con un corredor de bolsa.

Jane detestaba regresar a su destartalado apartamento del West Village, donde estaban como sardinas en lata y se permitían poco más para comer, pero al menos su marido era el hombre más inteligente y divertido que había conocido jamás, y eso lo compensaba todo.

# Capítulo 2

# DOTTIE

—A VER SI lo he entendido bien —dijo Eddie—. ¿Quieres traer a un montón de individuas a casa para que se ventilen mi alcohol? ¿Por qué no te buscas un trabajo y te compras tu propio bebercio?

Estaba desplomado en un sillón, con la camisa abierta y la cara brillante a causa del sudor. Dottie pensó que nunca lo había visto menos atractivo. Se acuclilló para acariciar a su terrier, *Woodrow Wilson,* y el animal enseguida se tumbó bocarriba con las patas abiertas para pedir que le rascase la tripa.

—Mira a *Woodrow* —comentó—. ¿Crees que podríamos ponerlo a trabajar en el burdel de Polly Adler?

Eddie ni siquiera volvió la mirada. Se llenó el vaso hasta arriba de whisky y, sin añadirle agua, dio un trago para luego lanzarse en una diatriba que parecía haber estado ensayando toda la tarde.

—Antes de que nos casáramos, me gustaba de ti que fueras una chica trabajadora con un buen puesto y muchas agallas, pero después te volviste engreída y arrogante, creíste que podías decir lo que te diera la gana porque eras irremplazable. Pues ¿sabes qué? Resulta que no lo eras.

Dottie no se lo discutió, porque todo lo que decía era cierto. Cuando la nombraron crítica teatral de *Vanity Fair,* el poder se le subió a la cabeza. Se paseaba por estrenos y veladas escénicas pavoneándose, sintiéndose la reina del mambo, y luego garabateaba una reseña deprisa y corriendo momentos antes de que expirara el plazo de entrega. Al principio había intentado dar su opinión sincera, pero a menudo era incapaz de resistirse a ser un poco traviesa con tal de conseguir un chiste atrevido. Una vez recomendó que los integrantes del público de cierto espectáculo se llevaran una labor de punto para entretenerse; otra, en lugar de reseñar la obra, redactó una detallada descripción de la mujer de la fila de delante, que no se estuvo quieta en toda la representación.

Cuando su jefe la invitó a comer en el hotel Plaza, ella pensaba pedirle un aumento de sueldo… y de pronto él le soltó la bomba de que iba a sustituirla. Negó que fuera porque había despellejado tres grandes espectáculos de Broadway seguidos; espectáculos que se gastaban mucho dinero en anuncios en las publicaciones de Condé Nast. Negó que fuera porque había comparado a la esposa de un

famoso productor con una bailarina de revista erótica. Pero de todos modos la despidió.

El mejor compañero de Dottie, Bob Benchley, se marchó con ella para apoyarla, y juntos alquilaron un minúsculo despacho donde se establecieron como «escritores independientes». Ella pretendía concentrarse en la poesía y el relato corto, pero, cuando miraba la página en blanco de su máquina de escribir, no se le ocurría ninguna idea. Y, si tenía alguna, las palabras se le antojaban trilladas y patéticas al releerlas. Aunque le habían publicado unas cuantas piezas, su mayor logro desde que se había establecido por cuenta propia era la habilidad de lanzar bolas de papel arrugado con una puntería infalible a una papelera situada a dos metros.

Tal vez no tuviera madera de escritora, quizá a lo máximo que podía aspirar era a hacer de ingeniosa anfitriona para sus amigos. La mujer que le había pedido un autógrafo en el Algonquin solo había oído hablar de ella porque Franklin Pierce Adams, conocido por todos como FPA, solía citarla en su columna del *New York Tribune,* «Torre de Mando», pero desgraciadamente nadie le pagaba por sus agudezas. Eddie y ella vivían solo del sueldo de él y, a juzgar por el sermón que seguía dándole, era evidente que no estaba demasiado contento con ello.

Esa noche se fue a la cama antes que él, pero seguía despierta cuando Eddie se acostó y, con su peso, la hizo deslizarse hacia su lado del colchón. Eddie tiró de la colcha de tal forma que la dejó medio destapada y empezó a roncar con un ruidito agudo en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Dottie se dijo que, si se llevaran lo bastante bien para disfrutar de un poco de jolgorio marital, aquel habría sido el momento ideal para formar una familia. Eddie tenía intención de regresar a su ciudad natal, Hartford, en Connecticut, para criar allí a sus hijos, pero Dottie sospechaba que sería un calvario para ella, que se consideraba neoyorquina hasta la médula. Era un tema delicado entre ambos; uno de tantos.

Lo cierto, tal como le había confesado una vez a Jane, era que solo llevaban cinco minutos casados cuando él se marchó a la guerra en 1917 y, dos años después, al regresar, era una persona diferente de aquel hombre seductor a quien había conocido de vacaciones en Branford. Aquel hombre que… vestía bien y era apuesto, irreverente y sexy. Con él había sentido que se le derretía el cerebro, se le licuaba el corazón y se le encendían las entrañas; todos los manidos clichés hechos realidad. Su boda fue tranquila —hacía mucho que los padres de ella habían muerto, y la familia de él no se presentó porque ella era medio judía—, pero Dottie, aun así, acabó achispada de felicidad y champán barato.

Poco después, Estados Unidos entró en la guerra, Eddie se alistó en el servicio de ambulancias sin preguntar siquiera si a ella le importaba y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Pasados dos años, parecía que le hubieran devuelto a un hombre diferente; era como haber llevado un traje a la tintorería y que, al recogerlo, te entregaran uno que se le parecía, pero estaba más viejo y dado de sí, y hubiera perdido todas las características que tanto te gustaban antes. De alguna forma tenía que salvar su matrimonio, redescubrir al hombre que había sido Eddie, pero Dottie no tenía ni idea de por dónde empezar.

Incluso había pensado que las cosas se arreglarían quedándose embarazada… Pero, si en los pantalones de Eddie aún se movía algo, desde luego no lo hacía cuando ella estaba cerca. ¿Era la bebida lo que le provocaba esa falta de interés? ¿La guerra? ¿O simplemente ella?

CUANDO LLEGÓ EL sábado, en lugar de quedarse en casa durante la primera noche de *bridge* de las chicas, Eddie insistió en salir. Dottie intentó convencerlo de que al menos estuviera para saludarlas —«Mis amigas creen que eres un marido imaginario», bromeó—, pero él reiteró que a su pandilla no le caía bien y que no lo convencería de lo contrario por mucho que protestara.

—¿Dónde está Eddie? —preguntó Jane mientras paseaba la mirada por la sala.

—Ha quedado con su gran amigo Johnnie Walker —contestó Dottie —. Son tan íntimos que se han vuelto inseparables.

Jane le dio un abrazo rápido y luego retrocedió.

—Dottie, hay una caca en la alfombra —la regañó.

—A mí no me mires, que no es mía —repuso ella al recordar que esa tarde no había sacado a pasear a *Woodrow Wilson.*

Jane rasgó un trozo de papel de periódico y recogió el execrable regalito para llevarlo al cuarto de baño y tirarlo por el retrete.

Dottie se agachó y acarició al animal.

—Pensamos que los humanos somos más inteligentes que los perros, pero yo diría que nos llevan ventaja, porque han conseguido que recojamos su mierda.

Peggy llegó justo después con una bandeja tapada por un paño de cocina.

—Unos cuantos canapés —informó al entregársela a Dottie—. Para que no tengas que molestarte tú.

Sinceramente, a ella ni se le había pasado por la cabeza preparar nada de comer. Había sacado a la mesa de juego una botella de la

ginebra de contrabando de Eddie y una jarra de limonada junto con cuatro vasos de whisky desparejados. ¿No bastaba con eso para recibir una estrella dorada por buena anfitriona?

—¿Alguien le ha dado la dirección a Winifred? —preguntó Jane mirando su reloj.

—Yo —repuso Peggy—. No te preocupes, llegará.

—Apenas la conozco —dijo Dottie—. ¿Es algo más que una cara bonita? De un tiempo a esta parte, abundan tanto que no puedes ni salir de casa sin toparte con varias de ellas bloqueando la acera mientras agitan sus rizos a lo Shirley Temple de aquí para allá.

Peggy sonrió.

—Confía en mí, te caerá bien. Se reirá de tus chistes.

—El método infalible para llegar a mi corazón —concedió Dottie mientras le servía una copa a cada una.

—¿De qué la conoces? —le preguntó Jane a Peggy.

Bebió un trago y torció el gesto de lo fuerte que era el brebaje.

—Del Gonk —contestó ella—. Estaba sentada a mi lado una noche y la conversación de los hombres era tan aburrida que acabamos contándonos la historia de nuestra vida. Es una irlandesa de Brooklyn, nada pretenciosa y aguda como pocas.

A excepción de Jane y Peggy, Dottie no solía charlar con otras mujeres en el Gonk. No soportaba a la novelista Edna Ferber, que tenía un carácter crispante y una opinión demasiado inflada de sí misma. Tampoco le gustaba perder el tiempo con las posturitas de las mujeres que rodeaban a la actriz Tallulah Bankhead y se declaraban bisexuales, como si eso fuera una nueva religión y ellas, las únicas que se salvarían el día del Juicio Final. Y luego estaban las feministas, como Ruth Hale, que debían ingerirse en pequeñas dosis, igual que esas institutrices de buen corazón, pero cuyo aire autoritario acababa provocando ligeras náuseas al cabo de un rato.

Cuando llamaron a la puerta, Dottie fue a abrir y al otro lado encontró a una Winifred sin aliento.

—Hablando del rey de Roma… —dijo, y se fijó en que, aunque iba muy moderna con su vestido de punto color azul marino y con cuello marinero, Winifred llevaba el pelo algo alborotado y se le había corrido la raya en un ojo.

—Siento llegar tarde —se disculpó mientras tomaba asiento para recobrar la respiración.

Llevaba una de las medias rasgada, y la otra, que se le había desenganchado del liguero, alrededor del tobillo.

—Espero que el otro tipo haya quedado peor —comentó Dottie.

Winifred bajó la mirada.

—No queráis saberlo… —pidió, y se inclinó para intentar recolocarse la media.

Era evidente que estaba hecha jirones, así que se descalzó, se la quitó y volvió a ponerse el zapato. Tenía unos pies delicados, elegantes, y la piel de las piernas, lisa como una cáscara de huevo. Dottie pensó que debía de requerir mucho esfuerzo —y vanidad— ir siempre tan impecable.

—Queremos saberlo —dijo Jane con delicadeza.

—Gajes del oficio —repuso Winifred—. He cenado con mi agente. Un sitio con clase, una comida divina… Pero luego ha querido cobrárselo en el taxi.

—¡Será asqueroso! —exclamó Jane—. Deberías buscarte otro agente.

Winifred arrugó la nariz y negó un instante con la cabeza.

—Son todos iguales. Además, es uno de los mejores.

Dottie la miraba con fascinación.

—¿Uno de los mejores qué? ¿De los mejores sobones de taxi? Espero que se sienta orgulloso.

Winifred sonrió.

—Ese es el problema: que seguramente así es.

Dottie, juzgando por lo acicalada que iba Winifred siempre, había estado predispuesta a que le cayera mal, pero bajo esa superficie tan deslumbrante se escondía algo enigmático. Decidió darle una oportunidad.

# Capítulo 3

# WINIFRED

WINIFRED ESTABA MÁS afectada por el arrebato lascivo de Max de lo que había dado a entender. Muchos hombres creían que las actrices eran un blanco legítimo, pero se suponía que su agente debía actuar como su protector en la industria. Max, en cambio, parecía haberse divertido viendo cómo se resistía mientras el conductor del taxi, muy decidido a no darse cuenta de nada, seguía mirando la calzada sin pestañear.

Aceptó la ginebra con limonada que le ofreció Dottie, pero se estremeció y dejó el vaso en cuanto la probó. La calidad de aquel mejunje era espantosa, tenía un regusto que recordaba al jabón carbólico. Reparó en que ninguna de las demás bebía tampoco.

Pese a la ginebra barata, se sentía honrada de estar en el apartamento de la inimitable Dorothy Parker. No era tan glamuroso como había esperado, pero triplicaba el tamaño del suyo, y tenía suelos de madera y tabiques del mismo material que separaban el dormitorio y la cocina. Fuera, los trenes traqueteaban por la vía elevada de la Sexta Avenida; sus luces parpadeaban a través de las cortinas, y las vibraciones provocaban un temblor que recorría todo el suelo.

En el interior, la decoración estaba algo desatendida. Sillas desparejadas y mesas repletas de cosas se repartían casi al azar, como si la noche anterior hubieran celebrado una fiesta y nadie hubiera ordenado después. Olía al perfume que solía llevar Dottie, pero mezclado con los vapores acres de la ginebra y un matiz de orina que supuso que sería del perro que dormía en un sillón. En un rincón colgaba una jaula con un canario amarillo que, desde su columpio, las observaba ladeando la cabeza como si quisiera calarlas.

—Lo llamamos *Onán* —dijo Dottie al seguir la dirección de su mirada—. Porque esparce sus semillas por el suelo.

Winifred se echó a reír.

—¡Muy oportuno!

Se sentía halagada de que la hubieran aceptado en el grupo de *bridge*. Max la había llevado al Algonquin una noche y la había animado a camelarse a los gerifaltes de la crítica teatral: Alec Woollcott, Marc Connelly y George Kaufman. Los hombres eran quienes más llamaban la atención porque solían dominar la

conversación, pero a ella enseguida le fascinó el ingenio mordaz de las mujeres. Aprendió a sentarse cerca de Dottie para escuchar las devastadoras pullas que soltaba con su deje de gran dama, salpicadas siempre de tacos que habrían hecho sonrojar incluso a un albañil.

—¿Empezamos? —sugirió Peggy, y se puso a barajar las cartas con gestos de prestidigitadora. Repartió trece para cada una, les indicó que las ordenaran por palos y luego les enseñó a hacer bazas—. El as es la carta más alta, pero cualquier triunfo gana a los demás palos.

Winifred se sorprendió al ver que Dottie se ponía unas gafas negras de concha que le ocupaban la mitad de la cara. En el Gonk nunca las llevaba. ¿Se lo impediría la vanidad?

Peggy propuso que jugaran un *rubber,* una partida rápida, con los diamantes como triunfo para que Dottie y Jane le pillaran el truco. La partida se sucedió sin contratiempos, y a Jane le sorprendió conseguir cinco de las trece bazas en su primer intento.

Peggy volvió a repartir las cartas.

—Ahora quiero que miréis vuestra mano e intentéis calcular cuántas bazas creéis que vais a hacer. Esa será la cantidad que tenéis que conseguir; ni más ni menos.

Escribió sus estimaciones en una libreta de resultados y sonrió al ver que la de Dottie era exageradamente optimista. Jane escogió las picas como triunfo y volvieron a jugar. Esa vez, Peggy se llevó las seis bazas por las que había apostado y Dottie no consiguió ni una sola.

—Ahora intentaremos dividirnos por parejas —explicó Peggy— y calcular la cantidad de bazas que haremos con nuestra compañera…

—No puedo concentrarme bebiendo este espantoso zumo de ataúd que Eddie ha traído a casa —interrumpió Dottie, y dejó su vaso torciendo el gesto—. Voy al piso de Neysa a pedirle prestado un poco de whisky. —Se levantó, retiró los vasos y dejó a las demás en la mesa.

—¿Prestado? —inquirió Jane levantando una ceja, pero Dottie ya estaba saliendo por la puerta, así que se volvió hacia Winifred—. ¿Conoces a Neysa McMein? ¿La ilustradora de revistas?

—Sí. —Winifred explicó que una vez había posado para ella, y sabía que tenía un apartamento al otro extremo del descansillo.

—Para Dottie, la casa de Neysa es como una extensión de la suya. La verdad es que mucha gente actúa así. Su salón es toda una institución, porque tiene política de puertas abiertas y siempre dispone de grandes cantidades de alcohol… Lo cual, en los tiempos que corren, es una vía más o menos garantizada para alcanzar la popularidad. Neysa tiene talento para codearse con quienes puedan ayudarla en su carrera o su posición social: cazar leones, lo llamo yo.

Winifred no supo qué decir. ¿Acaso no eran todas hasta cierto punto culpables de cazar leones? ¿Acaso no la había llevado Max al Gonk

con ese propósito?

Peggy aclaró los vasos, volvió a dejarlos en la mesa de juego y sacó los tentempiés. Había preparado pan de maíz, huevos rellenos picantes y unos palitos de apio cuidadosamente untados con roquefort. Jane alcanzó un buen trozo de pan de maíz y atacó con apetito.

—Dinos, ¿qué tiene de magnífico tu agente, el sobón de taxi? —le preguntó a Winifred, escupiendo migas sin ninguna vergüenza.

—Que me consigue trabajo. Acaban de darme la protagonista femenina de una nueva obra de A. A. Milne que se estrenará en el Bijou en diciembre. Necesito perfeccionar mi acento británico de clase alta —dijo Winifred, imitándolo ya—. Interpreto a una ingenua que se ha fugado con el hombre equivocado. Está bien, aunque tampoco es que sea Ibsen. —Hizo una mueca cómica.

—¿Un papel protagonista en el Bijou? Te va muy bien. —Jane se sirvió un huevo—. Casi todas las actrices que conozco se contentan con colarse en la última fila del coro y dar unas cuantas patadas bien altas.

Winifred sabía que tenía suerte. Max la había descubierto en una obra cuando aún estaba en la escuela de arte dramático y la había fichado al instante, así que su camino había sido más fácil que el de la mayoría.

—No puedo quejarme —le dijo a Jane—, pero no todo son flores y salir a saludar al escenario.

Explicó que la interpretación era una carrera dura cuando no tenías una familia con dinero que te respaldara. Para pagarse el alquiler, trabajaba un turno en el departamento de sombreros de señora de los almacenes Lord & Taylor, pero no quería pasarse la vida encasquetándoles sombreros a mujeronas ricas con peinados de peluquería. A veces transcurrían meses entre una obra y otra, y entonces, mientras fingía alegrarse por otras actrices cuando se enteraba de que habían conseguido un papel por el que ella se habría cortado un meñique, temía que no volvieran a darle trabajo nunca más. Además, las audiciones eran lo peor; se estremeció y arrinconó un recuerdo con firmeza en las profundidades de su cerebro.

—No es una profesión nada segura. ¿Por qué no te dedicas a otra cosa? —preguntó Jane, que casi se había terminado los huevos rellenos.

Winifred pensó que se notaba que era reportera; sus preguntas cortantes, pronunciadas con acento del Medio Oeste, casi eran como un interrogatorio… Pero no le importaba.

—No me malinterpretéis. Me encanta actuar. Es muy emocionante meterse en la piel de otra persona y habitar la vida de un personaje —dijo—. Adoro hasta el olor del teatro y la camaradería que surge cuando formas parte de un equipo. Me gusta el reto que supone

dejarte llevar por el instinto en el escenario, porque cada función es diferente. Hay aspectos frustrantes, desde luego, pero no se me ocurre ninguna otra cosa con la que quisiera ganarme el pan. Vendiendo sombreros, seguro que no.

—¿Y el matrimonio y los hijos? —preguntó Jane mientras se encendía un cigarrillo.

—Está claro que eso no es para mí —contestó Winifred, y con tal vehemencia que las demás se echaron a reír—. Crecí en una familia numerosa, tropezando con niños que gateaban mientras les moqueaba la nariz y se les caían los pañales, así que no le veo ningún atractivo.

El ligero olor a orina del apartamento de Dottie le estaba devolviendo recuerdos del hogar de su niñez. Todos los hombres de la familia eran bajitos y fornidos, irlandeses de constitución ancha, mientras que las mujeres se entregaban en cuerpo y alma al oficio de fabricar hijos y envejecían antes de tiempo. Como inmigrante de tercera generación, Winifred había tomado desde bien pequeña la determinación de forjarse una vida mejor que la de sus padres. Quería llegar a algo, y la interpretación parecía ofrecerle un camino.

—¿Y qué es lo que deseas? —preguntó Jane—. ¿Fama y fortuna?

Winifred lo pensó en serio.

—No, eso no. Sentirme realizada artísticamente, supongo. Que me permitan crecer como actriz.

Jane miró entonces a Peggy.

—¿Y tú qué? —dijo—. ¿Estás buscando marido?

—Pues sí —confesó Peggy. Winifred ya lo sabía, porque habían hablado de ello en el Gonk—. Y me gustaría tener hijos. También estoy escribiendo una novela que querría publicar algún día, aunque tal vez eso sea una quimera. ¿Qué nos dices tú, Jane?

—Yo quiero conseguir que la revista levante el vuelo.

Le explicó a Winifred que Harold y ella estaban ahorrando para fundar una, y esta le preguntaba por ello cuando Dottie regresó con una botella y un sifón de soda.

—Estamos hablando de ambiciones —informó Jane—. Todas hemos confesado la nuestra, así que ahora te toca a ti. ¿Cuál es la tuya?

—Ser un genio, por supuesto —repuso Dottie.

Sirvió dos dedos de whisky en cada vaso y acabó de rellenarlos con soda.

Winifred bebió un trago. Era algo mejor que la ginebra de Eddie, aunque no mucho.

—¿Por qué beberá la gente? —preguntó Dottie antes de dar un sorbo a su propio vaso y estremecerse—. Sabe a rayos, te vuelve imbécil y te envenena tanto que al día siguiente quieres morirte.

—Ah, pero demuestra que eres una librepensadora —dijo Peggy—. Una inconformista. Y yo estoy a favor de eso.

—Es evidente que la Ley Seca le ha dado a la bebida más estatus del que ha tenido nunca —opinó Jane—. En directa contradicción con las predicciones del Movimiento por la Templanza, las detenciones por embriaguez han aumentado una barbaridad. Escribí sobre ello para *The Times* la semana pasada. A los neoyorquinos no les gusta que les digan lo que tienen que hacer y se rebelan contra los aspectos más ridículos de la ley. ¿Sabíais que ahora la sanción por estar en posesión de una petaca es la misma que por llevar una pistola sin licencia? Es absurdo.

—No sé, las petacas también pueden ser letales. —A Dottie le tembló la voz, y Winifred se sorprendió al ver que lloraba.

Lloraba de verdad, con lágrimas y todo. ¿Qué lo había provocado?

Jane se levantó enseguida y la rodeó con un brazo.

—Ahora todo el mundo tiene que beber o te acusan de ser un remilgado —dijo Dottie entre sollozos—. A veces desearía que revocaran la Prohibición para que todos pudiéramos recuperar la sobriedad.

—¿Te preocupa que Eddie beba mucho? —preguntó Jane, poniéndole un pañuelo en la mano.

—Me da igual la *pro*-hibición —repuso Dottie, enjugándose los ojos—. Lo que quisiera es que mostrara más *in*-hibición.

De haberla conocido mejor, Winifred le habría aconsejado que echara a correr. Ella había crecido rodeada de hombres que empinaban el codo y sabía que un bebedor no podía cambiar, igual que una cebra no podía borrarse las rayas ni un petirrojo alterar el color de su plumaje.

—¿Y no hay nadie que pudiera hablar con él? —preguntó Peggy—. ¿Alguien a quien respete, a quien haga caso?

—La verdad es que no, pero no pasa nada —dijo Dottie, recobrando la compostura. Al secarse los ojos se le emborronó el maquillaje y quedó hecha un mapache—. Solo se está tomando su tiempo para dejar atrás lo que vivió en la guerra. Seguro que no es el único.

Winifred había oído a su madre poner excusas como esa para disculpar a su padre. A menudo, ceceando a causa de un labio partido por un bofetón dado de un revés. Cruzó una mirada con Peggy.

—¿Jugamos otro *rubber?* —propuso Dottie mientras reunía las cartas y se ponía las gafas—. Para eso estamos aquí, y me parece que empiezo a pillarle el tranquillo.

Winifred miró el reloj y torció el gesto.

—Lo siento, he prometido verme con alguien en el bar clandestino de Tony Soma, en la Cuarenta y nueve Oeste. No pensé que fuéramos a jugar hasta tan tarde.

—¿Quién es el tipo? ¿Lo conocemos? ¿Y en qué punto estáis? —preguntó Jane, sonriendo ante su propio entrometimiento.

—Peter Costello. Es un distribuidor de películas cinematográficas y llevamos saliendo unas semanas —contestó Winifred sin mucho entusiasmo.

—No parece que te vuelva loca —opinó Jane.

—Está bien para pasar el rato —dijo la joven guiñando un ojo con una sonrisa descarada. No estaba enamorada, pero Peter era mejor compañía que la mayoría de los hombres que había conocido, así que pensaba seguir con él—. Va a traer a un amigo. ¿Te apetece venir con nosotros, Peggy?

Peggy ya estaba negando con la cabeza antes de que acabara la frase, así que Winifred insistió: —No lo consideres una cita. Solo ven a tomar una copa.

Peggy se puso tan colorada que las hizo reír.

—No voy vestida para la ocasión —adujo—. Además, ayer me acosté tarde, y tampoco soy muy bebedora.

Winifred decidió presionarla un poco.

—Nunca encontrarás marido en Manhattan si te retiras a medianoche. Es entonces cuando salen los mejores… Los que consiguen escapar de sus esposas, claro. —Levantó una ceja—. Ponte un poco de pintalabios y salgamos a divertirnos.

—Peggy es demasiado puritana para divertirse —señaló Dottie—. No se permite ninguna actividad que no termine en «-ología» o en «-ismo».

Winifred la tomó de la mano.

—Venga. Demuéstrale que se equivoca.

—Ay, está bien —accedió ella—. Pero, te lo advierto, no me quedaré hasta muy tarde.

Cuando se despidieron y salieron a la calle, Winifred se preguntó por qué se había empeñado tanto. No creía que Peter fuese a caerle bien a Peggy, así que era poco probable que se enamorara de su amigo. Tal vez lo había hecho solo por egoísmo; siempre se sentía más segura si había otra mujer, porque así podían cuidar la una de la otra.

Le resultaba difícil que sus amigas actrices salieran con ella por la ciudad. Decían que era «demasiado guapa» y que, a su lado, no tenían ninguna oportunidad. Peggy era diferente; ella no dependía de su físico para destacar. Era una enciclopedia andante, la persona más inteligente de cualquier salón y, además, un verdadero encanto. Algún día, un hombre se enamoraría de todas esas cualidades y estaría absolutamente perdido. Aunque quizá no sucediera en el bar de Tony. Eso ya sería pedir demasiado.

# Capítulo 4

# PEGGY

—SOY AMIGA DE Tallulah —le dijo Winifred al portero regordete, calvo y vestido de negro que montaba guardia al otro lado de la rejilla.

El hombre asintió y las hizo pasar por una puerta y bajar un tramo de escaleras de piedra medio a oscuras.

—¿De verdad lo eres? —preguntó Peggy.

En esos ambientes, la frase se había convertido en un eufemismo de la bisexualidad, ya que Tallulah Bankhead era conocida por sus tórridas aventuras con otras mujeres.

Winifred se echó a reír.

—No, pero Peter me dijo que era la contraseña de esta semana. ¡Al menos es fácil de recordar!

Abrió una puerta, y los sentidos de Peggy se vieron asaltados por el ruido y la peste a alcohol y humo de tabaco. La sala estaba repleta de clientes: los había apostados en tres hileras a lo largo de la barra, apretados alrededor de las mesas y también de pie en el centro, bebiendo todos de unas tazas de café blancas que ella sabía muy bien que no contenían precisamente eso. La decoración era de estilo italiano, con paredes de color rosa adornadas con cuadros de Venecia, la torre inclinada de Pisa y la Fontana de Trevi.

—¡Sígueme! —exclamó Winifred por encima del clamor general y haciéndole ya señas a un hombre que estaba al otro extremo de la barra, mientras llevaba a Peggy de la mano y se abría camino entre la concurrencia.

Peter tenía unos ojos de mirada traviesa y el pelo negro y repeinado, tan engominado que brillaba como la brea. Hizo reír a Winifred susurrándole algo al oído, luego tomó la mano de Peggy y le posó un beso a la vez que decía: «Enchanté».

Peggy le tenía auténtica manía a la gente que iba dejando caer palabras extranjeras en la conversación, pero sonrió antes de contestar.

—Encantada de conocerte.

Él les presentó a su amigo Fred, un hombre alto y con facciones angulosas que estaba llenando tazas con el contenido de una botella que había en la barra. Les pasó una a cada uno.

—¡Hasta el fondo! —exclamó tras levantar la suya.

Peggy bebió un sorbo e hizo una mueca. Aquello sabía a etanol

puro.

Winifred empezó a explicarle a Peter lo del grupo de *bridge*, así que Peggy se volvió hacia Fred y le preguntó a qué se dedicaba.

—Acciones y bonos —contestó él, dándose cierto aire de importancia—. Pronostico tendencias, busco las acciones ganadoras del futuro. Multiplico el dinero. Ayudo a los ricos a seguir siendo ricos y, por el camino, me enriquezco yo también.

—Entonces supongo que serás un gran conocedor de la conducta humana —señaló Peggy—. Por ejemplo, yo diría que los electrodomésticos están llamados a convertirse en un sector floreciente, con todos esos nuevos dispositivos que han salido al mercado para ahorrar trabajo y todas esas mujeres ávidas de encontrar más tiempo para el ocio y la realización personal.

Fred se quedó pasmado.

—Oye, ¿no te habrás tragado un diccionario? —espetó—. Qué manera de hablar tan finolis.

—¿Ah, sí? —Peggy movió la mano con un gesto pensado para indicar que no era nada finolis—. La culpa es de la Universidad de Vassar.

—Apuesto a que lees un montón de libros —comentó él como si fuera algo malo.

—¿Y eso por qué? ¿Tú no? —Miró hacia Winifred con la esperanza de incluirla en la conversación, pero Peter estaba en mitad de una anécdota larguísima.

—Hablas como una virgen. ¿Eres virgen? —preguntó Fred—. Apuesto a que sí. —Su expresión era como de comadreja; tenía un destello de maldad.

Mientras buscaba una respuesta frívola, Peggy notó que le ardían las mejillas. ¿Qué habría contestado Dottie? «Eso no es de su incumbencia, muy señor mío», fue lo mejor que se le ocurrió.

Fred le dio un codazo a Peter.

—¡Oye! ¿Qué haces trayéndome a una virgen? ¿Es una especie de broma?

Winifred miró primero a Peggy y luego a Fred, y su rostro no tardó ni un instante en reflejar furia.

—¡Vete a freír espárragos, imbécil! —exclamó, señalando la puerta de la cocina—. Y no vuelvas hasta que hayas aprendido a hablar con una dama.

—¿Qué problema hay? Solo os estoy tomando un poco el pelo —se defendió él.

Pero entonces Winifred se colocó entre Peggy y Fred, así que él se vio obligado a hablar con Peter.

—Lo siento —se disculpó con Peggy—. No tengo ni idea de qué hace Peter con semejante energúmeno.

—Gracias por rescatarme —dijo ella con alivio—. Esperaba tener ocasión de preguntarte por tu nueva obra. ¿Cuándo empezáis los ensayos?

Mientras Winifred contestaba, Peggy intentó tragarse la mezcla de indignación y humillación que sentía tras el comportamiento de Fred. Su madre, a fuerza de repetírselo, le había inculcado que las jóvenes «decentes» se mantenían intactas para sus futuros maridos, y casi todas sus compañeras de Vassar habían sido chicas de buena familia que pensaban lo mismo. Sin embargo, cuando empezó a trabajar en el departamento de publicidad de Condé Nast, justo antes de la guerra, se dio cuenta de que los tiempos habían cambiado y su virginidad se había convertido en una mancha que la afeaba. La oficina estaba llena de tipos subiditos con expresiones lascivas que le susurraban cosas como: «Si alguna vez quieres ayuda con tu problemilla, cielo…». Peggy había empezado a pensar que tal vez debería escoger a uno de los menos insultantes y quitarse el asunto de encima.

En su tiempo libre escribía una novela que exploraba ese cambio social a través de los ojos de un personaje llamado Vergie, una chica que buscaba marido. Aún no estaba segura de cómo iba a terminar, porque, a sus veintisiete años, la propia Peggy todavía no había encontrado uno.

Y no era que no lo hubiera intentado. En su ciudad, Newburgh, había un chico agradable pero aburrido con el que tuvo varias citas de las de la vieja escuela antes de que, inesperadamente, él le anunciara que iba a casarse con otra. Después estuvo el hijo de unos amigos de la familia, que la invitó a cenar unas cuantas veces hasta que dejó de llamar. En 1918 se apuntó a trabajar como voluntaria en el Comité Estadounidense para las Regiones Devastadas de Francia pensando que sería una experiencia interesante, además de una posible forma de conocer a hombres solteros. Al llegar allí, sin embargo, cuando los organizadores se enteraron de que sabía conducir y hablaba francés con soltura, le asignaron la tarea de visitar poblaciones rurales con una biblioteca móvil en lugar de quedarse en París, donde habría alternado con los soldados de permiso. Jane había estado en París con la YMCA y allí había conocido a Harold; Peggy, en cambio, regresó a casa con unos cuantos amigos por correspondencia, pero ninguna petición de mano.

A esas alturas empezaba a invadirla el pánico. Deseaba muchísimo tener hijos, pero a ninguno de los hombres que conocía le veía madera de marido. Había esperado encontrar a alguno en la pandilla del Gonk, pero allí estaban demasiado ocupados riéndose de sus propias ocurrencias y casi nunca le prestaban atención. Además, muy pocos seguían solteros, aparte de Alec Woollcott, y todo el mundo sabía que él estaba enamorado de Neysa McMein. Peggy se había confiado a

Winifred con la esperanza de que ella conociera a algún candidato aceptable en el mundo de la farándula, pero en lugar de eso había acabado en el bar clandestino de Tony Soma con un tipo que pensaba que su forma de hablar era «muy finolis». Se sentía anticuada, sosa y nada atractiva. ¿Qué esperanza le quedaba?

De repente, Fred se inclinó hacia ella con las manos extendidas y le agarró los pechos para después estrujarlos como si fueran un par de bocinas y exclamar: «¡Piii, piii!».

Antes de que Peggy pudiera reaccionar, Winifred echó el brazo atrás para tomar impulso y le cruzó la cara con un bofetón que sonó igual que el restallido de un látigo.

—¡Cómo te atreves! —vociferó con cara de espanto.

Fred se llevó una mano a la mejilla, aturdido unos segundos. Cuando la apartó, Peggy vio que le había dejado marcas rojas de sus dedos. Debía de haberle dolido.

Él intentó recuperar su anterior bravuconería.

—Tiene las tetas caídas —dijo—, como una vieja solterona. Unos añitos más y ya podrá dar gracias si algún hombre le da la hora por la calle.

Winifred levantó la mano para soltarle otra bofetada, pero él se protegió detrás de Peter.

—Déjalo ya —masculló este.

Peggy se planteó decirle que tampoco él era una escultura de Miguel Ángel, pero dudaba que supiera quién era Miguel Ángel y, además, había tanta maldad en su mirada que no quería animarlo a seguir con la conversación.

—Me voy a casa —le dijo a Winifred—. Tú quédate, por favor. No dejes que te estropee la noche.

—Ni se me ocurriría quedarme con semejante compañía —repuso ella, aferrándose al brazo de Peggy.

Peter protestó, aunque no sirvió de nada, mientras Fred seguía parapetado tras él con una sonrisa torcida. Peggy ya no soportaba mirarlo siquiera. Ese individuo le daba escalofríos; era como si un montón de hormigas estuvieran correteándole por la piel.

—¿Dónde aprendiste a abofetear así a un hombre? Me has dejado impresionada —preguntó en el taxi.

—De pequeña era muy guerrera. —Winifred soltó una carcajada—. Mi barrio de Brooklyn era duro y tenías que defenderte contra hermanos mayores y demás niños de la manzana.

—Ha sido como si Fred me odiara —dijo Peggy—, y eso que ni siquiera me conoce.

Winifred le dio la razón.

—Algunos hombres se sienten muy ineptos cuando están con mujeres inteligentes. Olvídate de él.

Peggy recordó que Dottie, poco antes, la había llamado puritana. ¿Era ese su problema? Tal vez necesitaba encontrar a un hombre que fuera puritano también.

—¿Eddie es listo? —preguntó Winifred.

Peggy negó tajante con la cabeza.

—Ni de lejos tanto como Dottie. Es la pareja más insólita que me he encontrado jamás. Una verdadera lástima. De las mujeres que conozco, Dottie es la que más necesitaría un matrimonio estable.

Winifred sintió curiosidad por las lágrimas de esa tarde. Había imaginado que Dottie sería una mujer sofisticada y dura.

—¿Tan mal están las cosas entre ambos?

—Ella siempre ha sido un poco llorona —comentó Peggy—. Recuerdo ataques de llanto inexplicables cuando trabajaba en *Vanity Fair*. —Calló un momento, mientras decidía si confiar en Winifred. Ahora que todas formaban parte del club de *bridge*, parecía que las unía un vínculo especial—. El caso es que Dottie ha sufrido muchas pérdidas en su vida. Su madre murió cuando tenía cuatro años; su madrastra, cuando tenía nueve, y luego su padre, a los diecinueve. También perdió a un tío en el *Titanic*. Una vez me dijo que la muerte la persigue como un perro callejero que intenta morderle los talones.

—¿No tiene hermanos?

—Dos hermanos y una hermana, pero su hermano Peter se distanció de la familia hace años y desde entonces no han sabido nada de él. Con Helen y Bert no está muy unida; son mucho mayores que ella. Eso hace que Eddie sea casi la única familia que tiene, pero él se enamoró de darle a la botella al volver de Europa. No ha sido fácil.

Winifred soltó un silbido.

—Pobre Dottie. Dan ganas de cuidarla. Me alegro de que podamos estar por ella en las tardes de *bridge*.

Peggy sonrió.

—Y yo me alegro de tenerte en el club. ¿Nos conocemos ya lo suficiente para pedirte un favor?

—¡Pues claro que sí!

—¿Hay alguna posibilidad de que me digas dónde te compras la ropa? Necesito un cambio de estilo con urgencia.

—Vayamos de compras la semana que viene —propuso Winifred—. Podemos aprovechar mi descuento para trabajadores de Lord & Taylor. No me cansaré del deslumbrante encanto de la Quinta Avenida mientras viva.

Peggy pensó que aquella joven poseía una mezcla cautivadora de calidez y dureza. Al recordar el bofetón, se propuso no tenerla nunca como enemiga.

# Capítulo 5

# JANE

JANE ASOMÓ LA cabeza por la puerta del cuchitril que Dottie y Bob Benchley tenían alquilado encima de la Metropolitan Opera House, y en el que había dos escritorios, dos sillas, un único tragaluz y ni un centímetro de espacio libre. Bob estaba encorvado sobre su máquina de escribir, aporreando las teclas con dos dedos, y la saludó con la mano sin detenerse. Dottie cubrió su máquina con una funda. Siempre protegía con ferocidad cualquier obra sin terminar.

—No he venido a robarte ideas —dijo Jane—. Me preguntaba si podrías parar un rato y venir a ver una propiedad que Harold y yo estamos pensando en comprar. Me iría muy bien una segunda opinión.

Dottie enarcó una ceja.

—Creo que te equivocas de chica. Soy conocida por muchas cosas, pero mi espíritu hogareño no es una de ellas.

—Pero sí eres neoyorquina. —Jane miró su reloj; solo tenía una hora libre antes de ir a entrevistar a un congresista en el hotel Midtown—. Y esto queda un poco apartado: en Hell's Kitchen, al oeste de la Novena Avenida y con tren elevado.

—He olvidado traer el revólver Colt 45 y el caballo para salir huyendo —repuso Dottie, forzando un acento rudo—. ¿Le apetece acompañarnos, señor Benchley?

—No puedo. Tengo una entrega y me colgarán si no llego a tiempo —dijo Bob sin saltarse una pulsación de las teclas.

Dottie se levantó y rodeó el escritorio mientras metía los brazos en las mangas de su abrigo y comprobaba el ángulo de su sombrero en un espejito compacto.

Jane se fijó en que el sombrero era nuevo, negro y con unas llamativas flores de tafetán de color rosa y naranja prendidas en un lado. A Dottie le encantaban los sombreros. Jane llevaba más de un año sin comprarse ni una sola prenda de ropa, porque Harold y ella estaban ahorrando para la revista. Se dijo que algún día merecería la pena.

Su intención había sido ir a pie —tenía la zancada larga y caminaba deprisa, por lo que solía ir andando a la mayoría de los sitios de Midtown Manhattan—, pero Dottie iba dando saltitos con sus tacones y, a ese paso, habrían tardado demasiado. A regañadientes, paró un

taxi amarillo y se molestó cuando el conductor anunció que les cobraría cincuenta centavos por la carrera.

—Si apenas está a un kilómetro —protestó—. Debería costar la mitad.

—Lo toma o lo deja —repuso el hombre con un gesto de indiferencia.

Jane sabía que no tenía opción. Jamás conseguiría meter a Dottie en el metro, y los tranvías no llegaban hasta allí.

Se detuvieron frente al número 412 de la calle Cuarenta y siete Oeste: dos pequeños edificios de piedra rojiza que un propietario anterior había unido de una manera bastante chapucera.

—¡Aquí es! —indicó Jane mientras le pagaba al taxista el precio exacto de la carrera, sin propina.

Un hombre que dormía en la acera, delante del portal, entorpecía el paso hacia los escalones de la entrada. Parecía tranquilo, tapado por un gastado abrigo marrón y un sombrero de fieltro mientras aferraba una botella vacía.

—El portero, supongo —comentó Dottie—. Muy chic.

El edificio estaba en unas condiciones deplorables: la pintura estaba desconchada, las paredes se desmoronaban y los escalones parecían a punto de venirse abajo. Jane sacó una llave del bolsillo y rodeó al hombre que dormía.

—El plan es que Hawley Truax y Bill Powell, amigos de Harold, vivan de inquilinos en las plantas superiores para ayudarnos con los gastos. Tendremos una sala comunitaria para recibir visitas, pero cada cual dispondrá de un apartamento privado —explicó mientras abría la puerta del vestíbulo.

A plena luz del día, el panorama era peor de lo que habían visto Harold y ella la noche anterior. Había un ramillete de setas que crecía colgando del techo, y unas grietas que daban bastante miedo en las paredes, como si toda la estructura pudiera derrumbarse en cualquier momento.

—¿Es una broma? —preguntó Dottie con los ojos muy abiertos—. ¿No pensarás trasladarte aquí en serio?

Jane se mordió el labio.

—Harold prefiere una casa a un apartamento, y esto es lo único que podemos permitirnos. Aunque no estoy muy segura de por qué tiene que ser una casa. Solo me ha dicho que así podremos tener un gato.

—¿Pensáis comprar «esto» solo por tener gato? —Dottie parecía horrorizada mientras intentaba esquivar los agujeros del suelo y se ceñía bien el abrigo para no rozarse con nada—. Estoy segura de que, si le dieran a elegir, el gato preferiría un filete de salmón y un cuenco de nata.

A Jane se le cayó el alma a los pies. La idea de disponer de tanto

espacio le agradaba, pero también la intimidaba la cantidad de trabajo que sería necesario para que aquello fuese habitable, y sospechaba que sería ella quien estaría al cargo de las obras, porque Harold no era un hombre práctico.

—Pero le ves potencial, ¿verdad? —Giró sobre sí misma mirando hacia arriba por el hueco oscuro de la escalera.

—¿Como fumadero de opio? —repuso Dottie—. Desde luego que sí.

—Nos proporcionará una base desde la que planificar la revista de Harold. —Jane intentaba transmitir entusiasmo—. Si al principio no podemos permitirnos unas oficinas, aquí tendremos sitio de sobra.

Se detuvieron a encender unos cigarrillos en una soleada sala delantera que tenía unos ventanales como de iglesia, del suelo al techo, rematados en arco. Fuera, unos gamberros se turnaban para darle patadas al hombre que dormía en la acera, que se levantó y les gritó varios improperios mientras daba fútiles puñetazos al aire, con lo que consiguió que echaran a correr aullando de risa.

—Supongo que, si tenéis hijos, crecerán jugando con esos chavales tan encantadores y se convertirán en miembros destacados de la comunidad. —La cara de Dottie no denotaba expresión alguna.

—No vamos a tener hijos. —La opinión de Jane a ese respecto era firme—. No luché tanto por llegar a reportera para lanzarlo ahora todo por la borda quedándome embarazada. —En una ocasión entrevistó a Margaret Sanger, la defensora del control de natalidad, y acabó comprándose un diafragma por recomendación suya—. En la redacción hay muchos hombres que creen que el *Times* no debería contratar a mujeres casadas. Si tuviera hijos, jamás los convencería para que no me despidieran.

—¿Siguen llamándote «bombón»? —preguntó Dottie con una enorme sonrisa—. Me encanta… Aunque eres la mujer menos empalagosa que he conocido nunca.

—Por supuesto que sí. —Jane sonrió.

Aun a esas alturas, sus colegas seguían poniéndola a prueba y la enviaban a cubrir historias de pega, le escondían la libreta de notas o amañaban su silla para que se cayera al sentarse. Todo ello no hacía más que aumentar su determinación para escribir mejores artículos y conseguir más líneas que ellos.

—¿Y tú qué? —le preguntó a Dottie—. ¿Eddie y tú no tenéis pensado fabricar pequeños herederos?

Su amiga se quedó pensativa.

—A mí me gustaría, claro, pero resulta que Eddie se enamoró de mí porque era una chica con carrera que ganaba su propia pasta, y no está demasiado contento con que eso haya cambiado de un tiempo a esta parte. —Le dio una gran calada al cigarrillo, como si intentara sacar fuerzas de él—. Quiere que tenga la casa como los chorros del

oro, que me transforme en una chef de Cordon Bleu, que críe a una prole de pequeños Parker y que gane un montón de dinero. Es más, quiere que haga todo eso en Connecticut, cerca de su querida mamá… —Le tembló la voz—. Si hubiera leído la letra pequeña de los votos matrimoniales, me habría comido los ovarios antes de dejar que ese hombre se me acercara.

Jane se preocupó. Dottie era la antítesis de la típica «mujercita de las afueras».

—Parece que no conociera a la mujer con la que se casó. ¿Y tú? ¿Qué quieres tú de él?

Dottie se quedó quieta unos segundos y parpadeó deprisa antes de contestar.

—Estaría bien que de vez en cuando me diera una palmadita en la cabeza y me dijera que soy fenomenal.

Jane le apretó el brazo.

—Tenéis que hablar en serio. Dile lo que sientes.

«Eso es más fácil de decir que de hacer», pensó. Ella misma había intentado hablar en serio con Harold sobre sus dudas en cuanto a comprar esa casa ruinosa, pero él estaba cegado de entusiasmo con el proyecto y no era capaz de admitir más opinión que la suya. A Jane le encantaba su ambición, pero temía su falta de practicidad.

—Para eso tendría que secuestrarlo en cuanto saliera de su oficina de Wall Street y antes de que entrara en el primer bar clandestino. —Dottie aplastó el cigarrillo con el pie como si fuera una cucaracha—. Lo cual me deja unos veinte metros.

—¿Siempre ha sido tan bebedor? —preguntó Jane.

Daba gracias por que Harold no lo fuera. Pimplaba lo suyo, pero sabía cuándo parar.

—Antes de la guerra bebía, pero parece que aquello solo era un poco de entrenamiento ligero para lo que vendría después. —Se encogió de hombros—. Espero que sea una fase y que la supere. Tal vez vivir en la misma ciudad que su querida mamá lo ayude en ese sentido… Aunque no estoy segura de que yo pueda soportar el escrutinio de mi gestión doméstica y las críticas a los métodos de crianza de nuestros hijos por parte de esa mujer. ¿Te lo imaginas? —Fingió un escalofrío—. ¿Cómo es la madre de Harold?

Jane se echó a reír.

—Está perpleja con mi falta de habilidades hogareñas. Me envía por correo recetas que recorta de revistas y luego quiere saber cómo me han quedado. Pero, por lo demás, es inofensiva.

—Tienes suerte si tu mayor problema es tener que contar una mentirijilla sobre un pastel de ángel. Venga, enséñame el resto de esta pocilga.

Mientras Jane la conducía por la casa, se preguntó por qué había

llevado allí precisamente a Dottie. Era evidente que el edificio no le gustaría. ¿Acaso pretendía que la disuadiera? ¿Buscaba munición para convencer a Harold de que era un error?

Dottie y ella solo se conocían desde hacía un año, pero Jane enseguida había sentido una gran afinidad con ella. Ambas trabajaban en periodismo y luchaban por que las tomaran en serio; las dos eran aliadas en el competitivo ambiente dominado por los hombres del Gonk, y tanto la una como la otra eran jóvenes casadas que intentaban encontrar su lugar en el mundo y no creían que cuidar de sus maridos fuese su único propósito en la vida. Jane nunca se había visto atraída por esa clase de amistad femenina que se basaba en intercambiar consejos de moda e ir a salones de belleza, y Dottie no era así. Era divertida y cerebral, y su cinismo era como un bálsamo.

Mientras veía el resto del edificio a la luz del día, se fue sintiendo algo más optimista. Las salas delanteras eran más luminosas de lo que había pensado; el patio de la cocina, más grande, y la zona que planeaban dedicar a espacio común resultaría perfecta para celebrar fiestas. Se les haría un poco cuesta arriba durante el primer año más o menos, pero podía funcionar.

—Crees que estamos locos por planteárnoslo siquiera, ¿verdad? —preguntó.

—Toda locura es relativa —repuso Dottie. Sus ojos tenían una expresión traviesa, y Jane comprendió que se estaba guardando un comentario satírico—. Pero Harold y tú todavía sois lo bastante jóvenes para cometer algún error más.

Jane rio y consultó su reloj. Tenía que marcharse ya.

—¿Y tú? ¿Eres lo bastante joven para probar lo de vivir en Connecticut? ¿O lograrás convencer a Eddie para que se quede en Manhattan?

—Antes me has dado una idea —dijo Dottie—. Voy a escribir una historia sobre un hombre que se casa con una mujer independiente y volcada en su carrera, y luego intenta convertirla en una versión más joven de su madre. Se titulará *La venganza de Edipo* y el final no será bonito.

—Déjasela a Eddie en la mesita de noche —propuso Jane—, y envíame una copia a mí también para la madre de Harold.

# Capítulo 6

# DOTTIE

MIENTRAS SUBÍA POR la escalera a su apartamento de la tercera planta, Dottie notó que las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Estaba muy bien que Jane le aconsejara hablar con Eddie sobre su matrimonio, pero lo cierto era que nunca lo veía sobrio. Solo por las mañanas, cuando estaba resacoso y desagradable. Esperaba que fuera una fase que lograra superar, y que lo hiciera pronto, por favor.

Abrió la puerta con su llave y enseguida lo vio desplomado en el sillón, como un boxeador fuera de combate. Un vaso con unos dedos de un líquido ambarino hacía equilibrios en el reposabrazos, así que lo trasladó a la mesa y luego miró un rato a su marido, intentando redescubrir algún vestigio de afecto. Era difícil, puesto que no recibía más que críticas por su parte.

Dio un suspiro, se quitó el abrigo, se retocó el pintalabios rojo burdeos y cruzó el descansillo para ir al estudio de su vecina. Encontró la puerta entreabierta. Neysa estaba pintando en su caballete; incluso vestida con un mono ancho conseguía estar glamurosa. Había una decena de personas repartidas por la amplia sala. Un hombre tocaba composiciones de *jazz* al piano —a Dottie le pareció que bastante bien—, aunque nadie parecía estar escuchándolo. Derrochaba atractivo, tenía la frente alta, el pelo oscuro y una sombra de bigote.

Dottie se acercó a Neysa.

—¿Quién es el guaperas nuevo? —preguntó, señalando con la cabeza en dirección al pianista—. ¿Ya le has quitado el envoltorio?

Miró el cuadro en el que estaba trabajando su amiga, uno de esos retratos de mujeres gráciles y lánguidas que creaba para las portadas de la revista *McCall's*.

Neysa parpadeó con sus ojos de gata parda y sonrió.

—Jack No-sé-qué. ¿A que parece que acabe de salir de un cuadro de Edward Hopper? Uno de esos hombres con una copa en la mano en una cafetería a altas horas de la madrugada.

Dottie notó que el joven se había dado cuenta de que hablaban de él, aunque no miró hacia ellas.

—¿Estás segura de que le interesa el supuesto sexo débil? Puede que baile al otro lado de la pista.

Neysa le guiñó un ojo.

—Digamos que ha habido alguna señal sobre cuáles son sus

preferencias.

Dottie pensó que su amiga tenía decenas de admiradores masculinos y coleccionaba corazones rotos como otras mujeres coleccionaban pintalabios. No por crueldad, sino por desidia. Ella les concedía sus favores y esos tipos pensaban que habían encontrado oro, pero, para cuando intentaban reclamar sus derechos, Neysa ya estaba deslumbrando a algún otro minero. Se acercó a Jack para presentarse y no pudo reprimir una risa socarrona cuando el hombre le explicó que se dedicaba a la minería.

—¿Qué es lo que tanto ha hecho reír a la señora Parker? —exclamó Bob Benchley desde el sofá, donde estaba sentado con Alec—. ¿Estaba embotellado?

—No, es veros a vosotros dos —repuso Dottie—. Moveos un poco y contadme los últimos cotilleos como las verduleras de pueblo que sois en realidad. —Y se apretujó entre ambos.

Bob no negaba que era un chismoso. Sin apenas bajar la voz, le contó a Dottie que Harpo Marx, uno de los integrantes del famoso espectáculo de los hermanos Marx, había estado allí un rato antes.

—Se ha traído su arpa y ha tocado para nosotros. Ha sido un horror. Luego se ha puesto de rodillas y le ha pedido a Neysa que lo acompañe a Hollywood, donde pronto rodará una película.

Alec rio con crueldad.

—Desde luego, no sabe uno adónde mirar cuando ve a un hombre humillarse de una manera tan pública.

—¿Y qué ha dicho Neysa? —Dottie le quitó a Alec el vaso de la mano y dio un sorbo, arrugó la nariz y se lo devolvió.

—Le ha alborotado el pelo y le ha susurrado algo que no he llegado a oír —explicó Bob—. A él se le ha desencajado el rostro y poco después se ha marchado con su instrumento a rastras. Neysa, como puedes ver, ha seguido pintando como si no acabara de destrozarle la vida a ese hombre por completo.

Dottie sabía que Alec también estaba enamorado de ella. Igual que todos los hombres de la sala, demonios. Pululaban a su alrededor como moscones un día de junio.

—Un rival menos del que tener que encargarte, supongo —le dijo con una sonrisa conspirativa—. Y ya puedes tomar nota para cuando te decidas a declararte. Número uno: aparcar el arpa.

Alec hizo girar la bebida en su vaso sin hacer ningún comentario y Dottie cruzó una mirada con Bob, a quien le costaba mantener la seriedad.

Le daba lástima Alec. Siendo como era un hombre voluminoso con ojos de lechón tras unas gafas de alambre redondas, no tenía la menor posibilidad de conquistar a Neysa. Dottie nunca le había conocido ninguna novia. Corría el rumor de que había quedado impotente tras

un brote de paperas en la infancia, pero ella no se había atrevido a preguntarle si era verdad. Los habituales del Gonk solían provocarse unos a otros sin piedad echándose en cara banalidades, pero nunca rascaban más que la superficie.

PASABAN DE LAS dos de la madrugada cuando se retiró y regresó a su apartamento. Esperaba que Eddie se hubiera acostado, pero seguía despatarrado en el sillón. El sonido de la puerta lo despertó y maldijo agarrándose la cabeza.

—¿Te traigo una aspirina, cariño? —preguntó ella y, sin esperar respuesta, fue a la cocina a disolver aspirina en polvo en un poco de agua.

A Eddie le temblaba tanto la mano cuando aceptó el vaso que se echó un poco de agua en la camisa. Cuando se hubo bebido el resto, Dottie alargó un brazo.

—Venga, te ayudo a ir a la cama —le ofreció.

Se levantó con torpeza, un brazo le osciló hacia un lado y su puño dio de lleno contra la cuenca de un ojo de Dottie, que se tambaleó hacia atrás y se golpeó la cabeza con la esquina de la mesa antes de desplomarse en el suelo, donde quedó tendida, horrorizada y sin aliento. Pensó que Eddie no lo había hecho adrede; había sido un accidente desafortunado, aunque ni siquiera se disculpó. En lugar de eso, fue como buenamente pudo al baño, desde donde ella oyó el tamborileo de su orina al caer en la taza.

Intentó incorporarse sobre los codos, pero la cabeza le daba vueltas. Eddie arrastró los pies hasta el dormitorio y Dottie oyó que los muelles del colchón chirriaron cuando se dejó caer en la cama. Iba a dejarla tirada en el suelo. ¿Y si hubiera perdido el conocimiento? ¿Le preocupaba lo más mínimo?

El dolor le atravesaba el párpado en oleadas, notaba unas punzadas palpitantes detrás del ojo. Se asió a la mesa para levantarse y, despacio, fue a la cocina para disolver una aspirina. Después de bebérsela y estremecerse por el sabor amargo, llegó a duras penas al dormitorio y se tumbó en su lado de la cama, demasiado afectada para desvestirse siquiera.

Se dijo que Eddie no era un hombre violento. La culpa había sido de la bebida, no de él. En el fondo, Dottie sabía que, si se había vuelto así, era por todo lo que había presenciado en la guerra. Él mismo le había relatado algunas escenas: hombres con los intestinos saliéndose de las tripas a través de grandes tajos, soldados que habían perdido extremidades enteras tras una explosión, jóvenes que habían fallecido en sus brazos. Y era consciente de que se guardaba muchas otras. Una

vez le confesó que un compañero conductor y él solían inyectarse morfina para conseguir llegar al final del día: «Solo un poco, para suavizar las cosas». Tal vez por eso se había lanzado de lleno a la bebida al regresar a Nueva York. Debía mostrarse más comprensiva. Sin duda, todo pasaría en cuanto su marido se acostumbrara a la vida civil y esos espantosos recuerdos se desvanecieran. Aunque también podía empeorar…

Estuvo despierta hasta que el resplandor de los bordes de los postigos anunció el alba, y entonces consiguió cerrar los ojos durante una hora antes de que el despertador de Eddie sonara y él saliera de la cama con gran esfuerzo para vestirse y prepararse para ir a la oficina. Dottie se levantó y fue al baño. Tal como esperaba, tenía el ojo morado: su ojo izquierdo estaba tan hinchado que casi no podía abrirlo y había adquirido la coloración de una ciruela madura. También se palpó un chichón en la nuca que le dolía cuando lo tocaba. Mientras comprobaba los daños en el espejo, Eddie apareció tras ella.

Esperaba que hiciera algún comentario, pero su expresión al hablar fue fría.

—He presentado la dimisión en el trabajo. Este fin de semana me iré a Connecticut a buscar un sitio donde vivir y actuaré como operador de bolsa desde allí.

Una garra helada aferró el estómago de Dottie y se lo retorció.

—¿Has dimitido? ¿Sin consultármelo?

Repasó mentalmente el nuevo escenario. Si de verdad Eddie quería marcharse, suponía que tendría que acompañarlo. Solo que, caray, no era capaz de hacerse a la idea. ¿Qué haría sin sus amigos?

—Llevo siglos diciéndote que quiero regresar, pero nunca me haces caso.

—Si estás decidido, supongo que iré contigo y te ayudaré a elegir casa —repuso ella, intentando controlar el tono de voz.

Él frunció el ceño.

—¡No digas tonterías! No puedo dejar que mi madre te vea… así.

Dottie se preguntó si era consciente de quién le había causado las heridas. ¿Acaso lo había olvidado?

—¿Cuándo habías pensado que nos mudáramos? Necesitaremos tiempo para organizarlo todo. Tal vez podríamos conservar el apartamento y pasar los fines de semana en la ciudad.

—En realidad, creo que tú deberías quedarte. Me iré yo solo —aclaró Eddie.

Ella giró en redondo con horror, pero no encontró ni un destello de emoción en la mirada de su marido. Ni rastro.

—¿Qué quieres decir? —Escrutó su rostro, intentando entenderlo.

—Ya hablaremos después, ahora tengo que ir a la oficina. Insisten

en que trabaje el período de preaviso. —Y salió del cuarto de baño.

—¡Eddie! —Dottie corrió tras él y le habló con delicadeza, suplicándole—: Pero ¿qué quieres decir?

Ojalá la mirara a los ojos y viera que era ella, su Dottie, su chica. En lugar de eso, alcanzó la americana y la cartera, y salió sin mirar atrás.

¿La estaba abandonando? Las parejas casadas no vivían en ciudades diferentes. ¿Sería solo algo temporal? ¿Cómo podía ser Eddie tan cruel, lanzar esa granada y luego marcharse sin darle ninguna explicación?

Regresó al baño para acabar de asearse, pero sintió un mareo. Se agarró al borde del lavabo y se miró en el espejo. Estaba desorientada, como si el mundo se desvaneciera a su alrededor y todo lo que quedara fuera un vacío negro.

# Capítulo 7

# WINIFRED

WINIFRED DECIDIÓ PASAR por el Algonquin después de un ajetreado turno de sábado por la tarde en Lord & Taylor. Había atendido a muchas clientas difíciles de satisfacer: los nuevos sombreros *cloche* de la temporada estaban diseñados para mujeres con melena corta, estilo *garçon,* y quedaban raros cuando se apretujaban sobre un moño. Pero a ver quién conseguía hacérselo entender…

Frank Case, el director del hotel, había colocado una gran mesa redonda en el centro del Salón Rosa para acomodar al grupo de gacetilleros y acólitos que solían congregarse allí. Cuando Winifred entró, lo primero que oyó fue la voz de Dottie narrando una anécdota de béisbol, nada menos.

—Eddie solía considerarse un as en su época, todo un Ty Cobb, así que ayer, cuando un niño de nuestra calle golpeó una bola desviada y la envió directa hacia él, dio un salto para atraparla.

Winifred reparó en que su voz adoptaba una cualidad musical cuando contaba una historia. Contrastaba con el murmullo monótono que utilizaba para sus pullas directas, como si con ellas se sintiera menos segura. Se sentó frente a ella, y no fue hasta entonces cuando reparó con horror en que Dottie tenía un ojo morado. No lo había visto antes porque se lo ocultaba el ala del sombrero.

Alec Woollcott volvió a llenarle el vaso con el contenido de su petaca y Dottie bebió un sorbo para continuar con el relato.

—Se la devolvió lanzando como es debido, levantando el brazo por encima de la cabeza, para intentar demostrar que sigue siendo «uno de los chicos». Así que el chaval del bate supuso que quería jugar y la golpeó otra vez directa hacia él. Solo que en esa ocasión no la atrapó Eddie, sino yo… con la cuenca del ojo.

Las risas que recorrieron la mesa fueron algo contenidas. Dottie tenía el ojo muy hinchado.

Winifred no se creyó la explicación ni por un instante. Era evidente que Dottie la había ensayado hasta sabérsela al dedillo, pero no resultaba verosímil en absoluto.

—Al menos consiguió un *home run* —remató su amiga entre incómodas risitas ahogadas por parte de los presentes.

Winifred se inclinó hacia ella y le habló en voz baja: —¿Has ido al

médico? Podrían quedarte secuelas en el ojo.

—Dejé de ir a mi médico cuando vi que se le había muerto la planta de interior de la consulta —repuso Dottie—. No te preocupes, estoy bien. —Y se volvió para hablar con Bob Benchley, con lo que evitó más preguntas.

Winifred paseó la mirada por la mesa. Había quince o dieciséis personas, casi todos hombres. A un lado, unos cuantos estaban jugando a un competitivo juego de palabras y gritaban respuestas con gran jocosidad. George Kaufman, el redactor teatral de *The New York Times,* intercambió una mirada con ella y le sonrió, así que Winifred se levantó y se acercó a charlar con él.

—Espero que reseñes mi nueva obra en el Bijou —dijo—. Se titula *La carretera de Dover,* y es banal y divertida. Te adoraré para siempre si le das buena publicidad.

—Envíame un par de entradas y veré lo que puedo hacer —repuso él, dando unas palmaditas en el reposabrazos de su silla para invitarla a sentarse. En cuanto Winifred lo hizo y cruzó las piernas, él le puso una mano en la rodilla y empezó a acariciarla con el pulgar—. Espero que te hayan dado el papel protagonista.

—Así es —confirmó ella, respirando hondo para soportar sus toqueteos mientras le desvelaba un poco la trama.

Era parte del precio que había que pagar para conseguir que fuera a ver la función. El propio George era dramaturgo, así que le preguntó en qué estaba trabajando.

—Estoy escribiendo una sátira con Marc Connelly… ¿Lo conoces?

Ella asintió. Por supuesto que lo conocía.

—Considero que las colaboraciones son una forma estupenda de lograr que otra persona haga el trabajo pesado —comentó George.

Alec oyó lo que decía.

—¿Por qué no escribimos entre todos un espectáculo de revista musical sobre nosotros? —Hizo un gesto con el que abarcó la mesa—. La pandilla del Gonk. Podríamos incluir canciones, bailes y chistes, y cada uno se interpretaría a sí mismo. Sería un éxito de taquilla.

—Menudo caso de flagrante narcisismo… —murmuró Dottie—. Seguro que hay leyes que prohíben que alguien se adore tanto.

Alec respondió con una sonrisa: —Adorarme es señal de mi impecable buen gusto. Debería usted probarlo, señora Parker.

Los hombres empezaron a aportar ideas sobre quién debería escribir la obra y en qué teatros podría representarse. George se sumó a la conversación, de modo que Winifred le apartó la mano de la rodilla y rodeó la mesa para sentarse con Dottie.

—¿Alguna vez has pensado en escribir algo para representar en escena? —le preguntó.

Ella negó enseguida con la cabeza.

—¿Yo? ¿Después de las barbaridades que he publicado sobre la farándula de Broadway? ¿Vende Chanel algún vestido con una diana en la espalda y un juego de cuchillos para lanzar a conjunto?

Winifred se echó a reír.

—Además, no tengo oído para los diálogos.

—Yo podría ayudarte con eso, leyéndolos desde el punto de vista de una actriz.

Dottie negó con la cabeza.

—Si supieras lo que tardo en escribir un poema de cuatro versos, no me lo propondrías.

Winifred miró al otro lado de la mesa, donde los hombres se jactaban de lo influyentes que eran en Broadway; todos ellos hablaban sin mostrar consideración alguna por las mujeres presentes. Estaba hasta la coronilla de esos gallitos que se creían más listos que nadie. Tal vez escribieran sobre teatro, pero la que salía al escenario y se enfrentaba al público una noche tras otra era ella. ¿Por qué no le preguntaban su opinión? Sinceramente, le parecía que esa idea de la «revista musical» era algo anticuada. El público estaba acostumbrado a espectáculos complicados y caros, como las *Ziegfeld Follies,* de modo que la autocomplaciente producción de unos aficionados que no eran más que un hatajo de escritorzuelos le parecía condenada al fracaso.

De pronto sintió que ya había tenido bastante Gonk por una noche.

—Me voy a casa de Neysa —le dijo a Dottie—. He quedado allí con Peter. ¿Quieres que compartamos taxi?

Esta levantó una ceja.

—¿Has quedado con tu chico en la guarida de la mayor robanovios de Nueva York? ¿Sabes lo que haces?

Winifred se echó a reír.

—Por mí, que se lo quede. Es guapo, cierto, pero tengo conversaciones mejores con el caniche de mi madre.

Dottie resopló.

—¿No habrás estado buscando un hombre con el don de la conversación? Ahí es donde te has equivocado todos estos años. Te aconsejo engañarlos para que crean que te gusta el béisbol durante un tiempo, hasta que te regalen alguna joya decente, y luego, si lo que quieres es distraerte, cómprate unas cuantas novelas.

Winifred rio, igual que quienes estaban más cerca, pero pensó que ser Dottie debía de resultar muy estresante. Siempre estaba actuando; sus «amigos» esperaban que toda palabra que saliera de sus labios fuese endiabladamente divertida. ¿Cuándo podía relajarse y ser ella misma?

—Mejorando lo presente, espero —dijo Bob, que adoptó un aire abatido.

—Por supuesto. —Dottie le dedicó una leve sonrisa, le dio unas

palmaditas en el brazo y se guardó el paquete de Chesterfield en el bolso—. ¿Nos vamos? —dijo, echando la silla hacia atrás—. Puedes entretenerme por el camino contándome todo sobre Peter.

El trayecto no era largo, solo había que subir por la Sexta Avenida, pero tampoco había mucho que contar. Mientras esperaban un taxi, Winifred le explicó que su agente los había presentado un par de meses antes. Peter la había invitado al estreno de la nueva película de Gloria Swanson, *El señorito Primavera,* y después de eso habían empezado a cenar juntos un par de veces por semana. Él la animaba para que se trasladara a la Costa Oeste diciéndole que sin duda conseguiría papeles estupendos en películas, pero, por lo que Winifred había oído de Hollywood, no la atraía en absoluto. Tantas horas en un plató, esperando la iluminación idónea, el maquillaje, los caprichos de los directores… Le parecía un infierno.

—Un infierno con un clima estupendo —apuntó Dottie, y se ciñó más el abrigo mientras Winifred alargaba un brazo para intentar llamar la atención de un taxista que pasaba—. ¿Y Peter es divertido en el catre, al menos?

—No tengo ni idea —confesó Winifred.

—¿No habéis…? —Dottie puso cara de sorpresa.

—No, qué va. Para gran decepción suya. Es que a mí me falta la chispa. Pensaba que tal vez se encendería cuando lo conociera mejor, pero… —Se interrumpió.

Los hombres solían desearla como si fuera una baratija que llevar colgada del brazo y con la que decorar sus camas, a cambio de lo cual estaban dispuestos a invitarla a cenar y pagarle copas y perfumes. Francamente, era una compensación de la que prefería prescindir.

—Apuesto a que estás volviendo loco a ese pobre hombre —dijo Dottie mirándola de reojo—. Es probable que al llegar a casa se la menee contemplando tu fotografía. ¿Es que disfrutas con ese poder?

—¡Dios mío, no! —exclamó Winifred—. ¡Qué idea más horrible!

Se preguntó si le caía bien a Dottie. Había accedido a compartir el taxi con ella y la había aceptado como miembro del grupo de *bridge*, pero ¿la consideraría una posible amiga? Era difícil decirlo, ya que casi siempre llevaba puesta su máscara.

—Creo que a Neysa le gusta jugar con los hombres. Es su pasatiempo. ¿Por qué se enamoran todos tan perdidamente de ella? Tú eres mucho más guapa. —Dottie rechazó las objeciones de Winifred—. Yo soy más divertida y Peggy es más lista, pero ellos se postran a los pies de Neysa y ronronean como gatos solo con que mire en su dirección. ¿Crees que les echa algo en la bebida?

Winifred rio.

—No es eso. Desprende mucho atractivo sexual: esa forma lánguida de moverse… —Curvó el brazo de manera sinuosa para imitarla—. Y

tiene una voz como la miel, que hace que los hombres la imaginen desnuda entre sábanas de raso y con la cabeza echada hacia atrás en pleno éxtasis. Si fueras un hombre, ¿no crees que te enamorarías de ella?

Dottie negó con la cabeza.

—Neysa es demasiado lista para mí. Me gusta que mis compañeros sean guapos y estúpidos. Aún no has conocido a Eddie, ¿verdad?

Winifred pensó que, si llegaba a encontrárselo, tal vez le costara morderse la lengua en cuanto al ojo morado de Dottie.

—No, pero me muero de ganas —dijo con toda la ironía posible.

# Capítulo 8

# PEGGY

PEGGY LLEVÓ UNA bandeja de galletas de melaza caseras al salón de Neysa porque su madre le había inculcado que nunca se presentara en ningún sitio con las manos vacías. Las dejó encima del piano y un enjambre de manos descendieron al instante para hacerse con ellas.

Un hombre alto y tan guapo que provocaba suspiros tomó la última y se volvió hacia ella con un gesto de disculpa.

—No le hemos dejado ninguna. Acepte esta, por favor.

Peggy mostró una gran sonrisa y negó con la cabeza.

—Tengo más en casa.

—Si está segura… —Dio un bocado, abrió mucho los ojos y se relamió—. Están buenísimas. Es una mujer de un talento sublime. —Extendió la mano—. Jack Baragwanath.

—Peggy Leech. —Se estrecharon la mano—. Solo parece que tenga talento en comparación con la mayoría de los presentes, que bien podrían eliminar la cocina de sus casas, para lo que la usan.

—¿Dónde trabaja, Peggy Leech? —preguntó el hombre antes de hacer desaparecer el resto de la galleta de un enorme bocado, y siguió hablando con la boca llena—: ¿La valora su jefe tanto como merece?

Peggy se echó a reír.

—Trabajo en Condé Nast, pero no en un puesto creativo. Mi función es la de llamar a los anunciantes, convencerlos para que reserven espacios publicitarios y luego perseguirlos para que entreguen los textos a tiempo. Mi jefe es un hombre con escasa imaginación que se cree sofisticado porque pronuncia palabras francesas e italianas con estudiada afectación. No me importa mucho si me valora o no, siempre que no me despida… Al menos, no de momento.

—Me parece que me hago una idea —dijo Jack—. ¿No llevará peluquín, por casualidad?

—¿Le cuento mi secreto, señor Baragwanath?

—Jack. —Su sonrisa le iluminó toda la cara.

Era tan atento que Peggy empezó a preguntarse si no estaría coqueteando con ella. ¡No podía ser!

—Estoy escribiendo una novela y mi sueño, en cuanto sea una autora publicada, es decirle a mi jefe dónde puede meterse el trabajo exactamente. Tanto en francés como en italiano.

—Ojalá llegue el día. ¿De qué trata su novela, si me permite

preguntarlo?

Peggy pensó que no muchas personas se interesaban por ello. Tal vez les preocupaba que la respuesta fuera aburrida y, en ese caso, tener que recurrir a fórmulas de cortesía y mentir diciendo que estaban impacientes por leerla.

—De una mujer moderna que va camino de los treinta y busca marido, así que se pregunta dónde encontrar al hombre adecuado.

—¿Y cómo es el hombre adecuado? —preguntó él.

Sin duda, parecía una insinuación.

—Todavía no lo sé. Hasta ahora he estado demasiado ocupada deshaciéndome de los equivocados.

Él esperó a que desarrollara más su respuesta.

—La generación de nuestros padres lo tenía más fácil: se casaban con amigos de la familia y se conformaban con llevar la misma vida que sus padres antes que ellos. Las mujeres de mi edad nos hallamos en el vértice de un cambio social; en parte por la guerra, en parte porque somos más las que trabajamos. Eso significa que vamos inventando reglas nuevas a medida que avanzamos, aunque a veces da la sensación de que, con perdón, los hombres no nos siguen el ritmo. Eso es lo que intento plasmar en la novela.

Él asintió con aquiescencia.

—¿Participó en el esfuerzo bélico? He oído que Neysa y Jane estuvieron en Francia con la YMCA.

—También yo. Pero ellas se quedaron en París mientras que a mí me mandaron al quinto pino, así que no conocí a ninguna de las dos hasta que regresamos.

—¿Cómo coincidieron? ¿En la pandilla del Algonquin?

Peggy asintió.

—Sí, en efecto. Pero yo prefiero venir a casa de Neysa en lugar de ir al Gonk. Aquí hay ocasión de conversar de verdad, sin toda esa competición por ver quién suelta la frase más ocurrente.

—Parece que aquí siempre hay muchos más hombres que mujeres —comentó Jack mirando alrededor—. Para un hombre puede ser desconcertante.

—Es verdad. Los hombres revolotean alrededor de Neysa como avispas alrededor de un azucarero.

—¿Sabe si sale con alguien ahora mismo?

Jack no dejaba de mirar a la anfitriona mientras hablaba, y de repente Peggy comprendió que no era en ella en quien estaba interesado.

Era otra de las conquistas de Neysa. Sintió una punzada de decepción. ¡Al cuerno! Al menos la había entretenido con su conversación.

—No estoy segura —contestó, y se ahorró tener que desarrollar más

ese punto gracias a la llegada de Dottie y Winifred.

Peggy se quedó de piedra al ver el ojo morado de su amiga.

—¿Qué diablos te ha pasado? —preguntó mientras se levantaba para saludarlas—. Tienes que ponerte un filete crudo ahí encima.

—Un accidente de béisbol —explicó Dottie—, pero nos hemos quedado sin filetes. Lo único que tenemos es comida para el perro. —Parecía algo achispada—. Tengo que hablar contigo, Pegs. ¿Puedes darme algunas recetas a prueba de torpes para lograr enternecer el corazón de un hombre? Resulta que Eddie quería una esposa que supiera cocinar, pero por equivocación se casó conmigo.

Tomó asiento en el sofá, junto a Jack, levantó el vaso medio lleno que él había dejado en una mesita auxiliar, lo examinó y bebió un sorbo.

—Puedo darte algunas recetas mañana en el club de *bridge* —ofreció Peggy—. Nos reuniremos en mi casa.

—¿Te he contado que Jane y Harold se trasladan a una casa en ruinas que hay en Hell's Kitchen? —comentó Dottie—. Como si estar casada con el hombre más feo de todo Nueva York no fuera ya su propia versión del infierno.

Peggy chistó para hacerla callar, pero Dottie continuó: —Has de reconocer que su cara parece un guante de béisbol masticado por una jauría de *bulldogs*. Imagínate besar eso todas las mañanas.

Jack se levantó y se dirigió al piano como si no quisiera participar en la conversación.

«Dottie está celosa —pensó Peggy mientras la veía vaciar el vaso—. Jane es la única de nosotras que ha encontrado a un marido decente.» Y tal vez Ruth Hale, que estaba casada con Heywood Broun, escritor de *The New York Times,* aunque corría el rumor de que tenían un «matrimonio abierto», significara eso lo que significase.

Tanto Ruth como Jane se habían negado a adoptar el apellido de sus maridos, y también a llevar alianza, porque los consideraban «símbolos de opresión». Sin embargo, por mucho que Ruth y ella llevaran los pantalones en sus matrimonios, seguían siendo una rareza. La mayoría de los hombres casados que conocía Peggy habían aparcado a sus esposas en las afueras y regresaban a casa con el último tren, después de haber pasado la velada dándose la gran vida con otras mujeres. No era esa la clase de matrimonio que ella deseaba.

La contemplación de las relaciones de otras personas se había convertido en su pasatiempo: los gestos mudos, las miradas sutiles que desvelaban quién era feliz y quién no lo era en absoluto. La investigación le servía para su novela, además de para su vida.

Mientras hablaba con Dottie, observaba a Jack juguetear con las teclas del piano y, a la vez, fracasar en su empeño de no mirar a Neysa. No había duda: estaba coladito por ella. Le deseó suerte. Iba a

necesitarla.

PEGGY SE PASÓ varias horas preparando canapés para el club de *bridge*, que iba a reunirse en su apartamento de alquiler del East Village. Sentía la necesidad de impresionar al grupo. Jane era reportera del principal rotativo del país; Winifred, una estrella de Broadway, y Dottie, una celebridad gracias a su ingenio. Pero ¿quién era ella? ¿Una mera acoplada?

Ninguna de las chicas había estado antes en su apartamento, y Winifred se mostró sorprendida al ver las estanterías repletas de libros que llegaban hasta el techo y ocupaban dos paredes enteras del salón, además de las pilas de libros amontonados en mesitas auxiliares con páginas señaladas con marcadores.

—¿Estás segura de que el suelo soportará el peso? —preguntó—. ¡Mira todo esto! Historia, literatura, filosofía, psicología… ¿De verdad los has leído todos?

—Todos no.

—¡Estás hecha una intelectual! —comentó Jane mientras levantaba una biografía del presidente McKinley, que estaba bocabajo en el alféizar—: El presidente más mediocre de Estados Unidos. No es una lectura ligera que digamos, Pegs.

—Pues yo creo que, en la actualidad, ya no hay necesidad de leer libros —apuntó Dottie—. Basta con memorizar unas cuantas citas y luego asentir y suspirar con aire de sabiduría. Te ahorras tener que arrugar la frente con tanto pensamiento complejo.

Peggy les sirvió unos Gin Daisies teñidos de rosa con granadina y luego repartió las cartas.

—Esta vez tenemos que intentar declarar las bazas por parejas —dijo—. Yo formo equipo con Dottie, y Jane con Winifred.

Empezaron la partida, pero Dottie parecía tener la cabeza en otra parte. En una ronda anterior había jugado un rey, aun cuando Peggy había hecho baza con una jota.

—Tira la carta más baja si ya he ganado —sugirió con una paciencia infinita—. Estamos en el mismo equipo.

Minutos después, Winifred se llevó la reina de Dottie con un as.

—Deberías haber adivinado que Winifred tenía picas altas cuando las ha escogido como triunfo —señaló Peggy—. Así, no habría jugado el as.

—Está claro que no soy pitonisa —dijo Dottie, irritada, y extendió la mano con el vaso—. ¿Alguna posibilidad de que me lo rellenes?

Pararon para descansar y Peggy sacó los canapés: *mousse* de salmón en cuadraditos de pan, champiñones rellenos con queso crema, palitos

de apio y de zanahoria. Contempló encantada cómo los devoraban.

—¿Puedo haceros a las tres una pregunta que me ronda últimamente? —pidió—. En vuestra opinión, ¿cómo debería buscar marido una chica soltera de Nueva York hoy en día? Estoy harta de perder el tiempo con tipos raros, *playboys* y hombres casados que fingen estar solteros.

Jane fue la primera en responder.

—Yo que tú, me buscaría una excusa para examinar los historiales del personal de Condé Nast. Averigua qué jóvenes siguen solteros y luego pásate por sus mesas a echarles un ojo. Si alguno te parece prometedor, seguro que podrás encontrar algún pretexto relacionado con el trabajo para comer juntos. Es lo que haría yo.

—Parece algo retorcido… —Peggy sonrió—. Pero imagino que es tu instinto de reportera.

—¿Por qué no te apuntas a una sociedad literaria o histórica? —propuso Winifred—. Allí conocerías a hombres con ideas afines, hombres con los que podrías hablar de libros.

—Ya estoy en la Sociedad Histórica de Nueva York —explicó Peggy—, y soy el miembro más joven por varios decenios. Pero gracias, Winifred.

Las tres se volvieron entonces hacia Dottie, que se recolocó la boa de plumas color malva que llevaba ese día y se atusó la corta melena antes de hablar.

—No hay ningún gran misterio. Cualquier mujer puede conseguir marido… si baja lo suficiente el listón.

—Muy bien, pues dinos qué harías tú —pidió Peggy—, si no estuvieras pillada.

Le pareció ver que su amiga se estremecía.

—Fácil —repuso Dottie—. Me sentaría en el vestíbulo del Waldorf Astoria con mi vestido más seductor y sacaría un pañuelo de encaje para enjugarme los ojos. Con un poco de suerte y según sople el viento, seguro que algún rico empresario de buen corazón no tardaría en ofrecerme sus servicios.

Aquello fue recibido por un coro de reprobación.

—¿De verdad quieres a un hombre que sienta lástima por ti? —preguntó Jane—. No es un gran comienzo para un matrimonio.

—Así fue como conocí a Eddie —dijo Dottie—. Yo estaba paseándome por el vestíbulo de un hotel de Branford una noche, tarde. Había perdido la llave de mi habitación y todos los empleados se habían acostado ya. Eddie trepó por un bajante y se coló en mi habitación por una ventana que se había quedado entreabierta. Eso hizo que se sintiera masculino y audaz, y yo enseguida lo vi bajo una luz heroica. —Bebió un sorbo de su vaso—. Por supuesto, lo más heroico que hace ahora es aventurarse al parque en dirección norte a

comprar whisky barato.

Peggy pensó que cada una de ellas había dejado patente su carácter en su respuesta. Tanto Jane como Winifred habían tomado las riendas de su propio destino, mientras que Dottie deseaba que un hombre cuidara de ella. El moratón que rodeaba su ojo magullado empezaba a adoptar una tonalidad más suave y amarillenta por los bordes, pero seguía siendo intenso en el centro. Le temblaba la mano cuando apagó el cigarrillo. Con el vestido de cuello barco que llevaba, y que le caía holgado desde los hombros, parecía que hubiera perdido peso. Tenía un aspecto frágil e inconsistente, como si una repentina ráfaga de aire pudiera llevársela por delante.

Peggy le dio algunas recetas que le había copiado: pecho de ternera, jamón glaseado y sopa de pollo con albondiguillas de pan. Ninguna era complicada, pero, por la forma en que Dottie las hizo desaparecer en su bolso sin siquiera rozarlas con la mirada, le dio la sensación de que no intentaría hacerlas.

# Capítulo 9

# JANE

JANE OBSERVÓ CÓMO Harold firmaba los contratos con su disparatado e ilegible garabato, después firmó ella también, y la propiedad del 412 de la calle Cuarenta y siete Oeste pasó a ser oficialmente suya. Fue un momento trascendental. Salieron del despacho del abogado algo aturdidos y soltando risillas bobas. Luego pararon en el Red Head, el bar clandestino de Jack y Charlie, para brindar por su nueva aventura con una copa de mediodía.

Hawley, uno de los posibles futuros inquilinos, había conseguido que un amigo arquitecto les hiciera unos planos, y esa misma tarde se reunieron con él en la casa para confeccionar la lista de trabajos que habría que hacer. No tenían electricidad, apenas había cuatro tuberías y los tablones del suelo se atravesaban con el pie al pisar. Tardarían casi un año en completar la reforma, pero, ahora que habían tomado la decisión, Jane estaba emocionada por transformar la casa en un hogar entre los dos.

Hawley informó de que había visto una gran mesa de roble abandonada en la calle dos manzanas al norte, así que Harold y él salieron a buscarla. Regresaron media hora más tarde, sudando y maldiciendo, y les costó horrores introducirla por el pasillo y dejarla en lo que sería el comedor comunitario. Se sentaron los tres en cajas de madera y extendieron los planos ante sí.

Jane iba apuntando las tareas pendientes en una libreta mientras entre los tres soñaban cómo quedaría todo cuando las obras estuviesen terminadas. Ya imaginaba cómo arreglarían su apartamento privado, con el dormitorio al fondo, que daba al jardín, donde pensaba plantar cerezos y flores de primavera.

Oyó unos fuertes golpes y pensó que procedían de la puerta de al lado, pero entonces comprendió que venían de su entrada. ¿Quién sabía que estaban allí? Se acercó a una ventana para mirar fuera y vio a Alec aporreando con el puño desde los escalones. Enseguida le pidió por señas que lo dejara entrar.

—¡Deprisa! —exclamó Jane, corriendo para recoger los planos y guardarlos en su cartera—. Es Alec. No dejéis que los vea.

No quería que metiera las narices e interfiriera en sus planes. Alec siempre tenía una opinión sobre todo y le gustaba quedar por encima de los demás.

Cuando abrió la puerta, lo encontró apoyado en la pared exterior.

—¡Bienvenido a nuestro tugurio! —exclamó con alegría—. ¿Qué te trae por estos lares? ¿Has venido a ver cómo vive la otra mitad?

Alec era de familia adinerada y tenía algunas actitudes un poco esnobs, cosa que ellos aprovechaban para burlarse a la menor oportunidad.

—Así es. —La siguió por el pasillo, mirando alrededor—. Las crónicas del deterioro de este sitio no eran exageradas. Supongo que no dispondréis de café, ¿verdad?

—No hay electricidad ni quemador de aceite —se disculpó Jane—, así que nada de café. A menos que quieras encender una hoguera en el patio.

—Me sorprende verte aquí —saludó Harold—. ¿No te preocupa que los pobres puedan contagiarte sus enfermedades repugnantes?

—No es lo que yo llamaría un barrio chic —señaló Alec—, pero he evitado ponerme al alcance del escupitajo de alguno de sus habitantes. Vivir aquí parece bastante… —buscó la palabra adecuada— intrépido.

Cuando se sentó en la caja que Jane había dejado libre, sus pies rozaron algo que había en el suelo y se inclinó a recogerlo. A ella se le había caído uno de los planos.

—¡Ajá! —exclamó Alec mientras lo desplegaba—. Veo que el proyecto está bastante más avanzado de lo que creía. Será mejor que escoja apartamento antes de que se lo deis a cualquier otro sinvergüenza.

Jane se quedó perpleja.

—Me temo que no hay sitio para ti —dijo, y miró a Harold para que lo confirmara—. Nosotros ocuparemos la primera planta, Hawley la segunda, y ya le hemos ofrecido la tercera a Bill Powell.

Alec se volvió hacia Hawley.

—Tú y yo podríamos compartir la segunda planta, ¿no te parece? Con la habitación de atrás me bastaría, y también la sala adyacente.

—Claro —accedió Hawley, algo incómodo.

Eso quedaba justo encima de su dormitorio. Jane se moría por que Harold dijera algo, pero este ni siquiera se atrevió a mirarla. ¿Qué ocurría?

—Pensaba que estabas en el apartamento de la madre de Hawley —dijo—. ¿Por qué quieres mudarte? En cuanto Hawley se marche, tendrás más espacio, y el barrio es mucho más elegante.

—Mis amigos preparan un experimento de vida comunitaria y detestaría perderme la diversión —afirmó Alec—. ¿Acierto al pensar que esta es la zona que queréis convertir en espacio para cenas y reuniones? —Miró alrededor y asintió con aire pensativo—. Tiene un buen tamaño. Podríamos montar también una sala de juegos. Es perfecto para una mesa de póker.

Jane estaba furiosa al ver que Harold dejaba a Alec entrometerse y tomar el mando sin hacer un solo comentario. ¿Por qué no decía nada?

—Me temo que Harold y yo habíamos decidido aceptar solo a un inquilino por planta —explicó—. Estaríamos muy apretados con más gente. ¡Lo siento!

—¿Estás segura? Contribuiría con la parte que me correspondiera, por supuesto —insistió él, y mencionó una cantidad que ayudaría de manera considerable a su economía.

Jane miró a Harold, pero este estaba concentrado en los planos y seguía sin volverse hacia ella.

—No me importa compartir planta —dijo Hawley—. Hay espacio de sobra.

Jane se mordió el labio. No quería que Alec viviera con ellos. Era amigo suyo y tenía su parte divertida, pero también generaba discordia y molestaba a todo el mundo con sus opiniones, que eran demasiado directas. Pese a que resultaba gracioso cuando estaban en la mesa del Gonk, Jane no quería tenerlo en casa.

SU AMISTAD SE remontaba a varios años atrás. Jane había conocido a Alec cuando ella empezó a trabajar en *The New York Times,* allá por 1916, en un puesto humilde, contestando al teléfono de las páginas de sociedad. Le pareció un hombre entretenido y empezaron a bajar juntos al parque a la hora de comer a por un perrito caliente, o a ir a tomar una cerveza al salir del trabajo, en una época en que ninguno de los demás hombres de allí le habrían dado ni la hora. En cuanto Estados Unidos entró en la guerra, él se presentó voluntario para el cuerpo médico, mientras que Jane lo hizo en la YMCA. La destinaron a Tours, y luego a Le Mans, pero Alec movió algunos hilos tras el armisticio —Jane nunca llegó a saber cómo— y consiguió que la trasladaran a París. Por entonces, él ya era director editorial de *The Stars and Stripes* y una noche la llevó a una partida de póker en el Nini's, en Montmartre, y allí fue donde conoció a Harold.

Jane no tardó en convertirse en miembro honorífico del equipo de *The Stars and Stripes.* Les cosía los rasgones de los uniformes, salía por las noches con ellos a bailar a garitos parisinos y escuchaba las escalofriantes historias de lo que habían vivido en el frente. Empezaron a recopilar contribuciones para editar un libro de chistes de soldados, y poco a poco Harold y Alec fueron formando un dúo cómico basado en un antagonismo constante y en quedar siempre el uno por encima del otro. Discutían sobre cualquier cosa, desde mitología griega hasta gramática, y Harold insistía en no deletrear

nunca de forma correcta el apellido de Alec —Wolcoot, Woolcutt, Wulcotte— solo por incordiarlo.

—Me recuerdas a un cochero que solía trabajar para mi abuelo —le decía Alec a Harold.

—Y tú me recuerdas a una duquesa viuda y regordeta —respondía este, burlándose de su ampulosidad de clase alta y de su panza.

Jane pensaba que eran dos de los mejores amigos que una chica podía desear, solo que por lo visto no era amistad lo que buscaba Harold. En lugar de eso, empezó a bombardearla con ingeniosas cartas de amor y regalos, y dejó muy claro que tenía intenciones románticas con ella. Jane lo mantuvo a distancia mientras estuvieron en Francia. ¿Para qué necesitaba un marido? Le iba de maravilla tal y como estaba.

Ella fue la primera en regresar a Nueva York, donde organizó una infame fiesta de bienvenida para Alec en el Algonquin, en la que colgaron carteles con su nombre escrito de mil maneras diferentes repartidos por toda la sala. Algo que habían ideado como una simple broma acabó teniendo tanto éxito que los principales miembros del grupo continuaron reuniéndose en el Gonk, que acabó por convertirse en su lugar predilecto.

En 1920, Jane por fin accedió a casarse con Harold. Se preguntó si a Alec le molestaría ese cambio en la dinámica de su amistad, pero no parecía que fuera así, porque incluso se ofreció a planificarles la boda. Después de aquello, Harold y él siguieron con sus bromas amistosas, igual que siempre, aunque Jane notaba que su actitud hacia ella era algo más fría. Ambos retomaron su trabajo en *The New York Times,* pero, si ella le proponía bajar a por un perrito caliente para comer, él se excusaba diciendo que estaba muy ocupado. Jane no sabía si era porque de pronto era la esposa de otro hombre… o tal vez porque Alec se había enamorado de Neysa y prefería centrar sus esfuerzos en ella.

Todavía le gustaba coincidir con Alec en el Gonk, pero la idea de vivir con él le resultaba agotadora. No se veía capaz de soportar tanta competitividad masculina. Sin embargo, si era ella quien le decía a Alec que no podía trasladarse allí, se lo ganaría como enemigo, y eso era algo que jamás había deseado.

POCO DESPUÉS, MIENTRAS se dirigían al Gonk a pie, Jane procuró que su marido y ella se mantuvieran a cierta distancia para que ni Hawley ni Alec pudieran oírlos.

—¿A qué narices ha venido eso? —siseó, volviendo la cara para enfrentarse a él—. No me digas que has invitado a Alec a vivir con

nosotros…

Él puso una expresión sospechosa y Jane comprendió que lo habían hablado entre ellos. Meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntarme a mí primero?

—No es que lo haya invitado exactamente. Solo dije que íbamos a comprar el edificio y él comentó que se pasaría a echar un vistazo. Fue algo tácito.

—Pues dile que ha habido un malentendido. Dile que no tenemos sitio. Dile lo que sea, pero haz que se olvide de ello.

Harold arrugó la nariz.

—Ahora ya ha visto la casa y sabe que sí hay sitio. No puedo mentirle, Jane. Aceptemos la pasta de la familia Woollcott como una ayuda para sacar adelante la revista y conseguir publicarla cuanto antes. Tendremos nuestra propia puerta principal y podremos cerrarla cada vez que nos hartemos de él.

Jane negó con la cabeza.

—Sabes que Alec no soporta estar solo. Bajará a nuestro apartamento constantemente. Nunca estaremos tranquilos. —Tenía un mal presentimiento.

Harold alargó la mano para buscar la suya y se la apretó.

—Además, Alec no se instalará hasta que todo esté limpio y en su sitio, y para eso puede que aún falte un año. Hasta entonces podría pasar cualquier cosa. Tal vez se case con Neysa y se vaya a vivir con ella —dijo, aunque resopló ante la improbabilidad del caso.

—Sí, o tal vez se lo lleven a Hollywood para hacer de galán protagonista.

—Oye, eso es muy cruel. —Harold rio con satisfacción.

—¿Acaso tu sugerencia no? —Jane le dio un codazo en las costillas—. Esta tarde me has tendido una emboscada. Ahora no tengo más remedio que aceptar.

—Piensa en el dinero —insistió él—. El siseo de los billetes de dólar nuevecitos que entrarán volando en nuestra cuenta corriente. —Frotó un par de dedos mientras silbaba con suavidad.

Jane suspiró.

—Supongo que tendré que hacerlo. Pero asegúrate de que entienda que, en cuanto vivamos en nuestra casa, tendrá que atenerse a nuestras reglas. Y dile que el alquiler solo es temporal y que podremos darle la patada cuando nos interese recuperar las habitaciones.

Harold la hizo girar y le dio un apasionado beso en los labios.

—Gracias, gatita —susurró—. ¡Esta es mi chica!

EN EL GONK, Dottie se quedó horrorizada al enterarse del trato que

había aceptado Jane.

—Estoy repasando mentalmente mi lista de conocidos y te juro que no se me ocurre ni uno solo con quien menos me apetezca vivir que con él. ¿No puedes ingeniártelas para impedirlo? Dile que vais a formar una familia y echará a correr. Detesta a los niños. —Chasqueó los dedos—. ¡Tengo una idea! Quizá podríais pedir uno prestado en un orfanato y decirle que vais a adoptarlo.

Jane miró hacia Harold. Alec y él podían ser antagonistas en su particular dúo cómico, pero entre ellos existía un vínculo nacido de las experiencias compartidas en la guerra. Haber esquivado juntos el fuego de artillería enemiga los convertía en hermanos honoríficos. Sospechaba que intentar librarse de Alec ahora que ya había metido un pie por la puerta era una batalla que no podría ganar.

—Ya me encargaré yo de la duquesa de Woollcott, como lo llama Harold —aseguró—. De una forma o de otra. No olvides mis palabras.

# Capítulo 10

# DOTTIE

UN SÁBADO POR la mañana, Eddie hizo la maleta mientras Dottie lo miraba desde la cama, abrazada a *Woodrow,* que estaba en su regazo. Alcanzó la pitillera y sacó un cigarrillo, pero entonces se dio cuenta de que ya tenía uno consumiéndose en el cenicero.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado que dure esta separación? —preguntó con el corazón martilleándole en el pecho. Lo habían discutido sin descanso y Eddie, al menos, no pensaba pedirle el divorcio. Dottie no era capaz ni de planteárselo, pero él solo quería que pasaran una temporada alejados… O eso decía—. ¿Cuánto tardarás en «ver cómo va»?

—¿Seis meses? —Él escogió dos pares de zapatos y los remetió en los laterales de la maleta—. Podemos quedar después para averiguar qué sentimos. Ir a comer juntos a algún sitio y hablarlo.

Una sospecha se coló en la cabeza de Dottie.

—Has conocido a otra, ¿verdad? Tienes a una fulana en Connecticut.

—No —repuso él—. No hay nadie más. Solo es que soy muy desgraciado, Dottie.

Las palabras eran muy emotivas, pero su tono fue desapasionado, como si ella fuera una secretaria a la que estuviera despidiendo por alargar demasiado la hora de la comida, y no su esposa desde hacía cinco años.

—¿Qué te hace pensar que nuestro matrimonio mejorará con la separación? No ayudó en nada cuando te fuiste a la guerra.

Le temblaban las manos, así que pasó los dedos por el recio pelo de *Woodrow.* «Intenta no llorar. No soporta que llores.»

—No podemos seguir así, Dottie. Detesto volver a casa porque sé que empezarás a darme la lata en cuanto entre por la puerta. Por eso, antes voy a tomarme una copa, o dos. Para hacerlo más fácil.

Ella se quedó sin habla. ¿Que le daba la lata? Quizá le había sugerido alguna vez que redujera el consumo de destilados. ¿Eso era dar la lata? ¿No hacían lo mismo todas las esposas de un extremo a otro del país?

—El caso es que no sé arreglármelas sin ti, Eddie —dijo mientras empezaban a saltársele las lágrimas—. No me sentiré segura. No sé hacer ciertas cosas, como pagar las facturas. ¿Y si el horno se estropea,

o explota una tubería, o se hace añicos una ventana? Ni siquiera sé cambiar la cinta de mi propia máquina de escribir. Tienes que quedarte.

Se detestó por suplicarle, pero la perspectiva de vivir sin él la tenía petrificada. Sentía la amenaza de la soledad como si fuera un abismo. No tendría a nadie, no tendría nada.

Eddie le explicó los aspectos prácticos: le pasaría una asignación para que pudiera pagar las facturas, bastaría con expedir cheques de la chequera que había en el cajón; el casero arreglaría todo lo que se rompiera, y él estaría a una llamada de teléfono si lo necesitaba.

¿Haría bien diciéndole que lo amaba? ¿Era cierto? Lo había sido en el pasado. Si pudiera recuperar al viejo Eddie, volvería a amarlo, pero era difícil sentir amor por un hombre que la trataba con tanta frialdad.

—*Woodrow Wilson* te echará de menos —dijo, enjugándose los ojos—. Sufrirá con tu ausencia.

—Debo decir que yo no añoraré en absoluto a ese chucho —confesó Eddie—. Estoy harto de pisar sus regalitos todo el rato.

—Menos mal que no hemos tenido hijos, o les habrías dado en la cabeza con un periódico enrollado cada vez que hicieran caca.

Quería que Eddie le dijera que aún existía la posibilidad de que tuvieran hijos algún día, pero él cerró la maleta con un chasquido. Dottie sintió un peso de diez toneladas en el pecho; apenas la dejaba respirar.

Eddie se marchó poco después del mediodía. Le dio un beso rápido y salió corriendo por la puerta para evitar la cascada de lágrimas que sin duda sabía que se avecinaba. Dottie abrazó a *Woodrow Wilson* con tanta fuerza que el perro aulló y se revolvió en su regazo.

—Incluso tú quieres alejarte de mí —lo acusó.

«¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?», oía sin cesar en su cabeza. Tenía casi veintinueve años y nada de lo que sentirse orgullosa en la vida. No lograba escribir, no había logrado conservar a su marido… ¿Había algo que se le diera bien?

ESTUVO A PUNTO de no ir a la partida de *bridge* esa tarde, pero se sentía culpable porque, sin ella, no serían cuatro jugadoras. Además, si no acudía, ¿qué otra cosa iba a hacer, más que quedarse en casa a beberse la media botella de whisky que había dejado Eddie? Se puso un poco de maquillaje, escogió un sombrero de ala baja que le tapaba un poco la hinchazón de los ojos y caminó hasta la Sexta Avenida para parar un taxi.

Era la primera vez que se reunían en el apartamento de Winifred, que estaba en una bocacalle de la Cuarenta y cinco Oeste, no muy

lejos de Broadway. Vivía en la planta más alta y, cuando abrió la puerta, Dottie vio que el piso era minúsculo —una sola habitación con una cama plegable, un fregadero y un fogón en el rincón—, pero estaba decorado como un escenario teatral. En una pared colgaba un conjunto de láminas de elefantes, en el suelo había un jarrón negro muy alto con plumas de pavo real; las sillas estaban cubiertas por coloridos chales bordados, la luz procedía de unas lámparas de cristal pintado, y las ventanas estaban cubiertas por cortinajes de pesado terciopelo carmesí, como telones de teatro.

Dottie aceptó una ginebra con limonada y recordó que no había comido nada en todo el día. Tenía la garganta tan rígida que le costaba tragar alimentos, pero la ginebra entraba de maravilla.

Winifred repartió la primera mano y Dottie intentó concentrarse, pero lo único que podía pensar era que Eddie la había dejado. ¿Debía contárselo a las demás? Era tentador… Aunque serían atentas y cariñosas, y ella se echaría a llorar y no sabía si conseguiría parar jamás. Se pasarían el resto de la velada hablando del porqué de su situación, y no se veía capaz de soportarlo. Sería mejor hacer como si nada y seguir adelante.

Peggy chasqueó la lengua cuando Dottie dejó una carta en la mesa.

—¿No tienes ningún trébol?

Ella arrugó la frente y negó con la cabeza. No había estado prestando atención.

—Tal vez deberíais buscaros a otra para completar el grupo de cuatro. Me parece que el *bridge* no es uno de mis fuertes. Si es que tengo alguno, porque ya no recuerdo cuáles son…

—Dice la mujer más ingeniosa del mundo —replicó Jane—. No juegas peor que yo. El *bridge* es difícil de dominar, pero aquí no competimos, y tampoco apostamos dinero.

Winifred se percató de que Dottie casi se había acabado su copa y le preparó otra sin preguntar. A ella se le humedecieron los ojos ante tanta amabilidad. Por eso no podía contarles lo de su separación; su empatía acabaría con ella.

AL DÍA SIGUIENTE, por la tarde, llamó a Bob Benchley por teléfono y le contó que Eddie se había marchado.

—Así que primero me despidieron del trabajo y ahora también del matrimonio —dijo—. ¿Qué será lo siguiente?

—Podrían echarte del apartamento —apuntó él—. Tus amigos podrían renegar de ti. *Woodrow Wilson* podría cruzar el descansillo trotando e irse a vivir con Neysa.

—Y tú podrías decidir que ya no quieres compartir despacho

conmigo, ¿no?

—En cuanto a eso… —Hizo una pausa, buscando un efecto cómico—. No, espero verte como una rosa en nuestro cuchitril mañana por la mañana bien temprano. Si juegas bien tus cartas, incluso podría invitarte a comer en el Gonk.

—¿Me invitarías a una comida de verdad? ¿No te limitarías a ofrecerme los bastoncitos de apio de cortesía de la mesa de al lado?

—Mi invitación vale para una comida, a la una en punto y ni un minuto más…, siempre que no pidas la langosta. Ni el solomillo. De hecho, te recomiendo la sopa.

«El viejo señor Benchley», se dijo Dottie después. Prefería mil veces la forma que tenían los hombres de enfrentarse a las crisis emocionales. No las convertían en una tragedia griega en toda regla.

El lunes, cuando llegó al Gonk, ya tenía preparada una anécdota del «desdichado Eddie» para explicar su ausencia ante la pandilla. Iba de lo patético que había sido al intentar congraciarse con su jefe accediendo a jugar al golf con él, aunque no supiera. Por eso había tenido que apuntarse a un curso intensivo, y no se dio cuenta de que las clases que había escogido, en realidad, se impartían en Connecticut.

—Además, la última moda entre las parejas casadas es vivir separados —afirmó—. Lo hace hasta la flor y nata. Así te evitas las desagradables miserias de la vida cotidiana, como cuando Eddie se corta las uñas de los pies.

Sabía que no engañaba a nadie, pero se sentía mejor al volver a ser ella misma otra vez. Si encontrara la forma de seguir siempre así, escondiendo la cabeza en la arena y poniendo un pie delante del otro, tal vez el dolor acabara por remitir.

El rumor de su separación llegó hasta Jane, que esa noche la llamó por teléfono y le soltó una retahíla de bruscas preguntas de reportera.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Cuánto hace que se fue? ¿Dónde vive ahora? ¿Os veréis en algún momento, mientras tanto?

—Lo único que sé es que se ha dejado aquí su preciada colección de cromos de deportes, de esos que regalan con los cigarrillos, así que seguro que vuelve —repuso Dottie—. Por lo demás, sabes tanto como yo.

—¡Menudo desgraciado! —exclamó Jane—. Lo siento.

UN PAR DE semanas después, Alec Woollcott se presentó en el Gonk con un hombre alto y guapo que tenía una mirada traviesa y las entradas más pronunciadas que Dottie había visto jamás.

—Hete aquí a la famosa señora Parker —anunció Alec—, y este —

extendió un brazo con un gesto extravagante— es Charlie MacArthur, reportero del *New York American* y dramaturgo en ciernes. Los dos tenéis mucho en común.

Alec parecía estar tramando alguna maldad y Charlie sonreía de oreja a oreja; debían de haber hablado de ella antes de que llegara, pero Dottie solo podía elucubrar sobre qué habrían dicho.

—He oído hablar mucho de usted, por supuesto —dijo Charlie, dándole la mano mientras hacía una anticuada reverencia—, pero no entiendo cómo nadie me ha avisado de lo increíblemente guapa que es.

Era una frase cursi, pero a Dottie no le acudió ninguna indirecta burlona a los labios. En lugar de eso, se quedó mirando sus ojos alegres e inquietos, y un pequeño interruptor hizo contacto en algún recoveco de su cerebro. Parecía divertido.

Charlie buscó una silla y la acercó tanto a Dottie que sus rodillas se tocaban.

—He estado incordiando a Alec una eternidad para que nos presentara —confesó.

—¿Ah, sí?

La forma en que la repasaba con la mirada la ponía nerviosa.

—Tengo una idea para usted. Me preguntaba si se plantearía escribir una columna política para el *New York American.* Un comentario sardónico sobre las extravagancias de los grandes hombres. Me encantó lo que dijo sobre Calvin Coolidge…

Dottie negó con la cabeza.

—Por favor, no empiece a citarme frases que se supone que he dicho. Nunca las recuerdo y, detesto decepcionarlo, pero no me interesa en absoluto escribir sobre política. Tal vez debería hacerlo usted mismo. ¿Qué clase de reportero es, de todos modos?

—Soy lo que llaman un «enviado especial». Que un barco pesquero desaparece frente a las costas de Maine en invierno; enviemos a Charlie. Que una mina se derrumba en el oeste de Virginia; enviemos a Charlie.

—¿Y adónde lo han enviado hoy? —preguntó ella, pensando que él también había enviado a sus ojos en misión especial.

No la habían examinado tan de cerca desde su último chequeo médico.

—A Little Italy. Una mujer ha apuñalado a su cuñado en la puerta de un bar clandestino, y he conseguido entrevistarla y preguntarle por qué. Resumiendo, digamos que estaba amargada. —Frunció los labios y arrugó la nariz como si fuera el morro de un cerdo.

Dottie se echó a reír.

—¿Qué tiene en contra de las mujeres amargadas?

De pronto, él acercó su rostro al de ella, sacó la lengua y le lamió la

mejilla tan deprisa que Dottie no tuvo tiempo de detenerlo. Se llevó una mano a la cara sin salir de su asombro.

—Usted no sabe nada amarga —informó Charlie—. De hecho, es mi sabor preferido…

—¿De entre los de todas las mujeres a las que ha lamido en la vida? —dijo Dottie para terminar su frase—. Supongo que eso me halaga. —Se limpió la cara con los dedos.

¿Qué clase de hombre te lamía la mejilla a los pocos minutos de conocerte? Era insólito…, pero muy sexy. El aire entre ambos parecía cargado de electricidad. Él no dejaba de mover las manos cerca de ella, como si quisiera tocarla y le costara mucho esfuerzo contenerse. Dottie también deseaba tocarlo, pero le resultaba todo tan repentino que no lograba decidir si estaba volviéndose loca.

—¿Puedo invitarla a cenar? —dijo él—. Ni siquiera es una pregunta. Insisto en ello.

—¿Cree que tendremos suficientes temas de conversación, señor MacArthur? —repuso ella, ladeando la cabeza con tímida coquetería.

—Estoy convencido de que encontraremos la forma de pasar el rato —aseguró él con una sonrisa sugerente—. Ambos somos escritores, ambos salimos de matrimonios infelices y ambos somos amigos de Alec, así que, en el peor de los casos, podríamos dedicarnos a ponerlo verde.

Dottie se apuntó que estaba casado, pero «saliendo» del matrimonio. Supuso que lo mismo podía decirse de ella. Eddie solo la había llamado una vez desde que se marchó, y casi no habían hablado. Sin duda, eso quería decir que le estaba permitido cenar con otro hombre, ¿verdad?

—Soy nuevo en Nueva York y apenas conozco a nadie. Acepte, por favor. —Charlie unió las manos y cerró los ojos como si estuviera rezando.

Salieron juntos del Gonk, y Dottie pudo oír los murmullos que, antes incluso de que los demás los perdieran de vista, empezaron a recorrer la mesa como un incendio forestal devorando un bosque reseco. Subieron por la Sexta Avenida sin dejar de charlar y, sin saber muy bien cómo, en lugar de en un restaurante, acabaron en el local de Tony Soma. Pidieron unos platos de pasta y unos Old Fashioned en taza de café y ocuparon un reservado. El muslo de él estaba pegado al de Dottie, el brazo de él rozaba el de ella, la conversación fluía en un torrente continuo.

Igual que Dottie, él había perdido a uno de sus padres siendo aún pequeño; igual que Dottie, de niño le habían impuesto la religión; igual que Dottie, se había casado con alguien a quien apenas conocía en un intento de encontrar seguridad, aunque todo se había desmoronado en cuanto se dieron cuenta de que ambos buscaban

cosas completamente diferentes. Igual que Dottie, era muy divertido.

Se estaba haciendo tarde y la clientela del Tony Soma empezaba a disminuir, pero ella no soportaba la idea de que la velada terminase. Hacía meses que no disfrutaba tanto.

—¿Conoce a Neysa McMein? —preguntó.

—Pues claro que sí.

Dottie escudriñó su rostro y se preguntó si tal vez sería una de las conquistas de Neysa, pero decidió que, en tal caso, sin duda ya lo habría conocido.

—¿Le apetece que vayamos a su casa a tomar la última?

No hizo falta preguntárselo dos veces. Tomaron un taxi hasta la Cincuenta y siete Oeste y subieron por la escalera hasta la tercera planta.

—Ese es mi apartamento —dijo ella, señalando al llegar al descansillo—. Y ese de ahí, el de Neysa.

—Preferiría ver el suyo —repuso Charlie—. Si me lo permite.

Dottie abrió la puerta y él la siguió al interior. Luego cerró con el pie, la empujó contra la pared y empezó a besarla. Dottie notó que se le encendían todas las terminaciones nerviosas. Quería envolver su cuerpo con el suyo, poseerlo, entregarse a él por completo y sin reservas. Estaba borracha, pero sabía que incluso sobria habría hecho lo mismo. La atracción era arrolladora.

Él la levantó en brazos y la llevó al dormitorio, la tumbó en la cama y empezó a desnudarla. Era como si estuvieran drogados. Con cada gesto, con cada roce, sentía un hormigueo en la piel. Hicieron el amor con pasión, de una forma intensa y del todo absorbente. No existía nada más que el tacto de ese hombre.

Después, Charlie encendió un cigarrillo y lo compartieron mientras Dottie apoyaba la cabeza en su pecho. ¿Qué acababa de hacer? Solo era el segundo hombre con el que se acostaba. ¿Se lo contaría a alguien? ¿Y si se enteraba Eddie? Pero entonces decidió que la culpa era del propio Eddie, por marcharse. Le estaba bien empleado. Ella merecía un poco de felicidad.

—Vaya, no era así como pensaba que acabaría la noche cuando me preparaba para salir —comentó.

—La espontaneidad es mi virtud preferida —repuso él.

—Y la fornicación, mi vicio preferido —contestó ella, y levantó la cabeza para mirarlo a través de las pestañas—. Encontrar un taxi a estas horas de la noche será una pesadilla —añadió—, así que puede quedarse si quiere.

Él le quitó el cigarrillo y lo apagó.

—Bien —dijo—. Porque todavía no he acabado con usted, señora Parker. —La hizo rodar hasta colocarla bocabajo y le separó las piernas con una rodilla a la vez que le levantaba las caderas hacia él.

—Me parece que a estas alturas ya puedes llamarme Dottie —le dijo justo antes de que él entrara en su cuerpo por segunda vez.

# Capítulo 11

# WINIFRED

CUANDO CAYÓ EL telón tras la primera representación de la obra de Winifred, *La carretera de Dover,* el elenco y el equipo fueron al restaurante de Vincent Sardi, que estaba ubicado en un sótano, a esperar el ejemplar matutino de *The New York Times*. Siempre eran unas horas tensas. Habían programado seis meses en cartel para la obra, pero, si fracasaba, podían cerrar puertas después de solo una semana de representaciones y todos se quedarían sin trabajo. Winifred se reclinó en una banqueta de cuero que había junto a la pared, debajo de una colección de caricaturas de personajes de la farándula, y se preguntó si algún día su retrato les haría compañía.

Cuando un ayudante de dirección escénica apareció con el periódico, el director se lo arrebató y Winifred estudió su rostro; movía los labios a medida que iba leyendo.

—¡«Será un éxito asegurado»! —leyó con tono triunfal. Y siguió—: «Winifred Lenihan está impecable en el papel de Anne, la ingenua descerebrada. Posee una vis cómica extraordinaria y una presencia carismática en el escenario».

Ella sonrió de oreja a oreja. Resultaba gratificante que las críticas destacaran su trabajo. Dejar que George Kaufman le acariciara la rodilla había sido repulsivo, pero todas las actrices tenían que soportar cierto grado de toqueteo, y por lo menos el hombre había cumplido con su parte del trato implícito.

Cuando le pasaron el periódico y leyó la reseña entera, vio que el director había omitido las frases negativas: «banalidad insustancial», «un decorado que no es nada del otro mundo», «una desconcertante horda de personajes poco memorables». Aun así, si el resto de críticas iban en la misma línea, no les iría nada mal en taquilla.

El poder de la prensa era tal que, en cuestión de días, Max recibió tantas ofertas para actuar en comedias románticas banales que podría estar ocupada hasta el segundo semestre del año siguiente.

—Preferiría hacer un papel serio la próxima vez —le dijo ella—. No quiero encasillarme, aunque supongo que podría cambiar de opinión por el director adecuado.

Un buen director marcaba la pauta y podía conseguir que los ensayos y las representaciones de una obra resultaran en una colaboración feliz, mientras que un dictador con falta de imaginación

era una desgracia. Y peores aún eran los que pensaban que ella era coto para sus manoseos. Sintió una tirantez en el pecho e hizo a un lado las imágenes que querían aflorar a su memoria.

El telón bajaba a las diez y media todas las noches, y Winifred siempre se notaba demasiado agitada para retirarse. El elenco y el equipo solían reunirse en el local de Vincent Sardi porque lo mantenía abierto mientras quedaran clientes, no los obligaba a pedir comida y guardaba licor de buena calidad bajo la barra. Winifred salía con ellos más o menos una vez por semana, pero las demás noches cenaba con Peter o se dejaba caer por el Gonk o por el salón de Neysa para relacionarse con gente de fuera del mundillo. Le gustaban las conversaciones variadas, no solo los cotilleos de entre bambalinas.

Una noche llegó a casa de Neysa sobre las once y encontró a Dottie acurrucada en un sofá que había en un rincón apartado, disfrutando de un *tête-à-tête* con un joven esbelto y guapo. Lo escuchaba con tanta atención que ni se dio cuenta de que la saludaba con la mano.

Winifred se acercó entonces a Neysa y los señaló con un gesto de la cabeza mientras preguntaba: —¿Quién es ese?

—Un reportero. Se llama Charlie MacArthur —informó la anfitriona, y le pasó una copa.

—¿Buenas noticias? —preguntó Winifred.

La otra hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Simpático, pero casado, y con demasiada experiencia en cuestión de señoras. No es para nada lo que necesita Dottie.

—Ay, madre. Eddie no lleva fuera ni un mes. —Winifred bebió un trago y observó.

Dottie tenía todo el cuerpo reclinado contra su nueva adquisición y no apartaba los ojos de su rostro, mientras que él había adoptado la postura relajada de un hombre muy satisfecho consigo mismo. Winifred desconfió de él de forma instantánea.

Alec Woollcott, que estaba sentado en un sofá cerca de la ventana, también miraba a Dottie y a Charlie, así que Winifred se unió a él.

—¿Es un nuevo romance lo que veo ante mí? —preguntó mientras se sentaba.

—Yo he sido el casamentero —informó él— y ha funcionado bastante bien. Tal vez debería hacer carrera en el ramo.

—Pero está casado, Alec… Y ella también. —Le dirigió una mirada severa.

—¿A quién le importa? Solo es un poco de diversión. ¿Quieres que te encuentre a alguien?

—No, gracias —contestó ella enseguida—. Ya estoy comprometida.

Consultó el reloj. Peter había dicho que se encontrarían allí.

—¿Te has enterado de que voy a trasladarme a la nueva morada de Jane y Harold en Hell's Kitchen? —comentó Alec, y empezó a hablarle

de las habitaciones que ocuparía y de la fiesta de inauguración que estaban planeando.

Winifred lo escuchó, profundamente agradecida de no tener que compartir su apartamento con nadie. Le gustaba cerrar la puerta, poner un poco de música y prepararse un baño caliente. Su casa era un santuario donde podía relajarse sin preocuparse por la imagen que daba. Atesoraba su intimidad, porque había crecido en una familia enorme cuyos miembros vivían apretados en una casa pequeña; jamás había tenido una habitación para ella sola.

Entonces reparó en que Alec le había preguntado algo y estaba esperando respuesta.

—¿Actuarás en nuestra revista sobre la pandilla del Gonk? —repitió—. Se estrenará en mayo y será el éxito del año.

Winifred fingió decepción.

—Me temo que estoy contratada en el Bijou hasta junio. ¡Qué lástima!

—¡Tú te lo pierdes!

Alec se encogió de hombros y ella se preguntó si lo creería de verdad. Sabía que no iban a pagar a nadie a menos que el espectáculo cubriera costes, y no lograba imaginar que eso fuera a ocurrir con los domingos de un solo mes.

La puerta del estudio chocó contra la pared al abrirse de golpe, y de pronto apareció Peter con pinta de ir bastante perjudicado. Winifred se levantó para saludarlo, y también Neysa se acercó a él.

—Te había traído una botella de bourbon —dijo, mirando a la anfitriona con ojos vidriosos—, pero se me ha resbalado mientras subía y se ha estampado en el hueco de la escalera. Una triste pérdida. Aun así, me encantará aceptar una copa de tu establecimiento.

Neysa lo fulminó con la mirada.

—En este edificio viven niños. No puedes dejar eso así.

—¿Tienes escoba, recogedor y un cubo? —preguntó Winifred, que apartó bruscamente la cara cuando Peter se inclinó para besarla con su aliento de borracho.

Sintió vergüenza ajena.

Neysa fue a buscar los enseres de limpieza.

—Baja al vestíbulo, Peter, y no vuelvas hasta que hayas recogido el último añico de esa botella —dijo Winifred con severidad—. Luego sube a por un cubo de agua y friégalo todo hasta que también se haya ido el olor.

—Solo si tú me ayudas —pidió él con tono adulador.

—Ni lo sueñes. Es tu problema, soluciónalo tú.

—¿Ya es hora de decirle adiós a Peter? —preguntó Alec cuando Winifred volvió a sentarse con él—. No olvides mi ofrecimiento de buscarte a alguien nuevo.

—Eres un encanto, Alec —dijo ella con su mejor voz de actriz—. Te lo haré saber.

—¿QUE ME DEJAS? —repitió Peter, incrédulo, cuando por fin comprendió el mensaje—. Pero si he limpiado la escalera como me has pedido… Ha quedado reluciente.

Winifred dijo que no se trataba de eso, y que esperaba que siguieran siendo amigos. Era lo único que habían sido desde el principio, a ojos de ella, al menos.

—¿Amigos? —exclamó él, levantando un poco la voz.

Winifred vio que varias personas volvían la cabeza hacia ellos.

—Pero yo quiero casarme contigo.

—¡Ay, Peter, lo siento! Has escogido a la chica equivocada. No soy de las que se casan.

Se cruzó de brazos, y se preguntó por qué había empezado a salir con él. Le había parecido más interesante de lo que al final había resultado ser.

—Todas las mujeres dicen eso porque quieren que los hombres les vayan detrás. Me apuesto lo que sea a que buscas un anillo que ponerte en el dedo tanto como cualquier otra.

—Claro. Piensa eso si quieres. —Descolgó del perchero su abrigo negro de terciopelo con ribetes de seda y metió los brazos en las mangas de estilo kimono—. Espero que encuentres a una mujer adorable que te dé hijos adorables, pero no voy a ser yo.

Se despidió de Neysa con la mano, y también de Alec, que contemplaba la escena con sumo interés. Le encantaban los dramas, sobre todo si se desarrollaban fuera del escenario.

Dottie se había escabullido algo antes, pero Winifred decidió llamar a su puerta e invitarse a disfrutar de una charla nocturna. Le apetecía oír las cáusticas opiniones de Dottie sobre ese hombre que pensaba que todas las mujeres estaban loquitas por casarse con él.

Había levantado la mano para llamar a la puerta cuando oyó una voz masculina en el interior. Debía de ser Charlie. ¿Lo había invitado Dottie a tomar una última copa? Winifred esperaba que no fuera más que eso. En todo caso, quizá sería mejor no interrumpirlos.

Bajó la escalera con paso rápido y salió a la calle, pero, aunque tampoco era tan tarde —solo era la una de la madrugada—, no vio ni un solo taxi. El restaurante Swiss Alps, a pie de calle, estaba cerrado y tenía la persiana echada. Uno de los carruajes de caballos de Central Park pasó traqueteando por delante, pero Winifred no podía permitirse sus tarifas. Echó a andar. Oyó un portal que se cerraba y se volvió para ver a Peter, que caminaba torpemente hacia ella. Sintió

una punzada de alarma.

—¿Qué estás haciendo? Me voy a casa —exclamó mientras buscaba con la mirada para ver si aparecía algún taxi.

Peter la alcanzó y la agarró del antebrazo.

—Vuelve conmigo —dijo—. Si pasamos la noche juntos, te garantizo que cambiarás de opinión. A todas las chicas les pasa.

Ella se tapó la boca con la mano libre para ocultar su risa.

—Peter, estás como una cuba. Vete a casa a dormir la mona.

—No pienso aceptar un no por respuesta —insistió él, retorciéndole el brazo en la espalda.

Parecía un gesto juguetón, pero hizo que se pusiera en guardia. Winifred miró desesperada alrededor en busca de una escapatoria. Seguían sin aparecer taxis por ningún lado, y no había ningún transeúnte a quien pedir ayuda.

Presa del pánico, tiró del brazo para zafarse de Peter a la vez que lo empujaba con fuerza en el pecho, con lo que él trastabilló y estuvo a punto de caer de espaldas. Con su abrigo de terciopelo ondeando al viento, Winifred echó a correr por la Sexta Avenida y, al cruzar bajo las vías del tren elevado, pasó por delante de tiendas cuyos escaparates empequeñecían bajo los gigantescos anuncios de cigarrillos Chesterfield, píldoras laxantes ExLax y armónicas Hohner. Corrió todo lo que pudo durante una manzana y giró a la derecha en el primer cruce sin atreverse a mirar atrás para ver si Peter la seguía.

El corazón le latía como un redoble de tambor, oía un susurro constante en los oídos. «¡Socorro! —gritaba una voz muda en su cabeza, una y otra vez—. ¡Socorro!»

No aminoró el paso. Siguió zigzagueando en dirección sur durante doce manzanas y después cruzó Broadway para acortar, momento en el que estuvo a punto de atropellarla un ómnibus de un verde brillante que llevaba los faros apagados. Los teatros estaban cerrados y los basureros de uniforme blanco llenaban sus carros. Por suerte, aquella era una zona que conocía bien. Unos cuantos grupos de juerguistas trasnochadores se volvieron al verla correr, pero nadie intentó detenerla. Estaba tan asustada que no sabía qué habría sido capaz de hacer.

Al llegar a la esquina de su calle, se volvió para comprobar si Peter aún la seguía, y entonces el pie se le resbaló en el borde de la acera y se torció el tobillo izquierdo. Gritó de dolor y se agachó para ver si se había hecho mucho daño. No parecía tener ningún hueso roto, aunque notaba la zona inflamada. Se quitó el zapato y recorrió los metros que le quedaban hasta su puerta medio cojeando, medio saltando. Luego se agarró a la barandilla para tirar de su cuerpo escaleras arriba hasta la planta superior. Al menos Peter no la había seguido. Gracias a Dios que no le había dado su dirección.

Cuando estuvo en su apartamento, cerró la puerta con llave, metió varias toallas en agua fría, se dejó caer en el sofá y se envolvió el tobillo con ellas. El corazón se le tranquilizó poco a poco, su respiración se normalizó y la bruma que le nublaba la cabeza se despejó.

«Te has llevado un buen susto, pero ya estás a salvo —se dijo—. Estás bien.»

En realidad, no creía que Peter le hubiera hecho daño. Aunque fuera del tipo violento, había bebido demasiado para hacerle nada. Aun así, ese simple gesto de retorcerle el brazo en la espalda había disparado un recuerdo que no conseguía olvidar por mucho que lo intentara. Quizá necesitaba más tiempo, o quizá tendría que revivirlo una y otra vez durante el resto de su vida.

# Capítulo 12

# PEGGY

PEGGY TOMÓ UN taxi para ir a la nueva casa de Jane y Harold, y así disfrutar de la siguiente reunión del club de *bridge*. Toda la zona estaba degradada, pero el número 412 destacaba por ser el edificio más destartalado de toda la calle. Comprobó la dirección una segunda vez, subió los escalones y llamó a la puerta girándose para mirar a su espalda. Aquel no era ni muchísimo menos la clase de distrito en el que una mujer pudiera sentirse segura si caminaba sola.

—¡Adelante! —exclamó Jane para saludarla—. Pero cuidado con dónde pisas.

El vestíbulo parecía una pista de obstáculos, con sacos de cemento apoyados contra una pared, tablones apilados en el suelo y cajas de herramientas de los contratistas por todas partes. Al final del pasillo, giraron hacia un gran espacio abierto con una mesa rectangular en el centro y cajas de madera colocadas alrededor que hacían las veces de sillas. Dottie se había acomodado en una con una copa y un cigarrillo en la mano. Llevaba un abrigo verde bosque y un sombrero a juego con ribetes de astracán negro que Peggy no le había visto nunca.

—¡Aquí es! —dijo Jane—. ¿Me das tu abrigo?

—Me lo dejaré puesto de momento —repuso Peggy. No había calefacción y notaba que el frío le calaba hasta los huesos.

—Cuidado con no clavarte ninguna astilla en las partes delicadas —le aconsejó Dottie al verla sentarse en una caja.

—¿De verdad estáis viviendo aquí ya? —le preguntó a Jane mientras examinaba las paredes de yeso y el suelo de cemento. Había una bombilla desnuda colgando del techo—. ¿Cómo diablos lo conseguís?

—Nos trasladamos de una habitación a otra, según donde estén trabajando los obreros. Es mucho más fácil ahora que tenemos electricidad. Hay un cuarto de baño básico, y una cocina en el sótano. Ahora que tengo una escalera en Manhattan me siento como una gran dama. Incluso le grito a Harold: «¡Querido, bajo a la planta baja!» —dijo, imitando un acento de clase alta—, solo por regodearme.

—Espero que no les des la patada a tus viejas amistades ahora que has llegado a lo más alto del escalafón social —comentó Dottie, que arrastraba las palabras.

En la pared del fondo había una ventana que daba al patio, pero el exterior estaba completamente oscuro. Habían quedado más tarde de lo habitual para que Winifred pudiera unirse a ellas después de la representación. Cuando llegó, recorrió el pasillo cojeando, con la ayuda de un bastón. Tenía el tobillo izquierdo envuelto con vendas.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó Jane.

—¿Estás bien? —añadió Peggy.

Winifred se sentó en otra caja.

—Anoche corrí doce manzanas con tacones de ocho centímetros sin tropezar ni una sola vez y, justo al llegar a mi calle, me topé con un bordillo. El médico dice que tengo un esguince, así que hoy ha tenido que sustituirme mi suplente. Solo espero que no esté demasiado estupenda en el papel. Jane, ¿no tendrás otra caja donde pueda apoyar el pie? Se supone que debo mantenerlo en alto.

Jane fue a buscarle una y Winifred improvisó un cojín con su abrigo y, con una mueca de dolor, puso el pie encima mientras las demás la acribillaban a preguntas sobre por qué había tenido que correr, para empezar.

—Comprendí que lo mío con Peter había acabado —explicó—, pero él no lo veía del mismo modo. Insistía en que me quedara con él y hasta quería que nos casáramos. De hecho, pretendía convencerme con sus proezas sexuales.

Jane y Dottie estallaron en carcajadas, pero Peggy se la quedó mirando al intuir el miedo que debía de haber pasado. ¿Por qué, si no, había corrido durante doce manzanas?

—No había forma de encontrar taxi ni por arte de magia —siguió Winifred—, así que empecé a correr. Peter iba como una cuba y seguramente no llegó ni al final de la calle, pero, una vez me puse en marcha, pensé que lo más seguro era no parar, y todo habría terminado bien de no ser por ese fatídico tropezón.

—Tiene que dolerte —dijo Peggy con compasión—. Fuiste muy valiente.

—No tanto. —Winifred arrugó la nariz—. Solía ser la corredora más rápida en mis años de instituto. Ganaba incluso a los chicos. Anoche estuve a punto de llamar a tu puerta, Dottie, pero era tarde y oí una voz masculina dentro. ¿No te estaría haciendo una visita ese tal señor MacArthur, por casualidad?

Dottie ladeó la cabeza con una expresión algo cohibida.

—Me hizo muchas cosas anoche, pero no definiría ninguna como «una visita».

Peggy se la quedó mirando. ¡No podía ser! Miró a Jane y vio que estaba horrorizada. Winifred puso unos ojos como platos.

Jane fue la primera en recuperarse.

—¿No es un poco pronto, después de lo de Eddie? —preguntó.

Dottie se encogió de hombros; a Peggy le recordó a una niña malcriada.

—No ha sido amor a primera vista, si es lo que insinúas. Tardé por lo menos diez minutos en colarme por él.

—¿Amor, ya? —se extrañó Peggy—. Seguro que el amor de verdad no es como ese rayo de la mitología griega, sino algo que crece con el tiempo, a medida que conoces mejor a una persona.

—¿Y cómo narices vas a saber tú eso? —espetó Dottie.

Peggy tomó una bocanada de aire para tragarse esa crueldad, pero insistió: —Acabas de conocerlo y… Bueno, hay impedimentos de sobra, ¿no? Tú estás casada, él está casado…

—Los dos tenemos matrimonios infelices y queremos divorciarnos, lo cual resulta ser una feliz coincidencia.

Dottie encendió otro cigarrillo y luego pensó en ofrecerle uno a Jane, la otra fumadora del grupo.

—¿Es amable? —preguntó Winifred.

Peggy pensó que tal vez fuera la mejor pregunta de todas. ¿Había conocido Winifred a muchos hombres poco amables? A juzgar por su tono de voz, sospechaba que sí.

Dottie empezó a cantar las alabanzas de las cualidades extraordinarias de Charlie: amabilidad, ingenio, inteligencia, modestia, compasión, un físico de escándalo. De haber sido otra persona la que exhibiera una adoración tan obsesiva, Dottie habría sido la primera en soltar una pulla sarcástica, pero no era consciente del ridículo cuando lo hacía ella misma.

—Vaya, ni que fuera un santo de nuestra época —comentó Jane con aspereza—. Te deseamos lo mejor, Dottie, de verdad que sí, pero intenta poner los pies en la tierra.

—Esa es una de las muchas posturas que hemos probado. —Dottie sonrió de oreja a oreja—. Bueno, ya vale de interrogatorios. Pensaba que habíamos venido a jugar al *bridge*. —Se puso las gafas negras y acercó su caja a la mesa.

Peggy repartió las cartas y empezaron por un *rubber*. Jane y Winifred enseguida se pusieron en cabeza, y Jane confesó que había estado leyendo sobre técnicas de *bridge*. Durante un buen rato estuvieron muy empatadas, pero entonces Peggy consiguió una mano espectacular; mientras la examinaba, sospechó que Dottie no había barajado muy a conciencia después de la última ronda, porque tenía cartas altas ligadas de todos los palos.

—Voy a intentar un *grand slam* —anunció—. Eso significa que voy a por las trece bazas. Dottie, necesito que me ayudes no haciendo ninguna tú.

—No hay problema —accedió ella.

Peggy jugó una partida clásica, y se las apañó para que las demás

echaran las cartas altas mientras ella se guardaba las suyas para el final. Contaba mentalmente todo el rato y calculaba qué cartas le quedaban a cada una, hasta que se alzó ganadora.

—¡Caray! —exclamó Jane—. Yo quiero aprender a hacer eso.

Peggy sonrió con ganas.

—Lo harás.

A ella le habían enseñado a jugar sus padres: solía hacer pareja con su padre, y juntos se enfrentaban a su hermana pequeña y a su madre. La suya era una familia competitiva, y las partidas se tomaban muy en serio y se analizaban al terminar, pero siempre con buena intención. Le resultó muy útil en Vassar, donde enseguida la admitieron en el club de *bridge*.

Jane se levantó para servir un refrigerio: había comprado una bandeja de *bagels* con salmón ahumado y ensalada de huevo en una panadería judía del barrio, y también sacó una ginebra que había destilado en una bañera de la segunda planta.

—A ver qué os parece —dijo mientras les servía un vaso a cada una—. A Harold le encanta. Le he puesto enebrinas, unos granos de pimienta y un poco de peladura de naranja para suavizar un poco la intensidad del alcohol etílico de cereal.

Peggy fue la primera en probarla y dejó que se le deslizara por la lengua. Era fragante y aromática, sin el regusto químico que tenían la mayoría de las ginebras de contrabando.

—¿De verdad la has hecho tú? No le digáis que he dicho esto, pero es mejor que la de Neysa.

Dottie probó la suya y levantó una ceja.

—De-li-ciooo-sa… Es la clase de bebida que podría hacer que una chica se busque problemas. Prueba, prueba, Winifred. —Puso una expresión traviesa—. Ay, lo había olvidado, tú ya tienes suficientes problemas.

Winifred dio un sorbo.

—No soy muy bebedora, pero está divina.

Dottie se levantó para ir al baño y Peggy la siguió con la mirada. Le había dolido el comentario de «¿Y cómo vas a saber tú eso?». Hacía años que conocía a Dottie y sabía que acostumbraba a hablar mal de sus amigos a sus espaldas, pero no solía hacerlo cuando los tenía delante. Tal vez estaba más susceptible de lo normal, porque seguir soltera era un tema delicado para ella. Sabía que, si no tenía hijos, siempre lo lamentaría, pero empezaba a perder la esperanza de encontrar marido. El temor a que nadie la considerara digna de hacerla su esposa solía mantenerla despierta por las noches. Era evidente que Dottie no tenía ni idea de lo mucho que había herido sus sentimientos.

—Llamemos a las cosas por su nombre: eso no es un baño, es un

agujero en el suelo —dijo esta al regresar—. No consigo imaginarme a Alec viviendo en esta casa ni en este barrio. Es demasiado esnob. Se enorgullece de tener «tan buen gusto» que no permite que le guste nada.

—El barrio no está tan mal —comentó Winifred, que entonces habló con un deje irlandés de Tipperary—: Jesús bendito, si son compatriotas de mi viejo terruño. Huyeron de la hambruna de la patata y del dominio británico para convertirse en peones de albañil a las órdenes de la clase acomodada de Central Park.

Jane rio.

—Me alegra que te sientas como en casa. Los vecinos son muy amables, la verdad. Te paran por la calle y te cuentan la historia de su vida. —Se volvió hacia Peggy—. Supongo que no sabrás cómo acabó el barrio llamándose Hell's Kitchen, ¿no?

—Corren por ahí media docena de teorías —respondió esta—, la mayoría probablemente apócrifas, pero la más sangrienta de todas habla de una casa de vecinos en la Treinta y nueve con la Décima Avenida en la que se cometió un homicidio múltiple. Dos policías montaron guardia en el portal y el más novato comentó: «Este sitio es el infierno», a lo que el otro contestó: «Qué va, esto arde más que el infierno. Es "la cocina del infierno"». —Se interrumpió, porque todas estaban mirándola—. ¿Qué pasa?

—¿Ya es oficial que lo sabes todo? —preguntó Jane—. Madre mía, ojalá pudiera llevarte siempre en el bolsillo. Necesito una verificadora de datos. Cuando llamo a los de la redacción, nunca sé si me están tomando el pelo.

—¿Te toman el pelo? —preguntó Winifred—. Qué poco profesional.

Jane sacudió la cabeza.

—Es más sencillo no creer nada de lo que me dicen los chicos de la oficina, pero todavía pico. La semana pasada, por ejemplo, un estimado colega me pidió que investigara una historia relacionada con una tal señora Fish.

—¿La mujer de Stuyvesant Fish? —preguntó Peggy.

Jane levantó las manos con las palmas extendidas.

—Exacto. Eso pensé yo, así que no sospeché nada cuando me dieron una dirección que resultó estar en el fondo del East River. Por lo de *fish,* ya sabéis, «pez».

—¡Menuda forma de hacerte perder el tiempo! —exclamó Winifred —. Es muy mezquino por su parte.

—Estás muy callada, Dottie —dijo Peggy.

Era la clase de conversación en la que normalmente participaría improvisando algo sobre la señora *Lake* en Central Park, por el lago, o los señores *Lion* frente a la Biblioteca Pública, por las estatuas de los leones. Tenía la cabeza en otra parte.

—Debo irme ya —anunció entonces mientras miraba su reloj—. He quedado con Charlie en mi apartamento.

—Puede esperarte en casa de Neysa si llegas tarde —argumentó Peggy.

—No hace falta. Le he dado una llave.

Peggy cruzó una mirada con Jane y empezó a abrir la boca para comentar algo, pero Dottie ya estaba guardando las gafas y la pitillera en el bolso, y preparándose para marcharse.

—Compartiré el taxi contigo —dijo Peggy, porque pensó que así tendría ocasión de hablar con ella en privado.

Conocía a Dottie desde hacía más tiempo que Jane y se sentía hasta cierto punto responsable de ella.

Se despidieron y caminaron hasta la Novena Avenida para parar un taxi. Peggy le dio al conductor la dirección de Dottie primero.

—¿Necesitan provisiones, señoras? —preguntó el hombre mientras retiraba la alfombrilla de sus pies para descubrir un surtido de botellas de alcohol.

—Solo la carrera, gracias —dijo Peggy, que entonces se volvió hacia Dottie—. Me preocupas. Una mujer que se deja dominar por sus emociones pierde la habilidad de usar la inteligencia, y debo decir que pareces bastante sobrepasada.

—No lo entiendes, Pegs —repuso su amiga con voz suave y soñadora—. Charlie no es como los demás. Es… —A falta de palabras, se abrazó a sí misma y miró por la ventanilla como si tuviera la cabeza en las nubes—. Es especial.

Peggy había oído a otras mujeres hablar de ese sentimiento cuando llevaban puestas las gafas de color de rosa de los primeros días de un romance. A ella le parecía que se trataba de un efecto anestésico que provocaba visión de túnel e impedía que la sangre les regara el cerebro. Hasta las más listas se volvían crédulas.

—Espero que él también sepa ver lo especial que eres tú —dijo.

—Sé que crees que me he vuelto loca. No lo niegues. Pero algún día te pasará a ti también, y entonces verás…

Peggy se preguntó si sería así. Ella era demasiado corriente, demasiado convencional, para nada la clase de chica capaz de levantar pasiones. Soñaba con un hombre que fuera un buen compañero y un padre responsable para sus hijos, y que le permitiera seguir siendo ella misma. ¿Era mucho pedir?

—Si no puedes ser buena, sé prudente —bromeó Peggy cuando el coche paró frente al edificio de Dottie.

—La prudencia es aburrida —contestó su amiga con una chispa alegre en la mirada—. Voy a asegurarme de ser muy, pero que muy buena.

# Capítulo 13

# JANE

JANE Y HAROLD solían socializar por separado, pero tenían por norma cenar juntos todos los días y también pasar los domingos en pareja. A veces tomaban el tren a Coney Island, exploraban nuevas zonas de la ciudad, como Chinatown o el Lower East Side, o recorrían la orilla del Hudson.

En cuanto firmaron el contrato de compraventa del número 412 de la calle Cuarenta y siete Oeste, empezaron a dedicar los domingos a la casa. Cuando los obreros terminaron con los trabajos estructurales de todas las habitaciones, Jane y Harold se encargaron de pintar y empapelar las paredes, colocaron estanterías y colgaron cortinas. A Jane le encantaba la sensación de estar creando un hogar junto a él. Charlaban mientras trabajaban: sobre noticias de actualidad, sobre política y, más que nada, sobre la publicación que pensaban fundar.

Harold tenía madera de director de revista. Durante el tiempo que estuvo a cargo de *The Stars and Stripes,* consiguió sacar lo mejor de sus periodistas. No había frase pretenciosa ni adjetivo superfluo que escapara a su vista de lince. Tras su afable fachada escondía una ambición feroz y, desde el principio de su relación, Jane había intuido que era demasiado listo y tenía unas opiniones demasiado firmes para trabajar a las órdenes de otros durante mucho tiempo. Crear su propia revista parecía la forma ideal de aprovechar su talento y, en cuanto se pusieron de acuerdo en ese objetivo, estudiaron el mercado para intentar decidir qué forma tomaría.

—Estados Unidos necesita una revista decente de transporte marítimo —dijo Harold un domingo, mientras empapelaban el salón—. Hay un nicho de mercado, y por un número de una *Gaceta marítima* se podría pedir un precio elevado, porque los industriales pagarían lo que fuera por fisgonear información sobre compañías navieras, tarifas, pronósticos meteorológicos y demás. Hablé con el jefe de una azucarera y, según él, aflojarían hasta cinco dólares por número.

Jane frunció el ceño.

—Es demasiado especializado. Te aburrirías publicando la misma clase de artículos una semana tras otra.

Se subió a una escalera de mano y alisó la parte superior de una tira de papel en la pared. El estampado consistía en geométricos abanicos

dorados sobre un fondo de color marfil. Le preocupaba que pudiera resultar demasiado llamativo, pero en esa sala orientada al norte causaba un efecto moderno y cálido.

Harold guio la parte de abajo para alinearla bien.

—En cuanto formara al equipo, no tendría que involucrarme en las labores del día a día y podríamos invertir los beneficios en algo más emocionante.

—¿Como qué?

—Bueno… Tal vez en publicar libros de bolsillo, con unas cubiertas que nos salieran lo más baratas posible. Voltaire para las masas.

Jane vio que Harold tenía cola de papel en el pelo y esperó que se fuera sin mucho esfuerzo cuando se lo lavara.

—No sabemos nada sobre publicación y distribución de libros. ¿No deberíamos ceñirnos a lo que sabemos, que son revistas y periódicos?

—Me encantaría fundar un nuevo periódico diario —dijo él con aire soñador mientras aplicaba cola con demasiada generosidad en la siguiente tira de papel—. Uno sin tendencia política, donde los reporteros tengan libertad para escribir las cosas tal como las ven.

Jane bajó de la escalera para hacerse con la siguiente tira.

—Sí, a mí también, pero me han dicho que se necesita un mínimo de cinco millones de dólares para lanzar un diario de pequeño formato, y nadie en su sano juicio nos dará semejante cantidad. Por eso me parece que una revista semanal o mensual es la mejor opción. Algo con análisis inteligentes de la política y las artes, y también con humor. Conocemos a un montón de personas divertidas.

Harold arrugó la nariz.

—Puede que sean divertidos cuando están sentados a la mesa del Gonk, pero esa clase de humor de salón no siempre se traslada bien a un público más amplio. Su autocomplaciente revista musical no fue nada digno de recordar.

—¡Claro que sí! —Jane sonrió de oreja a oreja—. La mayoría de los que la vieron recordarán sin duda que fue una de las tardes más tediosas que jamás hayan pasado en un teatro. Pero no les digas a Alec ni a George que he dicho eso.

Encontrar el equilibrio era importante. *Judge,* la revista para la que escribía Harold en esos momentos, publicaba devastadoras caricaturas satíricas con carga política. Jane quería que su revista llegara a un espectro más amplio, con ensayos serios, periodismo de investigación, y también ficción y poesía, pero ¿cuál sería el enfoque? ¿Cómo llegarían a los lectores?

—Sabemos que los principales consumidores de revistas son los habitantes de las ciudades —apuntó—. ¿Por qué no hacemos que la nuestra sea una sofisticada publicación metropolitana dirigida a la clase de personas que conocemos aquí, en Nueva York? —Alisó otra

tira de papel y se inclinó hacia atrás para comprobar el efecto—. Nada de los campos de trigo de Dakota del Norte ni del precio de la panceta.

—Podría ser el azote de la hipocresía en cualquier forma que se manifieste, ya sea en el caso del demócrata Tammany Hall o entre los republicanos de Volstead. Podríamos dejar a Alec suelto y darle una columna de opinión. —Harold se pasó los dedos por el pelo encrespado.

Jane sonrió; por eso se lo estaba dejando perdido de cola.

—No tengo muy claro lo de Alec; puede portarse como un viejo cascarrabias. Pero me parece que ese tipo de revista encajaría muy bien con tus puntos fuertes como director.

Harold, claramente entusiasmado, empezó a disparar ideas para artículos mientras Jane colocaba otra tira de papel, bastante satisfecha consigo misma. Se le daba bien convencerlo de su propio punto de vista. Cuando se conocieron, en Francia, él le dijo que no soportaba Nueva York, pero ella lo convenció para que intentaran vivir allí y Harold había acabado amando la ciudad con tanta pasión como el que más. Cada vez que ella le decía que un amigo daba una fiesta, él hacía todo lo posible por escaquearse, pero luego acababa pasándolo tan bien que era el último en marcharse. Él era un hombre de palabra escrita, un redactor nato, un faro para las nuevas ideas, pero ella era la persona práctica, la que conseguía que las cosas ocurrieran. Juntos formaban un equipo bastante impresionante, o eso pensaba Jane.

LOS OBREROS ESTUVIERON trabajando todo el verano sin descanso, así que la primera planta quedó terminada a mediados de septiembre. Jane decidió dar una fiesta ese otoño, mientras todavía hiciera buen tiempo y los invitados pudieran salir al patio de atrás. En cuanto se instalaron allí, por debajo de la puerta empezaron a aparecer folletos de contrabandistas que ofrecían licor de primera calidad a precios competitivos. Jane fue a visitar a uno y negoció un buen trato por un barril de cuarenta litros de alcohol etílico puro para poder destilar más de su propia ginebra. También compró botellas de Johnnie Walker, coñac Martell, ginebra Booth's y ron Bacardi, además de un poco de granadina para hacer Pink Ladies y algo de licor de cacao para los Brandy Alexanders, que, según afirmaba Alec —sin que aportara prueba alguna—, se llamaban así por él.

Alec aún no se había trasladado al 412 porque la fontanería de la segunda planta no estaba a la altura de sus puntillosas necesidades, pero se había empeñado en tomar el control de la fiesta y le dio a Jane una larga lista de personas a quienes quería invitar.

Ella se echó a reír.

—Alec, eres incorregible. Ni siquiera pagas todavía el alquiler, y no has movido un dedo para ayudar con la decoración de la casa. ¿Qué te hace pensar que tienes derecho a invitar a toda esta gente?

—Son tipos entretenidos que harán la fiesta mucho más animada. Queremos labrarnos la reputación de organizar las mejores veladas, ¿verdad? Pues deberíamos empezar tal como queremos que acabe.

Jane reparó en su uso del plural. Era evidente que se consideraba uno de los anfitriones. Se guardó un comentario sarcástico antes de contestar: —Invita a quien quieras, Alec. Me parece bien.

EL DÍA DE la fiesta, Peggy llegó por la mañana para ayudar a Jane a preparar un bufé de fiambre de jamón y pavo, ensalada de patata, judías estofadas y pastel de chocolate. Incluso había tarrinas de helado enfriándose en la nevera recién estrenada que tenían en el sótano. Sacaron botellas y copas, platos y tenedores sin hacerse una idea de cuántas personas se presentarían.

Dottie y Charlie aparecieron a media tarde con nada menos que un tiovivo de feria. Habían sobornado al dueño para que lo remolcara por toda la ciudad y lo montara frente al 412, donde los invitados de la fiesta podrían disfrutar de una vuelta en los caballitos de alegres colores mientras sonaba la música cantarina de un gramófono que funcionaba a cuerda. A Jane le pareció que estaban muy borrachos. Ebrios de amor. Mientras los miraba, Charlie agarró a Dottie y le hizo bailar un vigoroso tango en plena calle.

Jane se volvió hacia Bob Benchley, que estaba a su lado.

—A ver cuánto dura… —comentó, señalándolos con la cabeza.

—Cosas más raras se han visto —repuso él sin mucha convicción—. Piensa que Warren Harding salió elegido presidente…

Una multitud de vecinos irlandeses se habían reunido allí a curiosear y, cuando Winifred llegó en taxi, se oyeron murmullos de reconocimiento.

—¿Podría firmarnos un autógrafo, señorita Lenihan? —pidió una mujer.

Cuando accedió, otras corrieron a sus casas a buscar libretas de autógrafos o programas teatrales que pudiera firmarles. Winifred había interpretado el papel protagonista en un par de espectáculos de Broadway, pero no era ni mucho menos una gran figura. Jane supuso que las vecinas se sentían orgullosas porque era una de las suyas, una muchacha de la Isla Esmeralda.

EMPEZABA A OSCURECER cuando Jane oyó una voz estruendosa que le resultó familiar y comprendió que había llegado Alec. Miró en dirección a la puerta del comedor y allí lo vio, rodeado de su corte junto a la zona de bar, con una bebida ya en la mano. Neysa había llamado algo antes para decir que no podría asistir, y Jane sabía que Alec se llevaría un chasco.

La casa estaba abarrotada y, mientras se abría paso de una habitación a otra, Jane se dio cuenta de que había muchas caras que no conocía. ¿Serían amigos de Alec? ¿De Harold? Hacía un buen rato que no lo veía, así que lo imaginó metido en alguna conversación profunda. Siempre encontraba a alguien con quien pontificar.

—Siento interrumpir, pero ¿quién os ha invitado? —preguntó a un grupo de jóvenes irlandeses que se estaban sirviendo de su Johnnie Walker.

—Nos han dicho que esto es un nuevo bar clandestino —contestó uno de ellos—. La puerta estaba abierta.

—Me temo que es mi casa y que esto es una fiesta privada —informó Jane—. Es hora de que os vayáis.

Alargó la mano para hacerse con sus vasos y les señaló la salida.

—Vamos, no sea aguafiestas —protestó otro.

Justo en ese momento, dos hombres con gabardina gris y sombrero de fieltro entraron en el vestíbulo por la puerta abierta.

—¿Qué es todo esto? —preguntó uno.

—Una fiesta privada —contestó Jane—. Para unos cuantos amigos íntimos.

—Somos agentes de la Prohibición. —Le enseñó una placa y ella sintió un ligero mareo al verla—. Nos gustaría echar un vistazo.

—¿Tienen una orden? —preguntó Jane, pero el hombre no le hizo caso y la empujó para recorrer el pasillo y entrar en el comedor.

¿Por qué no había pensado en esconder las botellas? Había una docena de ellas muy a la vista. Jane contuvo la respiración. Había polizontes que aceptaban sobornos, pero otros eran muy estrictos con el cumplimiento de la ley. ¿Debía arriesgarse a ofrecerles dinero? Mejor que no.

—¿De quién son esas botellas? —preguntó el agente mientras levantaba una para olisquearla.

Alec señaló a Jane con el dedo sin pestañear siquiera.

—De Jane Grant. Esa de ahí.

Ella se lo quedó mirando sin salir de su asombro.

—Muchas gracias, Alec —dijo.

—Nos gustaría que viniera con nosotros a comisaría y contestara algunas preguntas —anunció uno de los agentes—. Nos llevaremos todo esto como prueba.

El hombre recogió una buena cantidad de botellas. Harold apareció

en ese momento e insistió en acompañarlos.

—No, no vengas —pidió Jane—. Llama a Carr Van Anda.

Carr era su jefe en *The New York Times* y Jane sabía que le conseguiría asesoramiento legal en caso de que lo necesitara.

—Si contesta a nuestras preguntas, no tardaremos demasiado —dijo el otro agente, que se llevó todas las botellas que era capaz de cargar.

Jane supuso que se las regalaría a su familia o las vendería.

Harold preguntó de qué distrito eran, y ellos contestaron que la comisaría estaba a dos manzanas.

—¡Hasta dentro de un rato! —Jane se despidió con la mano mientras salía escoltada por los dos polizontes—. ¡No hagáis nada que yo no haría!

No tenía miedo. A lo sumo le harían pagar una multa. Solo que no era así como había esperado que terminara la fiesta y, además, estaba molesta por la traición de Alec. ¿Quién habría dicho que era un soplón?

En comisaría, la condujeron a una salita y la dejaron allí media hora para poner a prueba su paciencia antes de que un inspector aburrido entrara y tomara asiento sin apenas mirarla.

—¿Cuándo abrió su bar clandestino? —preguntó.

—No es un bar clandestino. Es una fiesta privada y sus agentes no deberían haber entrado sin una orden judicial. Han violado la ley.

El hombre hizo caso omiso.

—¿Cómo se llama y cuál es la dirección de su proveedor de contrabando? —preguntó con el bolígrafo preparado para anotar la respuesta en una libreta.

Jane soltó una risa.

—¿Cuál de ellos?

—¿Tiene más de uno?

—Como todo el mundo.

El inspector la miró entonces, pero su expresión no denotaba diversión.

—Muy bien, empecemos por el nombre del que le ha vendido las botellas que mis agentes han encontrado esta noche.

Jane negó con la cabeza.

—¿De verdad espera que le responda a eso? Aprecio mi vida demasiado para enemistarme con los tipos que controlan el negocio del licor.

El hombre dejó su libreta en la mesa y aspiró entre los dientes.

—Si no quiere hablar, recibirá una citación para acudir a los tribunales por saltarse la Ley Seca. Dígamelo ahora y saldrá libre de aquí. Usted decide.

—Es fácil —repuso Jane—. Iré a los tribunales. ¿Puedo marcharme ya?

Le dijeron que esperara hasta que hubieran redactado el informe y pudiera firmarlo. Jane no llevaba abrigo y en la sala hacía frío. Menuda farsa era esa ley que convertía en delincuentes a ciudadanos que, por lo demás, siempre respetaban las normas. La Ley Seca estaba enriqueciendo a los gánsteres y menoscabando el respeto por las autoridades, sobre todo porque era bien sabido que los agentes de la Prohibición aceptaban sobornos.

Pasaba de la medianoche cuando consiguió regresar a la fiesta, que parecía más animada que nunca. Como las botellas buenas habían desaparecido, todo el mundo estaba bebiendo de su ginebra casera. ¡Gracias a Dios que los agentes habían olvidado subir a la planta superior y no habían encontrado la bañera!

Cuando entró en el comedor, Alec seguía sentado en el mismo sitio que antes, con un vaso de su ginebra de bañera en la mano.

—Gracias por echarme a los lobos —dijo ella con sarcasmo—. Siempre había querido tener antecedentes policiales.

Para su sorpresa, no recibió ni una palabra de disculpa ni una triste explicación, solo una dura mirada de varios segundos.

# Capítulo 14

# DOTTIE

DOTTIE Y CHARLIE estaban tumbados en la hierba de Central Park mientras disfrutaban del pícnic que habían improvisado y daban algún trago de la petaca de él. Un pato con la cabeza verde se les acercó con paso torpe y Dottie le lanzó un trozo de galletita salada.

—¿Crees que es inteligente? —preguntó—. ¿Es un pato listo?

—No lo sé. Prueba a preguntarle por qué los ánades vuelan al sur en invierno.

—Ya sé la respuesta —dijo Dottie mientras lanzaba otra galletita—. Porque está demasiado lejos para ir caminando.

Charlie se echó a reír.

—¿Has visto que no intenta llevarse la comida a casa para la familia? Se busca la vida él solo. Este pato es soltero.

—Me parece a mí que todos los hombres son solteros cuando su mujer no mira. —Dottie se volvió hacia él con ojos desafiantes.

—¡No pienso dejar que te vayas de rositas después de decir eso! —exclamó Charlie, que se lanzó sobre ella y la tumbó de espaldas sobre la hierba.

La agarró de las muñecas y la besó con pasión.

—¡Qué vergüenza! —oyeron que decía una voz de mujer.

Dottie se liberó de Charlie y vio que una gran dama de avanzada edad y su acompañante los estaban mirando.

—¡No se preocupe, estamos casados! —gritó Dottie, y añadió—: Solo que no el uno con el otro.

—Me enamora que te importe todo un comino —dijo Charlie con calidez.

«Enamorar.» Dottie se quedó prendada de esa palabra. No se la quitó de la cabeza en todo el rato que estuvo con él. Charlie aún no le había dicho que la amara, así que también ella se había contenido, aunque siempre lo tenía en la punta de la lengua. Él ocupaba todos sus pensamientos. Sencillamente, no podía creer la suerte que había tenido de conocer a Charlie. Era un milagro.

Al contrario que Eddie, no la criticaba ni intentaba hacerla cambiar. Al contrario que a Eddie, le interesaba su trabajo; incluso la animaba a escribir una obra para la que tenía una idea. Al contrario que Eddie, deseaba hacerla feliz de verdad. ¡Y el sexo! Ay, Dios mío… Tres meses y todavía seguían sin poder quitarse las manos de encima. Era como si

fueran dos criaturas hechizadas, y Manhattan, un lugar de luz, color y felicidad.

No se sentía culpable por su todavía marido. Le había hecho demasiado daño y había sido él quien se había marchado. Además, seguro que a esas alturas ya tenía a otra mujer. Se sentía aliviada al pensar que no habría más fines de semana incómodos con los padres de él, y tampoco más puñetazos de borracho ni más ojos morados. Charlie bebía lo suyo, pero eran unas borracheras divertidas, nada desagradables. Él era todo lo que Dottie buscaba en un hombre, y mucho más.

Entre semana tenía que trabajar, pero casi todas las noches quedaban en el Gonk, en casa de Neysa o en el apartamento de ella. Un día que él tuvo que quedarse hasta tarde para acabar un artículo, Dottie, intranquila en su ausencia, se pasó por casa de Neysa. Su amiga le sirvió una copa y se la llevó al sofá.

—Hace tiempo que quería hablar contigo —le había dicho—, pero ya nunca te veo sola.

—¿Sobre qué querías hablar? —Dottie bebió un sorbo y pensó que la ginebra de Jane era infinitamente superior.

—Espero que no te estés encariñando demasiado de Charlie. Es el tipo de hombre que siempre tiene las maletas listas. Jamás conseguirás que siente la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —Dottie sintió que se le encogía el estómago.

—Mira… Encargué esto para él el año pasado. —Neysa sacó un objeto del bolsillo de su bata de pintora y se lo entregó. Era un sello de goma manchado de tinta con las palabras «Te quiero» grabadas en él—. Bromeábamos diciendo que le iría bien cuando no recordara el nombre de la chica de ese mes.

—¿Por qué me cuentas esto? —Dottie se estremeció y le devolvió el sello.

—¿Cuánto hace que salís juntos? ¿Tres meses?

Dottie sonrió.

—Y algún día más.

—Ya es más que con la mayoría. —Neysa entrelazó su brazo con el de Dottie—. Diviértete, pero no te lo tomes muy en serio.

Ella se sonrojó.

—Me ha dicho que lo que tenemos es especial y que nunca había conocido a nadie como yo.

—Seguro que es cierto —opinó Neysa—, pero no es hombre de una sola mujer. —Y le enumeró la lista de las muchas mujeres conocidas por ambas que habían tenido una aventura con Charlie en algún momento.

Dottie escuchaba cada vez más alarmada.

—No sabes lo que estás diciendo —protestó, desafiante, cuando

Neysa terminó—. Aunque estuviera con todas ellas en el pasado, ahora ha cambiado.

De repente no quería estar en ese apartamento ni un minuto más. Sentía náuseas solo con imaginarlo en la cama con alguien que no fuera ella.

—Me voy a casa. Si Charlie pasa por aquí, dile dónde estoy, por favor.

Neysa alargó la mano y le apretó el brazo.

—Lo siento. Tenía que decírtelo. No me habría perdonado si no lo hubiera hecho.

Ya en su apartamento, Dottie llamó a Jane por teléfono y le contó lo que acababa de decirle Neysa.

—¿Crees que puede estar enamorada de Charlie? —añadió—. Si no, ¿por qué querría estropear mi relación?

Jane guardó silencio antes de responder.

—Creo que está intentando protegerte, Dottie. Cualquiera que tenga ojos en la cara puede ver que Charlie bebe los vientos por ti, pero tal vez sería mejor que fuerais más despacio. Yo tuve a Harold esperando un año desde la primera vez que se me declaró hasta que le dije que sí, y conservo una colección de cartas de amor maravillosas que lo demuestran. A los hombres les gusta ir tras su presa.

—Andar jugando con el hombre al que amo no es mi estilo —repuso Dottie—. Ya me conoces, Jane… Soy una chica de todo o nada.

LAS PALABRAS DE Neysa quedaron alojadas en el cerebro de Dottie como si fueran metralla, y, cuando Charlie le dijo una noche que no podía quedar con ella porque tenía que trabajar, su imaginación se disparó. ¿Podía estar viéndose con otra? ¿Lo estaba perdiendo?

—No es justo que tu redactor te haga trabajar hasta tan tarde —le dijo al día siguiente, intentando mantener un tono informal—. ¿Adónde enviaron esta vez al enviado especial?

Su respuesta fue tan detallada y convincente que Dottie se dijo que no había nada que temer. Confiaba en él; solo sospechaba porque no podía creerse la suerte que había tenido de conocer a un hombre tan maravilloso.

Una semana después, él le dijo que tenía que quedarse hasta tarde en la redacción, pero ella llamó y la recepcionista le comunicó que había salido a la hora de siempre. No le habría dado más vueltas de no ser por las dudas que Neysa había sembrado en su mente. Así las cosas, la angustia invadió su cerebro mientras no dejaba de imaginarlo con otra por la ciudad. Estuvo llamando a su apartamento sin parar, hasta que por fin él contestó pasadas las once.

—Cómo me alegra oír tu voz —dijo Charlie—. Estoy molido. El jefe me ha enviado a cubrir una reunión de la Cámara de Comercio Internacional. No me preguntes de qué trataba, porque no he entendido una palabra, pero de alguna forma tengo que redactar un artículo para mañana por la mañana. —Bostezó—. Dios, ojalá estuvieras aquí. Cansado o no, me encantaría lanzarte sobre la cama y hacer maldades contigo.

—Podría estar allí dentro de veinte minutos gracias a la magia de los taxis de la ciudad de Nueva York… —insinuó ella—. Con ropa interior de seda color melocotón y una sonrisa traviesa.

Charlie bostezó.

—Es que no puedo, Dottie. Resérvatelo para mañana, ¿vale?

Dos días después, revisó el *New York American* y, en efecto, encontró un artículo sobre comercio internacional con la firma de Charlie. Le había dicho la verdad. Podía confiar en él. Debería relajarse.

Una noche salió a tomar una copa con Bob Benchley al Fifty-Fifty Club, un bar clandestino que no solía frecuentar, y su mayor temor se hizo realidad: descubrió a Charlie sentado con una chica en el reservado de un rincón. Una jovencita rubia con pinta de estar ansiosa por complacer. Se le encogió el estómago y sintió que se mareaba.

—¡Pero mira quién está ahí! —exclamó con voz chillona mientras los saludaba con la mano.

—Quedémonos en la barra —le murmuró Bob al oído, pero ella no hizo caso y lo arrastró por la sala tirándole del brazo.

—¡Hola! —saludó a Charlie con voz zalamera, intentando parecer despreocupada—. ¡Qué casualidad encontrarte aquí! ¿Te importa si me siento?

Charlie sonrió, contestó que por supuesto que no y le presentó a la chica, Alice.

Dottie se lanzó a hablar con palabrería alegre, como si no tuviera de qué preocuparse. A saber lo que estaría diciendo; después no recordaría nada de nada. Sentía tantos nervios en el estómago que pensó que iba a vomitar encima del primoroso vestido azul cielo de Alice. Bob le clavó el codo en el costado para intentar contenerla.

—Bob, ¿eso que estás bebiendo es café de verdad? —preguntó Charlie con cara de incredulidad—. ¿Ni siquiera lleva un chorrito de brandy para alegrarlo?

—Es abstemio —explicó Dottie—. Supongo que alguien tiene que serlo.

—Es cosa de familia—añadió Bob—. Somos pacifistas.

—Se puede beber sin acabar metido en una pelea —contestó Charlie—. Yo lo consigo la mayoría de las noches. No sabes lo que te pierdes. ¿A que sí, Dottie?

—Tal vez deberíamos pervertirlo —dijo ella con una traviesa

mirada de reojo—. Los bebedores son más divertidos. ¿No quiere usted ser divertido, señor Benchley?

—¿Divertido? —repitió este—. ¿No es la diversión uno de los siete pecados capitales?

—Lo era donde yo crecí —concedió Dottie. De repente le parecía imprescindible que Bob se tomara una copa, así que buscó la colaboración de los demás—: Vamos a escogerle a Bob su primerísima bebida alcohólica. ¿Tú qué te has pedido, Alice? Parece lo bastante inocuo para un principiante.

La chica contestó que era un Orange Blossom, un cóctel de ginebra, vermú y zumo de naranja.

—Me gusta, porque no se nota mucho el alcohol —dijo.

Votaron y acordaron que Bob debía probar un Orange Blossom, y Charlie fue a la barra a pedírselo. Los tres contemplaron cautivados cómo Bob bebía el primer trago alcohólico de su vida.

—¡Pues no está mal! —anunció, arrugando la nariz—. Recuerda al enjuague bucal.

—¡Un converso! —exclamó Dottie abrazándolo—. Bienvenido a nuestro mundo.

Charlie alargó la mano para darle un apretón a Bob y luego consultó su reloj.

—¡Mira qué hora es! Alice y yo tenemos que irnos. —Se levantó y la tomó de la mano—. He prometido llevarla a casa a las once.

—Podrías meterla en un taxi y volver con nosotros —propuso Dottie.

—Será mejor no arriesgar. Te veo mañana, Dottie.

En cuanto desaparecieron, ella se echó a llorar.

—¿Cómo puede salir con otra chica? ¿Es que no significo nada para él?

Bob rebuscó en su bolsillo y le ofreció un pañuelo arrugado y no demasiado limpio.

—Voy a darte mi mejor consejo, pero solo si prometes que no me pegarás un puñetazo en el ojo.

Dottie se sonó la nariz haciendo bastante ruido antes de acceder.

Su amigo respiró hondo y la miró con bondad.

—A los hombres como Charlie les gustan los retos. Tienes que dejar que te persiga. Alguna noche, cuando quiera verte, dile que estás ocupada. Responde de forma misteriosa cuando te pregunte dónde has estado. La próxima vez que hables con él, ni siquiera le menciones a Alice. Eres una criatura independiente que no lo necesita, y tiene mucha suerte de haberte encontrado. Recuérdalo.

—¿Es que una chica no puede ser sincera con sus sentimientos en esta maldita ciudad? —bramó ella.

—Es mejor que no —le aconsejó Bob—. Podrías espantar a los

caballos.

El teléfono sonaba cuando llegó a casa esa noche y, para inmenso alivio suyo, era Charlie quien llamaba. Le explicó que Alice era la hija de una amiga de su madre. Había prometido sacarla una noche por la ciudad, pero Dottie no debía pensar en una cita romántica; la chica no significaba nada para él. Además, ¿no debería él preocuparse por la cantidad de tiempo que pasaba ella con Bob Benchley? Los había visto muy compenetrados. Pero los celos eran veneno para una relación, según dijo, y no quería que afectaran a la suya. Ellos dos eran mejores que todo eso.

Dottie se pasó días dándole vueltas a su explicación. Su amor había empezado a parecerse a una enfermedad que le confundía el pensamiento. No se sentía ella misma. Todas las mañanas se despertaba con la cabeza tan espesa como si tuviera una resaca espantosa, incluso cuando apenas había bebido. Se quedaba dormida encima de la máquina de escribir casi todas las tardes, y a las diez de la noche ya estaba tan cansada que se sentía desfallecer. Debía de ser porque Charlie la tenía despierta hasta muy tarde con tanto sexo.

—Te veo algo pálida —comentó Peggy—. ¿Comes bien? Quizá deberías ir al médico.

Dottie no le hizo caso, porque estaba convencida de que lo que le provocaba ese malestar era su enorme inseguridad respecto a Charlie, y ningún médico podría hacer nada contra eso.

UNA TARDE SE dejó caer por el Gonk y se tomó una copa con Marc Connelly. Mientras hablaban, ella empezó a sentir un extraño mareo, como si una niebla descendiera sobre su cerebro. Retiró la silla hacia atrás y se levantó para ir al baño, pero las rodillas le fallaron y cayó al suelo.

Recobró la conciencia gracias a los acres aromas de las sales de olor, que pinchaban como alfilerazos en la nariz. Frank Case, el director del Gonk, estaba acuclillado junto a ella, igual que un hombre con una bata blanca que se presentó como el médico del hotel.

—Tome mi brazo —ofreció este— y vayamos a un lugar más tranquilo.

Frank Case les dejó una habitación libre y Dottie, todavía un poco atontada, se tumbó encima de la colcha.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Eso es lo que pretendo averiguar —dijo el médico.

Le tomó la temperatura y la tensión arterial, le comprobó el pulso y le auscultó el corazón.

—¿Cuándo tuvo el periodo por última vez? —preguntó el hombre

mientras le palpaba el abdomen.

Dottie se devanó los sesos por recordarlo. Le parecía que hacía siglos.

—No estoy segura —dijo.

—¿Ha ganado peso últimamente? ¿Nota la zona de los senos más sensible?

—No estoy segura.

Charlie les había puesto nombre a sus pechos: Ethel y Annie. Eso era lo único en lo que podía pensar.

—Bueno, señora Parker, sospecho que podría estar embarazada. Le sugiero que vaya a su médico habitual y…

El resto de sus palabras se perdieron entre la conmoción de Dottie. Era imposible. Tenían cuidado. Casi siempre, al menos. Ay, Dios, ¿era cierto? ¿Qué ocurriría ahora?

Dottie siempre había querido ser madre. Si Charlie y ella tenían un hijo, tal vez ya no se sintiera tan insegura. Claro que era muy pronto —demasiado—, pero tal vez así debía de ser.

—Su marido estará encantado —le dijo el médico al ver la alianza que todavía llevaba en el dedo.

Regresó al Salón Rosa completamente aturdida, pero no le dijo nada a ninguno de los que estaban en la Mesa Redonda. La noticia ardía en su interior como una llama al rojo vivo, pero le parecía más justo contárselo primero a Charlie.

No hacía más que dar vueltas a las cuestiones prácticas. Tendrían que divorciarse a toda prisa si querían evitar que el pequeño naciera fuera del matrimonio. Estaba segura de que podría convencer a Eddie, pero ¿y si la mujer de Charlie intentaba impedírselo? Era más precipitado de lo que habrían querido, pero, por otro lado, también era todo lo que ella deseaba. Se sonrojó al pensar que se convertiría en la esposa de Charlie y en la madre de su hijo, e intentó acallar las dudas que la acuciaban.

Fue a ver a su médico a la mañana siguiente. Tras examinarla, este coincidió en el diagnóstico, así que Dottie llamó a Charlie y le pidió que se vieran en su apartamento esa noche. Pasó todo el día ensayando formas diferentes de decírselo, como: «¿Te parece que este bebé me hace más gorda?». Aunque los chistes no parecían apropiados.

Él reaccionó como si se oliera algo.

—¿Estás enferma? —le preguntó con cara de preocupación—. He oído que te desmayaste en el Gonk.

Dottie tomó aliento.

—No, enferma no, pero… Parece que tengo un pequeño que viene en camino. —Se mordió el labio y estudió su rostro en busca de alguna reacción.

Charlie se quedó boquiabierto. Estaba sorprendido de verdad.

—Cielo, lo siento —dijo, y la abrazó de tal forma que le aplastó la cara contra su hombro—. He ido con mucho cuidado… Ay, Dios mío, quiero que sepas que no estás sola en esto.

¿Que no estaba sola? Eso sonaba raro. Apartó la cabeza y levantó la mirada hacia el apuesto rostro que tanto adoraba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Que no voy a abandonarte —repuso él—. Por supuesto que no. Pagaré lo que sea necesario para que abortes en la mejor clínica de la ciudad. Para ti, solo la *crème de la crème*.

Dottie se zafó de su abrazo y se volvió de espaldas para que no viera lo deshecha que estaba. Por supuesto que no podían tener ese niño. Todos sus planes y sus sueños se estrellaron de golpe. «No llores. Los hombres detestan ver llorar a las mujeres. Tampoco le supliques.» Se mordió el labio con fuerza.

«Pobre Dottie», pensó al volverse de nuevo hacia él. Menuda boba soñadora había sido. Menuda pánfila de tres al cuarto.

# Capítulo 15

# WINIFRED

WINIFRED ESTABA RECOSTADA en el diván de Neysa con un vestido de satén que le llegaba hasta los tobillos y que tenía tirantes finos como cordones de zapatos. Sostenía una copa de champán en la mano. La tela se ceñía a su figura. En el estudio de techos altos con tragaluces hacía frío, y le preocupaba que se le pudieran marcar los pezones.

—Se te marcan, pero no los pintaré —prometió Neysa, que se acuclilló para recolocarle los bajos del vestido de manera que la tela cayera al suelo como un cóctel al verterse. Luego movió los dedos de Winifred alrededor del pie de la copa hasta que estuvo satisfecha con el efecto—. Hagas lo que hagas, no muevas ni un músculo —ordenó mientras regresaba a su caballete, donde se volvió para observar a su modelo con ojo experto.

—¿Cuánto vas a tardar? —preguntó Winifred, bostezando.

Aunque se había acostado tarde, Neysa había insistido en que llegara al estudio a las diez. Era un honor ser una de las chicas de portada de *McCall's,* pero la intimidaba un poco verse observada tan de cerca, y ya notaba un calambre en el pie izquierdo.

—Casi todo el día —dijo Neysa—. Pero pararemos para comer. —Levantó el pincel y cerró un solo ojo para calcular la perspectiva antes de realizar un par de trazos alargados en el papel que tenía delante—. ¿Qué tal va la obra?

Winifred hizo una mueca.

—Estamos casi en las últimas representaciones y tengo un coprotagonista al que le parece graciosísimo jugármela en el escenario cambiando frases o introduciendo nuevos movimientos durante nuestras escenas. Un humor muy infantil. Él dice que solo pretende mantener la frescura, pero creo que solo quiere quedar por encima de mí.

—¿No te aburres de repetir las mismas frases una noche tras otra? —preguntó Neysa mientras deslizaba el lápiz sobre el papel.

—Sí que puede resultar repetitivo al cabo de un tiempo. Prefiero la época de ensayos. Es ahí cuando se forma una pequeña familia con los compañeros y se trabaja para crear algo interesante entre todos. Eso es lo más divertido.

—¿Y ya sabes cuál será tu próxima obra?

Antes de que Winifred pudiera responder, la puerta se abrió y Dottie

entró descalza y despeinada, con ojeras y restos de sombra de ojos azul oscuro de la noche anterior.

—¡Ah, estás tú aquí! —comentó sin hacer gala de buenos modales al ver a Winifred—. Esperaba poder hablar con Neysa a solas.

—Ahora no puedo parar… ¡Estoy trabajando! —dijo esta sin volverse siquiera.

Winifred vio que Dottie estaba disgustada por algo. Se dejó caer en una silla y se deslizó en el asiento como una niña enfurruñada.

—¿Y si Neysa te pinta feísima para intentar que no le hagas la competencia? —le preguntó a Winifred—. ¿No te preocupa?

Ella rio.

—Neysa es demasiado guapa para sentirse amenazada por mí. Tengo ascendencia irlandesa, huesos de campesina y un cuerpo hecho para labrar los campos, así que nunca he confiado en mi físico para salir adelante.

Era cierto. De niña había sido un patito feo, pero al cumplir los veinte empezó a sacarle partido a esa estructura ósea y sabía que la consideraban una belleza. Eso la ayudaba a conseguir papeles, así que en cierto modo era útil, pero no se lo tenía muy creído.

—Siempre he preferido la compañía de campesinos —dijo Dottie—. ¿Hay café, Neysa?

—En la cocina. Sírvete tú misma. —Su lápiz se movía deprisa sobre el papel.

Dottie fue para allá, y se oyó un ruido de platos antes de que regresara con una taza y volviera a dejarse caer en la silla con un gruñido.

—Parece como si hubieras perdido tu chispa esta mañana —comentó Neysa, mirándola un instante—. ¿Cómo está nuestro Charlie?

Dottie se frotó un ojo con el dorso de la mano y se corrió el maquillaje más aún.

—Ese hombre tiene tantas cualidades inestimables que jamás pensé que le descubriría otra más —repuso—. Pero también ha resultado ser un dechado de generosidad.

Su tono transmitía tal mordacidad que las alertó. Neysa dejó el lápiz.

—No solo ha conseguido dejarme preñada…

Las dos ahogaron un suspiro.

—Ay, Dottie —dijo Neysa.

—… también ha sido tan galante que se ha ofrecido a pagar lo que haga falta para que me despreñe un matasanos de clase alta. «Para ti, solo la *crème de la crème*», ha dicho. ¿No es encantador?

Neysa se acercó enseguida a ella, pero no sin antes volverse hacia Winifred para advertirla: —¡Tú no te muevas!

Esta sentía una lástima indecible por Dottie y le daba un poco de

vergüenza estar presente. No la conocía lo suficiente para participar en un secreto como ese. De no ser por la orden de Neysa, habría preferido salir a hurtadillas y dejarlas hablar en privado.

—El caso es que —dijo Dottie— venía a preguntarte si tienes algún consejo sobre cómo encontrar a uno de esos matasanos. —Al pronunciar esa última palabra se echó a llorar y Neysa la acogió entre sus brazos.

Winifred se estremeció. Cuando habló, lo hizo en voz baja: —Yo sé a dónde acudir. No es un abortero clandestino, sino el hospital Lenox Hill, donde puedes someterte a lo que eufemísticamente llaman un «aborto terapéutico».

—¿Hacen eso en un hospital? —Dottie se animó un poco—. Pero ¿no es ilegal?

—Una actriz amiga mía abortó allí —explicó Winifred—. Tienes que argumentar que tu salud mental depende de ello. Di que tu marido te ha dejado, que no te paga la pensión y que no sobrevivirás si tienes que cuidar de un niño tú sola. Insinúa que estás dispuesta a hacer una tontería. No menciones a Charlie. Por lo que a ellos respecta, estás sola.

Neysa sacó un pañuelo y Dottie se secó las lágrimas con él y se irguió en la silla.

—¿De verdad me ayudarán? ¿Y si dicen que no?

Winifred reparó en lo extraño que resultaba estar posando en un diván con un vestido insinuante mientras daba consejos sobre cómo poner fin a un embarazo. Apoyó la copa en el vientre.

—¿Cuándo tuviste el último periodo? —preguntó, esa vez con tono profesional.

Dottie se encogió de hombros y meneó la cabeza. No tenía ni idea.

—Si estás de más de dieciséis semanas, no querrán hacerlo. Así que di que te vino por última vez en agosto —le aconsejó.

—¿Qué pasó con tu amiga? —preguntó Neysa—. ¿El padre del niño no quería saber nada?

—El padre puso pies en polvorosa. —Winifred imitó con los dedos a alguien que se largaba corriendo—. Me temo que algunos hombres piensan que las actrices solo estamos un peldaño por encima de las prostitutas y pretenden tratarnos como si lo fuéramos. Así que, cuando las cosas van mal dadas, nos cuidamos entre nosotras. —Movió el pie del calambre, estiró la punta y luego lo dobló hacia atrás.

Neysa la regañó con la mirada.

—¿Y se recuperó bien? —preguntó Dottie—. Tu amiga, digo. ¿No le quedaron secuelas?

Winifred calló un momento. Para Nora había sido traumático, pero no quería asustar a Dottie hablándole de hemorragias y contracciones, además de las cicatrices emocionales que le habían dejado la pena y la

culpabilidad.

—Sí, muy bien —mintió—. Tenía que hacerlo.

—¿Cuánto le costó?

Winifred dijo que a Nora le habían cobrado veinticinco dólares.

—Pídele a Charlie doscientos —aconsejó Neysa—, y regálate un abrigo de pieles con lo que te sobre. Te lo debe.

—Ni en sueños me plantearía engañarlo —dijo Dottie—. No ha sido culpa suya. Son cosas que pasan.

Neysa regresó al caballete.

—Además, ¿estás segura de que quieres deshacerte del niño? Me habías dicho que querías tener hijos. Podrías llamar a Eddie a Connecticut y decirle: «¿A que no sabes qué, cariño? ¡Sorpresa!». Seguro que, en cuanto hubiera pañales de por medio, volvería. Y, si lías un poco las fechas, no tendría por qué enterarse de que no es suyo.

A Winifred le sorprendió el cinismo de Neysa. Hablaba como si dejar que un hombre criara a un hijo que no era suyo fuera un recurso sensato que no incurría en ninguna transgresión moral.

Dottie negó con la cabeza.

—Eddie estaría muy seguro de que no es suyo, porque en los últimos nueve meses no ha habido ninguna actividad por parte de su apéndice. Puede que sea idiota, pero sabe contar hasta nueve.

Winifred habló en voz baja: —Seguramente Charlie se sorprendió cuando le diste la noticia y reaccionó empujado por el pánico. Tal vez ahora que ha tenido tiempo para pensarlo mejor se haya acostumbrado a la idea. —Esbozó una sonrisa—. No es un plan perfecto, de acuerdo, pero podría divorciarse, y tú también, podríais casaros y tener al niño… —Se quedó sin voz al ver la cara de tristeza de Dottie.

—Hemos estado hablando casi toda la noche —explicó—. Digamos que no está por la labor.

Winifred y Neysa cruzaron una mirada.

—Será malnacido… —dijo esta última, casi para sí.

Winifred lo sentía mucho por Dottie. Era terrible verse en esa situación con el hombre a quien amabas.

—¿Quieres que te acompañe a Lenox Hill? —se ofreció—. También llevé a mi amiga, así que sé cómo funciona.

—Ay, madre mía, ¿lo harías? —Dottie respiró algo más tranquila—. No me veo capaz de ir sola. Seguro que lo estropeo de alguna forma. Gracias. —Posó un beso en la punta de los dedos y lo sopló en dirección a Winifred.

Esta sintió una carga sobre los hombros ante la idea de volver allí, pero quería ayudar. Dottie era tan vulnerable como una herida abierta, y cualquiera con ojos en la cara se daría cuenta de que Charlie

era un sinvergüenza. Resultaba raro que Dottie fuera tan perspicaz a la hora de escribir y, en cambio, no viera lo que tenía delante de las narices.

# Capítulo 16

# PEGGY

PEGGY ABRIÓ LA pesada puerta del edificio de Dottie con el hombro, mientras sostenía una bandeja de magdalenas en una mano y aferraba el bolso con la otra. La puerta se resistía, pero por suerte apareció Winifred, que la sostuvo abierta para que ella entrara de lado en el vestíbulo.

Mientras subían la escalera y sus tacones sonaban al golpetear contra la piedra, comentaron la obra de Winifred. Peggy la había visto esa semana y alabó su interpretación, pero dijo que el protagonista masculino le parecía un actor sin talento. Winifred reconoció que se alegraba de que terminara pronto; empezaba a hacérsele pesada.

Cuando Dottie les abrió la puerta, Peggy pensó que parecía cansada. Tanto trasnochar con Charlie por toda la ciudad debía de estar pasándole factura. Fue a la cocina a dejar las magdalenas y no pudo evitar oír la conversación susurrada de las otras dos en la sala de al lado.

—¿Qué tengo que llevar al hospital? —le preguntó Dottie a Winifred.

Peggy arrugó la frente. «¿Qué hospital?»

—El talonario, por supuesto —contestó esta—. Y alguna prenda holgada y cómoda para después. Te dan una bata para llevar durante…

—¿Tienes que ir al hospital? —preguntó Peggy cuando entró en el salón—. Espero que no sea nada grave.

Dottie y Winifred cruzaron una mirada como si fueran culpables de conspiración.

—Me van a extirpar un pequeño bulto —explicó Dottie. Dio una calada a su cigarrillo y exhaló haciendo ruido—. Ay, está bien, supongo que más vale que lo sepas. Es un bulto que está creciendo en mi barriga. Resulta que estoy preñada. Pero, por favor, no se lo cuentes a Jane.

—¡No! —Peggy se sentó de golpe, atónita—. Lo siento mucho, Dots. ¿Y Charlie no puede…? —Se interrumpió. Era evidente que eso ya lo habían hablado y habían tomado una decisión—. ¿Cuándo es la intervención?

—El miércoles. Winifred me acompañará. Volveré a casa esa misma tarde, siempre que me extirpen solo eso y no otra cosa. —Volvió a

aspirar el cigarrillo como si tomara una bocanada de aire.

Peggy buscaba las palabras adecuadas. Su instinto le decía que intentara disuadir a Dottie de abortar. Quería convencerla de que no era un bulto, sino un ser humano en miniatura, pero se contuvo. No era asunto suyo. Como amiga, debía apoyar su decisión. Además, le resultaba imposible imaginarla cuidando de un bebé.

—Dame una llave y tendré lista una comida caliente para cuando regreses —dijo—. Necesitarás que alguien te mime un poco durante un par de días.

Estuvo a punto de preguntarle por qué no quería que Jane lo supiera, pero entonces llamaron a la puerta y apareció la susodicha con su ajada cartera de cuero, el sombrero torcido y las botas rebozadas de barro.

—Acabo de cruzar el parque corriendo —dijo mientras se quitaba las botas y las dejaba junto a la puerta—. Hay tanto barro que aquello parece la segunda batalla de Ypres. ¿Alguien me sirve una copa? O, mejor aún, inyectádmela directamente en vena.

Se sentó y Dottie le preparó un whisky con un poquito de soda de un precioso sifón lacado en turquesa; un regalo de Charlie, según les dijo.

—¿Vienes de trabajar?

Jane asintió.

—Es demasiado aburrido para explicároslo. —Dio un buen trago a su bebida.

—¿Alguna novedad sobre tu infracción de la Ley Seca? —se interesó Peggy, que había presenciado cómo Alec les decía a los agentes que Jane era la propietaria de las botellas, lo que hizo que le hirviera la sangre.

Después lo había reprendido por ello, pero él no se arrepentía de nada.

—¿Podéis creeros que Alec hiciera eso? —dijo Jane—. Pero ¿a ese hombre qué le pasa?

—Yo tengo la teoría de que es un efecto secundario de la represión sexual —comentó Dottie mientras servía copas para todas—. Tanto semen sin usar en su organismo fluye por donde no debe y le inunda el cerebro.

—¿Nunca le habéis conocido ninguna novia? —preguntó Winifred mientras daba un sorbo.

—Jamás. Cuentan que un brote de paperas durante la infancia lo dejó impotente —explicó Peggy—, pero yo no me lo creo. Mi primo tuvo paperas y el médico comentó que podía afectar a la cantidad de sus soldaditos, pero que no impediría que su tropa se pusiera en posición de firmes. —Miró a Dottie con la esperanza de que esa mención a la fertilidad no la molestara, dadas las circunstancias.

—Tal vez tenga una vida amorosa secreta —insinuó Winifred—. Conocí a un director que solo era capaz de funcionar si lo hacía pagando. Freud diría que se debía a la culpa.

Jane negó con la cabeza.

—Harold vivió con él en Francia y Hawley ha compartido piso con Alec en Nueva York, y los dos dicen que nunca ha habido ninguna señal de que compartiera el catre con nadie.

—¿Creéis que podría ser homosexual? —preguntó Peggy—. No sé, he oído que está enamorado de Neysa, pero no parece un tipo de amor muy carnal. Si se metiera entre sus sábanas, no tendría ni idea de por dónde empezar.

Se rieron de lo improbable que parecía esa estampa.

—¿Cómo narices vas a vivir con él, Jane? —dijo Dottie—. ¿En qué estabas pensando cuando aceptaste?

—No —advirtió Jane mientras escondía la cabeza bajo los brazos—. No vayas por ahí.

Peggy supuso que debía de haber accedido llevada por el espíritu del compromiso conyugal. Jane no solía quedarse corta cuando había que sacar los dientes, pero esa batalla la había ganado Harold, por lo visto. Volvió a preguntarse por qué Dottie no quería que Jane supiera que iba a abortar. Esta era una firme defensora del derecho de las mujeres al control de la natalidad y sin duda la habría apoyado. Además, ¿no era su mejor amiga?

Ahora que ya había superado la conmoción inicial, estaba preocupada por el aborto, pero no del todo sorprendida. Dottie no cuidaba su salud, nunca comía bien, se alimentaba a base de tentempiés que tomaba aquí y allá. Tenía un aspecto de «pobre cerillera», con unos conmovedores ojos redondos que parecían suplicarle al mundo que la rescatara, cosa que suponía un extraño contraste con su despiadado sentido del humor. Haberse quedado embarazada sin querer encajaba a la perfección con ella; y que le hubiera ocurrido con todo un mujeriego era de lo más normal.

Esa tarde, Dottie no lograba concentrarse en el *bridge* y parecía lanzar cartas al azar. En otras ocasiones, cuando sí prestaba atención a la partida, había mostrado algún que otro destello de talento, pero ese día Peggy pensó que más le habría valido hacer pareja con *Woodrow Wilson.*

DOS DÍAS DESPUÉS, al salir del trabajo, Peggy fue a la Biblioteca Pública para devolver varios libros y sacar en préstamo uno nuevo que había reservado. Era una usuaria habitual, y la alegre mujer del mostrador la saludó por su nombre. Firmó para llevarse su libro —*Los siete pilares*

*de la sabiduría,* de T. E. Lawrence, del que había oído comentarios buenísimos— y salió por la puerta que daba a Bryant Park.

Hacía una mañana muy fría. En los caminos relucía la escarcha y su aliento se condensaba en el aire, así que le sorprendió ver a una pareja de jóvenes sentados en un banco, entrelazados en un abrazo. Al acercarse más, el hombre se volvió y Peggy reconoció sus características entradas: Charlie MacArthur. Y era evidente que la chica no era Dottie. Sintió que la invadía la ira. Pero ¿cómo se atrevía?

El camino que recorría pasaba junto a la pareja, así que se detuvo ante ellos y soltó un «hola» cortante.

—¡Peggy! —exclamó Charlie con afectada alegría—. Qué casualidad encontrarte aquí.

La chica era joven, de unos veintipocos años, llevaba un sombrero de pieles de color blanco y tenía la nariz enrojecida por el frío.

—Ella es Alice —dijo Charlie para presentarlas—. Tenemos entradas para un espectáculo, pero hemos llegado pronto, así que nos hemos sentado aquí a pasar el rato.

La joven soltó una risilla, como si «pasar el rato» significara algo subido de tono.

—Me alegro por ti —comentó Peggy con sarcasmo—. Espero que disfrutes de la tarde —dijo, aunque casi se le atragantaron las palabras.

Se alejó unos pasos, pero se detuvo. No pensaba dejar que Charlie se fuera de rositas. No podía.

Dio media vuelta, lo llamó por su nombre y le indicó que se acercara. Él dudó un instante, pero se levantó y dejó a Alice en el banco.

Cuando estuvo cerca de ella, Peggy habló en voz baja.

—Me preguntaba si sabías qué va a hacer Dottie el miércoles.

Él puso cara de abatimiento.

—Sí, por tu expresión veo que sí. En tal caso, te daré el beneficio de la duda al suponer que no comprendes lo traumática que es esa intervención para una mujer.

Charlie miró al suelo.

—No soy capaz de decirte lo culpable que me siento —masculló.

—Y, sin embargo, ¿hoy has salido con otra? Los actos hablan más claro que las palabras, Charlie. ¿Y si Dottie te viera con la joven Alice? Ya está destrozada; algo así acabaría con ella.

—No es lo que piensas —se defendió él—. Es hija de una amiga de mi madre.

Peggy lo fulminó con la mirada, más furiosa que nunca.

—Como si es tu hermana y ha hecho voto de castidad en un convento. Escúchame, y escúchame bien. Si le haces daño a Dottie

paseándote con otras chicas por la ciudad estas próximas semanas, tendrás que vértelas con toda la pandilla del Gonk. No olvides que los amigos de Dottie conocen a lo más granado del periodismo. Basta con hacer llegar una palabra a los oídos adecuados y tu carrera estará acabada.

—No lo haré, te lo prometo —repuso él enseguida—. Me siento fatal por cómo han salido las cosas.

Peggy volvió a mirar a Alice. Era evidente que la chica notaba la tensión y parecía preocupada.

—Estaré en casa de Dottie el miércoles por la tarde —dijo Peggy—. Le prepararé algo para cenar cuando regrese del hospital, y creo que la animaría un poco que te pasaras por allí. Llévale unas flores. Dile lo que hay que decir. ¿Necesitas consejo al respecto?

Él negó con la cabeza.

—Allí estaré, te lo prometo.

—Tienes que prestar más atención a los sentimientos de las mujeres —le espetó Peggy, todavía enfadada—. Y madura. Ese encanto juvenil empieza a ralear… como tu pelo.

Quería decirle más cosas, pero lo vio tan arrepentido que lo dejó correr.

Mientras avanzaba por la acera con paso decidido de vuelta a su apartamento, pensó que Charlie había conseguido abrirse camino en la vida sin demasiado esfuerzo gracias a su encanto natural, por eso no entendía que otras personas sufrieran dificultades. Los hombres solían salir airosos de aquellas situaciones; pero no esa vez. Peggy estaba decidida a conseguir que sufriera por lo menos una pequeña parte de las consecuencias de sus actos.

# Capítulo 17

# JANE

CUANDO LAS CHICAS hablaron de Alec en el club de *bridge*, Jane no mencionó que la mañana siguiente a la fiesta de inauguración, Harold y ella también habían comentado el tema mientras aún estaban en la cama, disfrutando de un café con *bagels* tostados.

—Me parece que ya no le caigo bien a Alec —había dicho ella—, y eso no es muy buen presagio, teniendo en cuenta que pronto se trasladará a vivir aquí. ¿No podrías hablar con él, en aras de una convivencia armoniosa? Dile que tiene que jugar en equipo mientras viva con nosotros.

Harold la rodeó con un brazo y le posó un beso en la sien.

—No puedes culparlo por estar algo dolido después de aguantar que yo te conquistase y lo dejase a él con un palmo de narices. En Francia, estaba convencido de que tenía una oportunidad contigo.

Jane se quedó perpleja.

—¿Qué quieres decir? Alec y yo siempre hemos sido solo amigos. No veo por qué no podemos seguir siéndolo ahora que estoy casada contigo.

Harold le rozó la nariz con la punta del dedo.

—Estaba enamorado de ti. Todos los de *The Stars and Stripes* lo estábamos. Acordamos que sería uno de esos casos de «que gane el mejor»… Y, para eterna gratitud mía, me elegiste a mí.

—¡No me tomes el pelo! —Jane estaba sinceramente sorprendida—. Jamás me lanzó ni una indirecta, nunca me hizo nada parecido a una insinuación. —No tenía sentido. Incluso recordaba haber oído rumores sobre su posible homosexualidad—. ¿Estás seguro de que no es de ti de quien está enamorado?

Harold soltó una risotada y volcó la bandeja de *bagels* sin querer. Ella los atrapó para impedir que la mantequilla y el queso crema mancharan la colcha.

—¡Pues claro que no! Y ahora está prendado de Neysa —dijo Harold—. Dudo mucho que eso sea propio de un hombre con tendencias homosexuales.

—Tal vez enamorarse de mujeres que nunca van a corresponder su pasión sea una forma de evitar su verdadera naturaleza. Quizá se engañe a sí mismo.

Más tarde se preguntó si de verdad Alec se había sentido

defraudado cuando ella se casó con Harold. Afirmaba alegrarse por ellos, y estuvieron encantados cuando se ofreció a encargarse de las gestiones de la boda. Les pareció un acto de amistad genuina. Alec reservó el ayuntamiento, compró los anillos, organizó el banquete de celebración e incluso les preparó la luna de miel. Aunque, a ojos de Jane, estropeó el gesto al presentarles una factura que incluía unos honorarios considerables por su tiempo. Al principio pensó que era broma, pero Harold pagó. ¿Estaba Alec resentido porque se habían casado? ¿Había sido aquello una señal?

Ahora que iban a vivir juntos, decidió que el mejor modo de actuar era recuperar su amistad. A las chicas del club de *bridge* no les había contado nada sobre la teoría de Harold de que Alec había estado enamorado de ella, porque Dottie era famosa por irse de la lengua. Si Alec se enteraba de que hablaban de él en esos términos, su venganza sería rápida y despiadada. Era muy capaz de repartir leña, pero no sabía encajarla.

EL DÍA QUE Alec se instaló en el 412, Jane preparó pollo frito con pan de maíz y un sinfín de guarniciones para la cena de bienvenida. Le ayudó a subir sus pertenencias al apartamento y, cuando se enteró de que no había comprado cortinas, enseguida le improvisó unas con su máquina de coser. Él parecía agradecido de un modo sincero y la felicitó por su receta de pollo, pero Jane reparó en que, al terminar, no se ofreció para fregar los platos. Tampoco Harold, ni Hawley. Por lo visto, ese iba a ser su papel.

La mayoría de las noches, Alec iba al teatro y luego solía dejarse caer por el piso de Neysa. No llegaba a casa, en taxi, hasta mucho después de que Harold y Jane se hubieran acostado. Si veía la luz encendida, llamaba a su puerta y preguntaba si les apetecía una última copa. Harold se unía a él sin falta en el comedor comunitario para tomar un whisky, y a veces Jane también, pero no demasiado rato, ya que tenía que madrugar mucho más que ninguno de ellos para ir a trabajar. La convivencia era del todo cordial, pero Alec nunca intentaba detenerla cuando anunciaba que iba a acostarse; Jane notaba que prefería tener a Harold para él solo.

Una noche, Harold y ella estaban haciendo el amor cuando Alec, borracho, aporreó la puerta preguntando si les apetecía una copa. Al principio no hicieron caso, pero entonces llamó con unos golpes tan fuertes y durante tanto tiempo que la pasión se esfumó, y Harold se puso una bata y bajó con él. La situación llegó a tal punto que, por las noches, Jane siempre estaba atenta por si oía algún taxi y, cada vez que se acercaba uno, enseguida apagaba la luz con la intención de

pasar un rato a solas con su marido.

Aun así, intentaba ser dulce como la miel. Si se desvivía por ser complaciente con Alec, todos volverían a ser amigos, ¿verdad?

CARR VAN ANDA llamó a Jane a su despacho una mañana y le indicó que tomara asiento. Ella sentía un enorme respeto por ese titán de la industria periodística que la había acogido bajo su ala y la había ascendido en una época en que otros jefes del periódico no la habrían tomado en serio solo por ser mujer. Él no dudaba en criticarla si le entregaba un trabajo que no estaba a la altura, pero a Jane no le importaba, porque sus detallados comentarios la habían ayudado a ser mejor reportera. Confiaba en el instinto de su jefe. En 1912 había sido el primer director de periódico en publicar la noticia del hundimiento del *Titanic* mientras sus propietarios todavía intentaban defender que solo estaba «desaparecido». Su cobertura de la guerra en Europa había sido insuperable. A consecuencia de ello, contaba con la lealtad de Jane; fuera cual fuese el encargo que le propusiera, ella lo aceptaba sin preguntar.

—Sabemos que en algunos bares clandestinos nunca hay redadas porque pagan a los gánsteres para que los protejan, y los gánsteres pagan a los agentes de la Prohibición —explicó Carr esa mañana—. Quiero publicar un artículo sobre la corrupción que fomenta la Ley Seca, y he pensado que podrías hablar con Arnold Rothstein y Larry Fay para ver cuánto desembuchan.

Jane se quedó pálida. Eran dos contrabandistas famosos, con bandas de asesinos a sueldo a su disposición. Nadie se metía con tipos así.

—Los dos tienen debilidad por las damas —señaló su jefe—, y creo que es más probable que se abran contigo que con un reportero varón. También será menos probable que te maten si dices algo equivocado. —Sonrió al ver su expresión de alarma—. ¡No te preocupes! Seguro que estarán ansiosos por dejar una buena impresión entre nuestros lectores.

JANE SABÍA QUE Carr no la enviaría a hacer algo así si creyera que existía algún riesgo, pero de todos modos estaba nerviosa. Decidió no decirle nada a Harold, porque estaba bastante segura de que intentaría disuadirla. Primero investigaría y prepararía las preguntas con muchísima cautela.

Cuando estuvo lista, abordó a Tony Soma, ya que suponía que este

le compraba el género a Rothstein, y le pidió que los presentara. Tony llamó al día siguiente para decirle que el señor Rothstein se reuniría con ella en el Lindy's, en Broadway con la Cuarenta y nueve, a las once de la mañana, y que había insistido en que acudiera sola.

Jane se preguntó por qué habría dicho eso. ¿Acaso pretendía coquetear con ella? ¿O cargársela?

No solía prestar demasiada atención a la ropa que se ponía, pero esa mañana quería dar una imagen profesional y nada sexy. Escogió un traje holgado de color tostado, una blusa beis con botones hasta arriba y un casquete sin adornos a juego con el traje.

El Lindy's quedaba solo dos manzanas al norte del 412, y era fácil de encontrar gracias al enorme cartel que colgaba encima de los grandes ventanales. Fuera, media docena de matones con el pelo engominado hacían guardia en la esquina, bloqueando la entrada.

—He quedado con el señor Rothstein —les dijo, y uno le registró la cartera antes de dejarla pasar.

El restaurante estaba casi vacío. Un camarero solitario ponía las mesas y doblaba servilletas en forma de cono. Rothstein estaba al fondo, sentado con otros tres hombres que, cuando ella se acercó, se levantaron y se trasladaron a la mesa de al lado.

—¿Debo llamarla señorita Grant o señora Ross? —preguntó Rothstein cuando le estrechó la mano—. He oído que es un tema sensible para usted.

La turbó pensar que, mientras ella estaba investigando al hombre, también él había hecho los deberes sobre ella.

—Con Jane bastará —contestó, y se sentó en la silla que le indicó.

Rothstein llevaba una pajarita de satén rojo y, salvo por el brillo acerado de los ojos, casi parecía un tipo jovial. Aquel era el hombre que había amañado la Serie Mundial de 1919 y que dirigía con éxito los chanchullos de las carreras de caballos desde mucho antes de hacerse contrabandista. Corría el rumor de que también traficaba con narcóticos, pero Jane no tenía pensado mencionar nada de eso.

Cuando le ofreció algo de beber, ella pidió un café solo y abrió su libreta con la lista de preguntas que había preparado.

—Antes que nada, unas cuantas reglas básicas —dijo Rothstein—. Puede mencionar mi nombre, pero debe saber que, si me interrogan, tal vez niegue haberme reunido nunca con usted. Puede publicar cualquier cosa que yo diga, pero si se inventa alguna frase o presenta las cosas de forma tendenciosa para hacerme quedar mal, tendrá que responder ante mí. ¿Está claro?

Jane se estremeció de forma involuntaria y recolocó la libreta intentando disimular. Le dio la sensación de que los atentos ojos del hombre lo registraban todo. Tenía una mancha de tinta en el puño, y vio que incluso se daba cuenta de eso.

Respiró hondo.

—Nunca me invento declaraciones; no es así como trabajo. Anotaré sus respuestas con taquigrafía, en pro de la exactitud.

Él asintió, y Jane lo interpretó como su beneplácito para seguir adelante.

—¿Quiere empezar por darme su opinión sobre la Ley Seca? —preguntó.

Rothstein esperó a que el camarero le sirviera a ella su café antes de empezar a hablar.

—Es evidente que el alcohol satisface una necesidad pública legítima. —Hablaba de forma sucinta, sin quitarle ojo al movimiento del lápiz sobre el papel—. Y ahí donde hay una necesidad siempre puede ganarse dinero, así que yo he aprovechado la oportunidad de negocio. Algunos del bando de la templanza le dirán que soy un villano que le hace el juego a la forma más baja de humanidad… —se interrumpió para darle tiempo a anotarlo todo—, pero, si no lo hiciera yo, podría hacerlo alguien con muchos menos escrúpulos. Ahí fuera hay escoria vendiendo un matarratas que te deja ciego. Mis socios trabajan duro para expulsar a esos tipos de las calles.

Jane volvió la mirada hacia los socios en cuestión, que estaban enfrascados en una partida de un juego de cartas que no reconoció. Dos de ellos fumaban, y el humo que llegaba hasta ella le hizo desear un cigarrillo, pero el señor Rothstein no fumaba. Muchos hombres veían mal que las mujeres lo hicieran, y tal vez resultara ser uno de ellos, así que era mejor no arriesgarse.

—Se ha insinuado que tiene usted contactos en el Departamento de la Ley Seca y puede conseguir protección para que los propietarios de bares clandestinos de la ciudad no sean perseguidos. —Se mordió el labio, preguntándose si había ido demasiado lejos.

—Como le he dicho, proporciono un servicio público —repuso el hombre—. Y eso incluye también a la comunidad empresarial. ¿A quién le compra usted el licor?

—Jamás me atrevería a revelar mis contactos —afirmó Jane—. Los agentes intentaron obligarme a ello después de organizar una redada en una fiesta que celebré en mi casa hace poco, pero les dije que estaban perdiendo el tiempo.

—¿Van a presentar cargos?

Ella asintió.

—Creo que sí. Me dijeron que recibiría una citación.

—Todo este asunto es una locura —dijo él—. Detener a personas decentes como usted, cuando deberían estar persiguiendo a asesinos.

Jane volvió a mirar a los que jugaban a las cartas, todos tenían pinta de cargar con varios asesinatos en la conciencia.

—¿Recuerda los nombres de los agentes en cuestión? —preguntó

Rothstein, y asintió cuando Jane contestó—. Esos dos son como un grano en el trasero.

Tamborileó con los dedos en la mesa, y Jane reparó en que tenía unas manos llamativamente grandes, como el doble de las de ella. De pronto las imaginó aferrando el cuello de alguna víctima.

Bajó la mirada hacia su libreta antes de hacer la siguiente pregunta.

—He leído que posee usted una fortuna de diez millones de dólares. ¿Es una exageración?

—¿Acaso pretende echarme al fisco encima? —espetó él—. Siguiente pregunta.

Charlaron sobre los cambios que se habían producido en la sociedad neoyorquina desde la Ley Seca. Jane le comentó que un amigo suyo, Bob Benchley, había sido un abstemio empedernido hasta que lo convencieron de que probara un Orange Blossom, y que después se había pasado de frenada en la dirección contraria y se emborrachaba hasta perder el sentido casi todas las noches. Charlaron sobre Tony Soma y otros propietarios de bares clandestinos a los que conocían y a quienes los agentes de la Prohibición multaban de vez en cuando, pero que se las arreglaban para seguir adelante con el negocio.

En una pausa de la conversación, Rothstein le hizo una pregunta algo personal.

—Dígame, ¿cómo es que su marido le permite trabajar? ¿Va corto de pasta? Yo jamás dejaría que mi esposa trabajara.

—Y yo jamás dejaría que mi marido me dijera qué puedo hacer y qué no —contraatacó Jane.

Rothstein rio.

—Esta es de armas tomar, ya lo creo que sí —les comentó a sus socios—. ¿Conoce a los chicos?

Se los presentó: Legs Diamond, Meyer Lansky y Lucky Luciano. Jane había oído hablar de ellos y se sintió incómoda cuando estrechó la mano de esos hombres que a menudo aparecían como sospechosos en la sección de sucesos del periódico. Eran tipos simpáticos y vestían con elegancia, como el propio Rothstein. Si los hubiera conocido en una fiesta, tal vez no habría adivinado que eran gánsteres, salvo por la inquietante sensación de que intentaban calarla todo el rato.

Cuando terminó de hacer sus preguntas, le dio las gracias al señor Rothstein por su tiempo, guardó la libreta en la cartera y se puso de pie.

—¿Quiere que alguien la lleve de vuelta al 412 de la calle Cuarenta y siete? —ofreció el hombre.

Jane podría haber supuesto que sabría dónde vivía, pero de todos modos fue escalofriante oírle pronunciar su dirección. Intentó sonar despreocupada cuando contestó.

—No, gracias. Voy al centro, a la redacción.

—¿Al 41 de Park Row? También podemos dejarla allí —insistió él, pero ella dijo que iría en metro. Rothstein la miró como si estuviera loca—. ¿Una dama que va sola en metro? Su marido debe de ser un tipo muy especial, si la deja.

—Lo es —dijo ella con una sonrisa.

Salió y echó a andar por Broadway hacia Times Square. Pensó que, en general, se había mostrado bastante calmada y profesional durante la entrevista, pero de pronto reparó en que tenía los hombros y la mandíbula tensos como la cuerda de un arco. No hacía más que mirar alrededor para ver si la seguían. Cuando abrió el monedero y sacó cinco centavos para el metro, la mano le temblaba tanto que la moneda se le cayó, rebotó en los escalones de piedra y se coló por una rejilla antes de desaparecer.

LARRY FAY ESTUVO menos comunicativo que Arnold Rothstein. Había quedado en reunirse con ella en la oficina central de su empresa de taxis, y Jane no tardó en descubrir que había accedido a la entrevista con una contraprestación en mente. Estaba casado con Evelyn Crowell, una corista de Broadway, y quería que Jane hiciera un poco de publicidad de su nuevo espectáculo en el artículo.

—Ponga que mi Evie es lo mejor de la función —insistió—. Asegúrese de incluir su nombre.

—No soy crítica teatral. He venido a preguntarle por su papel en el contrabando —le recordó ella—. El artículo trata sobre eso.

—Pues se equivoca de hombre. Yo soy un empresario respetable y jamás en la vida he cometido ningún delito.

—Lo han detenido cuarenta y seis veces en los últimos tres años, según la policía —dijo Jane—. ¿Puede explicarlo?

El hombre se encogió de hombros.

—Me la tienen jurada. ¿Qué quiere que le diga?

Le lanzó una mirada tan gélida que Jane sintió que se le erizaba el vello de la nuca y decidió poner punto final a la entrevista allí mismo.

# Capítulo 18

# DOTTIE

DOTTIE LE PIDIÓ a Winifred que fuera a buscarla a su piso la mañana que tenía programado el aborto. La noche anterior apenas había dormido, porque no hacía más que darle vueltas a su decisión. ¿No habría alguna forma de tener al niño y criarlo ella sola? Sus amigas la ayudarían. Tal vez, cuando viera a su hijo, Charlie cambiaría de opinión y vivirían todos juntos y felices para siempre. Pero entonces oyó ladrar a *Woodrow* y recordó que hacía un día que no lo sacaba a pasear. No era capaz de cuidar de un perro, así que mucho menos podría con un niño indefenso. Menuda idea más ridícula…

¿Y si lo daba en adopción? Muchas chicas que se veían en ese aprieto lo hacían. Las enfermeras se llevaban al bebé y le buscaban un buen hogar en las afueras, con un matrimonio agradable. Pero le resultaría insoportable saber que su hijo estaba en algún lugar y ella no podía verlo ni formar parte de su vida. No era capaz de decir por qué, pero tenía la extraña sensación de que era un niño.

Había otra cosa que no dejaba de preocuparla: los hospitales la aterrorizaban. Cada vez que se acercaba a uno ocurría algo malo. Todavía estaba traumatizada por la angustiosa muerte de su padre, hacía ya casi una década. Habían llamado al médico en Nochebuena, pero no lo ingresaron en el hospital hasta dos días después, y murió de un ataque al corazón el día veintisiete, con Dottie y su hermana, Helen, a su lado. El hombre pasó mucho miedo y soportó mucho dolor, y no hubo nada que pudieran decir o hacer para calmarlo.

—No creo que sea capaz de hacerlo —dijo en cuanto vio a Winifred en la puerta. Tenía el estómago revuelto—. Me falta valor.

Ella la abrazó.

—Sé que has tenido que tomar una decisión terrible, pero ¿cuál es la alternativa?

Dottie apoyó la cabeza en su hombro mientras se llevaba una mano al vientre e intentaba imaginarse una cuna junto a su escritorio. Podría escribir a máquina con una mano y mecer la cuna con la otra. Pero la imagen no acababa de enfocarse. Le dolía el cerebro de tanto pensar para encontrar una solución.

Winifred consultó su reloj de pulsera.

—Dentro de seis horas todo habrá acabado y volverás a estar en casa. Intenta concentrarte en eso.

A Dottie le costaba contenerse.

—Me alegro de que vaya a ser en un hospital de verdad y no en el cuarto trasero de una mujer con verrugas peludas y pinta de bruja.

También le alegraba no ir sola. Sabía que, de no ser por Winifred, jamás habría logrado presentarse a la cita. Se habría perdido o se habría retrasado, o lo habría fastidiado de alguna otra forma.

—Ve a por tu abrigo —dijo Winifred—. Acabemos con esto.

Ya en la calle, algún que otro copo de nieve flotaba en un vuelo casi horizontal cruzando la acera. Winifred paró un taxi y le dio la dirección al conductor. En el asiento de atrás, Dottie entrelazó un brazo con el suyo y contempló a la gente que empezaba el día con normalidad: unos iban al trabajo; otros, a comprar; alguna mujer paseaba con un cochecito de niño en dirección a Central Park.

—¿Cómo está tu amiga? —preguntó—. A la que acompañaste al hospital la otra vez.

—¿Nora? —dijo Winifred—. Ahora ya está bien. Fue lo mejor para ella. —Apretó el brazo de Dottie—. Y también lo será para ti.

Cuando llegaron al hospital, Winifred sabía adónde ir. Llevó a Dottie de la mano, como si fuera una niña, y entró con ella en la consulta del médico, donde contestó a las preguntas a las que Dottie no sabía qué decir. La historia que contaron fue que Eddie había desaparecido hacía dos meses sin dejar una dirección donde encontrarlo y que tampoco le estaba enviando dinero.

—¿No podría acudir usted a los padres de su marido? —preguntó el médico.

Dottie se quedó bloqueada.

—Fallecieron —dijo Winifred enseguida—. Y también los de la señora Parker. No tiene a quien recurrir. Sus amigos estamos muy preocupados. La hemos visto en un estado terrible…

Dottie miró a Winifred y se preguntó por qué hacía eso. La verdad era que apenas se conocían más que de unas cuantas partidas del club de *bridge*. Tenía cinco años menos que ella, pero parecía muy madura y su aplomo le transmitía calma.

El médico accedió a realizarle la intervención. Dottie firmó todos los documentos y pagó los veinticinco dólares con los billetes que le había dado Charlie; invitaba él. En general, en cuestión de regalos, ella prefería el sifón turquesa.

—Ahora tiene que ponerse la bata de hospital —informó el médico—. Su amiga puede guardar sus efectos personales y sentarse en la sala de espera.

A Dottie le dio un vuelco el corazón.

—¿No puede quedarse conmigo? —pidió agarrada al brazo de Winifred.

Pero el médico se negó.

—No, en el quirófano no.

Winifred la abrazó.

—No pasa nada —susurró—. Cuidarán muy bien de ti y yo estaré esperando fuera. Pronto habrá terminado.

Dottie le tiró de la manga.

—¿Y si me muero?

Había oído que, después de abortar, algunas mujeres se desangraban o cogían infecciones horribles que las dejaban estériles.

—Te prometo que no te morirás —le aseguró Winifred, y le dio un beso en la frente con ternura, como una madre a su hija.

Cuando Dottie se quedó sola para ponerse la bata de algodón, por sus mejillas cayeron unas cuantas lágrimas ardientes. En condiciones normales habría preparado unos cuantos chistes para relajar el ambiente, pero estaba segura de que el personal médico encontraría de mal gusto el humor en ese tipo de situaciones. Mejor ahorrárselo.

Una enfermera entró y le indicó que se tumbara en la estrecha camilla. Llenó una jeringuilla y le dio unos golpecitos con la uña.

—Esto la dejará algo atontada —avisó.

—Preferiría un whisky, si a usted no le importa —repuso Dottie.

—Esto es mucho mejor —dijo la enfermera.

Dottie se preguntó si sería morfina, como la que había probado Eddie en Italia.

La inyección le hizo efecto deprisa y notó el cerebro confuso. Sintió pánico al recordar que le habían quedado preguntas por hacer. ¿Cambiaría de opinión y se pondría a gritarles que pararan?

—¿Podré tener hijos después de esto? —preguntó cuando la llevaban al quirófano en silla de ruedas y vio aparecer al doctor.

Se dio cuenta de que arrastraba las palabras como si estuviera borracha. El hombre frunció el ceño.

—Es probable —contestó.

No eran exactamente las palabras tranquilizadoras que Dottie esperaba.

Se tumbó mientras las lágrimas le caían por las mejillas. El médico y las enfermeras le colocaron las piernas en unos estribos y le cubrieron las rodillas con una sábana sin dejar de hablar, como si ella no estuviera allí. Era humillante y triste hasta lo indecible. Había cruzado un límite; ya era tarde para cambiar de opinión.

Dottie se preguntó qué habría sentido su madre al dar a luz. Solo tenía un vago recuerdo de la mujer, y no estaba segura de si era genuino o lo había sacado de la única fotografía de ella que había sobrevivido. ¿Qué le habría dicho de haberla visto en esa situación? Sin duda, estaría decepcionada. Y su ultrarreligiosa madrastra le gritaría que ardería en el infierno. Su padre se pondría hecho una furia. Podía imaginarlo chillándole con las facciones deformadas por

la ira. Dottie era una persona malvada.

—Señora Parker —dijo el médico, muy serio—, nos ha mentido cuando ha dicho que estaba de catorce semanas, ¿verdad? Este feto está mucho más desarrollado.

—¿Es niño o niña? —quiso saber.

Cuando el médico contestó que niño, vio confirmado su pálpito. «El hijo de Charlie.» Él no tenía hijos. ¿Se habría parecido ese niño a él? Al pensar eso se echó a llorar con tal intensidad que le dolió el pecho. «¡Ay, mierda! Pero ¿qué he hecho?» Ni el médico ni las enfermeras le prestaron atención.

Tal vez todavía pudiera darle un hijo cuando ambos se divorciaran, si su matriz no había quedado perjudicada. Podían hacerlo bien, casándose primero. Se obligó a pensar en eso, aunque quizá lo había estropeado todo al matar al niño.

El médico estaba finalizando la intervención mientras le daba unas instrucciones que Dottie olvidó en el acto. Al terminar, cerró los ojos y se quedó traspuesta un rato. Se le habían agotado las lágrimas por el momento.

Cuando despertó, vio a Winifred junto a la cama.

—Hola —dijo en voz baja, y le acarició el pelo con dedos suaves—. Estoy aquí, y también tienes otra visita.

Dottie se volvió y vio a Bob Benchley con el sombrero en el regazo, incómodo y sin saber muy bien adónde mirar. Deseó que Charlie estuviera allí, pero entonces recordó que le había dicho que no fuera. Se moría de ganas de verlo, pero no en el hospital, no así. Debía de estar espantosa.

—Bueno, señora Parker —dijo Bob—. Jamás pensé que nadie pudiera convencerme para entrar en el ala de ginecología, pero aquí está…, así que aquí me tiene.

—Cometí el error de vender mi vientre al mejor impostor. —Frunció los labios hacia un lado en un gesto cómico.

—¿Es así como funciona? Esos asuntos se los dejo a mi mujer, y tengo pensado que me presente a nuestros hijos cuando lleguen a la adolescencia. —Le estrechó la mano y la apretó.

El bueno del señor Benchley.

—La enfermera dice que ha ido bien —explicó Winifred—. Que pronto podrás volver a casa. Van a darte una ampolla de morfina y una hoja con instrucciones, Dios nos asista. Peggy ya está en tu piso, preparándolo todo para recibirte.

—¿Es que ha montado una fiesta? —preguntó Dottie—. ¿Una fiesta de despedida del bebé? Suena bien.

Con Bob allí, empezaba a sentirse ella misma otra vez. Las mujeres siempre se interesaban por los sentimientos, como si compartir las emociones más profundas pudiera amortiguarlas hasta cierto punto y

hacerlas más manejables. Para someterse a un aborto, no había duda de que Winifred era la mejor compañía posible. Dottie se planteó decírselo, pero al final decidió no hacerlo. Había estado maravillosa, pero en general prefería rodearse de amigos varones. Con Bob podía improvisar juegos de palabras, y él no la obligaría a pensar demasiado en el terrible acto que acababa de cometer.

# Capítulo 19

# WINIFRED

A WINIFRED LE sorprendió ver allí a Bob Benchley —Dottie no le había contado que sabía lo de la intervención—, pero le pareció estupendo, porque su amiga se tambaleaba un poco al caminar. En cuanto estuvo vestida y lista para marcharse, tomaron prestada una silla de ruedas para llevarla hasta la entrada, donde Bob la ayudó a subirse al taxi. Llegar hasta su apartamento habría sido una pesadilla, pero Bob la levantó en brazos y cargó con ella los tres tramos de escaleras mientras Winifred los seguía con su bolso.

—Está usted hecho un forzudo, señor Benchley —dijo Dottie.

—Y usted pesa más de lo que parece, señora Parker —resopló él.

Winifred abrió con la llave de Dottie y empujó la puerta para recibir los ladridos de bienvenida de *Woodrow Wilson* y el olor de pan recién hecho. Bob llevó a Dottie al salón y la dejó tumbada en el sofá. En una mesita auxiliar había un cuenco lleno de camelias carmesíes. Peggy salió de la cocina y Winifred, tras percibir un movimiento en la silla que había junto a la ventana, reparó en que Charlie también estaba allí.

Este se levantó y se acercó a Dottie, se arrodilló en el suelo a su lado y hundió la cabeza en su pecho. Winifred oyó un sollozo ahogado. El rostro de Dottie se suavizó y le pasó los dedos por el pelo sin dejar de murmurar.

—No pasa nada, estoy bien. No…

—Deberíamos dejarlos solos. —Winifred le dio un codazo a Bob—. Vamos a ayudar a Peggy en la cocina.

Tuvieron que apretarse para caber en la pequeña estancia. En la mesa había una tarta de manzana humeante con una corteza de masa dorada, y una olla de sopa hirviendo a fuego lento en los fogones.

—Me muero de hambre —señaló Bob—. En ese hospital no había nada de comer. ¿No podría…?

Peggy le sirvió un poco de sopa en un cuenco y cortó una rebanada de pan. Winifred le dio las gracias, pero dijo que no tenía hambre. Todavía tenía en la nariz el olor a goma y desinfectante. La experiencia había sido traumática.

Alguien llamó a la puerta y Peggy fue a abrir. Winifred reconoció la voz de Neysa y salió justo a tiempo de verla entrar en el piso con una botella de ginebra en una mano y una de whisky en la otra. Detrás iba

Alec Woollcott. Dottie debía de haberlos invitado a pasarse. Debería descansar, no hacer de anfitriona.

Peggy sacó la sopa, el pan y la tarta a una mesa del salón, luego regresó a la cocina para charlar con Winifred.

—Esto no me gusta —comentó ella señalando a los invitados—. Es como si quisiera convertir el suceso de hoy en un melodrama, en un animado episodio de *Los peligros de Paulina.*

—Lo sé, y comparto tu incomodidad, pero es la forma que tiene Dottie de enfrentarse a las situaciones difíciles: invita a la pandilla y lo convierte en un chiste. —Arrugó la frente—. Te veo algo decaída. ¿Te encuentras bien?

Winifred se estremeció.

—Esta mañana le han entrado dudas y he vuelto a convencerla. Ahora no hago más que preguntarme si ha sido lo correcto.

—Por supuesto que sí. Dottie no está en condiciones de tener un niño.

—Es mi educación católica. Pensaba que la había dejado atrás hace tiempo, pero hoy, mientras estaba en la sala de espera, no podía dejar de oír a las monjas en mi cabeza, sermoneándome sobre el pecado y la indecencia.

—¡Malditas monjas! —exclamó Peggy—. No soy católica, pero sé a qué te refieres. Racionalmente tengo muy claro que la religión no es más que el acuerdo del hombre con un entorno hostil, pero, aun así, a veces me inquieta. Es como tener una china en el zapato.

Winifred admiraba la forma sucinta en que Peggy era capaz de expresarse.

—¿Has obligado a Charlie a venir o lo ha hecho porque ha querido?

Tras mirar hacia la puerta para asegurarse de que nadie pudiera oírla, Peggy le explicó que hacía dos días se lo había encontrado con otra chica y le había cantado las cuarenta.

—Esta tarde, mientras estábamos aquí esperando, hemos tenido una conversación seria, y lamento decir que su relación no parece tener mucho futuro.

—Ay, Dios mío, ¡no! —exclamó Winifred a media voz—. ¿Por qué?

Sabía que Dottie se aferraba a la idea de compartir el futuro con Charlie. Si la dejaba, la destrozaría.

Peggy negó con la cabeza.

—Dice que se enamoró de una mujer que era lista e ingeniosa, una gran bailarina y, cito textualmente, «una picarona muy sexy». Le pareció que podría amarla toda la vida. Nunca se les acababa la conversación, lo pasaban de maravilla en el catre y tenían montones de intereses en común. Dice que no sabe determinar qué es lo que no salió bien, pero que, al cabo de unas semanas, Dottie empezó a resultar agobiante. —Peggy hizo una mueca con la que insinuaba que

conocía esa faceta de su amiga—. Quería saber dónde había estado las noches que no se habían visto. Quería saber cuándo se divorciaría de su mujer y no dejaba de lanzarle indirectas sobre su futuro en común.

—Necesita que la hagan sentirse segura —dijo Winifred—. ¿Le has hablado de su historia familiar? Lo único que hace falta para recuperar a esa chica despreocupada y ocurrente es un poco de amabilidad.

—No lo tengo tan claro. Charlie dice que está muy desconcertado, que intenta ser amable, pero que ya no siente lo mismo por ella.

—¿Y no te han entrado ganas de darle con una sartén en la cabeza? Después de todo lo que ha pasado Dottie, merece algo mejor.

A Winifred la enfurecía pensar que Charlie pudiera salir de allí directo a los brazos de la siguiente chica y hacer lo mismo otra vez.

—Le he dado con la sartén metafóricamente —aseguró Peggy—. Esas camelias del salón son suyas. Sabe que lo estamos vigilando. Pero no se puede obligar a un hombre a amar a quien no ama.

CUANDO WINIFRED SE marchó, había ocho invitados en el salón de Dottie mientras esta recibía a su corte. Le dio un beso para despedirse y la anfitriona la agarró un momento para susurrarle un gracias. Winifred pensó que parecía una chiquilla. Joven e inocente.

Se había tomado el día libre de los ensayos de una nueva obra llamada *Will Shakespeare* que se estrenaría en el National Theatre de la Cuarenta y uno Oeste el día de Año Nuevo. Estaban en esa fase en que parecía que nunca iba a funcionar. Ella se había aprendido sus frases del papel de Anne Hathaway, la mujer de Shakespeare, pero no podía decirse lo mismo del actor que interpretaba a Will. Otto Kruger era un ídolo rubio de función de tarde que siempre tenía hordas de admiradoras esperándolo en la puerta de los actores. Parecía que nunca había recitado un verso suelto y tenía que recibir instrucciones muy precisas del director, lo que hacía los ensayos lentos y tediosos.

Winifred siempre se llevaba un libro para sentarse a leer en su camerino cuando estaban ensayando una escena en la que ella no aparecía. Ese día tenía la nueva colección de relatos de Edna Ferber, *Gigoló,* que estaba disfrutando muchísimo. Edna formaba parte de la pandilla del Gonk, así que Winifred la conocía de saludarla, pero nunca habían charlado. Lo cierto era que le resultaba un poco intimidante, con su voz profunda y sus modales bruscos.

Recordó que Dottie había sido un poco cruel con una de sus novelas, *Las chicas.* «No podría haberla leído hasta el final ni por salvar a mi madre de morir en la silla eléctrica», había bromeado. ¿Cómo era posible compaginar un humor tan despiadado con la

fragilidad de la mujer a quien Winifred había acompañado al hospital?

Alguien llamó a la puerta y, al abrir, se encontró a un asistente cargado con una caja de rosas. Winifred gimió y se preguntó si serían de Peter —que todavía la perseguía de vez en cuando—, pero el nombre de la tarjeta era mucho más espeluznante: Arnold Rothstein, un conocido contrabandista de alcohol.

«Soy un gran admirador suyo —escribía el hombre— y sería un honor para mí cenar con usted esta noche y disfrutar de su compañía.»

Winifred se mordió el labio. Sabía cómo eran esos tipos. Al crecer en Brooklyn, había visto cómo los gamberros de la calle, que lanzaban piedras a los perros callejeros y metían arañas a las niñas por dentro del vestido, pasaban a convertirse en hombres capaces de matarte nada más verte y luego lanzar tu cadáver al East River como si fuera una bolsa de basura. No podía ir a cenar con Rothstein. ¿Y si se encaprichaba con ella? Jamás escaparía de sus garras.

—¿Espera alguien la respuesta? —le preguntó al asistente y, al ver que el chico asentía, dijo—: Por favor, transmítele mis disculpas y dile que muchas gracias por las rosas, pero que tengo un novio al que no le gusta que salga a cenar con otros hombres.

Se sentó en el tocador y exhaló hondo. Con un poco de suerte, habría zanjado el asunto. La semana ya había empezado bastante movidita.

# Capítulo 20

# PEGGY

A MEDIADOS DE diciembre, Peggy organizó una reunión del club de *bridge* en su apartamento y preparó un bufé con canapés festivos: sándwiches de jamón al horno, castañas asadas, tartaletas de fruta escarchada, pudin inglés y ponche de huevo. En un rincón del salón había un árbol de Navidad adornado con coloridas guirnaldas de papel. Debajo colocó un regalo para cada una de las chicas, todos decorados con cintas alegres, y luego retrocedió para comprobar el efecto. «Rojo y verde se muerden», decía la antigua sentencia, pero eran los colores que mejor evocaban la Navidad.

Se miró en el espejo de encima de la chimenea y admiró el vestido de punto azul aciano con ribetes de color tostado en cuello, bolsillos y puños que Winifred la había convencido para que se comprara en Lord & Taylor. Era sencillo, pero favorecía mucho a su figura.

Dottie llegó la primera, para variar. Se la veía físicamente muy frágil, con la tez pálida y unas ojeras acentuadas más aún por su casquete de fieltro púrpura con un ramillete de plumas de águila pescadora.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Peggy mientras se encargaba de su abrigo.

—De pena —contestó ella—. No he dejado de sangrar desde la intervención, y tengo unas contracciones tan dolorosas como si Dios alargara la mano desde el cielo y me retorciera el útero para castigarme.

—Seguro que el Padre Celestial está demasiado ocupado con asuntos eclesiásticos en esta época del año, pero lamento que te duela. Hablando de padres, ¿qué tal se porta Charlie?

Dottie se encogió de hombros.

—Más o menos. Solo que trabaja mucho y acaba de anunciarme que tendrá que pasar las Navidades con su mujer en Chicago. Ni idea de por qué, cuando me había dicho que se estaban separando… Pero así están las cosas. ¿Tienes un poco de whisky? Mataría por un combinado.

Peggy le sirvió una copa y, alarmada, vio que Dottie vaciaba la mitad de golpe.

—Te traigo un poco de agua si tienes sed —comentó, pero ella no le hizo caso y se acercó a la ventana para contemplar las calles oscuras

que relucían bajo la lluvia.

—Ahí llegan Jane y Winifred, acurrucadas bajo el mismo paraguas. No imaginaba que fueran a llevarse tan bien, ¿y tú? La Bella y la Feminista.

Peggy rio.

—No creo que el feminismo que practica Jane excluya a las mujeres guapas.

Fue a la puerta a recibirlas.

—¡Qué árbol tan bonito! —exclamó Winifred al entrar—. Mi sala es demasiado pequeña para poner un árbol, pero me encanta la fragancia navideña del abeto.

—En el 412 tenemos uno enorme —explicó Jane—. Alec insistió. Todos los detalles navideños tienen que ser exactamente como solía organizarlos su querida mamá, desde el menú hasta la decoración. —Sonrió con indulgencia—. Harold y yo vamos a ponerle un calcetín de Navidad con regalitos infantiles: canicas, un tirachinas y un libro de chistes.

—¿A cuántos darás de comer el día de Navidad? —preguntó Peggy.

—A los cinco mil que dice la Biblia —repuso Jane—. Todos los niños abandonados y los balas perdidas que conocemos y que no tengan dónde ir serán bienvenidos.

Peggy vio que Dottie se estremecía al oír esa descripción, que sin duda metía el dedo en la llaga.

—Supongo que eso me incluye a mí —dijo—. La Abandonada del Año. ¿Y tú qué vas a hacer, Winifred?

Esta contestó con un fuerte acento irlandés: —El día de Navidad, todas las tías, las abuelas y las primas segundas se presentan en casa de mi santa madre, así que solo hay sitio si estamos de pie, e incluso así acabamos desparramándonos por la calle. Preferiría asistir a tu comida, Jane, pero me colgarían, me lanzarían al río y me descuartizarían si me lo perdiera.

Peggy supuso que la celebración del 412 se convertiría en una bacanal con alto consumo de alcohol y que duraría todo el día, cosa que no era ni mucho menos lo que necesitaba Dottie.

—Dottie, ¿por qué no vienes a pasar la Navidad a Newburgh con mi familia? —propuso enseguida—. Mi madre siempre dice que puedo llevar a amigos. Es muy informal, habrá comida de sobra y estaremos rodeadas de campo de verdad.

Dottie la miró mientras se lo pensaba.

—¿Una auténtica experiencia de familia estadounidense? ¿Habrá calcetines en la chimenea y caramelos bajo el árbol? ¿Galletas y leche para Santa Claus? —Parecía que estuviera preparando una de sus pullas despiadadas, pero, en lugar de eso, dijo—: Creo que me gustaría mucho. Suena muy… saludable.

Cuando empezaron a jugar al *bridge*, quedó claro que Winifred y Jane habían acordado una serie de señales —se guiñaban, se rascaban la cabeza, se tiraban del lóbulo de la oreja, cruzaban y descruzaban las piernas— que usaban para comunicarse qué cartas tenían. Tal vez fuera eso lo que habían estado hablando en la calle.

—Estoy segura de que es trampa —dijo Peggy con una sonrisa.

Pero parecía funcionar, porque, cuando pararon para comer algo, iban en cabeza.

Peggy sirvió los tentempiés y las demás atacaron, aunque Dottie apenas probó bocado. Se dedicó a reducir a migas una tartaleta de fruta escarchada y a pasearlas por el plato con un dedo mientras tragaba whisky como si le fuera la vida en ello. Estaba muy callada y no participaba en la conversación a menos que le hicieran una pregunta directa. Después de cenar le entró hipo, y todas comprendieron que estaba demasiado achispada para jugar otra partida.

Peggy repartió los regalos: había comprado una agenda encuadernada en piel con un día por página para cada una.

—Esto es para vuestros sueños y esperanzas —anunció—. Para que en 1923 se hagan realidad.

—Eres una amiga estupenda —repuso Winifred mientras la abrazaba—. Tendré que pensar bien cuáles son mis sueños y mis esperanzas, en lugar de dejarme llevar de un papel al siguiente. Usaré la agenda para que me ayude a concentrarme.

—Harold y yo tenemos nuestro sueño más cerca —dijo Jane—. Puede que este nuevo año que empieza sea cuando lancemos la revista. ¿Y tú qué, Dottie?

Todas se volvieron hacia ella.

—Yo sueño con otro combinado —dijo, levantando el que ya tenía.

El codo se le resbaló por el borde de la mesa y vertió alcohol sobre su agenda nueva. Peggy corrió a buscar un paño de cocina para secarla a la vez que se llevaba el vaso. Empezaba a lamentar haber invitado a Dottie por Navidad. Si seguía bebiendo con esa determinación, aquello podía acabar en desastre.

CUANDO EL TREN llegó a Newburgh, Dottie y Peggy vieron que la localidad estaba cubierta de nieve reluciente hasta la altura de la rodilla, y la capa de hielo que recorría las orillas del Hudson apenas dejaba un estrecho canal de agua en el centro. Las farolas estaban rodeadas de halos difuminados y el aliento se les condensaba en el aire. El padre de Peggy fue a buscarlas a la estación y saludó a Dottie como si fuera toda una celebridad. Insistió en que se sentara en el

asiento del acompañante de su Ford Model T y le puso una mantita de cuadros en las rodillas.

—Ha sido muy inteligente al contratar esta nevada de postal para nuestra llegada —comentó Dottie, y el hombre rio como si fuera lo más gracioso que había oído en la vida.

Peggy se encogió en el asiento de atrás.

Su madre salió al porche a recibirlas y abrazó a Dottie con calidez.

—Sé que no nos conocíamos, pero, ahora que vas a pasar las Navidades con nosotros, ya eres de la familia —dijo—. Así que, por favor, como si estuvieras en tu casa.

Peggy reparó en que a Dottie se le humedecían los ojos, así que se la llevó corriendo arriba para enseñarle su habitación.

—Tomaremos una copa delante de la chimenea del salón en cuanto estéis listas —exclamó su madre tras ellas.

La hermana pequeña de Peggy, Rose, llegó con su novio, un tipo convencional que trabajaba en un banco y hablaba sin parar sobre los mejores lugares para pescar por los alrededores. A Peggy le preocupaba que Dottie pudiera burlarse de él; con la pandilla del Gonk habría sido despiadada. Sin embargo, solo hizo una broma amable: —No sé mucho de peces, pero creo que todo lo bueno se hace pescar.

Era raro ver a su familia a través de los ojos de una sofisticada amiga de Nueva York: la conversación de sus padres le parecía ramplona; la de su hermana, meras tonterías. Pero Dottie se mostró educada y agradecida, algo muy diferente al ingenio urbano del que hacía alarde en la Mesa Redonda.

—Tienes suerte —le dijo a Peggy después, cuando se sentaron frente al crepitante fuego de la chimenea con sendos combinados—. Yo nunca viví nada así. Mi madrastra pensaba que las Navidades había que pasarlas de rodillas, venerando a Jesús.

—¿Y tu padre? ¿También era religioso?

—No tanto como para que se le notara, pero le estaba muy agradecido a mi madrastra, la divina Eleanor Lewis, por criar a sus hijos después de la muerte de mi madre, así que le seguía la corriente. Recuerdo que un año ella me regaló una Biblia por Navidad. Ya puedes imaginarte la ilusión que me hizo. —Dottie puso una cara cómica, con los ojos bizcos.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Peggy—. Espero que no te parezca aburrido.

—Tu madre es un encanto, ¿verdad? —Dottie parecía nostálgica—. Me pregunto si la mía también habría sido así. Y cómo sería yo ahora de haber vivido ella. Supongo que nunca lo sabremos. —Levantó su vaso con un guiño—. ¿Alguna posibilidad de rellenarlo mientras los adultos no miran?

A LA MAÑANA siguiente, la familia decidió salir a dar un paseo por la nieve en un bosque cercano, pero Dottie anunció que las únicas botas que tenía eran de cordones y tacón. Hubo algún que otro bienintencionado comentario burlón sobre «los de ciudad y sus manías», y luego la hermana de Peggy encontró unas botas de nieve para prestarle.

Todos los Leech eran altos y tenían la zancada larga, pero las piernas cortas de Dottie no podían seguirles el ritmo, así que Peggy se retrasó y caminó junto a ella, señalándole los lugares donde solía jugar de niña.

Dottie estaba callada y se guardaba sus pensamientos para sí. Peggy esperaba que hubiera empezado a recuperarse del trauma reciente. No hacía muchas bromas, pero tal vez eso fuera buena señal, porque significaba que se estaba relajando y no sentía la necesidad de «actuar».

La noche de Navidad, después de unas cuantas copas, la compostura de Dottie se vino abajo. Llevó a Peggy a un aparte, al borde de las lágrimas.

—Necesito hablar con Charlie —dijo entre sollozos—. Me pidió que no lo llamara por si contestaba su mujer, pero tengo que oír su voz. Lo echo muchísimo de menos.

Peggy arrugó la frente. Su matrimonio parecía más sólido de lo que había dado a entender, si Dottie ni siquiera podía llamarlo a su casa.

—¿Quieres llamar tú por mí, Peggy, por favor? Si contesta ella, di que eres de la redacción del *New York American* y quieres comprobar un detalle de uno de sus artículos. Di que no puede esperar.

—¿Yo? No me veo capaz. Además, seguro que tienen invitados.

A Peggy le parecía una idea espantosa. Solo traería más lágrimas.

—Te lo suplico. —Dottie unió las manos como si rezara—. Este silencio me está matando. No lo soporto ni un segundo más.

Por eso había estado tan distraída; añoraba a Charlie. Peggy deseó poder calmar su dolor, pero no conocía ninguna cura para el mal de amores.

—Ay, Dottie, ¿no ves que, cuando te pones así, haces que se distancie más aún? Por favor, no lo molestes en su casa.

Pero Dottie estaba decidida.

—Si no llamas tú, lo haré yo. Seguro que tu madre me permitirá usar el teléfono.

Peggy hizo lo que pudo por convencerla de lo contrario, pero nada funcionó, así que al final, muy a su pesar, accedió a hacer la llamada. Habló con la operadora y le dio el número de Chicago.

—¿Está Charlie? —preguntó cuando contestó una voz de mujer—.

Llamo de la redacción. Tendríamos que hablar con él un momento.

Esperó a que se pusiera, le pasó el teléfono a Dottie y salió de la habitación. Tenía un mal presentimiento. De aquello no saldría nada bueno.

Unos minutos después, oyó que su amiga corría escaleras arriba. La siguió y llamó a la puerta de su habitación antes de entrar. La encontró sentada junto a la ventana, contemplando la nieve iluminada por la luna, con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó mientras se sentaba y le ofrecía un pañuelo.

Dottie se secó los ojos y se sonó la nariz.

—Ah, pues tenías razón, por supuesto. Se ha enfadado conmigo por llamar. Su mujer estaba escuchando, así que ha tenido que seguir fingiendo que yo era del periódico y me ha echado en cara que lo molestara el día de Navidad. Ha sido un desastre. ¿Por qué se me da tan mal esto?

—Se te da mejor que a mí —dijo Peggy—. Las dos vamos a cumplir los treinta el año que viene, pero por lo menos tú has estado casada y has vivido un amor de verdad, mientras que yo sigo siendo virgen y pronto me convertiré en una solterona empedernida.

—Pero serás una solterona sabia. Más sabia de lo que yo seré jamás. No soy capaz de imaginarte humillándote por un imbécil casado el día de Navidad. —Sollozó.

—Nunca digas de esta agua no beberé —repuso Peggy—. Seguro que algún día me llegará el turno de ser una boba enamorada.

Contempló el jardín nevado. Tal vez no llegara nunca. Quizá su destino fuera escribir acerca del amor y aconsejar a sus amigas, pero no experimentarlo en carne propia.

# Capítulo 21

# JANE

A LA CENA de Navidad del 412 se presentaron diecisiete «niños abandonados y balas perdidas», habituales del Gonk la mayoría de ellos. Jane había decorado el comedor comunitario con acebo y hiedra, y había conseguido colocar un árbol enorme de Navidad en un rincón. Contrató a tres mujeres que trabajaban en un restaurante chino del barrio para que asaran un cochinillo en espetón en el patio y prepararan un menú que también incluía boniatos confitados, daditos de nabo en salsa holandesa, salsa de manzana con arándanos y tres postres diferentes. Las cocineras se pasaron toda la mañana acudiendo a ella para preguntarle por esas recetas que no dominaban, y Jane comprendió que habría sido mejor pedirles que hicieran comida china, pero el menú lo había planificado Alec, y lo quería exactamente así.

Durante la cena, los hombres dominaron la conversación igual que hacían en el Gonk. Hubo competitivos juegos de palabras y acertijos navideños que resolver, cosa que a Jane no le pareció ni agradable ni muy festivo. Se reclinó en su silla y se limitó a escuchar mientras tenía una oreja puesta en las cocineras, por si la llamaban desde la cocina o el patio.

—Leí tu artículo sobre contrabando de alcohol en el *Times* —comentó Marc Connelly—. Es un buen trabajo. ¿Has recibido muchas reacciones?

—Un chaparrón de comentarios en las cartas al director —contestó ella—, pero, de momento, ni Rothstein ni Fay han enviado a sus matones para darme una paliza. —Tocó madera.

—Me pregunto cómo afectará a tu juicio por infracción de la Ley Seca. ¿No te tratará la policía con más severidad por haberlos criticado?

—Al contrario —dijo Jane, mirando a Alec—. Carr Van Anda llamó a la comisaría y descubrió que los cargos en mi contra han desaparecido misteriosamente. No tenemos pruebas, pero sospechamos que tal vez el señor Rothstein ha movido los hilos.

Vio que Alec la estaba escuchando, pero sin hacer ningún comentario. Tal vez se sintiera culpable.

Para Jane había sido un alivio enterarse de que no iba a cargar con antecedentes policiales, pero también le ponía los pelos de punta pensar que Rothstein pudiera haberla ayudado. No quería deberle

nada a ese hombre.

—Parece que has hecho una conquista —opinó Marc—. ¿Seguro que sabe que estás casada? No llevas alianza, así que quizá crea que ha tenido suerte. Me parece que deberías preocuparte, Harold.

—Qué va. Lo sabía todo de mí —explicó Jane—. Diablos, si hasta es posible que conozca qué marca de polvo dental uso.

—Debes de ser muy valiente —comentó Helen Hayes, una actriz que era amiga de Alec—. Yo no me habría atrevido a quedar con él. Cuéntanos cómo es, por favor.

Un coro de voces la secundó, así que Jane les habló del extraño encuentro en el Lindy's y de los sicarios de traje elegante y pelo engominado que le estrecharon la mano con gran educación. Describió detalles como que Rothstein tenía unas manos enormes y carnosas, los zapatos de dos colores que llevaba Legs Diamond, y la meticulosidad con la que Lucky Luciano se limpiaba las uñas con un palillo.

—¿Queréis que los invitemos a cenar algún día? —propuso Alec—. Seguro que la conversación sería fascinante.

—¡Madre de Dios, no! —exclamó Jane—. Escapé ilesa una vez, pero dos ya sería tentar a la suerte.

Sacaron los postres y todos se quejaron de que no les cabía nada más, pero, aun así, fueron pasando las fuentes y todo el mundo se sirvió algo.

—¿Dónde está Dottie? —preguntó Marc—. Esto no es lo mismo sin sus comentarios cáusticos.

—Dottie ha sido desterrada al campo por mal comportamiento —dijo Alec antes de meterse una cucharada de pudin de ciruelas en la boca.

—¿Se ha fugado a algún sitio con Charlie? —preguntó Helen—. ¿Es eso lo que insinúas con lo de «mal comportamiento»?

—No le hagas caso —intervino Jane—. Está pasando las Navidades con la familia de Peggy Leech.

—Charlie está en Chicago, con su mujer —añadió Alec mientras se desabrochaba los botones inferiores del chaleco. Le apretaba tanto en la barriga que amenazaban con saltar—. Y nuestra Dottie sigue fuera de combate mientras se recupera tras haber abortado el pequeño bastardo de Charlie hace un par de semanas.

Muchos ahogaron un susurro de sorpresa.

—¡Alec! —lo reprendió Jane—. ¡Eso no es cierto!

Él se la quedó mirando con una expresión triunfal.

—Pues claro que lo es. Me invitó a una fiesta en su apartamento la tarde que volvió del hospital. Neysa estaba allí. Y también Peggy y Winifred. Qué raro que no te dijeran nada.

Jane, horrorizada, recorrió la mesa con la mirada. Por las caras de sus invitados, vio que algunos ya lo sabían. ¿Por qué no había

confiado Dottie en ella? Reparó en que hacía semanas que no se veían a solas. Ella había estado liadísima con el trabajo, y había supuesto que Dottie pasaba todo el tiempo libre con Charlie, así que ni siquiera la había llamado.

—Cierto o no, me parece una conversación muy poco apropiada para una cena de Navidad —los interrumpió Harold—. Cambiemos de tema. Marc, ¿hasta qué punto estás convencido de que la formación del Estado Libre Irlandés pondrá fin a las hostilidades en la Isla Esmeralda?

Jane se levantó para retirar los platos y casi volcó su silla. Estaba furiosa por que Alec hubiera aireado una información tan privada como quien lanzaba una pelota para que los demás se entretuvieran dándole patadas. ¿Estaba borracho? Aun así, no era excusa. Ya no le apetecía tener compañía y deseó que los invitados se marcharan, pero solo eran las seis de la tarde y todavía les quedaba por delante una larga velada cargada de copas.

Pobre Dottie. Debía de estar destrozada. Jane decidió que la invitaría a comer en cuanto volviera de casa de Peggy.

QUEDARON EN EL Barbetta's, en la Cuarenta y seis Oeste, donde se podía disfrutar de un menú del día buenísimo a setenta y cinco centavos por cabeza. Un camarero las acompañó a una mesa medio en penumbra en un rincón. En las paredes rosa salmón colgaban ajadas decoraciones navideñas, y en todas las mesas había una lamparita de pie dorada.

—¿Qué tal tus Navidades? —preguntó Jane cuando se sentaron—. ¿Cómo es la casa de Peggy?

—Cursi y típica de las afueras —contestó Dottie—. No había ni una superficie que no estuviera cubierta de acebo, y hasta los pájaros de los árboles eran felices.

Jane rio a carcajadas.

—Parece que el aire del campo te ha sentado bien. Y me ha encantado tu relato para *The Smart Set* de este mes: «Qué estampa tan bonita». Harold estuvo riendo a carcajadas de principio a fin. —Iba sobre un hombre con un matrimonio aburrido que estaba arreglando su jardín delantero una tarde, cuando, de repente, soltaba las podadoras y se marchaba—. Pensamos que está inspirado en Bob Benchley y su mujer. ¿Hemos acertado?

—Me es imposible contestar a eso —dijo Dottie guiñando un ojo.

—¿Te comprará más textos *The Smart Set?* Estaría muy bien que consiguieras un encargo regular por su parte.

—Sí, pero solo pagan cincuenta dólares por pieza y tuve que hacer

tantos borradores que dudo que haya ganado más de diez centavos al día —se lamentó Dottie—. Escribir me encanta…, pero *a posteriori*. El proceso en sí no lo soporto.

El camarero se acercó a preguntar qué querían beber, y Dottie se llevó un chasco al saber que no servían alcohol.

—No me daré prisa en volver, si los jefes de este sitio son unos aguafiestas que permiten que una ley de tres al cuarto acabe con la satisfacción del cliente.

—Dicen que las albóndigas están muy buenas —comentó Jane mientras estudiaban el menú.

El camarero les tomó nota y, cuando se fue, Jane alargó la mano sobre la mesa para alcanzar la de su amiga.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó—. ¿Estás bien?

—¿Por qué? —se extrañó Dottie, suspicaz.

—Porque me he enterado de tu intervención. Lo siento. Debió de ser un mal trago.

—¿Quién demonios te lo ha dicho? —Se tapó la cara con las manos mientras apoyaba los codos en la mesa.

—Alec lo soltó durante la cena de Navidad, nada menos. Me enfadé muchísimo con él. Y Harold también. —Jane suspiró—. Ojalá me lo hubieras dicho. Así podría haberme ocupado mejor de él. Tal como fueron las cosas, me quedé de piedra.

—No podía contártelo. —La voz de Dottie apenas era audible—. Me daba demasiada vergüenza.

—¡Serás boba! ¡Eres mi mejor amiga! ¿Por qué narices te daba vergüenza contármelo? Jamás juzgaría a ninguna mujer por poner fin a un embarazo. Me parece increíblemente valiente tomar una decisión así, y, sin lugar a dudas, era la correcta en tu situación. —Miró a Dottie con más atención. ¿De verdad había pensado que la condenaría? ¿Era esa la impresión que daba?—. Me duele que confiaras en Winifred, en Peggy e incluso en Alec, pero no me lo dijeras a mí.

A Dottie se le anegaron los ojos.

—Su opinión no me importa, pero siempre he querido que pienses bien de mí. Una vez me dijiste que las mujeres de Kansas son de armas tomar, y me hiciste desear ser de allí también, porque yo más bien me veo desarmada. Tú jamás te meterías en los líos en los que acabo yo. Por eso no podía contártelo.

—¡No digas tonterías! —exclamó Jane—. Siempre me meto en líos. Que me detuviera la policía fue un buen lío. Entrevistar a Arnold Rothstein también me lo pareció. Y vivir con Alec es un lío constante, maldita sea.

Dottie suspiró.

—Y, sin embargo, has sobrevivido a todo ello.

—Igual que lo harás tú —aseguró Jane con firmeza—. No tengas ninguna duda.

—Era un niño —dijo Dottie sin inflexión alguna en la voz—. Le puse Jacob, como mi padre. Un buen nombre judío.

—Ay, Dottie…

Jane estaba triste por ella, pero también preocupada.

—Ojalá lo hubiera tenido, aun sin el apoyo de Charlie —siguió diciendo su amiga—. Es lo que habrías hecho tú, ¿a que sí? Tú serías capaz de criar a un hijo sola, pero sabía que yo no.

—No sé lo que habría hecho —confesó Jane—. Ya sabes que no me entusiasma la idea de tener hijos. Pero estoy segura de que tú los tendrás algún día. Jacob no será el único. Hasta entonces, ¿por qué no vienes conmigo a la clínica de Margaret Sanger y consigues un diafragma, para evitar más accidentes?

—No hace falta —dijo Dottie—. Charlie no ha vuelto a acercarse a mí desde la intervención. Supongo que solo con pensarlo le da reparo.

—Lo superará —opinó Jane—. La anatomía masculina está gobernada por instintos biológicos, no por el pensamiento racional.

El camarero les sirvió la comida y, debido a un leve gesto de sus labios, Jane comprendió que la había oído decir eso último.

Dottie cambió de tema mientras comían.

—¿Alec sigue abusando de vuestra hospitalidad? ¿Y Harold te defiende?

—Ya conoces a Harold —dijo Jane—. Siendo sincera, no creo que sea consciente de ninguna tensión. Es como si no lo viera. Mi táctica actual es asfixiar a Alec con amabilidad e intentar apelar a su bondad.

—Buena suerte con eso —señaló Dottie—. Para él, todo se reduce al estatus. Quiere ser el cerebro y no aceptará que una mujer esté al mando, ni siquiera para decidir algo tan intrascendente como la marca de papel higiénico de su cuarto de baño.

—Estoy muy harta del ego masculino —reconoció Jane—. No hago más que pasar de puntillas junto a ellos: en el trabajo, en casa, en el Gonk, incluso en el salón de Neysa. Nunca debemos molestarlos, porque son unas criaturas sensibles y delicadas. —Notó que Dottie solo estaba jugando con la comida. La paseaba por el plato sin comérsela, y supuso que había vuelto a pensar en Charlie y en el niño —. ¿Se disculpó al menos por haberte hecho un bombo? —preguntó.

Dottie asintió despacio con la cabeza.

—Sí. Pagó la intervención, me llevó flores y dijo todo lo que había que decir. Creo que Peggy tuvo que darle cincuenta latigazos primero, pero funcionó a las mil maravillas.

«Bien por Peggy», pensó Jane. A primera vista, nadie diría que fuera muy combativa, pero bajo ese exterior tan amable se escondía un interior de acero.

—Lamento que pensaras que no podías acudir a mí. Siento que te he fallado como amiga, pero espero que podamos vernos más a menudo este próximo año, solas tú y yo.

—Claro —dijo Dottie, aunque sin mucho entusiasmo—. Tenemos que hacerlo.

Jane pensó que no parecía ella misma. No estaba triste ni llorosa; solo apática.

—El trabajo y la casa me han tenido demasiado ocupada, pero me propondré ser mejor amiga si tú te propones escribir más historias maravillosas… y tener más cuidado cuando estés con hombres peligrosos.

—Tanto trabajar y no salir a jugar hará que Dottie acabe por marchitarse —remató ella con una leve sonrisa—. Pero lo intentaré.

# Capítulo 22

# DOTTIE

LA NOCHE DE Fin de Año, Dottie se dio cuenta de que el teléfono llevaba tres días sin sonar. Charlie ya debía de haber regresado a Nueva York. ¿Por qué no la había llamado? ¿Seguía enfadado con ella por lo de Navidad? Neysa se pasó desde el otro lado del descansillo para decirle que daría una fiesta más tarde, pero, aparte de ella, Dottie no había hablado con nadie más desde la comida con Jane. Podría haber llamado a alguien —a Bob, quizá—, pero no era capaz de hacer el esfuerzo. Se sentía apagada y aburrida, y no sería justo hacer cargar a nadie más con su estado de ánimo. Lo único en lo que podía pensar era en Charlie. ¿Dónde estaba? ¿Cómo podía conseguir que volviera a amarla?

Dio un respingo al oír que llamaban a la puerta y se levantó despacio para abrir. Y allí, con una enorme sonrisa, estaba el hombre que últimamente ocupaba todos sus pensamientos: sostenía una caja envuelta en papel de regalo con una mano y una botella de Veuve Clicquot con la otra.

—¡Aquí estás! —exclamó Charlie—. He intentado llamarte, pero me parece que no te funciona el teléfono. ¿Puedo pasar?

Lo único que quería Dottie era lanzarse a sus brazos y llorar, pero resistió el impulso y, en lugar de eso, lo invitó a entrar.

—Ah, la vieja excusa del teléfono que no funciona… —Levantó el auricular del suyo y escuchó.

Pues sí, estaba muerto.

—¿Has pagado la última factura? —preguntó Charlie, y se lanzó al sofá—. Saca un par de copas para esto, ¿quieres? —Levantó la botella —. Es hora de empezar la fiesta de Fin de Año.

Dottie hizo lo que pedía y él descorchó el champán. El tapón rebotó en la jaula del canario, y *Onán* aleteó y chilló en señal de protesta.

—Feliz Año Nuevo —dijo Charlie, pasándole una copa—. Te he traído un regalo de Navidad.

Dottie desató el lazo y, al abrir la caja, encontró un chal de terciopelo verde *chartreuse* con estampado *devoré*. Era bonito, aunque le pareció una ocurrencia de último momento. No era capaz de imaginar a Charlie entrando en una tienda, viendo el chal y pensando: «Es perfecto para Dottie». Ella le había comprado un batín azul medianoche terriblemente caro, pero era un regalo demasiado

generoso a cambio de ese chal; mejor no decir nada.

—¿Qué tal las Navidades? —preguntó—. Siento haberte llamado a casa. Iba achispada.

—Mis suegros estaban escuchando, así que la situación fue incómoda —explicó él—, pero no pasa nada. Todavía no les hemos contado que vamos a divorciarnos, así que teníamos que actuar como «el matrimonio ideal».

Hizo una mueca, como insinuando que eran cualquier cosa menos eso, y luego se puso a hablar de unos proyectos artísticos en los que trabajaba su mujer, y le explicó que había patinado sobre el hielo del lago Michigan y se había puesto al día con viejos amigos.

Al terminar, como si no tuviera ninguna importancia, mencionó que su jefe quería enviarlo a Chicago durante unos meses para cubrir la baja de un compañero.

A Dottie se le encogió el estómago como si estuviera en un ascensor que bajaba por un rascacielos a toda velocidad.

—¿A Chicago? ¿Y le has dicho que sí?

Ya sabía la respuesta. Por supuesto que le había dicho que sí.

Charlie explicó que era un ascenso y una gran oportunidad para él. La echaría de menos, y también a todos sus amigos de Nueva York, pero los meses pasarían volando. A Dottie le acudió una cita a la cabeza: «La ausencia, esa habitual cura para el amor». ¿Era de Shakespeare? No lo recordaba. ¿La curaría la ausencia de Charlie de su amor por él?

—¡No pongas esa cara tan alicaída! —exclamó él con tono burlón—. Venga, vamos a casa de Neysa a dar la bienvenida al Año Nuevo. Irving Berlin va a tocar y no quiero perdérmelo. Después quiero pasarme por la fiesta de Ruth Hale y Heywood Broun.

—Te veo en casa de Neysa —dijo Dottie—. Tengo que cambiarme y ponerme la cara de fiesta.

Ya en el cuarto de baño, se quedó mirando su tez pálida en el espejo. Charlie ni siquiera la había besado. Ella le había dado un abrazo para agradecerle el chal, pero solo un momento. ¿Debía llevarlo esa noche para contentarlo? Era probable que ni siquiera se diera cuenta. Se puso un poco de colonia y destapó su pintalabios rojo vino.

Charlie iba a dejarla. En el fondo, sabía que los hombres siempre la dejaban. Ella provocaba que se distanciasen porque necesitaba más de lo que eran capaces de darle. Se odiaba por ello, pero cambiar no parecía posible. De niña no la habían querido, y tampoco de adulta era digna de recibir amor. Así eran las cosas y así serían siempre.

JUSTO DESPUÉS DE Año Nuevo, las tormentas invernales sacudieron Manhattan y dejaron una gruesa capa de nieve en el suelo, pero, al contrario que la nieve de Newburgh, no se mantuvo bonita durante mucho tiempo. No tardó en convertirse en un barro gris gracias a los miles de pies que pisaban las aceras y a los coches que patinaban por las calles. La estampa iba en consonancia con el ánimo de Dottie. Charlie se había marchado de Nueva York sin pasar otra noche con ella, y eso le dolía. ¿Tan poco atractiva era ya? ¿Qué había ocurrido con ese vertiginoso torbellino de amor y pasión que los había arrollado a ambos el año anterior? Estaba claro que había sido un espejismo.

Intentó concentrarse en el trabajo, como le había sugerido Jane. Bob Benchley le consiguió un encargo para escribir un poema para la revista *Life,* y Dottie compuso una simple cancioncilla cínica titulada «Una rosa perfecta». Les encantó y le pidieron otro, pero a ella no se le ocurría ninguna idea. La fecha de entrega llegó y pasó de largo, como un tren de mercancías perdiéndose en la distancia. *The Smart Set* también quería otro relato, pero Dottie sentía pánico cuando veía la página en blanco. Estaba absoluta y completamente bloqueada.

Mientras tanto, empezaba a aterrarle el tema del dinero. No sabía cómo, pero siempre se gastaba la asignación mensual que le pasaba Eddie en ropa, cócteles y taxis, y de pronto se había retrasado con el alquiler y había tenido que mentir al casero con la excusa de que esperaba que le llegaran unos cheques por correo. El teléfono seguía sin funcionar y la caldera, como para fastidiarla, se averió. Tenía mucho combustible y los mandos parecían estar bien, pero no había forma de que calentara el agua. Le dio una patada cargada de frustración. Por suerte, el horno seguía funcionando, así que podía encenderlo y abrir la puerta, y con eso calentaba la cocina lo justo para sentarse a la máquina de escribir envuelta en prendas de lana. Quería pedirle al casero que reparara la caldera, pero suponía que no podría hacerlo hasta que estuviera al día con el alquiler. ¡Ojalá Bob y ella hubieran podido conservar su pequeño despacho! Allí habría tenido calefacción, y a Bob como acompañante, pero lo habían dejado para ahorrar dinero y ahora él trabajaba en las oficinas de la revista *Life.*

—¡Diablos, escribe algo, por el amor de Dios! —se gritó a sí misma.

Pero ¿tenía algo que decir? Su trabajo era trillado y deprimente; sobre hombres que engañaban, mujeres desesperadas y la imposibilidad del amor. Ya lo había dicho todo.

Neysa se pasaba de vez en cuando para arrastrarla al otro lado del descansillo, a su estudio, y que estuviera acompañada, pero a menudo estaba allí Alec, y Dottie no soportaba tenerlo cerca desde que sabía que les había contado a todos lo de su aborto en la cena de Navidad

de Jane. Después, Neysa se fue de vacaciones a Florida hasta finales de enero, así que ahí acabó todo. Dottie dejó de abrir la puerta, porque no soportaba pensar en recibir visitas. Peggy le envió una nota para preguntarle dónde estaba y qué pasaba con su teléfono, y también para recordarle que habían quedado en celebrar una reunión del club de *bridge* en su apartamento el último sábado del mes. Winifred le envió dos entradas por correo para su nueva obra, *Will Shakespeare,* pero no fue a verla.

Pasaron los días, cada uno igual al anterior; fríos, oscuros y solitarios. Una tarde, Dottie estaba hojeando el último número de *The Smart Set* cuando se topó con un artículo de la poetisa Elinor Wylie, que acababa de ganar el premio de la Sociedad de Poesía con una antología titulada *Redes para atrapar el viento.* Elinor escribía que para los poetas era esencial apreciar la muerte, puesto que se trataba de la experiencia humana definitiva, aquella contra la que se medía todo lo demás. Leyó que Elinor había perdido a tres familiares cercanos a causa del suicidio: su hermano se asfixió en el piso de ella, su primer marido se pegó un tiro después de que lo abandonara, y también su hermana se mató tras una aventura amorosa que acabó mal. Elinor afirmaba en el artículo que había perdido ocho niños entre abortos espontáneos y bebés que le nacieron muertos —¡ocho!— y decía que a menudo pensaba en suicidarse. Opinaba que todo verdadero poeta se lo planteaba de vez en cuando.

Dottie entendía lo que quería decir. También ella había conocido la pérdida, aunque no a causa del suicidio; también ella había perdido un niño, aunque había sido por voluntad propia. Compró un ejemplar de *Redes para atrapar el viento* e intuyó el deseo de morir en sus descripciones del paso de las estaciones: «Ve y escarba bajo tierra (…) copula con raíces de árboles y con piedras (…) y con huesos incorpóreos»; «invierno somnoliento, como el sueño de la muerte».

Aquellas palabras contagiaron su estado anímico como solo la mejor literatura era capaz de hacerlo, como si le ofrecieran una huida de un mundo despiadado y rancio. La idea de un relato empezó a cobrar forma poco a poco en su cerebro: una mujer rubia de cierta edad que vivía sin un penique en una destartalada habitación de hotel, que se había entregado a hombres que la habían usado y abandonado, y a quien rondaba la idea de suicidarse.

Con esa historia en mente, Dottie empezó a investigar métodos de suicidio. ¿Debía conseguir una pistola su protagonista? ¿De dónde la sacaría? En una habitación de hotel no habría horno de gas. ¿Y pastillas? Debía estar muy segura de cuáles ingerir para no intoxicarse solamente, porque entonces la acusarían de querer lanzar un grito de socorro. No, su protagonista deseaba morir de verdad. ¿Y si se colgaba? ¿De dónde ataría la cuerda en una habitación de hotel?

El tema le preocupaba, sentía que la historia cobraba vida en su cabeza, pero no era capaz de empezar a escribir. Lo que plasmaba en el papel era un fracaso. La idea inicial parecía merecer la pena, pero las palabras de la página no lograban reflejarla. Tal vez podría escribir de nuevo cuando la nieve se fundiera y volviera a salir el sol. Mientras tanto, pasaba demasiado tiempo encerrada en su propia cabeza. Le daba la sensación de haber encogido, de que su cuerpo era cada vez más pequeño, igual que su mente. Si continuaba encogiendo mucho tiempo más, tal vez acabara por desaparecer.

DOTTIE NO HABÍA salido en todo el día. Por la tarde, notó que le rugía el estómago y reparó en que estaba muerta de hambre. En el piso no quedaba ni una pizca de comida, solo una bolsa de galletas para perros. Echó unas cuantas en un cuenco para *Woodrow Wilson* y el animal las devoró en un tiempo récord, cosa que le hizo sentir una punzada de culpabilidad. ¿Cuándo le había dado de comer por última vez? ¿Desde cuándo no lo sacaba a pasear, por cierto? Al acercarse a la jaula de *Onán* para rellenar el alpiste y el agua, comprobó que apestaba. Limpiarla era otra tarea para la que no había encontrado energía, pero se sentía derrotada solo con pensar en hacerlo.

El restaurante de abajo, el Swiss Alps, era la fuente de alimento más cercana. Tenían las paredes pintadas con cursis escenas alpinas y cocinaban especialidades suizas, pero al menos servían a domicilio, así que no tendría que quedarse a comer allí. Pidió una *raclette,* un plato de patatas con queso, y subió de nuevo al piso.

Se sirvió un whisky con soda, bebió un sorbo y luego miró en el monedero para ver si podía pagar al repartidor. Se le cayó el alma a los pies. Solo le quedaban un par de centavos, y entonces recordó que había pagado al contrabandista de alcohol, que la había dejado sin blanca. La asignación de Eddie tardaría una semana más en llegar al banco, y ya no le quedaban cheques en la chequera. Hundió la cara entre las manos. Quería llorar, pero no tenía fuerzas. Cuando no podías permitirte ni un kilo de patatas era que habías tocado fondo de verdad.

Bebió otro trago de whisky, pero el estómago se le encogió como si fuera a vomitar. Corrió al cuarto de baño, se inclinó sobre el retrete y sintió arcadas. No le salió nada, pero la sensación de náusea no desaparecía, y tampoco el dolor punzante de las sienes; era como si tuviera resaca, solo que no había bebido lo suficiente para eso. Se le habían acabado las aspirinas. ¿Quedaba algo de la morfina que le habían dado tras la intervención? Abrió el armarito del baño. La botellita de cristal marrón seguía allí, pero la agitó y comprobó que estaba vacía. ¿Podían empeorar más las cosas?

En otro estante vio una navaja plegable que se había dejado Eddie. ¿De verdad se había marchado el verano anterior y no antes? Le daba la sensación de que había pasado mucho más que seis meses. Él le había prometido que pasado ese tiempo se reunirían para ver si su matrimonio todavía podía salvarse, pero ella nunca lo había creído. Eddie había salido por la puerta con un suspiro de alivio y sin siquiera mirar atrás.

Dottie abrió la navaja, acarició el filo y apretó un dedo contra él hasta que vio una gota de sangre. Era extraño, pero no notaba nada, como si tuviera las terminaciones nerviosas insensibles. Se miró la muñeca izquierda, con sus líneas de venas azules bajo la piel, igual que afluentes de un río. ¿Dónde se suponía que había que cortar?

Apretó la navaja con fuerza y la deslizó bruscamente de lado a lado. Le dolió tanto que gritó y empezó a saltar. «Ay, ay, ay.» Al principio, la sangre manaba solo como pequeñas gotas a lo largo de una fina línea roja, pero enseguida empezó a brotar y a caer al suelo. ¿No debería cortarse también la otra muñeca, por simetría? Sujetar la navaja con la mano izquierda era más difícil, sobre todo por la sangre, que hacía que se le resbalara. El corte de la muñeca derecha le quedó irregular y le dolió tanto que creyó que iba a desmayarse. Había sangre por todas partes.

Agarró una toalla y se dejó caer en el suelo, apoyó la espalda contra la bañera y notó el cerebro enmarañado.

Debería haberse llevado el whisky. Ya puestos, más le valía estar borracha mientras moría desangrada. Pero, ahora que estaba sentada, no tenía fuerzas para levantarse e ir a por la botella.

¿De verdad iba a morir? ¿Era eso lo que quería?

—Quiero a mi papá —murmuró, y al decirlo se le saltaron las lágrimas.

«¡Papá!» Se puso a llorar con tantas ganas que apenas lograba respirar: lloró porque era una huérfana que lo había perdido todo, lloró porque solo la recordarían por su lamentable suicidio.

Alguien llamaba a la puerta. Dottie se calmó. Aunque el sonido era insistente, esperaba que parase si no le hacía caso. No era capaz de hablar, y mucho menos de levantarse.

Entonces oyó una voz que la llamaba.

—¿Señora Parker? Le traigo su pedido.

Era el repartidor y, por la forma en que ladraba *Woodrow,* parecía que ya estaba dentro del apartamento. «Ay, mierda…» Debía de haberse olvidado de cerrar con llave.

Cerró los ojos y, cuando el chico entró en el cuarto de baño, fingió estar inconsciente para no tener que ver la cara que ponía.

# Capítulo 23

# WINIFRED

*WILL SHAKESPEARE* RECIBIÓ críticas poco entusiastas. No era una gran pieza, pero un par de críticos destacaron la interpretación de Winifred para alabarla. El elenco y el equipo eran muy agradables, y ella habría disfrutado de la temporada de no haber quedado empañada por las cajas de rosas de Arnold Rothstein, que seguían llegando. Era evidente que ese hombre no aceptaba un no por respuesta.

Una noche, mientras firmaba autógrafos en la puerta de actores, reparó en un coche caro que se había detenido al otro lado del gentío, con un hombre al volante que llevaba un traje oscuro y sombrero. Cruzó una mirada con Winifred y le indicó que se acercara, pero ella hizo como que no se daba cuenta. Al cabo de un rato, el hombre bajó del coche y fue hacia allí.

—El señor Rothstein pregunta si querría hacerle compañía esta noche —informó con un acento de Filadelfia.

Winifred fingió una alegría que no sentía.

—Es muy amable, pero a mi novio le daría un patatús —contestó—. Envíele mis disculpas.

—Sabemos que ya no sale con Peter Costello —dijo el chófer—. Así que ¿quién es el afortunado?

Winifred se estremeció. ¿Cómo sabían lo de Peter? ¿Qué más sabían?

—Eso es secreto —repuso, y se llevó un dedo a los labios—. No queremos que salga en los periódicos. Seguro que lo entenderá. —En cuanto pudo, volvió a entrar por la puerta de actores.

En el pasillo se encontró a una compañera actriz y se confió a ella.

—¿Qué demonios se supone que voy a hacer? —preguntó.

—Deja que te invite a un par de cenas caras, pero mantenlo a distancia —le aconsejó la chica—. Es lo que haría yo. Puede que le saques alguna joya. He oído que está forrado.

Pero Winifred sabía que con tipos como Arnold Rothstein no se jugaba. No le gustaría que lo tomara por tonto.

La noche siguiente llegó otra caja de rosas, con otra invitación. Decidió que pediría consejo a las chicas del club de *bridge* ese sábado, cuando se reunieran en casa de Dottie. Seguro que a Peggy y a Jane se les ocurriría algo.

WINIFRED TOMÓ UN taxi a casa de Dottie justo después de la función y subió la escalera corriendo, consciente de que las demás estarían esperándola. Se sorprendió al ver que Peggy abría la puerta con una expresión de alarma, como si intentara decirle algo. Al mirar por encima de su hombro, vio a Dottie tumbada en el sofá, tapada con una manta.

—Oh, no, ¿estás enferma? —preguntó al entrar.

Allí dentro hacía un frío terrible que calaba hasta los huesos. Olía a cañerías atascadas. Peggy y Jane no se habían quitado el abrigo, y ella tampoco lo hizo.

Dottie estaba más pálida que nunca y tenía los ojos oscuros hundidos en las cuencas. Era la primera vez que Winifred la veía sin nada de maquillaje. Incluso en Lenox Hill, justo antes de abortar, se había retocado el pintalabios mirándose en su espejito.

Dottie levantó las muñecas, cubiertas por unos llamativos lazos negros, y retiró uno para enseñarle las vendas de debajo.

—¿Qué ha pasado? ¿Has tenido un accidente?

Miró a Jane, cuya expresión era funesta, y luego otra vez a Dottie.

—No me puedo fiar de que Eddie haga nada bien —dijo esta con una voz grave y ronca—. Se dejó una navaja, pero estaba poco afilada para cortar en profundidad. De verdad que es el marido más inútil del mundo…

—¿Te has cortado las venas? Pero ¿por qué?

A Winifred le costaba respirar, estaba tan conmocionada que no lograba pensar.

—No era mi intención —explicó Dottie—, pero la caldera está estropeada, debo el alquiler, me han cortado el teléfono, ya no puedo escribir, el amor de mi vida me ha abandonado y, además, pedí una *raclette* al restaurante de abajo y descubrí que no tenía dinero suficiente para pagarla. Eso fue la gota que colmó el vaso. —Se encogió de hombros con un gesto exagerado—. El suelo del baño estaba cubierto de sangre cuando llegó el pobre repartidor, y supongo que fue él quien llamó para pedir ayuda, porque me desperté en el hospital.

Winifred se sentó en el borde del sofá y la abrazó con cuidado de no tocarle las heridas de las muñecas. Luego le dio un beso en la frente. Notó el cuerpo de Dottie frágil, como un pajarillo al que pudiera partirle los huesos si lo estrechaba con demasiada fuerza.

—Tu familia debe de ser muy tocona —comentó Dottie intentando sonreír—. Mi madrastra no creía en los abrazos, pero podría acostumbrarme a esto.

Apoyó la cabeza en el hombro de Winifred, y esta la estrechó un

poco más mientras le daba palmaditas en la espalda y la acunaba con suavidad.

—Ojalá me hubieras llamado —le dijo—. Podrías haber usado el teléfono de Neysa. Me habría presentado aquí enseguida. —Miró a las demás—. Cualquiera de nosotras lo habría hecho.

Dottie no quería mirarlas a los ojos.

—Neysa no está, y resulta que, cuando decides morir, lo último que quieres es público. Bueno, el caso es que he fracasado con el suicidio, igual que con todo lo demás. Hablando de fracasos, ¿quién quiere jugar al *bridge*? —Alcanzó una baraja de cartas.

Las chicas se miraron y Jane negó con la cabeza.

—No podemos jugar al *bridge* como si no hubiera pasado nada. —Se levantó—. ¡Mira cómo está la casa! No me extraña que estés deprimida.

Winifred miró alrededor. Había revistas tiradas por el suelo, botellas vacías y vasos volcados por todas partes, además de ceniceros desbordados, y parecía que *Woodrow Wilson* hubiera usado la alfombra como lavabo.

—Tendrías que venirte a vivir con nosotros al 412 —dijo Jane—. Tenemos una habitación libre en la tercera planta.

Dottie fingió estremecerse.

—La única forma de que yo viviera en la misma casa que Alec Woollcott sería que estuviera muerto y enterrado en el patio trasero.

—Puedes quedarte en mi piso —ofreció Peggy—. Yo dormiré en el sofá.

—No, estoy bien —insistió Dottie—. Dejad de preocuparos. No voy a cortarme las venas otra vez. Francamente, ¡no tenía ni idea de lo mucho que duele!

Jane empezó a rasgar tiras de papel de periódico para recoger las cacas de perro. Peggy se puso a reunir los vasos y Winifred la ayudó. Que Dottie hubiera intentado quitarse la vida la había afectado mucho. ¿Era culpa suya, por haberla ayudado a librarse del embarazo? Para la Iglesia católica, tanto el suicidio como el aborto eran pecados capitales.

Con cinco años menos que las demás, Winifred a veces se sentía fuera de lugar, como si cualquier cosa que dijera fuese inadecuada. No debería estar ahí. Jane y Peggy conocían mejor a Dottie. Por otro lado, parecía que esta exhibía toda su vida en público, como si no hubiera nada sagrado.

Peggy llenó un hervidor de agua y lo puso a calentar.

—Ay, Dios mío, ¿cómo ha acabado viviendo en estas condiciones? —le susurró a Winifred—. Podría haber muerto de frío.

—El olor también es espantoso —añadió ella—. Pero sus problemas no se solucionarán solo con limpiar.

—Lo pensaremos entre todas y se nos ocurrirá un plan —dijo Jane, que ya se había encargado de los excrementos del perro.

Winifred se alegró de oír que por lo menos la cadena del retrete seguía funcionando.

Jane regresó al salón a hablar con Dottie: —Llamaré al casero el lunes a primera hora y le explicaré que has estado enferma y que por eso te has retrasado con el alquiler. También le pediré que arregle la caldera.

Repasó la lista de cosas pendientes marcando cada punto con el dedo, como si pudiera encargarse de todos los problemas solo con poner en ello la energía suficiente.

«Pero no podrás hacer que Charlie vuelva —pensó Winifred con un destello de clarividencia—. Eso es lo único que quiere, en realidad.»

Vació los ceniceros en la basura y empezó a ordenar las revistas en una pila. Ojalá pudiera hacer más.

Peggy sacó un bizcocho casero con aroma a canela, nuez moscada y clavo. Dijo que era una de las recetas de su abuela. Todas comieron un trozo con una taza de café, y Winifred reparó en que ya era medianoche. Ese día no jugarían ninguna partida y tampoco beberían ninguna copa.

—Vente a casa conmigo —le rogó Peggy a Dottie—. Al menos hasta que te arreglen la caldera. Dicen que las temperaturas van a caer bajo cero durante la mayor parte de la semana.

—¿Y qué hago con *Woodrow* y *Onán?* No puedo abandonarlos.

Winifred miró al rincón.

—Si le dejamos agua y un poco de comida al pájaro, estará bien un par de días.

Peggy hizo una mueca.

—Supongo que el chucho tendrá que venirse con nosotras. Pero no pienso dejarte aquí hasta que hayamos pensado cómo mejorar tu vida.

Dottie cedió. Reunió unas cuantas prendas de ropa y se marcharon las cuatro juntas, más el perro. Peggy y Dottie se montaron en el primer taxi, después de rogarle al conductor que hiciera la vista gorda y aceptara llevar al animal. Winifred y Jane compartieron otro coche, y de camino barajaron posibles formas de ayudar a Dottie. Jane se ofreció a encargarse de las tareas más prácticas, y Winifred pronosticó que las tendría resueltas a lo largo de la mañana siguiente. Era una persona de acción.

Al bajar del taxi delante de su apartamento recordó que no les había pedido consejo sobre Arnold Rothstein. «¡Maldita sea!» No había sido la noche más oportuna. Supuso que podía llamar a Jane durante la semana, pero su problema parecía insignificante comparado con el de Dottie. Tal vez se solucionara por sí solo.

# Capítulo 24

# PEGGY

DOTTIE DURMIÓ HASTA tarde y tapada con tantas mantas que solo se veía un poquito de pelo oscuro sobre la almohada. Peggy se pasó la mañana horneando pan, y preparando sopa de lentejas y un pastel de carne para cenar. No era día para interrogar a Dottie sobre los cómos y los porqués de su intento de suicidio, sino para alimentarla y mimarla.

Cuando por fin despertó, Peggy le llevó una taza de café y una rebanada de pan recién hecho con mermelada de grosella negra, luego le preparó un baño caliente al que echó un poco de sus sales de aroma de gardenia. Sacó a pasear a *Woodrow Wilson* para que hiciera sus necesidades, pisando la acera con cuidado porque estaba cubierta de una capa de hielo muy traicionera. Al regresar, puso un alegre disco de Paul Whiteman en el fonógrafo y subió la caldera para que el piso estuviera bien calentito.

—¿Hacía tu madre todo esto por ti cuando eras pequeña? —preguntó Dottie, que entró en el salón con la bata de Peggy y el pelo envuelto en un turbante desmañado.

Señaló la habitación con un gesto de las manos mientras percibía el calor y los aromas de la comida.

—Sí, tuve suerte.

Su madre no era perfecta. Resultaba un poco avasalladora cuando pretendía casar a sus hijas, y tenía tendencia a preferir a su hermana pequeña, Rose, de carácter más afable, pero sí era enormemente maternal. Peggy nunca había dudado de que la querían.

Dottie se sentó en el sofá hecha un ovillo y remetió los pies bajo el cuerpo.

—Me pregunto si estaría más cuerda de haber tenido una madre. Tal vez por eso esté condenada al fracaso: espanto a los hombres con mis exigencias imposibles de que me demuestren su amor, como una princesa de cuento que los retara a luchar contra dragones.

—La próxima vez, ayudaría un poco que no escogieras a un hombre casado —insinuó Peggy con tono amable—. Valórate lo suficiente para insistir en que, si quieren estar contigo, tienen que elegirte solo a ti.

—Dicho así, suena fácil. —Dottie rio con amargura—. ¿Te refieres a que no apruebas mi técnica de buscar a alguien que no está disponible y luego lanzarme a por él? —Se quedó pensativa—. Aunque Eddie sí

estaba disponible, e incluso me lo llevé al altar antes de que saliera huyendo hacia la puesta de sol.

—Tal vez necesitas estar un tiempo alejada del otro sexo. Ojalá lograras volver a escribir. Conseguir que te publiquen más trabajos potenciaría tu confianza de una forma saludable, no como los extravagantes piropos de un tipo que quiere llevarte al catre.

Peggy hablaba por experiencia propia; la inyección de seguridad que sentía al escribir un capítulo de su novela con el que estaba satisfecha superaba cualquier otra cosa.

—Tenía una idea para un relato… —dijo Dottie, y le habló a Peggy de la mujer rubia que había sufrido el maltrato de los hombres y estaba pensando en suicidarse—. Tal vez lo escriba algún día, si recupero la energía.

—Espero que sí —repuso Peggy, aunque por dentro se dijo que más le valía escribir sobre algo que le levantara el ánimo y no volviera a hundirla otra vez.

DOTTIE SE QUEDÓ con Peggy una semana, mientras Jane apaciguaba a su casero, conseguía que le arreglaran la caldera y le limpiaba el apartamento de arriba abajo. Volvieron a conectarle el teléfono después de que Peggy le extendiera un cheque para la compañía telefónica. Fueron a inspeccionar el piso una mañana, y Dottie dejó caer que tal vez ya era hora de regresar.

A ella le daba reparo dejarla allí sola. Parecía demasiado pronto, todavía estaba muy frágil. Tenía cita en el hospital ese mismo día para que le quitaran los puntos, así que Peggy se tomó la tarde libre en el trabajo para acompañarla, con la esperanza de pedir consejo al personal médico. ¿Cómo podían impedir que Dottie volviera a intentarlo?

Las atendió un médico joven que se llamaba Alvan Barach, un hombre de cutis suave y aspecto pulcro con unas gafas de montura metálica que daba la impresión de ser más o menos de su edad. Tomó los brazos de Dottie con una delicadeza absoluta y luego le dijo que apartara la mirada mientras extraía con unas pinzas los feos puntos negros que recorrían toda la extensión de las heridas.

Peggy se estremeció al ver las cicatrices en zigzag. Las muñecas de Dottie eran delgadas como las de un niño.

—Las marcas desaparecerán en poco tiempo —dijo el médico—. Me preocupan más las cicatrices internas, señora Parker. No sé si ha pensado en recurrir al psicoanálisis.

—De ninguna manera —repuso Dottie—. No quiero revelar mis mejores frases, y menos aún pagar a nadie por concederle ese

privilegio.

El hombre rio con educación.

—En mis estudios del psicoanálisis he visto resultados espectaculares en casos no muy diferentes al suyo. —Tiró del último punto y dejó las pinzas sin soltarle la muñeca, que seguía en la palma de su mano—. A veces, la depresión está causada por una emoción reprimida que proviene de un incidente traumático de la infancia. Un incidente que tal vez ni siquiera recuerde, porque está oculto en lo más profundo del inconsciente. Analizarlo puede ayudar a desbloquear el pasado y, así, cambiar patrones de conducta muy arraigados en el presente.

—¿No es cierto que todo el que va a un psicoanalista es porque está mal de la cabeza? —comentó Dottie.

Peggy pensó que era típico de ella: usar el humor para desviar la atención.

—¿Sigue usted la escuela de Freud o de Jung, doctor Barach? —preguntó—. ¿La culpa es de los padres, o del universo?

—Una mezcla de ambos. —El hombre se volvió hacia ella—. Freud tiene muchos argumentos buenos, pero está demasiado obsesionado con el sexo.

Peggy estaba de acuerdo.

—La teoría de Jung sobre un inconsciente colectivo que influye en culturas enteras me gusta, pero no consigue convencerme cuando lo reduce a su creencia en lo paranormal.

—Parece que haya estudiado usted el tema. —El joven le dirigió una mirada socarrona—. ¿Trabaja en ese campo?

—He leído unos cuantos libros. Es un interés personal, pero no estoy formada en ello. Trabajo en el Departamento de Publicidad de Condé Nast.

—¿No se supone que esta consulta es por mí? —preguntó Dottie—. ¿O vais a decirme que parezco una niña caprichosa que busca atención porque la destetaron demasiado pronto?

Los dos se echaron a reír.

—Me parece que eso es el análisis freudiano en pocas palabras —señaló Peggy.

El doctor Barach recogió su instrumental, cerró el maletín y le dio la mano a Dottie.

—Si cambia de idea sobre el psicoanálisis, hágamelo saber. E intente cuidarse más —dijo—. Espero no volver a verla por aquí.

«¿Y ya está?», se dijo Peggy, que se levantó de un salto para seguirlo cuando salió de la consulta.

—Doctor Barach, ¿puedo pedirle consejo?

El joven se detuvo.

—Por supuesto —dijo, aunque Peggy vio que miraba el reloj del

pasillo.

—¿Hay algo que podamos hacer las amigas de Dottie para ayudarla? ¿Alguna señal a la que debamos estar atentas para impedir que esto se repita?

Él la miró un momento.

—Anímenla a que se ponga metas para el futuro y no dejen de preguntarle cómo va progresando —dijo—. No permitan que pase demasiado tiempo sola. Si notan que se encierra en sí misma, preséntense en su casa y oblíguenla a estar en contacto con los demás. —Le ofreció una sonrisa contenida—. Parece que está haciendo muy buen trabajo por el momento, señora Leech. Lo fundamental es seguir en ello a medida que pasen las semanas y los meses.

—Señorita. Señorita Leech —aclaró ella—. Y gracias. Varias amigas estamos haciendo lo que podemos por ella. Estamos muy conmocionadas.

—No lo dudo. —Le dio unas palmaditas rápidas en el brazo—. Le deseo mucha suerte, señorita Leech. También a la señora Parker.

Giró sobre sus talones y se apresuró por el pasillo sin volverse a mirarla, como si llegara tarde a algo más importante.

—¿TE APETECE IR al Gonk? —propuso Dottie cuando salieron del hospital—. El señor Benchley estará allí y Jane se pasará después del trabajo. Ya va siendo hora de que empiece a dejarme ver en sociedad otra vez.

Peggy tuvo sus dudas al pensar en el ambiente de puñales por la espalda del Gonk, pero se convenció de que Dottie necesitaba la compañía de sus amigos.

La Mesa Redonda estaba muy concurrida esa tarde, los habituales se apretaban codo con codo, pero las conversaciones se acallaron y todos se volvieron para mirar a Dottie y a Peggy cuando entraron. Bob Benchley se levantó de un salto para acercarles dos sillas.

—Plagiando a Mark Twain —anunció Dottie a la sala entera—: los rumores de mi reciente deceso han sido muy exagerados.

—Me alegro de verte, Dottie —dijo Harold con cierta torpeza, tras lo que se oyó un coro de saludos y buenos deseos.

—¿Los médicos ya te han considerado apta para estar en compañía humana? —preguntó Bob.

—¿Qué le hace pensar que es usted humano, señor Benchley? —Dottie se sentó a su lado y dejó que le sirviera de su petaca.

Peggy se sorprendió. ¿Cuándo había empezado Bob a beber?

Dottie dio un trago y continuó: —Esta tarde he visto a un médico que me ha animado a probar el psicoanálisis. Seguro que solo con

mirarme se ha dado cuenta de que sería un cheque-comida de por vida para cualquier loquero afortunado. Diablos, no solo podría pagarle las comidas, seguramente también una residencia vacacional en Florida y la universidad de sus hijos.

—Siempre me ha atraído eso del psicoanálisis —comentó Helen Hayes—. Debe de ser divertidísimo tumbarse en un diván y contarle todos tus secretos a un misterioso hombre con barba. Porque todos llevan barba, ¿verdad?

—A mí, no es Dottie quien me preocupa —dijo Bob—. Piensa en el trauma que debió de suponerle al pobre repartidor del Swiss Alps. Tendrías que pagarle un psicoanálisis a él.

—Qué va —repuso Dottie—. Estará bien. Seguro que se sentó a devorar mi *raclette* mientras esperaba a que llegara la ambulancia.

Peggy observaba a Dottie mientras esta iba interceptando preguntas y las contestaba quizá con demasiada alegría. Recordó que una vez había visto a un grupo esnifando cocaína en el salón de Neysa y también se comportaban así: parlanchines, con los ojos muy abiertos y un entusiasmo desbordante. No acababa de resultar natural. Dottie estaba actuando.

Jane llegó y se apretó a su lado.

—¿Cómo está la paciente? —le susurró a Peggy.

Ella le contó que le habían quitado los puntos y que quería regresar a su piso esa misma noche.

—Me quedaré con ella —dijo Jane mientras la rodeaba con un brazo—. Tú ya has hecho suficiente, Pegs.

Peggy se alegró de que Dottie no fuera a estar sola en el mismo apartamento donde menos de dos semanas atrás había intentado quitarse la vida. Se la veía vulnerable entre los parroquianos de la Mesa Redonda; había demasiados a quienes no les importaba su bienestar, que solo estaban dispuestos a soltar una risa tras su siguiente ocurrencia o a deleitarse con su próximo melodrama.

CUANDO PEGGY LLEGÓ a casa esa noche, se alegró de tener su apartamento otra vez para ella sola, pero de todos modos seguía preocupada por Dottie. Pensó en lo que había dicho el doctor Barach y decidió que la llamaría todos los días y acudiría corriendo a la primera señal de recaída. Al menos algunos de los problemas de Dottie los había provocado su insensata actitud con el dinero, y se preguntó si Eddie podría cargar con un poco más de responsabilidad. Al fin y al cabo, seguía siendo su marido.

Sin pensárselo dos veces, llamó a la operadora y preguntó por el número de Edwin Pond Parker en Hartford, Connecticut. La operadora

no lo tenía en su listín, pero Peggy recordó que una vez había conocido a los padres de Eddie y sabía que se llamaban Harris y Dora. Le pidió a la mujer que la pusiera con ellos.

Dora respondió al teléfono y le dijo que por el momento Eddie estaba viviendo allí, en su antigua habitación; fue a avisarlo enseguida.

—Soy Peggy —le dijo cuando se puso al teléfono—. Me temo que voy a darte malas noticias. Dottie no lo ha estado pasando muy bien ella sola y ha hecho una tontería. —Le contó la historia y le aseguró enseguida que ya estaba recuperada, por lo menos físicamente.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. ¿Estaba Eddie enfadado con ella por haber llamado? ¿Acaso no le importaba Dottie?

—Sé que algunas de las preocupaciones que la han superado eran económicas —siguió explicando Peggy— y me preguntaba si podrías hacerte cargo de sus facturas durante un tiempo. ¿O aumentarle la asignación, quizá? Solo hasta que sea capaz de trabajar otra vez.

Hizo una pausa. No sabía si se había extralimitado, pero entonces oyó una inspiración agitada, seguida de otra más. El sonido era extraño, no parecía una respiración normal.

—¡Ay, mi pobre Dottie! —Las palabras le salieron entrecortadas, como si se estuviera atragantando, y Peggy se quedó de piedra al comprender que Eddie estaba llorando—. No debí dejarla sola. Todo esto es culpa mía.

—Nadie piensa eso —se apresuró a asegurarle ella—. Es que se le ha ido acumulando todo.

Le contó lo del alquiler, la caldera, el teléfono, pero no mencionó a Charlie.

Eso no tenía por qué saberlo.

—¿Dónde está ahora? —Eddie hablaba deprisa—. Tomaré un tren hacia Manhattan mañana por la mañana y llamaré para ver si puedo recuperar mi antiguo trabajo.

Peggy se mordió el labio. No estaba segura de que fuera la mejor idea, pero seguía siendo su marido, así que supuso que no podía impedírselo.

Cuando colgó, llamó al piso de Dottie para confesarle lo que acababa de hacer. Si ella quería detener a Eddie, debía hacerlo enseguida, antes de que sus planes estuvieran muy avanzados.

En lugar de eso, pareció agradarle bastante la idea.

—¿Estás segura de que lloraba de verdad? ¿No es una monada? —dijo—. Dios santo, ¿quién habría pensado que un intento de suicidio sería la forma de salvar mi matrimonio?

Esa noche, Peggy estuvo despierta en la cama dándole vueltas a la cabeza. No sabía si había hecho lo correcto o si había añadido una nueva obertura a la trágica ópera de la vida de su amiga.

# Capítulo 25

# JANE

UN PAR DE días después del regreso de Eddie, Jane llamó a Dottie por teléfono para preguntar si todo iba bien.

—El suicidio debe de ser afrodisíaco —dijo su amiga con voz de arrullo—. Eddie está siendo muy, muy atento…

—Me alegra oír eso —repuso Jane—. Pero ¿bebe tanto como antes?

—Anoche solo se tomó un whisky. Creo que se ha dado cuenta de que tiene que controlarse.

«Esperemos que dure», pensó Jane. Cuando los bebedores intentaban reducir la dosis, según su experiencia, normalmente no conseguían mantenerlo mucho tiempo. Decidió estar vigilante.

—Ahora que ha vuelto, deberíamos intentar que participe más en nuestros encuentros sociales —propuso—. Antes se quejaba de que no se sentía incluido, pero podemos darle la bienvenida y organizar una celebración. Esta vez quieres que se quede para siempre, ¿verdad?

—Si piensa mantener el nivel que ha mostrado hasta ahora, desde luego que sí —dijo Dottie.

Jane pensó que parecía una persona diferente. Sentirse amada suponía un mundo de diferencia para ella.

—¿Acierto al pensar que a Eddie le gusta bailar?

—¡Pues claro! Solíamos bailar mucho cuando nos conocimos. Eran los años del *ragtime*, cuando todo era despreocupado y divertido. —Calló un momento—. Ahora los estilos de baile se han vuelto un poco más complicados, igual que nosotros.

—Pero todavía podemos salir a divertirnos. Harold no baila, pero encontraré a alguien que sea mi pareja. Pregúntale a Eddie cuándo está libre.

Jane colgó mientras se preguntaba a quién podía proponérselo. Sus compañeros de trabajo estaban casados o eran unos zoquetes con los que no era capaz de imaginarse pasando una velada entera. Pensó en la pandilla del Gonk. ¿Bob Benchley, tal vez? Siempre se apuntaba a un bombardeo y adoraba a Dottie, pero se sintió mal por su mujer, porque Bob casi nunca estaba con ella en casa. Y entonces se le ocurrió pensar en Alec.

A él le entusiasmaba bailar. Jane opinaba que daba saltitos como una cucaracha con muelles en las patas, pero siempre era uno de los primeros en salir a la pista y el último en sentarse. Aquello podía

ayudarla en su campaña para ponerlo de su parte. Dottie se había enfadado con él por su indiscreción en la mesa de Navidad, y ella misma por delatarla a los polizontes, pero tal vez había llegado el momento de enterrar el hacha de guerra.

Aun así, le reconcomía una duda: ¿intentaría meter cizaña entre Dottie y Eddie? Jane lo descartó. Alec podía tener una lengua viperina, pero solo con aquellos a quienes no soportaba; no haría daño a una persona frágil.

Ella se lo propuso a Alec, y Dottie a Eddie, y buscaron fecha.

DECIDIERON IR A Connie's Inn, un nuevo club nocturno de Harlem dirigido por el contrabandista Connie Immerman. Había mesas muy juntas en tres de los lados de la pista de baile, y, sobre el escenario, Wilbur Sweatman, compositor del éxito «Kansas City Blues», tocaba con su banda. Era un jazz muy enérgico y sincopado, de esos que hacen seguir el ritmo con el pie mientras uno mueve la cabeza. Jane se alegró de haber reservado mesa, porque solo quedaba sitio para estar de pie al fondo.

Un camarero les tomó nota y Jane preguntó si tenían «ginger ale de importación», que era el eufemismo universalmente reconocido para referirse a unos combinados.

Dottie y Eddie se fueron directos a la pista y se lanzaron a bailar un foxtrot muy animado. Jane nunca los había visto bailar juntos, y fue como ver a dos personas muy diferentes. Movían los pies con gran coordinación y mantenían los brazos en alto con elegancia. En cierto momento, Dottie echó la cabeza hacia atrás para decirle algo a Eddie por encima de la música y él rio a carcajadas. Su altura, su postura, sus gestos… Todo en ellos parecía componer la pareja perfecta.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó a Alec—. ¿Alguna obra que me puedas recomendar?

Él hizo una mueca.

—Cada vez es más raro encontrar una joya entre la escoria. La mayoría de las noches me siento a ver las paparruchas más nefastas. No me extraña que me dé a la bebida.

Jane le dedicó un chasquido compasivo.

—¿Has visto la nueva obra de Winifred, *Will Shakespeare*?

—Sí. Aunque, para obras, la mía: quedarme hasta el final fue mi buena obra del día —repuso él con un escalofrío—. Darle ese papel a Otto Kruger ha sido un intento descarado de atraer a las amas de casa de las afueras para que vayan a cacarearle a sus ricitos rubios y alborotados, y eso nos ha estropeado la diversión a todos los demás.

—¿Qué te pareció Winifred?

A Jane le había maravillado su interpretación. A veces, cuando veía a amigos en el escenario, solo le parecía que eran ellos actuando, pero Winifred se transformaba por completo en otra persona.

—Ella juega en otra liga —coincidió Alec—. Me encantaría verla en un papel más desafiante. Sería capaz de interpretar cualquier cosa. Aunque en el plano personal la encuentro muy reservada… Como si escondiera un secreto. ¿No estás de acuerdo?

—No va pregonando su vida personal por ahí, como otros que conozco.

Al pensar en ello, Jane se dio cuenta de que sabía muy poco de Winifred, pese a sus tardes de chicas. Era guapa y tenía talento, pero no alardeaba de ninguna de esas dos cualidades. Respondía a las preguntas directas, pero rara vez ofrecía información por voluntad propia. Sin embargo, Jane no creía que tuviera secretos; no era taimada ni artera, solo discreta. Al contrario que la mayoría de los de la pandilla, no intentaba ser el centro de atención.

Dottie y Eddie se acercaron mientras bailaban un vals y los animaron a que se unieran a ellos en la pista.

—¡Dentro de nada! —exclamó Jane—. Estamos esperando las copas.

—No durará —dijo Alec inclinándose para hablarle al oído—. Esos dos. Son demasiado diferentes. Ella es un cruce entre la pequeña Nell de Dickens y Lady Macbeth, mientras que él es el aburrido de Bob Cratchit de *Un cuento de Navidad.*

—Qué cínico eres —lo reprendió Jane con una sonrisa—. Me parece que la causa de sus problemas era que Eddie bebía mucho. Ha necesitado un tiempo para superar la guerra, pero esta noche está más animado que nunca.

—Tan animado como un perezoso. Yo creo que es ella quien lo lleva a él.

Llegaron las copas y Alec pagó al camarero. Jane bebió un trago. Era ginebra de buena calidad, gracias a Dios.

—Esta noche está liándose con sus juegos de palabras, señor Woollcott —comentó—. Afirma que Dottie es dominante y despiadada, y al mismo tiempo una criatura indefensa salida de un melodrama victoriano. Me parece que ambas cosas no pueden darse a la vez. —Hizo entrechocar su vaso con el de él—. ¡Chinchín!

—Sin embargo, nuestra Dottie encarna precisamente esa contradicción, ¿no crees? Tiene un ingenio afilado y también una parte más patética. —Adoptó un falsete para imitarla—: «No tenía suficiente dinero para comprar comida, ¿qué otra cosa podía hacer?».

Jane le dio una palmada en la rodilla.

—Alec, no seas malo. A veces te pasas mucho de la raya.

—¿Y quién deja la puerta de casa abierta cuando se está suicidando? —siguió él—. Interesante, ¿no crees?

Jane había pensado lo mismo: que Dottie, de manera inconsciente, había querido que la encontraran y la salvaran, pero eso no hacía que su desesperación fuese menos real. No tenía sentido mantener esa conversación con Alec tal como estaba esa noche.

—Venga —dijo, dándole un codazo—. Vamos a bailar. Me encanta esta banda.

La pista estaba abarrotada, pero la gente se apartó en cuanto Alec empezó a hacer su número de la cucaracha saltarina. No tenía ningún pudor, y Jane lo admiraba por eso. Le gustaba la música y disfrutaba moviendo su cuerpo al ritmo de la melodía. Allá por 1919, solían pasarlo muy bien bailando juntos en París. Alec había sido un gran amigo y Jane deseaba poder recuperar esa faceta suya más a menudo.

Algunas parejas bailaban el tango, otras se movían siguiendo los pasos del *black bottom* o el foxtrot, pero en general reinaba la anarquía en la pista, donde había frecuentes colisiones. Jane se había formado como bailarina antes de trabajar para *The New York Times* y se le daba bien incluir pasos nuevos sobre la marcha. Le encantaba bailar. Se imbuía de un estado de ánimo apacible y relajado, por lo que las siguientes palabras de Alec la pillaron desprevenida.

—Harold y tú tampoco aguantaréis hasta la meta —dijo—. Ningún hombre quiere volver a casa y encontrarse con una marimacho que se pasa el día riñéndolo y aleccionándolo.

Jane se zafó de sus brazos y reconoció el brillo malvado en sus ojos. Harold lo había descrito una vez como un gato persa con sobrepeso que ha sacado las garras y está listo para saltar. Solo que ella no había hecho nada para merecer ese ataque.

—¿De qué narices estás hablando?

—He oído que le has limitado las apuestas del club de póker a cinco dólares, como si fueras su madre y él aún llevara pantalón corto. —Ladeó un poco la cabeza, retándola.

—Es por prudencia —repuso ella—. Los dos estamos de acuerdo, porque queremos ahorrar para la revista.

Alec dejó de bailar, y ella también.

—Ah, la revista, claro. ¿De quién fue esa idea, exactamente? Porque Harold dice que te estás apropiando del concepto y que ya no es lo que él quería montar.

Jane se molestó.

—Eso no es cierto y punto. No me creo que Harold te haya dicho eso. Deja de meter cizaña, Alec.

—Me dijo que, cuando se casó contigo, no tenía ni idea de que aquello iba a suponerle una conferencia sobre feminismo en cada comida, y que ni siquiera lo dejas tranquilo en la cama, a menos que finja estar dormido. —Dio media vuelta, regresó a la mesa y levantó su copa.

Jane sabía que solo estaba de mal humor, pero aun así no pudo evitar contestarle. Lo siguió a la mesa.

—¿Y tú qué, eh, Alec? —contraatacó—. ¿Cuándo vas a encontrar a una mujer? Todo el mundo sabe que bebes los vientos por Neysa, así que ¿por qué no pones las cartas sobre la mesa y descubres si te corresponde? ¿Tienes miedo de lo que pueda decir? —Le sostuvo la mirada, desafiante.

Él no pestañeó siquiera al contestar: —Puede que haya novedades en ese frente, y antes de lo que crees.

Jane rio con aspereza.

—Estoy impaciente. Haréis una pareja estupenda.

Bebió un trago de su copa y luego dio media vuelta para mirar hacia la pista de baile; no le apetecía sentarse con Alec, y que este continuara con su diatriba.

Dottie y Eddie se acercaron sin dejar de bailar, y Jane preguntó si podía ser la siguiente.

—¡Claro! —exclamó Eddie, alargando un brazo.

Dottie agarró el de Alec y tiró de él para levantarlo justo cuando empezaba a sonar una nueva canción.

Bailar con Eddie era divertido. Tenía los pies ligeros y habilidad para maniobrar entre la gente. Se colocaron cerca de la banda y vitorearon cuando Wilbur hizo su famoso número de tocar tres clarinetes a la vez mientras los otros cinco músicos lo acompañaban con los saxofones.

—Me alegra que hayas vuelto —le dijo—. Dottie y tú hacéis muy buena pareja.

—Yo también lo creo —repuso él.

A Jane se le ocurrió invitarlos a casa de un amigo en vacaciones.

—En junio iremos a la mansión de Herbert Swope en Manhasset Bay, y nos dijo a Harold y a mí que lleváramos a nuestros amigos más divertidos. Sería estupendo que Dottie y tú pudierais venir.

—¡Caray, me encantaría! Y seguro que a ella también. —Parecía contento—. Me tomaré unos días libres.

Después de bailar con Eddie, Jane formó pareja con Dottie en un par de canciones. Hicieron el tonto, fingiendo que respondían a una llamada telefónica y que se ponían pintalabios mientras daban pasos rápidos por la pista. Dottie tiró de su collar de cuentas hacia arriba como si fuera la soga de un ahorcado y sacó la lengua sin perder el ritmo ni una sola vez.

El resto de la velada, Jane se aseguró de no quedarse a solas con Alec ni un momento. Sus palabras la habían herido, pero no quería discutir con él. Al salir, tomaron taxis diferentes. Él quería pasar por casa de Neysa, así que compartió el de Dottie y Eddie mientras Jane regresaba al 412.

Harold estaba leyendo en su escritorio, y ella enseguida entró, lo rodeó con los brazos desde atrás y le dio un beso en ese pelo alborotado que tanto adoraba. Olía a café y a tinta de imprenta.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó mientras se quitaba las gafas.

—No ha estado mal —dijo ella—. Había segregación: músicos negros y clientes blancos, pero es lo habitual. ¿Qué tal tú? ¿Un buen libro?

—No mucho. —Se frotó los ojos—. ¿Ha vuelto Alec contigo?

—No, estaba de un humor de perros. Me ha dicho varias cosas sobre ti que me han molestado.

—¿Como qué?

—Como que sientes que me estoy apropiando de tu idea para la revista y haciéndola mía, y que estás aburrido de hablar de feminismo. —Estudió el rostro de su marido para ver si era cierto.

Como respuesta, él echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Luego la sentó en su regazo.

—Ya sabes cómo es Alec. Una víbora que tiene que escupir su veneno de vez en cuando para no atragantarse con él. No le hagas caso.

Jane se quedó más tranquila. Si lo pensaba racionalmente, no imaginaba a Harold diciéndole nada de eso a Alec. No era esa la clase de relación que tenían. Alec se había limitado a poner sus venenosas opiniones en boca de Harold para crear un conflicto en la pareja. Tendría que haberlo imaginado y no haberse dejado engañar.

# Capítulo 26

# DOTTIE

DOTTIE MIRABA A Eddie mientras este leía las páginas de economía del periódico durante el desayuno y fruncía un poco el ceño ante uno de los artículos. Su pelo oscuro seguía alborotado porque acababa de levantarse, y llevaba una bata de color granate que le había regalado ella dos Navidades atrás. Dottie le había preparado una tostada con su marca preferida de mermelada de naranja, que había bajado a comprar a la tienda. Se esforzaba por tener siempre comida en el apartamento, e incluso cocinaba de vez en cuando. Le gustaba cuidar de él.

—¿Te apetecen unos huevos? —preguntó.

Peggy le había enseñado a prepararlos revueltos y duros; antes, solo sabía freírlos.

Eddie rio.

—Sí que has cambiado —dijo—. Con la tostada me vale, gracias. —Y siguió leyendo el periódico.

—¿Qué acciones van mejor? —preguntó ella.

—Más o menos todas. Estamos en lo que se llama un mercado alcista. Hay un auge económico.

—Supongo que las agujas de tejer perderán unos cuantos puntos —comentó Dottie.

Eddie levantó la mirada, desconcertado, y entonces pilló el chiste y se le iluminaron los ojos.

—Sin duda los zapatos de tacón cotizan al alza, y pronostico que el champán subirá como la espuma —siguió diciendo Dottie, que se detuvo para ver si Eddie se sumaba al juego.

A esas alturas, Charlie ya estaría lanzando sus propias ocurrencias, pero Eddie se limitaba a sonreír con las de ella.

—El mercado de la fruta está maduro, pero los precios de los globos están inflados, mientras que las anclas han tocado fondo. ¿A que soy una buena esposa, dándote todos estos consejos de inversión?

—Eres muy útil. Me aseguraré de compartirlo con los chicos de la oficina —dijo él, y volvió a concentrarse en el periódico.

Dottie se levantó para recoger los platos. «No lo reconozco», pensó con un repentino destello de clarividencia. El hombre que estaba sentado frente a ella le parecía un extraño. Ambos se trataban con cortesía y amabilidad, pero Dottie tenía que aprender a conocerlo

desde cero, igual que él a ella.

Cuando eran novios, Eddie se había mostrado galante y atento, siempre la sorprendía con pequeños regalos, entradas para el teatro o una reserva en algún restaurante que sabía que le gustaba. Ese era el hombre con el que creía que se estaba casando. Después se convirtió en el borracho malcarado que regresó de Francia, el que siempre le encontraba pegas a todo. Aquel Eddie era cruel, y Dottie aún conservaba cierto miedo a que pudiera regresar. Sabía que esa crueldad habitaba en su interior.

¿Por qué había vuelto con ella? ¿La amaba o tenía cargo de conciencia? Tal vez no soportaba que lo tildaran de ser el tipo que había abandonado a su mujer y la había empujado al suicidio.

—¿Qué dijo tu madre de que volvieras a vivir conmigo? —quiso saber—. ¿Esperaba que nos divorciáramos para que pudieras casarte con una chica más aceptable? ¿Una que, a ser posible, no fuera judía?

Dora Parker descendía de un linaje de clérigos anglicanos y lamentaba que Dottie tuviera sangre judía por parte de padre.

—Está encantada —dijo Eddie—. Quiere que vayamos de visita. Le entristeció mucho nuestra separación. Sé que no se lo contó a ninguna de sus amigas. La oía por teléfono, diciendo: «Ay, qué duro debe de ser para Eddie y Dorothy vivir separados mientras él está trabajando aquí, en Connecticut».

Dottie imaginó que su suegra solo intentaba guardar las apariencias. Detestaría cargar con la vergüenza de un divorcio en la familia.

—¿Podemos dejar pasar un tiempo antes de ir a verla? —pidió—. Estoy disfrutando mucho de tenerte para mí, de momento. Es como si volviéramos a conocernos. ¿Me entiendes?

—Claro —repuso él, aunque parecía algo desconcertado.

Dottie notaba que él no analizaba todas las frases igual que hacía ella. Eddie había regresado, y punto.

Tenía que dejar de cuestionárselo todo. Se sentía un millón de veces más estable con él allí. No era solo que Eddie se asegurase de pagar las facturas y arreglar las cosas que se estropeaban, también le proporcionaba la estabilidad emocional que necesitaba. La sensación de tambalearse al borde del abismo era menos intensa, aunque le preocupaba que no hiciera falta mucho para volver a caer en la negrura.

Si los besos de Eddie no la encendían igual que los de Charlie, si sus artes en el dormitorio no eran tan imaginativas, al fin y al cabo, eran áreas en las que podían trabajar. Charlie era difícil de igualar, pero Dottie no debía permitir que eso estropeara sus relaciones con otros hombres. La suya nunca había sido real.

NEYSA LLAMÓ A su puerta una tarde con una proposición.

—Me encantaría pintarte —dijo—. ¿Posarías para mí?

—¿Yo? —Dottie se quedó sin habla—. No soy una de tus esbeltas chicas de portada. Tengo las piernas tan cortas que en las tiendas apenas llego al mostrador y tengo que ponerme de puntillas para que me den el cambio.

—Es para mi colección personal, no para una portada. Me encantaría ver si consigo retratar tu esencia. ¿Dejarás que lo intente? Solo serían un par de horas al día…

Dottie accedió. ¿Lo hacía por vanidad? ¿Por curiosidad? ¿O solo porque le proporcionaba una excusa para alejarse de la máquina de escribir?

Peggy se había acostumbrado a llamar por teléfono todas las tardes y siempre le preguntaba cómo iba con la escritura, y a ella le daba vergüenza tener que informar de que había escrito veintisiete palabras en toda la mañana y había tachado treinta. Así, por lo menos, podría echarle la culpa a Neysa de su falta de productividad.

Neysa rebuscó en su vestuario y escogió un vestido azul marino bastante infantil, con cuello babero y mangas hasta el codo. No quería que Dottie llevara maquillaje y le pidió que se sentara en una silla e hiciera como que estaba perdida en sus pensamientos. No le costó; lo más difícil sería estarse quieta durante más de cinco minutos.

En su primera sesión, se sorprendió al ver que Jack Baragwanath, el minero, salía del dormitorio y besaba a Neysa en los labios.

—¿Queréis que os prepare un café, chicas? —preguntó de camino a la cocina.

—Solo para mí —dijo Neysa—. Dottie no puede moverse.

Ella levantó las cejas sin dar crédito, pero Neysa sonrió como una esfinge. Cuando le llevó el café, Jack se sentó a mirarlas un rato.

—¿Has encontrado oro últimamente? —preguntó Dottie.

—Ya lo creo que sí —respondió él con una voz gutural y masculina, mirando a Neysa—. Acabo de regresar de Brasil, donde hay unas minas muy lucrativas en la cuenca del Amazonas.

Dottie le preguntó por su vida en la Amazonia, y él le dio conversación para mostrarse educado, aunque se notaba que habría preferido estar a solas con Neysa. Era evidente que ella le había lanzado su famoso hechizo.

Cuando Jack se marchó a trabajar, Dottie comentó: —Si le lanzaras un palo en Central Park, correría a buscarlo y te lo traería con la boca y moviendo la cola para que volvieras a tirárselo.

Neysa se echó a reír.

—No estés tan segura. Jack es un donjuán. No soy la única con la que sale.

—¿Y no te importa?

Dottie recordó los celos desesperantes que había sentido al encontrar a Charlie con otra en el Fifty-Fifty Club.

—En absoluto. —Neysa parecía muy serena—. En cuanto intentas enjaular a un hombre, empieza a echarle un ojo a la puerta.

—¿Es eso cierto? ¿Y el matrimonio no es una especie de jaula?

—No tiene por qué —opinó Neysa—. Depende de tu actitud. Algunas personas tienen matrimonios abiertos: Heywood Broun y Ruth Hale, por ejemplo.

—Esos dos dicen que tienen un matrimonio abierto —repuso Dottie—, pero me pregunto si solo es porque quieren parecer modernos y liberales. Nunca he visto a ninguno de ellos con nadie más.

—No, tampoco yo —coincidió Neysa.

Dottie no era capaz de imaginar cómo funcionaría un matrimonio abierto. ¿Se contarían el uno al otro sus conquistas? ¿Harían el amor en habitaciones de hotel durante tardes robadas? ¿O montarían incluso tríos en la cama conyugal? Se le aceleró el corazón al pensarlo. Menos mal que Eddie era muy mojigato y nunca le propondría algo así.

Ella era demasiado insegura para permitir que él tuviera otras amantes. ¡Y ya había visto lo que pasaba cuando ella se acostaba con otro! Se había enamorado de Charlie como una boba y ahora no había forma de quitárselo de la cabeza, por mucho que lo intentara. Tenía que dejar de comparar a Eddie con Charlie o acabaría con una camisa de fuerza.

En una ocasión le preguntó a Eddie si en Hartford había salido con otras mientras estaban separados y él le había dicho que no. Entonces esperó a que él le hiciera la misma pregunta, pero no parecía sentir curiosidad. Decidió no decirle nada de Charlie a menos que preguntara, así no pondría en peligro su agradable armonía marital.

Ojalá se sintiera tan segura de sí misma como Neysa. Ella jamás esperaría que ningún hombre la rescatara, porque no necesitaba que la salvaran de nada. Nunca perseguía a los hombres, sino que dejaba que ellos la persiguieran a ella. Tal vez por eso caían rendidos a sus pies como fichas de dominó. Quizá por eso siempre era ella la fuerte en sus relaciones, mientras que Dottie no lo conseguía nunca.

NEYSA APROVECHÓ UNA fiesta en su salón la semana después de Pascua para mostrar el retrato que le había hecho. Se oyó un coro de aclamaciones seguido de murmullos de reconocimiento. Todo el mundo estaba de acuerdo en que el parecido era asombroso.

—Ha capturado tu inteligencia además de tu fragilidad de una forma muy hábil —opinó Jane—. ¿A ti qué te parece, Eddie?

Él miró alrededor para comprobar que Neysa no pudiera oírlo antes de responder.

—Parece una niña de quince años en lugar de una mujer casada. Pero ha retratado muy bien su expresión. Conozco esa cara que pones, Dottie.

—Destaca tu parte judía —comentó Bob—. Tal vez deberías aprender *yiddish* y comprarte una peluca para cubrirte el pelo.

—Tengo algo que anunciaros —informó Neysa levantando la voz—. Mi salón estará cerrado en mayo y junio porque me embarco hacia Europa para disfrutar de unas vacaciones, pero volveré en julio, y la ginebra de bañera volverá a estar disponible.

Dottie miró a Jack y vio que observaba la escena con una sonrisa cauta.

—¿Irás con ella? —le preguntó.

Él se pasó los dedos por el pelo liso.

—No, regreso al Amazonas. Neysa irá a casa de unos viejos amigos en París, y para mí sería como una larga fiesta con personas que no conozco y en un idioma que no hablo.

Dottie pensó que no parecía molesto en absoluto. Si su amante se marchara de vacaciones durante dos meses, ella estaría fuera de sí, reconcomida por la duda y la suspicacia. Jack sabía que Neysa atraía a admiradores masculinos allá por donde iba. ¿Por qué no estaba preocupado?

UNA SEMANA DESPUÉS, Dottie estaba sentada junto a Alec en el Gonk.

—Supongo que añorarás a Neysa mientras esté fuera —dijo.

—*Au contraire* —le confesó Alec—. Iré a Francia con ella.

—¡Me tomas el pelo! —exclamó Dottie. No se veía capaz de descifrar ese enigma—. ¿Te ha invitado?

—Todavía no lo sabe, así que no se lo digas, pero he reservado un pasaje en el mismo barco. Durante la travesía disfrutaremos de cinco días juntos a solas y tengo pensado sorprenderla con una pedida de mano.

Estaba tan encantado con su plan que Dottie no tuvo valor para decirle que no creía que tuviera la menor posibilidad de salir bien. ¿Sabía Alec que Neysa tenía una aventura con Jack? Debía de saberlo. Neysa siempre tenía a algún amante en escena.

—¿Y si no acepta? —preguntó.

—Recurriré a mis argumentos y utilizaré el tiempo que dure la travesía para convencerla. ¿No crees que una pedida en el mar es romántica? —Le brillaban los ojos detrás de las gafas y tenía las mejillas encendidas.

Dottie no podía soportar la idea de desilusionarlo.

—Mucho —convino—, pero no lo tires todo por la borda.

Estuvo dándole vueltas y, cuando se encontró con Jane en el cuarto de baño, no pudo resistir la tentación de contárselo.

—Está condenado al fracaso —opinó ella también—, pero nos odiaría si se lo dijéramos. Espero que Neysa lo rechace con delicadeza.

—Debe de tener una opinión muy inflada de sí mismo si imagina que una diosa como Neysa, que podría escoger entre todos los hombres de Nueva York, lo elegirá a él. ¿Crees que alguna vez se ha mirado en el espejo?

—¡Dottie! —la riñó Jane—. Si no puedes decir algo bonito…

—… ¡di algo divertido! —añadió Dottie, terminando la frase por ella.

LA TARDE QUE el *Olympia* se hizo a la mar, al llegar a su apartamento, Dottie encontró una nota que alguien le había pasado bajo la puerta. Reconoció la caligrafía inglesa de Neysa.

> ¿Sabes qué? Jack y yo nos escapamos ayer y nos casamos en Peekskill, solo con sus desconcertados padres como testigos. Antes de que llegues a la conclusión de que tu amiga ha perdido la chaveta, debería añadir que no será un matrimonio convencional… ¡como demuestra el hecho de que voy a pasar la luna de miel en París sin él! Te escribiré desde allí contándote más detalles, pero quería que fueras la primera en saberlo. Con prisas, Neysa.

Dottie se quedó mirando el papel. Así, no era de extrañar que Jack estuviera tan tranquilo con el viaje de Neysa; sabía que ya llevaría su anillo en el dedo. Sin embargo, ¿dónde se había visto que los cónyuges pasaran la luna de miel en continentes distintos?

Se sentó para llamar a Jane por teléfono.

—Ay, madre de Dios —dijo esta con un suspiro—. Me pregunto cómo se tomará Alec la noticia.

—Como una dosis de sales administradas al mismo tiempo que un enema —aventuró Dottie.

—Pues a mí me da lástima —Jane suspiró—. Es terrible estar enamorado de alguien a quien no puedes tener. Me pregunto si nos escribirá para contárnoslo.

—No sé por qué, pero lo dudo —repuso Dottie—. Irá a lamerse las

heridas a algún burdel parisino en cuanto deje de intentar convencer a Neysa de que pida la nulidad.

—No crees que vaya a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

Al principio, Dottie no sabía a qué se refería, luego lo entendió.

—¿Te refieres a algo como mi numerito de la navaja sin afilar? No, Alec se gusta demasiado para hacer algo así.

NO TUVIERON NOTICIAS suyas en todo el mes de mayo, así que Dottie olvidó ese drama. El tiempo en Manhattan era divino: hacía sol y soplaba una brisa fresca. Los pájaros cantaban y las flores se abrían con ímpetu, como si quisieran superarse unas a otras en esplendor. Eddie y ella salían a pasear por Central Park y remaban en el lago como una parejita de novios. El trabajo le iba de maravilla; por fin había terminado una obra de teatro que iba sobre un marido que tenía una aventura con la vecina de al lado, y estaba bastante satisfecha con ella.

En junio tomaron un tren con Jane y Harold para ir a la casa de Herbert Swope en Manhasset Bay, Long Island. Swope era director del *New York World* y miembro del club de póker Tanatopsia de Harold, pero Dottie comprendió que su dinero procedía de generaciones anteriores nada más ver su descomunal mansión en primera línea de mar. La fachada tenía decenas de ventanas que se abrían a unos exuberantes jardines que bajaban hasta la franja de arena blanca que bordeaba el agua resplandeciente.

Herbert salió a recibirlos a la entrada, les estrechó la mano y les dijo que era un honor tenerlos allí, y que estaba encantado de que hubieran acudido.

—¿Les entregas un mapa a tus invitados? —preguntó Dottie al mirar alrededor y ver una piscina y varias pistas de tenis a un lado—. ¿U ofreces visitas guiadas?

—Prepararé ambas cosas, si quieres —prometió el hombre—. El personal tiene orden de serviros todo lo que deseéis, así que, si tenéis hambre, sed o necesitáis desde una raqueta de tenis hasta un cóctel, solo tenéis que pedirlo.

—Yo no sé mucho de ser millonario —repuso Dottie—, pero tengo la sensación de que se me daría de maravilla.

Los acompañaron arriba para enseñarles un dormitorio enorme con ventanas en saliente en dos de las paredes, ambas con vistas al mar. La cama era de dosel con colgaduras, como si la hubieran transportado directamente de una casa solariega inglesa.

—¡Me voy a nadar! —exclamó Jane desde la habitación contigua—. ¿Te apuntas, Dottie?

Se puso su bañador azul marino de rayas y sacó una toalla, luego le echó una carrera a Jane por toda la casa hasta llegar a la orilla. Resultaba tonificante; se sumergió en el agua y, en cuanto superó la primera impresión, disfrutó de un frescor más que bienvenido después del aire viciado del tren. Dottie no sabía nadar muy bien, así que se quedó cerca de la orilla, flotando bocarriba y mirando al cielo despejado.

Hacía casi un año justo que Eddie la había dejado. Y ahí estaban ahora, juntos en el paraíso. ¿Qué conclusión debía sacar?

Decidió no darle más vueltas mientras estuviera allí. Tal vez su problema era que pensaba demasiado. Debería relajarse y nada más, respirar hondo y mimarse un poco.

NO TARDARON EN adaptarse a los ritmos lentos de la casa: mañanas perezosas, comidas en la terraza, baños en el océano, partidas de tenis, de cróquet o de cartas, y unos cócteles antes de cenar. Casi todas las noches había una fiesta con invitados que subían en coche desde Nueva York para disfrutar de la velada. Dottie estaba muy solicitada y no hacía más que ofrecer ocurrencias para entretener a su público; le parecía lo mínimo a cambio de tan espléndida hospitalidad. Además, podía compartir de nuevo algunas de sus mejores frases, ya que la compañía era nueva, y solo Jane, Harold y Eddie podían haberlas oído con anterioridad.

Llevaban allí una semana cuando un coche llegó durante la comida y de él se apeó Alec, tocado por un sombrero de Panamá y cargado con una maleta.

—¡Has vuelto! —exclamó Jane, saludando con la mano—. ¡Ven con nosotros!

Alec se sentó, aceptó una copa y les habló de París: los espectáculos que había visto, los restaurantes en los que había comido, las personas a quienes había conocido. Parecía bastante sereno. No mencionó a Neysa ni su inesperado matrimonio. Dottie le lanzó una mirada a Jane y decidió que no sería ella quien sacara el tema.

Ya entrada la tarde, Dottie y Eddie estaban sentados en un balancín contemplando la bahía cuando Alec se acercó tranquilamente para unirse a ellos en una tumbona.

—Se os ve muy bien —comentó.

—Es que a-do-ro esto —dijo Dottie—. Quiero convencer a Herbert para que me adopte. ¿Crees que accederá?

—¿Por qué no me dijiste lo de Jack y Neysa? —soltó Alec con brusquedad.

Eddie estaba desconcertado; Dottie no le había contado la historia.

—No tenía ni idea de que Neysa pensara casarse con él —contestó mientras notaba que se le encendían las mejillas—. Fue tan sorprendente para mí como debió de serlo para ti.

Alec se inclinó hacia ella.

—Recibí un telegrama de Harold en el barco para advertirme de que no me declarara porque ya estaba casada… Pero para entonces ya había realizado mi hazaña y me había humillado ante ella. Lo que me interesa es el calendario de los acontecimientos. Lo he pensado mucho. Verás, Harold me dijo que se había enterado por Jane, que lo sabía por ti antes aún de que zarpáramos. —Tenía la voz crispada. Era evidente que estaba furioso—. Lo que no entiendo es por qué no me lo contaste a mí primero. Sabías que tenía pensado pedirle matrimonio y que Neysa se había casado con Jack. Creía que eras mi amiga, pero está claro que me equivocaba, porque te quedaste tan ancha dejando que hiciera el ridículo. Tal vez incluso os echasteis unas risas a mi costa.

—Para, Alec —dijo Eddie—. Seguro que ha habido un malentendido.

Dottie inspiró hondo e intentó explicarle punto por punto la sucesión de hechos, pero Alec estaba que echaba humo y solo quería a alguien a quien culpar.

—Confiaba en ti y me has traicionado —la acusó—. No es así como actúa una amiga. Desde tu aborto, has sido el colmo del egoísmo.

Dottie se giró en el acto para mirar a Eddie, cuyos ojos se abrieron con asombro. Aquello podía estropearlo todo.

—¿Qué aborto? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿No te lo ha contado? —Alec puso cara de sorpresa y se encogió de hombros—. En tal caso, será mejor que os deje a solas para que habléis.

Se levantó y se alejó por el césped con total tranquilidad.

Dottie tragó saliva con esfuerzo antes de asir la mano de Eddie y abrir la boca para explicarse.

# Capítulo 27

# WINIFRED

WINIFRED SINTIÓ ALIVIO cuando *Will Shakespeare* terminó la temporada. Siete representaciones semanales durante treinta semanas había sido más que suficiente. Era incapaz de imaginar cómo hacían los actores de vodevil para salir de gira con el mismo espectáculo por todo el país, un año tras otro, con la única novedad de estar en un camerino diferente y en una ciudad distinta, delante de un público nuevo.

Otro motivo por el que le alegraba terminar era escapar de las atenciones de Arnold Rothstein. Había acabado por escabullirse usando la puerta lateral del teatro después de las representaciones para evitar a los matones que la esperaban en coches aparcados frente a la salida de actores, pero las cajas de rosas seguían llegando. Detestaba el olor que dejaban en su camerino, y empezó a repartirlas entre otros miembros del elenco y el equipo solo para librarse de ellas.

Tenía pensado tomarse unas vacaciones largas ese verano, pero su alma máter, la Academia Estadounidense de Arte Dramático, la había invitado a dar un curso para alumnos de teatro en junio y ella había aceptado Le parecía un reto interesante, pero, conforme se acercaba la primera clase, estaba cada vez más nerviosa. ¿Qué podía enseñarles a unos estudiantes que solo tenían siete u ocho años menos que ella? Enseguida la calarían.

Se pasó horas preparando las clases y, aun así, la primera vez que se enfrentó a sus alumnos se sintió como una impostora aferrada a un montón de notas. Aquello impresionaba más que un estreno en Broadway. Sin embargo, le asombró ver que, en cuanto empezó a hablar, todos parecían escucharla con adoración e incluso apuntaban sus palabras como si fueran el Evangelio.

A medida que ganaba seguridad, descubrió que las que más le gustaban eran las clases de movimiento: enseñar a los alumnos a situarse en el escenario, a ocupar el espacio y encontrar formas de trabajar con el atrezo. La manera de moverse variaba según el período en que estaba ambientada la obra: caminarían, gesticularían y se saludarían de forma diferente en una obra de Shakespeare y en una moderna, por ejemplo. La interpretación, les explicaba, era un oficio en el que se buscaba la autenticidad y la verdad. Los estudiantes le hacían preguntas inteligentes y a ella le conmovía la frescura y la ilusión que ponían en sus esperanzas y ambiciones, con una idea

alejada aún de la dura realidad de la profesión en la que estaban a punto de embarcarse.

A mediados de julio, el curso terminó y ella tomó un tren a Rhode Island para compartir un apartamento con varias amigas actrices. Pasaron los días nadando, jugando al tenis, navegando y bebiendo cócteles en clubes náuticos con jóvenes sofisticados. Hacía mucho que Winifred no se sentía tan libre y despreocupada. Dejó que se le bronceara la piel y engordó algún kilito con tanta langosta y cangrejo para cenar.

Las vacaciones se vieron interrumpidas por un telegrama de Max, que le preguntaba si podía regresar a la ciudad el viernes anterior al Día del Trabajo, porque un influyente dramaturgo estaba en la ciudad y quería conocerla. Se preguntó quién sería. ¿Eugene O'Neill? ¿Paul Eliot Green? Ya conocía a los principales autores teatrales de Nueva York, así que no podía ser ninguno de ellos. Sus amigas aventuraron nombres, pero Max no le había dado ninguna pista.

—Más te vale que esto sea bueno —le dijo a su agente cuando lo llamó al regresar al sofocante calor neoyorquino.

—Ven al Hotel Plaza a mediodía —dijo Max—, y vístete para impresionar.

Winifred tenía un traje de la suerte que solía reservar para las audiciones, uno de seda negra, estilo directorio y diseñado por Lucile, con un sombrero de tres picos a juego. Era elegante, pero no excesivamente femenino ni sexy; un traje que hacía que la tomaran en serio.

CUANDO EL *MAÎTRE* la acompañó a la mesa, el dramaturgo estaba sentado de espaldas a ella, y solo pudo distinguir que era un hombre de edad avanzada con el pelo blanco, algo largo, y una barba poblada. Llevaba una americana de *tweed*, lo cual era una locura a finales de agosto en Nueva York. ¡Era evidente que venía de fuera! Max la saludó con la mano.

—Perdone que no me levante —dijo el autor con un educado acento británico, no exento de cierta musicalidad—. Las rodillas me están matando.

Winifred ahogó un suspiro, porque lo reconoció al instante. Era George Bernard Shaw; en su opinión, el dramaturgo vivo más importante del mundo. Ni se había atrevido a soñar que pudiera ser él.

—Es un inmenso honor, señor Shaw —dijo al ofrecerle una mano e inclinarse hacia él con un gesto que casi pareció una reverencia—. Max no me dijo con quién iba a reunirme. Me siento abrumada.

—Siéntese, por favor. —El hombre señaló una silla—. Y llámeme

Bernard. —La miró a la cara un momento con una expresión amable y jovial—. Sin duda tiene usted aspecto de irlandesa —comentó—. Max me ha hablado de su ascendencia. Yo soy dublinés.

Winifred identificó entonces mejor el acento.

—Del sur de Dublín, supongo… —aventuró, pues quedaría bien suponiéndole orígenes acomodados—. Mi gente es de las turberas de Tipperary.

El hombre preguntó de qué zona en concreto, y resultó que tenían parientes en la misma región del condado. Incluso especuló con que estuvieran emparentados, en un pasado muy remoto. Ella ya estaba impaciente por contárselo a su madre, que se derretiría de orgullo.

—No estoy seguro de si conoce usted mis obras —comentó él entonces.

Winifred resopló.

—Pues claro que sí, señor Shaw, como cualquier actriz de cualquier rincón del mundo.

—Si pudiera escoger un papel de cualquiera de ellas, ¿cuál sería?

Ella no tuvo que pensarlo mucho.

—Me encantaría interpretar a la comandante Barbara. —Adoraba el alegre e íntegro personaje de la trabajadora del Ejército de Salvación que hablaba con el corazón en la mano.

—¿Y no a Cleopatra? —preguntó él, enarcando una ceja—. Su belleza se lo permitiría.

—Vaya, muchas gracias, amable caballero. —Hizo una mueca teatral.

—¿Ha oído hablar de Juana de Arco? Una muchacha francesa del siglo XV a quien canonizaron hace poco.

—He leído algo en los periódicos —dijo Winifred, rebuscando en su cerebro por si recordaba algún detalle de la historia.

—He escrito una obra sobre ella y estoy buscando a una actriz para que la estrene en Broadway. Por eso la he invitado hoy a venir aquí.

Winifred escuchó cautivada mientras el hombre explicaba su visión de Juana, la adolescente convencida de que tenía visiones y oía la voz de Dios. Esa voz le decía que los franceses podían derrocar el dominio inglés y la inspiró a encabezar la sublevación del país antes de ser capturada, torturada y luego quemada en la hoguera con solo diecinueve años.

Winifred sintió un hormigueo en los huesos. Sabía que podía interpretar el papel. Había ido a un colegio de monjas que estaban absolutamente convencidas de ser las novias de Cristo; podría canalizar esa apasionada convicción en su interpretación. Cuando el hombre le preguntó si le gustaría leerla, contestó que sí sin dudarlo un instante.

EL FIN DE semana siguiente al Día del Trabajo, Jane organizaba el club de *bridge* en el 412 y Winifred estaba impaciente por contarles a todas sus novedades. Cuando se abrió la puerta, se quedó sin habla al ver que la anfitriona se había cortado el pelo y que lucía una extremada melenita castaña a lo *garçon*.

—La peluquera no hacía más que preguntar «¿Está segura?» —explicó—. Pero ha sido un corte muy práctico y fresco para el verano.

—Te queda bien —opinó Winifred—. ¡Me encanta!

En el fondo pensaba que parecía un chico y que habría sido más favorecedor si se lo hubiera dejado un par de centímetros más largo, pero jamás le diría algo así.

Dottie, que ya estaba sentada en el comedor comunitario, empezó a contarle a Winifred que Alec la había puesto en la picota al hablar del aborto delante de su marido.

—Ni siquiera le había confesado a Eddie que tuve un amante mientras él no estaba, así que la sorpresa fue importante —explicó—. Me hizo un montón de preguntas: ¿cómo es Charlie? ¿A qué se dedica? Vi que también quería preguntarme lo mismo que obsesiona a todos los hombres: ¿la tiene más grande que yo? Pero no llegó a tanto, por suerte, porque la respuesta habría sido que sí.

—¿Qué te dijo del aborto? —se interesó Winifred.

Esperaba que Eddie no la responsabilizara por el papel que había tenido en ello. Había sido Winifred quien le habló a Dottie de Lenox Hill, y quien la convenció de seguir adelante la mañana de la intervención, cuando a ella le entraron dudas. Todavía se sentía culpable.

—Se puso como un loco por que hubiera sido tan tonta como para dejarme hacer un bombo. —Su mirada se ensombreció un momento, mientras daba un trago de ginebra—. Pero supongo que piensa que tomé la decisión correcta, porque si hubiera tenido el hijo de Charlie no podríamos haberle dado otra oportunidad a nuestro matrimonio. Jamás sabré lo que siente Eddie por dentro, pero sospecho que no se toma las cosas de una forma tan intensa como yo. Si nuestras situaciones se invirtieran y él se hubiera buscado a una fulana mientras estábamos separados, yo jamás dejaría de hostigarlo. Y si conociera a la susodicha fulana en persona, no sería capaz de resistirme a un pequeño asesinato verbal.

—¿Eddie ha conocido a Charlie? —preguntó Winifred.

—No, pero ha vuelto a la ciudad, así que tarde o temprano coincidirán en alguna parte. Espero que se saluden con un apretón de manos civilizado y no con pistolas al amanecer.

—¡Jesús! ¿Cómo es que tu vida siempre va de drama en drama? —

comentó Jane—. Deberías seguir el ejemplo de la vieja dama de Dubuque y llevar una existencia anodina.

—¿Y esa quién es? —quiso saber Peggy, arrugando la frente.

—Un personaje imaginario —dijo Jane—. Harold y yo estábamos ideando eslóganes para nuestra revista y se nos ocurrió uno que dice: «No es para la vieja dama de Dubuque». ¿Os gusta?

—Puede que os llegue una saca enorme llena de quejas de viejas damas de Dubuque —comentó Dottie—, pero me encanta.

—¿Dubuque es un lugar real? —preguntó Winifred.

—Está en Iowa —explicó Peggy—. Tienen una gran comunidad irlandesa, y alemana también. Es una ciudad portuaria del Misisipi, así que goza de una economía boyante.

—Boyante probablemente gracias al contrabando de alcohol en la actualidad —murmuró Jane—. ¿Qué tal tu verano, Peggy?

—Sin novedad. —Se encogió de hombros—. He pasado un par de semanas con mi familia, pero la mayor parte del tiempo he estado en la ciudad, intentando que no me diera un golpe de calor. ¿Os enterasteis de que el termómetro llegó casi a los cuarenta grados y el asfalto se derretía? Había que caminar deprisa o se te hundían los tacones.

—Tendrías que haberte tomado más días de vacaciones —opinó Jane—. Todo el mundo lo hace. Harold y yo hemos pasado casi todo el verano en Long Island.

Winifred reparó en que se la veía bronceada y sana. Sospechaba que Jane era de las que se pasaban las vacaciones nadando, haciendo excursiones y practicando esquí acuático, más que holgazaneando en la playa. No parecía que pudiera estar sentada mucho rato.

—He disfrutado de tener toda la ciudad para mí y mucho tiempo para pensar —repuso Peggy—. No había ninguna cola, ni siquiera para comprar un helado en el puesto de Luigi's en Central Park.

—Qué solitario… —comentó Dottie—. Pensar demasiado es mi perdición. Paso más tiempo preguntándome qué pensarán Eddie y Charlie del que ellos pasan pensando en realidad.

—Pero has terminado con Charlie, ¿verdad? —dijo Jane con los ojos entornados—. ¿No estarás esperando un reencuentro?

—Lo sé, lo sé. —Dottie bebió otro trago de su copa—. Me encantó que llegara a mi vida, pero no lamento que se haya ido.

«Miente —pensó Winifred—. De tener media oportunidad, saltaría a la cama con Charlie sin pensárselo dos veces.»

—¿Qué tal te ha ido el verano, Winifred? —preguntó Peggy volviéndose hacia ella—. Se te ve bronceada y feliz.

—El bronceado es de Rhode Island, y la felicidad, de una llamada de mi agente esta tarde. —Sonrió e hizo una pausa dramática—. Acaban de darme el papel protagonista en el estreno mundial de una

nueva obra de George Bernard Shaw que se representará en el Garrick en diciembre.

Sentaba de fábula pronunciar esas palabras en voz alta. Al recibir la noticia, primero había llamado a su madre por teléfono y había tenido que apartarse el auricular de la oreja para no quedarse sorda por los gritos de alegría de la mujer. Después había hablado con un par de amigas actrices, que se habían entusiasmado al enterarse. Sabía que en el fondo sentían una leve punzada de «¿Por qué no yo?», pero habían sabido ocultarlo. Winifred seguía sin poder creerlo. Su euforia se mezclaba con nerviosismo: ¿sería lo bastante buena? ¿Conseguiría sacar adelante el papel?

Jane fue la primera en reaccionar.

—¡Qué maravilla! Eso te catapultará a una liga completamente diferente.

—Enhorabuena. —Peggy se levantó enseguida para darle un abrazo—. ¿Sobre qué trata la obra?

—Sobre Juana de Arco. Se titula *Santa Juana*. Tendré que comprarme cremas rejuvenecedoras, porque era adolescente…

—O sea que primero te quemarán en la hoguera en el escenario —comentó Dottie—, y luego la crítica lo hará metafóricamente si la obra fracasa.

—Lo sé. Me aterroriza aceptar un papel tan importante, pero también me halaga que el señor Shaw confíe en mí.

Sentía un aleteo en el estómago solo con pensarlo.

—¿Lo has conocido? —soltó Peggy con un gritito—. ¿Cómo es?

Winifred les relató su encuentro, su conexión a través de los respectivos antepasados irlandeses, el fragmento que había leído en la audición y, luego, la triunfal llamada de Max.

—Lo mejor es que no tuve que sentarme en su regazo, levantarme la falda ni dejar que me manoseara la figura para «comprobar cómo me quedaría el vestuario». —Al decir esa última frase, puso voz de hombre para imitar a un director—. El señor Shaw es un caballero y cree que soy la actriz adecuada para el papel, así que haré todo lo posible para no defraudarlo.

—No lo defraudarás —le aseguró Jane—. Con esto te ganarás un nombre.

Winifred rio.

—Espero que no para que lo arrastren por el fango. Venga, vamos a jugar al *bridge*.

Se sentía incómoda siendo el centro de atención. Era raro en una actriz, pero siempre había sido reservada. Jane repartió las cartas y ella dispuso las suyas en abanico mientras pensaba en lo que acababan de comentar.

Era cierto que esa obra seguramente le reportaría un grado de fama

que no había experimentado hasta entonces. Despertaría el interés de la prensa y tendría a multitudes esperando fuera. ¿Retomaría Arnold Rothstein su persecución? Esperaba que hubiera encontrado a otra mujer durante el verano y que ese pequeño problema estuviera resuelto. No era la primera vez que la acosaban tipos asquerosos a la salida del teatro, y sabía cómo despacharlos, pero, con ese hombre, el panorama era muy diferente.

# Capítulo 28

# PEGGY

DESDE EL INTENTO de suicidio de Dottie, Peggy se había acostumbrado a llamarla todos los días, normalmente hacia las dos de la tarde. Charlaban sobre lo que habían hecho la noche anterior, cotilleaban sobre conocidos de ambas del imperio Condé Nast, con los que Dottie había coincidido en su época de *Vanity Fair,* y la mayoría de los días hablaban sobre cómo llevaba la escritura.

Dottie estaba componiendo poemas y relatos para varias revistas, y su obra teatral estaba lista para que empezaran los ensayos. Resultaba tranquilizador ver que le ponía tanto empeño. Peggy se había propuesto terminar su novela antes de cumplir los treinta años, el 7 de noviembre. Empezaba a cerrar la historia de cada uno de los personajes y estaba disfrutando de la sensación de culminación a medida que se acercaba al final, y los cabos sueltos de la trama se iban atando. Le confesó a Dottie que escribir que su personaje, Vergie, encontraba la felicidad en el amor le había resultado más difícil que describir todas sus relaciones fallidas.

—Lo de «felices para siempre» es un mito —opinó Dottie—. Felices hasta que se acabe la botella, quizá. Felices hasta que la secretaria de él se incline y le muestre que su escote es mejor que el de su mujer.

—Necesito un final feliz —dijo Peggy—. Pero ¿qué dice de mí que me resulte más fácil describir un mal beso que uno bueno?

La respuesta de Dottie la sorprendió: —Charlie ha vuelto a la ciudad y besa de maravilla. Deberías probarlo… Solo en beneficio de la investigación, por supuesto.

—No seas boba… ¡Me degollarías si besara a Charlie! —espetó ella —. ¿Ya lo has visto?

—Fue a casa de Neysa hace un par de días. Se lo presenté a Eddie, charlaron con educación y luego se separaron. Yo me había hecho ilusiones pensando que saltarían chispas, pero ninguno de los dos parecía demasiado interesado en el otro.

—¿Te afectó mucho verlo?

Dottie guardó silencio unos segundos antes de contestar.

—Me acostumbraré a ello. Ha alquilado un apartamento con Bob Benchley para poder ser solteros casados los dos juntos. ¿Imaginas la acción que verán esos colchones?

Peggy meneó la cabeza. ¿Por qué les permitían eso sus mujeres? No

era capaz de entenderlo.

El trigésimo cumpleaños de Dottie había sido el 22 de agosto y lo había pasado en la playa con Eddie. Se hospedaron en el hotel Branford, donde se habían conocido siete años atrás.

—Es un cumpleaños significativo —señaló Peggy—. Creo que deberías conseguir que este sea el año en que firmes un contrato por un libro. Tienes poemas más que suficientes para una antología. ¿Por qué no se los ofreces a algún editor? Sería dinero fácil, puesto que ya están escritos.

—Sí, pero ¿dónde estarán?

A Peggy no le sorprendió oír a Dottie reconocer que, fiel a su reputación de atolondrada, no conservaba copias de su obra. Había escrito cada uno de esos poemas a máquina y los había enviado al editor en cuestión sin quedarse una copia hecha con papel carbón; a veces guardaba un ejemplar impreso de la revista, pero lo más frecuente era que no.

—Te acordarás de las publicaciones para las que has escrito, supongo —comentó Peggy—. Llama a los directores y pídeles los números. Así tendrán ocupados a los becarios. Yo te buscaré las de Condé Nast.

Durante la siguiente semana, en su hora para comer, Peggy bajaba al archivo del sótano, copiaba a mano los poemas de Dottie y daba gracias por que no solieran tener más de ocho versos cada uno. Se los entregó a su autora, que prometió que estaba reuniendo el resto como un perro pastor que hace todo lo posible por reunir a un rebaño descarriado.

PEGGY TERMINÓ SU novela dos semanas antes de su cumpleaños y mecanografió la palabra «FIN» con cierta inquietud. Se pasó el fin de semana leyéndola de cabo a rabo y decidió que no era capaz de mejorarla.

Su madre quería montarle una fiesta por su cumpleaños, pero ella rechazó el ofrecimiento. Seguir soltera a los treinta implicaba un fracaso en el mercado matrimonial y no era motivo de celebración, por lo menos para ella. No le apetecía enfrentarse a las expresiones compasivas de los amigos de la familia mientras la sometían a un interrogatorio sobre su soltería y se acababan el licor de su padre. Su hermana Rose se había casado con su aburrido prometido, empleado de banca y pescador, y en la boda ya había soportado tortura suficiente, con todas las viejecitas que le preguntaron cuándo le llegaría el turno a ella y se ofrecieron a presentarle a sus nietos granujientos. Su madre le decía que ahuyentaba a los hombres porque

era demasiado intelectual, pero Peggy no quería pescar marido haciéndose la tonta. ¿Durante cuánto tiempo podría mantener el engaño? ¿Y si se despistaba y citaba a Euclides en el desayuno?

Terminar su novela le transmitió una sensación de logro, como si no hubiera desperdiciado del todo su veintena. Aun así, le angustiaba enseñársela a otros. ¿Y si consideraban que no tenía talento y más le valía olvidarse de que se la publicaran? Edna Ferber solía ir al Gonk, así que podía dársela a ella y pedirle su opinión… Pero Edna era famosa por hablar sin tapujos y no le importaría herir sus sentimientos.

—Por el amor de Dios —la reprendió Dottie—, envíasela a Tommy Smith, de Boni & Liveright. Tiene buen ojo para los éxitos de ventas y no te dorará la píldora.

A Peggy le daba reparo. Era una de las editoriales más importantes de Nueva York.

—¿Y si la rechaza?

—Háblale con valentía, no con temor. Si no tiene el olfato suficiente para enamorarse de tu libro, prueba con alguien más —repuso Dottie—. Te prometo que yo lo intentaré con mis poemas si tú te adelantas y pruebas el agua primero.

La mañana de su cumpleaños, Peggy se puso elegante. Escogió un sombrero gris perla estilo turbante con un traje ceñido en la cintura a conjunto que Winifred la había animado a comprarse. El color le favorecía, aportaba calidez a su tono de tez y, de algún modo, no sabía muy bien por qué, conseguía realzar el verde azulado de sus ojos.

Envolvió el manuscrito en papel de estraza, lo ató con un cordel y, presa de una mezcla de entusiasmo y terror, cruzó Midtown hasta las oficinas de Boni & Liveright, que ocupaban un viejo edificio de piedra rojiza en la calle Cuarenta y ocho. Las puertas de cristal se abrían a un vestíbulo donde había tres intimidantes mujeres sentadas tras un mostrador largo.

—Traigo esto para Tommy Smith —le dijo a una de ellas mientras dejaba el paquete en el mostrador—. Dentro hay una carta con mis datos.

Esperó que la mujer preguntara algo, pero su respuesta fue sucinta: —Gracias, me ocuparé de entregárselo.

Y nada más. Peggy dudó un instante, dio media vuelta y salió con las manos temblorosas y las palmas sudadas. Tenía la sensación de que su felicidad futura dependía de la opinión de un desconocido.

De camino a casa sintió una sacudida de pánico y se detuvo en seco. ¿Debería haber hecho una copia del manuscrito? ¿Y si se lo perdían? En esas oficinas debían de recibir decenas de ellos todos los días y, si su carta se extraviaba, jamás sabrían que era suyo. Le resultaría

imposible recrear toda la obra desde cero. ¿Por qué no había usado papel de carbón? ¡Pero qué tonta!

Al inquietarse por eso, al menos, dejó de hacerlo por si a Tommy Smith le gustaba su novela. Dottie le había dicho que podían pasar un par de meses antes de que un editor ocupado contestara, así que intentó relajarse y empezó a hacer planes para Acción de Gracias y Navidad.

Esa tarde le sonó el teléfono cuando estaba en la oficina.

—¿Señorita Leech? —preguntó una voz que no conocía—. Soy Alvan Barach.

El nombre le resultó familiar. ¿Era uno de los anunciantes? Rebuscó en los archivos de su memoria.

—Quería preguntar qué tal le va a su amiga, la señora Parker.

De repente recordó que se trataba del médico que le había quitado los puntos a Dottie. Era extraño que llamara.

—Se encuentra bien —dijo Peggy—. Su marido ha regresado y parece que eso ha contribuido a su estabilidad. También está trabajando, que siempre la ayuda a levantar el ánimo.

—Me alegro mucho. Me acordé de ella hace poco, porque leí un artículo sobre los pensamientos suicidas. Mencionó que había estado leyendo mucho sobre el suicidio durante las semanas que precedieron a su intento, pero no tuve ocasión de preguntarle si había habido otros casos en su familia. ¿No lo sabrá usted, por casualidad?

—De suicidio no —contestó Peggy—. Pero perdió a varios parientes directos siendo aún muy joven.

—Las vivencias adversas son un factor de riesgo, sin duda —comentó él—. El autor del artículo está desarrollando una escala para evaluar las intenciones suicidas de un individuo y determinar si son casos graves o crónicos mediante una sencilla batería de preguntas. Podría ayudar a identificar el riesgo antes.

—Me encantaría leer ese artículo —dijo Peggy—. Ninguna de sus amigas teníamos ni idea de que Dottie estuviera planteándoselo. No parecía ese tipo de persona.

—Tal vez no exista un tipo *per se* —apuntó él—, pero las experiencias desgraciadas de la infancia sumadas a cierta propensión a la ansiedad pueden predisponer… Oiga, ¿quiere que le preste una copia del artículo?

—Me gustaría mucho —dijo Peggy, mirando el reloj—. Me temo que no puedo hablar más ahora mismo, porque estoy en el trabajo.

Si su jefe salía de su despacho y se daba cuenta de que estaba atendiendo una llamada personal, levantaría las cejas y daría unos golpecitos en su reloj de pulsera. Ese gesto siempre conseguía irritarla, puesto que a menudo lo oía a él hablando jovialmente por teléfono sobre cosas que sin duda no tenían nada que ver con el trabajo.

—¿Quizá podríamos cenar algún día? —propuso el doctor Barach—. ¿Qué tal este viernes?

Peggy se ruborizó.

—Me gustaría mucho.

Quedaron en verse a la entrada de su oficina el viernes a las cinco y media. Peggy colgó el teléfono sin salir de su asombro. ¿Tenía una cita? No, claro que no. Solo habían quedado para que él pudiera entregarle el artículo. Aunque ¿por qué la cena? Qué raro era todo…

PEGGY NO SABÍA si un médico bebería alcohol o no, pero Alvan enseguida le hizo saber que conocía un bar clandestino a solo un par de manzanas de Madison Avenue. Pronunció la contraseña a través de la rejilla de la puerta del sótano. Era un sitio con clase que tenía las paredes revestidas de madera oscura, lámparas de araña y reservados discretos. Un lugar en el que era fácil imaginar a damas del Upper East Side quedando para tomar unos Martinis después de ir de compras.

—¿Alguna vez ha probado el Sidecar? —preguntó Alvan—. Es uno de mis preferidos: coñac, Cointreau y zumo de limón en un vaso con azúcar en el borde.

—Parece bastante fuerte… —comentó Peggy.

—Pruebe uno —insistió él—. Soy médico, conmigo está a salvo.

Ella rio.

—¿Suele usar esa frase?

—Nunca falla —respondió él con una sonrisa.

Peggy le preguntó por su interés en el psicoanálisis y él le contó que era una afición personal. Su especialidad principal era la medicina pulmonar, sobre la que había realizado estudios de posgrado en Harvard. Sin embargo, el psicoanálisis le fascinaba, y en esos momentos tenía a un par de pacientes en una consulta que compartía con un colega.

—Tiene una voz sosegada y transmite autoridad —opinó Peggy—. Supongo que eso ayuda a que los pacientes confíen en usted.

Ese hombre sabía escuchar, así que pronto se vio contándole que había terminado su novela y que esperaba noticias de un editor para saber si era buena o no. Él dijo que sin duda lo sería, y prometió ser el primero de la cola para comprarla.

Dos Sidecars después, Peggy sintió que el mundo se tambaleaba un poco cuando se levantó. Alvan la tomó del brazo y la llevó a un pequeño restaurante que había a la vuelta de la esquina, donde pidió bistec para ambos y dos copas de champán para brindar, aunque con retraso, por su cumpleaños. A ella no le entusiasmaba ni el bistec ni el

champán, pero tenía la sensación de que no podía quejarse, porque pagaba él.

Al final de la velada, la acompañó a casa y le dio las gracias por haberlo pasado tan bien. Ella se detuvo, preguntándose si querría besarla, pero Alvan no lo intentó, y tampoco preguntó si podían volver a verse. ¿De verdad eran sus intenciones tan estrictamente honorables? Le había prestado el artículo, así que imaginaba que tendría que volver a verla si quería recuperarlo. Peggy esperaba de corazón que la llamara.

Al día siguiente se confió a Dottie por teléfono.

—Coquetearía con él, pero no tengo ni idea de cómo se hace.

—Coquetear es el delicado arte de lograr que un hombre crea que es un partidazo —repuso Dottie—. La mayoría de las veces, están bastante predispuestos.

Peggy intentó imaginar cómo conseguirlo, pero supuso que, si lo intentaba, se sentiría tan cohibida que parecería más una boba que una seductora.

Alvan la llamó el lunes siguiente para preguntarle si estaba libre el miércoles.

—Siento avisarla con tan poca antelación —dijo—. Tengo que saber mis turnos antes de poder hacer planes.

De nuevo pasaron una velada entretenida, pero Peggy buscó en vano señales que la dejaran entrever cuáles eran sus intenciones. ¿Le resultaba estimulante su conversación? No había miradas arrebatadoras, ni le rozaba la rodilla con los dedos. No sabía cómo interpretarlo.

La semana siguiente, Alvan llamó y le propuso prepararle una cena en su apartamento, cerca del hospital.

—Estoy bastante orgulloso de mis habilidades culinarias —dijo—. Mi abuela me enseñó cuando era niño.

Peggy sentía curiosidad por ver su apartamento y probar sus platos. Era la invitación más personal que había recibido. Seguro que un hombre no invitaba a una chica a casa si no tenía los ojos puestos en ella, ¿no? Además, que supiera cocinar era una rareza.

Preparó ternera con hierbas y verduras, bañada en una salsa espesa y ligeramente dulce. Acompañaron la cena con una botella de burdeos y unos dulces de miel de postre.

—Estoy impresionada —dijo Peggy, relamiéndose—. Felicite a su abuela.

—Le caería usted bien —repuso él—. Tal vez se la presente algún día.

Antes de que Peggy pudiera especular sobre qué implicaba eso, él se levantó de la mesa con brusquedad, la puso en pie y empezó a besarla. Ella no se lo esperaba y le preocupó que se le hubiera quedado alguna

hebra de ternera entre los dientes. ¿Se daría cuenta?

Sin dejar de besarla, Alvan la condujo a la puerta del dormitorio y empezó a desabrocharle los botones de la espalda del vestido. Era evidente que la veía como a una chica «de esas». Peggy no intentó detenerlo. El corazón le latía deprisa, notaba las piernas débiles y temblaba de nervios, pero lo deseaba. Sabía que, si se negaba, lo lamentaría.

—Es mi primera vez —susurró con las mejillas encendidas.

—No te preocupes… Seré delicado —dijo él mientras retiraba el vestido y le besaba un hombro desnudo antes de quitarle la ropa interior y tumbarla en la cama.

Peggy cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones mientras él le hacía el amor con pasión, la acariciaba con dedos expertos y la besaba en lugares en los que ella jamás había imaginado que pudiera hacerse. Cuando la penetró, Peggy apenas sintió ningún dolor, solo una sensación de profunda satisfacción. Era evidente que Alvan sabía lo que se hacía. Al terminar, tumbados el uno junto al otro, decidió que había sido buena idea escoger a un médico para su primera experiencia.

—¿Podemos repetir, por favor? —preguntó.

—Por supuesto. —Alvan sonrió y le dio un beso en la punta de la nariz—. La próxima vez te traeré un diafragma para no tener ningún accidente.

Y así fue como sucedió: Peggy ya no era virgen. A la mañana siguiente, mientras regresaba a casa a toda prisa para cambiarse de ropa antes de ir a trabajar, se sintió traviesa de un modo delicioso. *Aquello* era de lo que todo el mundo hablaba. *Aquello* era lo que rompía corazones. Por fin había entrado en el club.

Alvan y ella tomaron por costumbre verse dos o tres veces a la semana, según los turnos de él. El sexo resultaba tan adictivo que casi siempre saltaban directos a la cama y cenaban después. Todo había sucedido tan deprisa que a veces se sentía algo aturdida, pero nunca lo había pasado tan bien. Notaba correr la sangre por las venas y paseaba por la ciudad con una seguridad en su cuerpo y una energía nuevas, como si nunca hubiese estado tan viva. No le avergonzaba disfrutar del sexo fuera del matrimonio; al contrario, se preguntaba por qué narices había esperado tanto.

¿Estaría enamorándose? Todavía no podía estar segura, pero sí sabía que no deseaba que lo que fuera que estuviera ocurriendo terminase jamás.

# Capítulo 29

# JANE

JANE ABRIÓ UN sobre que llegó al 412 y dentro encontró una entrada para el ensayo general de *Santa Juana*.

«También he invitado a Dottie y a Peggy —escribía Winifred en la nota—. Estoy tan nerviosa que necesitaré apoyo moral, y significaría mucho para mí que pudieras venir.»

Le pareció raro que estuviera nerviosa con el gran talento que tenía, pero Jane se dijo que la modestia era una de sus muchas buenas cualidades.

Se tomó la tarde libre en el trabajo para ir al Garrick y llegó justo antes de que empezara el ensayo, así que avanzó a hurtadillas por la fila para sentarse al lado de Dottie.

En la escena inicial, Winifred interpretaba a una niña campesina convencida de que oía voces de santos que le hablaban en su cabeza. Le decía a un noble francés que sus gallinas volverían a poner huevos si él la ayudaba a acabar con el sitio de Orleans por parte de los ingleses, y afirmaba que devolvería al delfín de Francia al trono. La interpretación de Winifred era escalofriante; se transformaba por completo en la joven Juana. Al mirarla, te convencías de que estaba oyendo esas voces. Nada de declamaciones y golpes en el pecho; ella actuaba con sutileza y convicción.

Jane contempló fascinada cómo la situación de Juana se volvía cada vez más peligrosa. Las escenas de su tortura y luego su muerte en la hoguera eran desgarradoras. Tembló de emoción durante los últimos minutos.

Después, mientras esperaban a Winifred en el vestíbulo, ni siquiera Dottie consiguió ponerle ninguna pega a su interpretación.

—Es tan convincente —dijo— que los católicos de todo el país escribirán pidiéndole que les envíe recortes de uñas como santas reliquias.

Winifred salió flotando de entre bastidores y pareció abrumada al recibir sus felicitaciones.

—¿Estáis seguras? —repetía—. ¿De verdad creéis que no he estado tan mal?

Jane le apretó la mano.

—Has estado fenomenal.

—Dios mío, eso espero. Me siento como si fuera mi canto de cisne.

Jamás volverán a darme un papel tan maravilloso. Tengo veinticinco años y, a partir de esa edad, las actrices entramos en decadencia.

—¿En serio? —se sorprendió Dottie—. Pues no parece que pases ni un día de los cuarenta.

Jane le dio un codazo en las costillas.

—Seguro que los directores se desvivirán por contratarte después de semejante *tour de force*.

Le parecía adorable que Winifred tuviera tan poco ego. La mayoría de las actrices que conocía lo tenían a carretadas.

Mientras caminaban hacia un bar clandestino que había algo más allá, en la Treinta y cinco Oeste, Jane quiso preguntarle más a Winifred sobre cómo se había preparado para el papel, pero Dottie cambió de tema.

—Peggy tiene unas novedades escandalosas —anunció con una sonrisilla—. ¿Desembuchas tú o lo suelto yo?

Ella se puso colorada de la cabeza a los pies.

—No es gran cosa… Solo que, para mi sorpresa, parece que tengo novio. ¿Os lo podéis creer?

—¡Qué emocionante! —exclamó Jane—. ¿Quién es? ¿Lo conocemos?

—Aquí viene lo más curioso —contestó Peggy—. Es el médico que trató a Dottie en enero. El doctor Alvan Barach. Me llamó y me invitó a cenar.

—¿Y cómo es? —preguntó Winifred.

—Es listo y está de buen ver —explicó Dottie—, pero es claramente judío, así que no entiendo qué hace con una protestante como nuestra Peggy.

Esta sonrió.

—Yo tampoco tengo ni idea, pero no pienso quejarme.

Jane pensó que estaba resplandeciente. Esperaba que el doctor Barach resultara digno de ella.

ERAN LAS CINCO y media, y el bar clandestino estaba repleto de oficinistas que tomaban una copa rápida. Las cuatro mujeres se apretaron en un rincón junto a la barra y pidieron bebidas, aunque tuvieron que gritar para hacerse oír. Faltaban pocas semanas para Navidad y Jane le preguntó a Dottie qué iba a regalarle a Eddie.

—Le he preguntado qué quiere y me ha dicho que el divorcio…, pero que no nos lo podemos permitir.

—¿Es un chiste? —dijo Jane. Por la inexpresiva entonación de Dottie no había forma de saberlo.

—Sí, aunque no tiene mucha gracia.

—¿Es que no van bien las cosas en casa?

Dottie hizo una pausa antes de contestar.

—Seguro que alguna ley de la física dice que, cuando arreglas con pegamento un reloj roto y le das cuerda otra vez, al final el péndulo vuelve a pararse en el punto más bajo. Parece que con los matrimonios rotos sucede lo mismo, pero nosotros seguimos poniendo pegamento.

Jane se preocupó al recordar lo ocurrido la última vez que Eddie se marchó. Dottie lo necesitaba. Tenían que conseguir que esa vez se quedara con ella.

—Todos los matrimonios pasan épocas difíciles. Harold y yo tenemos semanas en las que apenas nos vemos y, cuando coincidimos con el otro en la cama, nos sentimos como dos desconocidos.

—Que pierda tanto jugando a las cartas debe de ser un tema delicado —comentó Dottie—. He oído que es el mayor pringado de la mesa del Tanatopsia.

—¿Harold? No, te equivocas. Tenemos un trato: se retira en cuanto pierde cinco dólares.

Dottie le dirigió una mirada perspicaz.

—También he oído lo de ese trato. Le dije que no lo cumpliría, y me apostó diez dólares a que sí.

Jane se puso tensa. Harold no le mentiría, ¿verdad? Fundar la revista era su sueño, y ella esperaba tener dinero suficiente para el lanzamiento el año siguiente. Dottie debía de haberlo entendido mal.

CUANDO REGRESÓ AL 412, Harold no estaba en casa. Jane contempló el desorden de su escritorio: gafas con las varillas rotas y algún cristal perdido, botellas con la tinta seca, trozos de cordel que había desatado cuidadosamente de algún paquete, libretas abandonadas e incontables papelitos en los que había anotado chistes e ideas para artículos. El orden nunca había sido su fuerte. Jane buscaba extractos de la cuenta bancaria en la que ingresaban el sueldo de Harold, solo para quedarse tranquila. Abrió los cajones del escritorio uno por uno, pero la mayoría estaban repletos de revistas viejas que su marido había decidido conservar por motivos que solo él conocía.

Después de registrar el escritorio, miró en la mesilla de noche, donde la pila de los libros que Harold estaba leyendo en esos momentos se tambaleaba con precariedad. Lo siguiente fue buscar en los cajones de su cómoda, y luego en su armario. Esos extractos tenían que estar en alguna parte.

Por fin los encontró en una vieja maleta al fondo del armario. Los sacó y fue pasándolos hasta llegar al más reciente. Se le paró el

corazón. El saldo era de tan solo unos cientos de dólares, cuando debería haber ascendido por lo menos a treinta mil. Se le encogió el estómago. ¿Dónde estaba ese dinero? ¿Lo había transferido él a alguna otra cuenta sin decirle nada?

Una ira creciente la llevó a emprender un registro forense por los bolsillos de sus trajes. Encontró innumerables notas que detallaban lo que parecían ser deudas: FPA 175 $; Fleischmann 350 $; Alec 405 $.

Jane estaba que se subía por las paredes cuando Harold llegó a casa y se encontró con las notas y los extractos esparcidos sobre la cama, pero se contuvo al hablar con él.

—¿Puedes explicarme esto, por favor? No lo entiendo.

Él se sentó con pesadez y hundió la cara entre las manos. Jane notó que el estómago se le encogía más aún.

—Cuéntamelo todo —exigió.

—He sido un imbécil —dijo Harold, incapaz de mirarla—. He cometido el clásico error de intentar recuperar las pérdidas, porque no podía soportar la idea de confesártelo. Lo siento.

—¿Cuánto? —quiso saber ella—. Faltan treinta mil dólares en tu cuenta. Por favor, dime que no lo has perdido todo.

El hombre parecía estar a punto de echarse a llorar.

—No estoy seguro. Alec es el tesorero, podríamos preguntarle a él.

Jane tragó saliva al pensar en todos los sacrificios que había hecho por la financiación de su revista: la ropa que no se había permitido comprar, las carreras para regresar a casa y cocinar algo en lugar de comer fuera, desplazarse a pie en lugar de en taxi. ¿Por qué diablos se había molestado?

—¿Qué piensas hacer para arreglarlo? —preguntó con voz gélida—. Y no me digas que puedes volver a ganarlo, porque ambos sabemos que eso es una patraña.

—No, tienes razón. No debo jugar más. Ya he dejado de hacerlo.

—¿Queda alguna deuda pendiente de pago?

Harold dudó.

—Creo que alguna, puede. Lo siento, gatita. Supongo que tendremos que posponer lo de la revista hasta que nos hayamos recuperado.

—¡De ninguna manera! —exclamó ella—. Encontraré la forma de salir de esta. Mañana por la mañana le pedirás a Alec una lista de las deudas por saldar y organizaremos un calendario de pago. A partir de ahora, yo te llevaré la libreta de ahorros para que no puedas acceder a tu sueldo, y de alguna forma conseguiré recaudar dinero para la revista. —Estaba pensando deprisa, repasaba todas las opciones.

—Pero ¿cómo? No puedes sacártelo de la manga.

Jane se lo quedó mirando, tan encogido e infantil y consumido por la culpa, y sintió una punzada de compasión.

—Supongo que tendremos que aceptar a inversores privados. Eso

significa que la revista no será del todo nuestra sobre el papel, pero sí en la práctica.

Todo el mundo tenía sus puntos flacos, y el juego era el de Harold; qué lástima que se hubiera convertido en un defecto mayor de lo que ella había sospechado. Era un duro revés, pero lo superarían.

—¿Te vienes a la cama? —preguntó Harold con voz suplicante.

Jane sabía que estaba demasiado acelerada para dormir.

—No, salgo a dar un paseo —dijo—. Hasta luego.

En cuanto estuvo fuera, encendió un cigarrillo e inhaló hasta llenarse los pulmones. Se guardó la cajetilla en el bolsillo y giró a la derecha para echar a andar con brío por la Cuarenta y siete Oeste hacia el Hudson. Intentaba airear su rabia y su decepción sin hacer caso de los borrachos que la llamaban desde la acera. Estaba oscuro y soplaba un viento frío que procedía del río. En cuanto se terminó el cigarrillo, encendió otro con la colilla.

Entonces se le acercó un hombre y, antes de que pudiera impedirlo, le quitó el pitillo de la boca.

—Un mal hábito para una mujer —dijo, lanzándolo a una alcantarilla.

—¡Maldita sea tu estampa, hijo de perra! —le gritó ella—. ¡Métete esa moralina donde te quepa y aparta de en medio!

El hombre retrocedió con brusquedad, como si le hubiera dado un bofetón, tan asombrado por su reacción que casi la hizo reír. Qué bien sentaba desahogarse… Enseguida se sintió mejor.

Cuando regresó al 412, Alec aún tenía la luz encendida en su planta. Jane se planteó subir directa a verlo y cantarle las cuarenta. ¿Por qué no había intentado detener a Harold? Como tesorero, podría haberle cerrado el grifo en cualquier momento. O, por lo menos, avisarla de que había un problema. Sabía que estaban ahorrando para fundar la revista. Él mismo tenía un interés personal en ella, puesto que Harold le había ofrecido una columna, pero casi era como si Alec deseara que fracasaran. ¿Podía ser cierto?

Recuperó la calma. No todo estaba perdido. Mañana sería otro día. Iría a su propio banco a ver qué podía hacerse. A partir de ese momento, ella gestionaría todo el dinero y conseguiría hacer realidad la revista, costase lo que costase.

# Capítulo 30

# DOTTIE

CUANDO DOTTIE Y Eddie hablaban del futuro, él seguía insistiendo en que quería criar a sus hijos en Connecticut.

—Sé lo que pasa con las esposas en los barrios residenciales de las afueras —objetó ella—. Bob Benchley no ve a la suya más que de semana en semana. Voy a decírtelo ya: no soy esa clase de chica.

Nunca había entendido que la mujer de Bob, Gertrude tolerara sus ausencias, pero suponía que dedicaba su vida a criar a sus hijos.

—Los colegios son mejores, hay campos en los que pueden corretear y respirar aire puro, y los vecinos serían otras parejas en la misma situación que nosotros —argumentó Eddie—. Necesitarás ayuda cuando tengamos hijos, y mi madre estaría cerca.

Dottie se estremeció al imaginar a la madre de él entrometiéndose en todo.

—En Manhattan hay colegios y tenemos Central Park. Aquí es donde están nuestros amigos. Ellos nos ayudarán.

Solo que Eddie no tenía amigos. No mantendría el contacto con nadie si se marchaba de la ciudad.

—Todos debemos madurar, Dottie —dijo—. Tienes treinta años. Ya es hora de sentar la cabeza y dejar de llevar una vida de joven juerguista. Francamente, con tu edad, empiezas a resultar un poco patética.

—Envejecer es inevitable, pero yo creo que madurar es opcional —replicó ella, muy consciente de que jamás se pondrían de acuerdo en eso.

En cuanto Eddie se recuperó de la conmoción inicial al saber que había abortado, no quiso hablar más de ello. «Fue lo adecuado en esas circunstancias», dijo cuando ella lo presionó para saber su opinión, y esa palabra aún la atormentaba. ¿Matar a un niño era «adecuado»? ¿Qué clase de persona diría algo así? Eddie había reaccionado con más sentimiento la mañana que encontraron a *Onán* muerto en su jaula.

Dottie pensaba a menudo en el pequeño Jacob. Sabía que siempre lo consideraría su primer hijo. En el futuro, si tenía más, los miraría y se preguntaría si Jacob se habría parecido a ellos. Deseaba tener hijos, pero ¿era lo correcto, cuando su matrimonio parecía tan forzado?

Desde el regreso de Eddie no habían usado métodos

anticonceptivos. Dottie pensó que dejaría decidir a la Naturaleza: si se quedaba embarazada de Eddie, sería la señal de que debía seguir con él; si no, bueno… De momento, no había ocurrido.

No era un mal marido, ahora que había reducido el consumo de alcohol. ¿Por qué no podía conformarse con eso? Muchas mujeres soportaban cosas peores.

Aun así, cada vez le costaba más. Durante la cena había largos silencios porque a Dottie no se le ocurría absolutamente nada que decir que pudiera interesarle. Se guardaba cotilleos que había leído en los periódicos, intentaba planificar las conversaciones con antelación, pero sus tácticas fracasaban porque él no le devolvía la pelota dialéctica.

Su «segunda luna de miel» en Branford había sido un aburrimiento. Su vida familiar era tediosa. Casi deseaba que Eddie conociera a otra mujer y tuviera una aventura, porque al menos eso lo haría ser más interesante.

A veces, Dottie se preguntaba si su matrimonio habría funcionado de no haberse liado ella con Charlie. Los cuatro meses que compartió con él fueron tan dichosos que le habían arruinado cualquier otra relación. ¿Cómo podía conformarse con menos? ¿Cómo amar a un marido tan corriente y, había que reconocerlo, soso?

No hubo ninguna confrontación explosiva. En lugar de eso, el final de su relación fue invadiéndolos poco a poco. Jack y Neysa invitaron a Dottie a pasar el mes de enero en una casa que habían alquilado en Miami Beach, pero Eddie dijo que no quería apuntarse, ni siquiera una semana.

—Ve tú —insistió—. Yo iré a casa de mi madre.

—¿Podemos pasar la Navidad juntos? —preguntó Dottie—. No tenemos por qué estar con tus padres, ¿verdad? —Puso cara de actriz de película que ve a un monstruo.

—Quedémonos aquí en Navidad, solos tú y yo —propuso él—, y luego ve a Florida a pasártelo bien.

No lo dijo, pero ambos sabían que él no estaría cuando ella regresara.

MIAMI BEACH ERA el paraíso. Qué maravilla notar que la calidez del sol le distendía las contracturas del cuello y los hombros, caminar descalza por la playa mientras las olas le lamían los pies. Recordó el enero anterior, cuando había intentado quitarse la vida, y decidió que en parte había sido culpa del tiempo gris e invernal. Tal vez debería ir siempre a Florida el mes de enero, o a algún otro lugar soleado, por lo menos.

Jack solía estar ocupado con sus negocios, así que Neysa y ella tenían muchísimo tiempo para charlar. Su amiga le contó que estaban intentando tener un hijo y que pensaban comprarse una casa en el norte del estado de Nueva York. Era la vida que Dottie no podía imaginar junto a Eddie, pero Neysa parecía contenta; había conseguido lo que deseaba. Dottie no veía ningún indicio del «matrimonio abierto» del que le había hablado. Si Jack tenía a otras mujeres, lo llevaba con suma discreción.

Si pensaba en su regreso a Nueva York, no se veía viviendo sola en su apartamento de la Cincuenta y siete. Era un lugar oscuro y ruidoso a causa del traqueteo de los trenes elevados, y le traía demasiados malos recuerdos. Pero ¿adónde más podía ir? Fue Jack quien encontró una solución, una noche, durante la cena.

—Perdona que te lo diga, pero he reparado en que no eres muy entusiasta de las labores domésticas —comentó con una amplia sonrisa.

—¡Menuda pérdida de tiempo! —repuso Dottie—. Barres el suelo, lavas los platos y, seis meses después, tienes que volver a hacerlo todo otra vez.

Rieron.

—¿Por qué no te mudas a un apartamento con servicio y dejas que otros lo hagan por ti? —propuso Jack—. Me parece que en el Gonk tienen algunos. Podrías llamar al servicio de habitaciones cuando quisieras comer, y bajar a los salones cuando te apeteciera compañía.

—¿Y eso no es muy caro? —preguntó Neysa.

—El director tiene debilidad por Dottie —dijo Jack—. Seguro que le hace un buen precio.

—¿Estás seguro de que me aceptarían? ¿Y *Woodrow Wilson* qué?

—Vale la pena preguntar. Pero no digas que no está bien enseñado —le aconsejó Neysa.

EN CUANTO REGRESARON a Manhattan, Dottie fue a ver a Frank Case y le preguntó por los apartamentos con servicio. Resultó que había uno disponible y acompañó a Dottie arriba para enseñárselo.

La puerta se abrió a un diminuto recibidor con un perchero y un espejo y, tras cruzarlo, entraron a un luminoso salón de techos altos. Había un sofá y dos sillones tapizados en terciopelo beis, cortinas a juego, un escritorio con una silla, una alfombra azul; toda la decoración resultaba insulsa e inofensiva. El dormitorio era una caja de cerillas, tenía una cama, un tocador y un armario. Lo justo, sin pasarse. En el cuarto de baño había una gran bañera, y la cocina más pequeña del mundo ocupaba apenas un rincón, con una nevera donde

se podía tener hielo para las bebidas. ¿Quién necesitaba más?

Frank le dijo el precio que solían pedir por el apartamento, y ella reconoció que solo podía pagarle la mitad.

—De acuerdo —accedió él, encogiéndose de hombros—. Hagamos una prueba.

Dottie no mencionó a *Woodrow Wilson*. Durante la primera semana después de trasladarse, lo subió escondido dentro de su abrigo y le dio galletitas para que estuviera callado si empezaba a ladrar. Hubo varios accidentes desagradables y el sofá jamás volvería a ser el mismo, pero Frank fingió no enterarse y, en general, su acuerdo funcionaba bien. Todas las tardes, Dottie bajaba a ver quién había en la Mesa Redonda y, al regresar, le habían hecho la cama y todo estaba limpio, como si unas hadas hubieran pasado por allí.

Bob Benchley y Charlie MacArthur iban al Gonk casi todos los días. Se habían hecho muy buenos amigos, y Dottie, por dentro, se resentía por la deslealtad de Bob. ¿Acaso un amigo de verdad no habría decidido hacerle el vacío a Charlie después de cómo la había tratado? Aun así, bajaba a confraternizar con ellos cuando no le salían las palabras, y trataba de no fijarse en las jovencitas lozanas que solían acompañarlos.

—Esto es nuestro nuevo despacho —le dijo Bob—. ¿Conoces a nuestras secretarias? Ella es Delphine y ella, Clara.

Dottie seguía sintiendo el corazón encogido cuando veía a Charlie con otra. Todavía no era inmune, aunque esperaba que eso llegara algún día. En la playa de Florida había reparado en un ave de gran tamaño y plumaje blanco que vadeaba la orilla buscando peces. Jack le dijo que era una garza blanca, y Dottie al instante le puso de nombre *Charlie MacArthur*. Así pensaba ahora en él. Algún día le contaría que le había puesto su nombre a un ave, pero todavía no. No mientras le doliera.

Peggy la llamaba todos los días y Dottie le hablaba de las chicas con las que salían Bob y Charlie, cabezas huecas la mayoría de ellas.

—Aun reuniendo todo su intelecto, no llenarían ni una cucharita de postre —dijo—. No me había dado cuenta de lo mujeriego que es Charlie. Neysa me advirtió, pero no le hice caso.

—Vivir para aprender —comentó Peggy—. La próxima vez quizá reconocerás las señales y escogerás de otra forma.

Dottie suspiró.

—Lo dudo. Soy de llevar la contraria. Cuando los hombres son cariñosos y no están casados y me adoran, me los quito de encima en un santiamén; si son crueles y no están disponibles, me enamoro hasta el tuétano. Tal vez tu Alvan lograría curarme después de años de intenso psicoanálisis, pero, si no, me temo que estoy condenada a seguir repitiendo los mismos errores.

UNA TARDE QUE Dottie bajó a la Mesa Redonda se encontró allí al columnista del *New York World* F. P. Adams hablando con una mujer atractiva y delgada. Tenía el pelo rojizo y llevaba un vestido de terciopelo violeta y un chal con un estampado *art déco* naranja tostado y verde musgo. Esos dos colores no solían combinar, pero de algún modo ella lo había conseguido. Tenía un acento peculiar que pasaba del británico a un deje de clase acomodada de la Costa Este, y gesticulaba al hablar. A Dottie le pudo la curiosidad y se acercó a ella.

—Esta es Elinor Wylie, la poetisa —dijo Frank, haciendo las presentaciones—. Elinor, esta es la afamada señora Parker. Las dos tenéis mucho en común.

—Seguro que sí —dijo Dottie mientras le estrechaba la mano.

Decidió no contarle a Elinor que el artículo sobre ella en *The Smart Set* había sido uno de los desencadenantes para cortarse las venas.

Elinor la miraba con tal intensidad que casi resultaba de mala educación, y no le soltaba la mano.

—Cuando F. P. me invitó al Gonk, le dije que uno de mis más fervientes deseos era conocerte, y aquí estamos. Estoy bastante turbada con esta presentación, querida.

—En tal caso, menos mal que estás sentada —dijo Dottie—. ¿Puedo acompañaros?

—Faltaría más. Ay, qué alegría que te hayas pasado por aquí. —Elinor seguía mirándola con sus profundos ojos avellana como de bruja.

Tenía la belleza etérea de las estrellas de cine, igual que Mary Pickford, aunque Dottie supuso que debía de ser mayor que ella. Le echó unos treinta y tantos años.

—Vivo arriba —explicó—. De modo que, hablando con precisión, más bien me he dejado caer. Tengo un ejemplar de *Redes para atrapar el viento* en mi apartamento. Es una de mis antologías preferidas.

—Ay, eres un encanto. ¿Querrás que te lo firme? Por favor, déjame hacerlo. ¿Y cuándo vamos a ver una antología de tus poemas? Sería la primera de la cola para comprarla, te lo juro. ¡Soy una gran admiradora!

—Estoy trabajando en ello —reconoció Dottie—, pero no acabo de decidirme por el orden de los poemas. Tu libro sigue una lógica narrativa, pero el mío salta de una cosa a otra como una abeja que va de flor en flor.

Elinor rio.

—No sé si te refieres al insecto o a los promiscuos hombres de esta ciudad, de quienes he oído decir eso mismo.

—Justamente —coincidió Dottie con ella, pensando en Bob y en

Charlie.

La expresión parecía hecha para ellos.

Hablaron sobre la composición de antologías poéticas que admiraban y luego compartieron opiniones sobre sus métodos de escritura, desde la chispa inicial de una idea, pasando por la agonía de encontrar las palabras adecuadas, hasta llegar a la obra terminada. A Dottie le animó oír que, para Elinor, escribir también era una tortura.

—Sé que mis poemas no son más que simples cancioncillas rimadas, pero me resultan insufribles —confesó.

—¡No son simples cancioncillas! —objetó Elinor—. Como poetisa, soy capaz de apreciar el buen oficio que esconden, por mucho que consigas que parezcan naturales. Tus versos se equilibran a la perfección y tus elecciones léxicas son exquisitas, a la vez que, al contrario que yo, arrancas una risa de los lectores.

—Pero soy muy limitada en mi temática. Tú abarcas todo el espectro de la experiencia humana.

—Tengo material de sobra del que extraer inspiración —dijo Elinor, quitándose importancia con un gesto de la mano— gracias a todas las tragedias de mi vida.

—He leído sobre ellas —repuso Dottie al recordar el artículo—. Yo misma he sufrido unas cuantas. Mis padres murieron siendo yo muy joven, he pasado por una ruptura matrimonial y me han roto el corazón, pero tú sin duda te llevas la palma.

Elinor atrapó la mano de Dottie entre las suyas y acercó tanto su rostro que esta pudo ver los polvos de maquillaje que le cerraban los poros a lado y lado de la nariz.

—Tengo la firme convicción de que todo sucede por algún motivo. La tragedia nos vuelve más espirituales, da sustento a nuestra poesía y nos alimenta el alma. Todos tenemos una razón de ser en esta vida. La mayoría de las personas nunca descubre la suya antes de irse al otro mundo, pero tú y yo somos mujeres con un pensamiento profundo y desvelamos las verdades insondables de la naturaleza humana. —Se reclinó en la silla—. Tenemos que pasar más tiempo juntas y conocernos mejor. ¿Crees que sería posible?

Dottie tuvo que parpadear ante la intensidad de esa mujer. El momento parecía cargado de relevancia, como un instante decisivo tras el que no habría vuelta atrás.

—Por supuesto —dijo—. Tenemos que hacerlo.

# Capítulo 31

# WINIFRED

LA NOCHE DEL estreno, Winifred llegó temprano al teatro, vestida con su elegante traje negro estilo directorio porque fuera habría prensa y harían fotografías. Posó del brazo de George Bernard Shaw y se quedó de piedra al ver que el hombre estaba aún más nervioso que ella. Se sobresaltaba con cada llamarada de magnesio, como si nunca le hubieran hecho una fotografía. Entre bastidores no podía estarse quieto, iba de un camerino a otro mascullando para sí y mesándose la barba de forma obsesiva.

Winifred se puso el vestuario y se sentó tranquila en su camerino hasta que la llamaron al escenario. Se sabía sus frases del derecho y del revés, conocía todos sus pies, pero necesitaba serenidad para calmar los nervios. «Puedo hacerlo —se repetía mentalmente—. Lo he hecho antes.» Solo que nunca había protagonizado el estreno en Broadway de una obra de George Bernard Shaw. Era el momento más grandioso de su carrera.

Mientras esperaba entre bastidores para salir a escena, notaba un nudo en el estómago, pero en cuanto pisó los tablones del escenario con los pies descalzos, el pañuelo azul atado alrededor de la cabeza y el delantal en la cintura, fue como si todas las células de su cuerpo supieran lo que tenían que hacer. Su voz se volvió infantil; sus gestos, sencillos y piadosos. No oía nada más que las voces de los santos, que le decían cómo salvar su país. Winifred no era una de esas actrices que buscaban a sus amigos entre el público de la platea; se metía de lleno en el personaje.

El tiempo pasó volando y de pronto estaban saliendo al escenario para saludar. Winifred no tenía ni idea de si había ido bien o no, pero el público se puso en pie para aplaudir. Buscó con la mirada y vio a George Bernard Shaw entre bambalinas con una sonrisa radiante.

Habían organizado la fiesta del estreno en el vestíbulo, y ella fue paseándose mientras aceptaba felicitaciones y charlaba de las naderías habituales. Había invitado a su madre y a su tía, y las dos comentaban entre susurros el glamur de aquella gente y su vestuario tan chic.

—Eres mi Juana —le dijo George Bernard Shaw, y le besó la mano —. Lo supe desde nuestra primera reunión. Has insuflado vida a la criatura de mi imaginación, y por ello estoy en deuda contigo. Esto es un pequeño recuerdo como muestra de mi gratitud.

Le entregó una cajita atada con una cinta azul y, al abrirla, Winifred encontró dentro una preciosa figurilla hecha en piedra de una niña vestida de campesina con la cabeza levantada como si contemplara el cielo.

—Qué bonita —dijo, muy emocionada. La conservaría siempre como un tesoro.

Le hizo una señal a su madre para decirle que se acercara y presentarle al autor, pero la señora Lenihan estaba tan abrumada en su presencia que apenas pudo tartamudear su propio nombre, y Winifred tuvo que encargarse de que fluyera la conversación.

Justo pasada la medianoche llegó el primer periódico, el importantísimo *The New York Times.* Contuvo la respiración mientras pasaban las páginas. A John Corbin le había gustado la obra, pero reservaba la mayor parte de sus elogios para Winifred: «Una actuación verdaderamente pionera», había escrito. ¡Parecía que era un éxito!

AL DÍA SIGUIENTE, media docena de fotógrafos aguardaban a las puertas del teatro cuando llegó Winifred, y también había varios periodistas que querían entrevistarla. Accedió a hablar con ellos, de uno en uno, con la esperanza de que se interesaran por la obra del señor Shaw, pero le sorprendió la naturaleza personal de sus preguntas. ¿Tenía novio formal? ¿Qué hacía en su tiempo libre? ¿Recetas favoritas? ¿Diseñadores preferidos? ¿Sus secretos de belleza? ¿Su pasado familiar?… Mientras respondía, Winifred comprendió que la intimidad que ella tanto valoraba estaba a punto de verse invadida y que la vida nunca volvería a ser igual.

Al final de la primera semana, la muchedumbre que esperaba en la puerta de actores se había vuelto inmanejable y el director escénico tuvo que montar una barrera tras la que Winifred pudiera detenerse a firmar autógrafos. Había admiradores que esperaban con temperaturas gélidas y nieve durante más de una hora solo para guardar sitio en las primeras filas. A ella le resultaba alarmante haberse convertido en objeto de semejante idolatría. ¡Solo había que ver lo que había pasado con la pobre Juana al alcanzar notoriedad! Tuvo que dejar de trabajar en Lord & Taylor y de ir a los bares clandestinos, porque sus admiradores ya la habían identificado en todos esos lugares.

Empezaron a llegar montones de cartas de mujeres que le preguntaban quién la peinaba y qué perfume usaba, de hombres que querían invitarla a cenar o proponerle matrimonio, y también de un puñado de chalados religiosos, como había predicho Dottie. Las entregas de flores eran algo habitual, pero una tarde, antes del espectáculo, llegó una característica caja de rosas rojas con una nota

encima, y Winifred sintió que se le ponía la carne de gallina.

Rasgó el sobre para abrirlo y sus ojos leyeron la nota a toda prisa: «Arnold Rothstein la invita a cenar en el Lindy's a las 23.00 horas. Su coche la recogerá en la puerta de actores a las 22.45». Era una orden, no una petición.

Corrió por el pasillo hasta la puerta de actores y le preguntó al portero si había alguien esperando respuesta, pero el hombre negó con la cabeza. ¿Qué iba a hacer? ¿Plantarlo? ¿Ir al Lindy's? No sabía cuál de las dos opciones era más aterradora.

Cuando saludó con una reverencia al final de la representación, recorrió el patio de butacas con la mirada preguntándose si Arnold Rothstein estaría allí. ¿La estaba viendo en ese momento? Se estremeció.

Un joven ayudante del director escénico le llevó una jarra de agua fresca al camerino cuando se estaba desmaquillando, y entonces tuvo una idea.

—¿Crees que podrías entregar una nota de mi parte? —le pidió con una sonrisa arrebatadora—. Te estaría eternamente agradecida.

El chico, de hecho, se ruborizó cuando accedió a hacerle el favor. A Winifred le seguía desconcertando cómo había cambiado la reacción de la gente ante ella, y todo por ese papel. Escribió una nota en la que se disculpaba con el señor Rothstein, le decía que ya estaba ocupada esa noche y que en esos momentos tenía una vida muy frenética, como sin duda él entendería. Le indicó al chico que saliera a las once menos cuarto y se la entregara al conductor de un coche que estaría esperando en la puerta de actores. Antes de eso, ella se escabulló por una puerta lateral con el director y un par de compañeros actores, y fue con ellos a un restaurante italiano que había a la vuelta de la esquina.

Winifred escogió la mesa de un reservado que había al fondo. Se sentaron y pidieron, pero ella no fue capaz de probar la comida. Cada vez que se abría la puerta, daba un respingo al pensar que podría tratarse de Rothstein. Al resto de los actores les parecía una gran broma, pero ella estaba alarmada por el tono de la nota. Era más insistente que nunca.

—Me aseguraré de que llegues a casa sana y salva —le prometió el director—. Podemos compartir taxi y le pediré al conductor que espere hasta que estés dentro.

Winifred se dijo que tal vez estaba siendo una boba. Las experiencias pasadas la habían vuelto cautelosa, pero no había motivo para pensar que Rothstein quisiera hacerle ningún daño. A los hombres ricos les gustaba salir con actrices, cuanto más famosas mejor, pero no podía obligarla.

Su apartamento no quedaba lejos. Miró por la ventana trasera del

taxi, pero nada indicaba que los estuvieran siguiendo. Sacó las llaves, corrió hasta la pesada puerta de madera del portal y la abrió antes de despedirse del director con la mano y entrar en el vestíbulo. La puerta se cerró con un golpe y ella giró para buscar el interruptor de la luz. Solo había una bombilla en cada planta, así que la escalera no estaba muy iluminada, pero se veía lo suficiente para subir por ella.

Winifred gritó cuando se encontró al pie de la escalera con la corpulenta figura de un hombre que vestía un traje oscuro que le bloqueaba el paso.

—Buenas noches, señorita Lenihan —dijo, ladeando el sombrero. Winifred se fijó en su acento de Filadelfia—. Al señor Rothstein le ha disgustado que no pudiera cenar con él esta noche y desea tomar un cóctel con usted. Tengo el coche fuera.

No lograba distinguir sus rasgos, que quedaban semiocultos por la sombra del ala del sombrero, pero vio que llevaba zapatos de dos colores, crema y marrón en la punta, y un traje marrón.

—Me temo que ya se ha hecho muy tarde para mí —dijo, intentando disimular el temblor de su voz—. Estoy cansada y mañana tengo representación.

Se preguntó si podría huir de nuevo a la calle y echar a correr, pero desestimó la idea. Sin duda, el matón correría más deprisa que ella y seguramente iba armado.

—No era una pregunta —dijo el hombre—. Tengo órdenes de llevarla con él ahora mismo.

Dio un paso al frente y Winifred retrocedió de espaldas hasta la puerta, buscando el pomo a tientas.

Los vecinos de su edificio no solían meterse en asuntos ajenos. Había tres matrimonios mayores, una familia y una inquilina en la primera planta a quien no había visto nunca. Si gritaba a pleno pulmón, ¿la oiría alguien?

Cuando el hombre se acercó a ella, Winifred abrió la puerta, pero él fue rápido y la agarró del brazo.

—Venga conmigo —insistió—. Se trata solo de una copa entre amigos.

Ella gritó de forma instintiva y luchó por librarse de él.

—¡Déjeme en paz! ¡Socorro!

El hombre le tapó la boca con la otra mano y la empujó contra la puerta. Winifred sintió pánico. Lo golpeó con un puño y luchó con todas sus fuerzas para quitárselo de encima, pero el matón parecía macizo e inamovible como una estatua. Intentó darle un rodillazo en sus partes, pero él la esquivó.

—Cálmese ¿quiere? —dijo—. No voy a hacerle daño. ¿Qué problema tiene?

El cerebro de Winifred iba a toda velocidad en un intento por

encontrar la forma de escapar. Si el hombre llevaba una pistola, ¿podría arrebatársela? ¿Qué otra arma podría utilizar? Entonces se acordó de su propio sombrero, levantó una mano para extraer el largo alfiler rematado por una perla que lo sostenía en su sitio y se lo clavó al hombre en la cara. Notó cómo se introducía en la carne.

El matón gritó de dolor y la soltó para llevarse las manos a la mejilla herida.

—¿Por qué ha hecho eso? Podría haberme sacado un ojo.

Ella intentó apartarlo para subir por la escalera, pero él la detuvo con el hombro y la empujó contra la pared para evitar que levantara de nuevo la mano en la que sostenía el alfiler. Desesperada, Winifred lo clavó con fuerza en la única parte del cuerpo del hombre que pudo alcanzar: la zona de la entrepierna. Se hundió hasta el fondo, y el agudo chillido gutural del hombre dejó claro que le había hecho daño; se dobló por la mitad.

Winifred aprovechó ese momento para cruzar el vestíbulo a la carrera y subir los escalones a toda prisa y de dos en dos, con el corazón latiéndole tan fuerte que parecía querer salírsele del pecho. Rebuscó las llaves, se le cayeron, pero por fin consiguió meterlas en la cerradura y entrar en su casa. Había mandado instalar cerrojos adicionales y los echó todos, luego arrastró una silla y la encajó bajo el pomo. A continuación, sacó el cuchillo más afilado que tenía en el cajón de la cocina y, con unos temblores tan violentos que apenas la dejaban pensar, esperó a que el hombre aporreara la puerta.

Abajo, oyó que el portal se cerraba de golpe. ¿Había salido en busca de refuerzos? Corrió a la ventana y vio una figura encorvada que cojeaba hacia un coche. Cuando se subió, el coche se puso en marcha. Winifred pensó en llamar a la policía, pero todo el mundo sabía que los gánsteres tenían comprados a los polizontes. Además, el único herido era el hombre; tal vez la acusara a ella de agresión.

No podía llamar a su madre. Solo se le ocurrió pedir ayuda a Peggy, la persona más inteligente que conocía.

PEGGY CONTESTÓ AL teléfono somnolienta, pero se despejó en cuanto Winifred le contó todo entre tartamudeos.

—Tienes que llamar a Jane —dijo enseguida—. Entrevistó a Rothstein para *The New York Times.* Se le ocurrirá algo.

—Pero seguro que ese hombre ya viene de camino —gimió Winifred —. Podrían tirar mi puerta abajo en cualquier momento.

—Para un taxi y ven a mi casa —propuso Peggy, pero Winifred dijo que no se atrevía a salir, por si la estaban esperando fuera.

Se hizo un silencio.

—Está bien. Iré yo a buscarte. Vigila por la ventana y, cuando llegue mi taxi, le pediré al conductor que toque dos veces el claxon. Luego me apearé y te saludaré con la mano. Baja corriendo y te estaremos esperando. ¿Podrás hacerlo?

A Winifred le aterraba la idea de poner un pie fuera de casa, pero la alternativa era esperar a que una banda de matones se presentara para maniatarla y secuestrarla.

—Me las arreglaré —dijo.

—Mete lo que necesites en una bolsa de viaje. Estaré allí dentro de diez minutos —prometió Peggy.

Fueron los diez minutos más largos de su vida. Esperó con el abrigo bien ceñido y la bolsa en la mano sin dejar de mirar hacia la calle, mientras se preguntaba quién llegaría primero, si Peggy o los gánsteres. Cuando un taxi paró y tocó el claxon, y vio a Peggy bajar del coche, enseguida se puso en marcha.

Empezó a temblar al abrir los cerrojos y salir al descansillo. Se detuvo a escuchar, pero en la escalera apenas se oía nada. Encendió la luz, cerró su puerta con llave y bajó como alma que lleva el diablo. Salió a la calle y se lanzó al interior del taxi de Peggy.

Esta la abrazó y Winifred rompió a llorar con histerismo.

—G-g-gracias —intentó tartamudear, pero no consiguió decir una palabra más.

¿Qué ocurriría ahora? Se volvió y miró por la ventanilla trasera. No parecía que nadie fuera tras ellas, pero ¿y al día siguiente? ¿Y al otro? En Nueva York no estaba a salvo. Tendría que marcharse de la ciudad… y pronto.

YA EN EL apartamento de Peggy, Winifred llamó a Jane y le contó su historia con algo más de coherencia, puesto que por fin se sentía más segura.

—¿Cómo era ese matón? —preguntó Jane.

Winifred describió su traje, sus hombros corpulentos, su acento de Filadelfia. Recordaba que iba bien afeitado y tenía el pelo oscuro, pero no le había visto la cara con claridad.

—Ah, y zapatos de dos colores —añadió para terminar.

—Es Legs Diamond, uno de los asesinos a sueldo de Rothstein —dijo Jane—. No va a estar contento.

Winifred gimió.

—Qué mal he llevado esta situación… Soy una idiota. Tendré que marcharme de la ciudad.

«Pero, ¿y la obra qué?», se dijo.

Tendría que seguir la suplente. Detestaba decepcionar al señor

Shaw, pero no tenía más remedio.

—¿Has intentado decirle a Rothstein que tienes novio? —preguntó Jane.

—Sí, pero estaban enterados de que había roto con Peter. Deben de haberme seguido, así que saben que no salgo con nadie más. Durante este último año, más o menos, solo he socializado con mujeres.

—¡Eso es! —exclamó Jane—. Esa es la solución. Le diré a Rothstein que eres lesbiana, pero que no querías reconocerlo por si se enteraba la prensa. Es la única razón que aceptará para que rechaces sus atenciones. Los hombres son así de arrogantes.

La joven suspiró con pesadez.

—¿Te creerá?

—Necesitamos que parezca verosímil. Mañana a primera hora deberías ponerte en contacto con alguna lesbiana conocida, alguien del grupo de Tallulah, y quedar en veros en algún lugar público. Yo hablaré con Arnold Rothstein. También le transmitiré tus más sentidas disculpas a Legs Diamond y le explicaré que te dio un susto de muerte. Tú descansa en casa de Peggy hasta que te llame.

Peggy le preparó una cama en el sofá, pero Winifred no podía dormir. Se sentó, se envolvió con una manta y se puso a escuchar los crujidos del edificio y el viento que soplaba fuera, aterrorizada por si un puñado de gánsteres había seguido al taxi y echaban la puerta abajo en busca de una venganza sangrienta. Si iban a matarla, esperaba que fuera rápido, de un tiro en la cabeza, y que le perdonaran la vida a Peggy, que solo había intentado ayudarla.

# Capítulo 32

# PEGGY

A LA MAÑANA siguiente, cuando Peggy se levantó, vio que Winifred se había quedado dormida hecha un ovillo en un rincón del sofá, con el cuello doblado en un ángulo incómodo y la manta enredada en las rodillas. Sabía que había descansado muy poco; la había oído caminar de un lado a otro de madrugada. Llamó a la oficina y, entre susurros, mintió y dijo que tenía el estómago revuelto y que no iría a trabajar. Preparó café y luego se sentó a leer en una silla junto a la ventana.

Cuando Winifred por fin despertó y se frotó el cuello entre bostezos, Peggy le sirvió una taza de café y se ofreció a prepararle un baño.

—Quizá más tarde, gracias. ¿Se sabe algo de Jane?

—Todavía no, pero he tenido una idea. ¿Conoces a Eva Le Gallienne? Te acordarías de ella. Solía pasarse por el Gonk con unos trajes de noche despampanantes que dejaban a Alec con los ojos haciéndole chiribitas.

Eva había tenido una aventura con Tallulah Bankhead antes de que esta se fuera a Inglaterra, dos años atrás. Peggy tenía el pálpito de que Winifred y ella se llevarían bien porque las dos eran listas y glamurosas, pero no se lo tenían creído en absoluto.

—La he visto en el escenario, pero nunca nos han presentado.

—Te caerá bien —dijo Peggy—. Esperemos a ver qué dice Jane. Si seguimos adelante con su plan, llamaré a Eva y seguro que accederá a hacerse pasar por tu nueva «amante lesbiana».

Winifred estaba demasiado nerviosa para comer nada, pero sí se dio un baño rápido para refrescarse y luego se sentó e intentó darle conversación a Peggy.

—¿Qué tal está Alvan? Debe de ser interesante salir con un médico.

—Sus horarios lo hacen un poco problemático —confesó Peggy—. Apuesta lo que quieras a que, si preparo una cena especial, lo llaman del hospital en cuanto nos sentamos a comer. Pero tiene otras cosas que compensan.

Sonrió mucho, esperando que Winifred siguiera preguntando, pero su amiga estaba distraída. No hacía más que mirar hacia el teléfono, como si así pudiera hacer que sonara.

Lo cierto era que Alvan había resultado ser un amante cariñoso y un hombre de conversación entretenida. Lo pasaban bien cuando estaban juntos, y él le había comprado algunos regalos muy considerados. Una

noche, mientras paseaban por la Quinta Avenida de regreso al piso de ella, Peggy se detuvo a admirar unos pendientes largos con esmeraldas en el escaparate de una joyería. La siguiente vez que se vieron, Alvan se los regaló.

—Espero que no creyeras que insinuaba que los quería —dijo, avergonzada.

—En absoluto —repuso él—. Pero te los mereces.

¿Estaba enamorada? ¿Y él? Todavía parecía pronto para decirlo. Aunque ya hacía tres meses que eran amantes, no sentía que lo conociera de verdad. Dottie se había enamorado de Charlie en diez minutos —o eso decía ella—, y solo había que ver cómo había terminado eso. Seguro que, en los asuntos del corazón, era mejor tomarse el tiempo necesario.

Peggy preparó jamón y col para comer, y Winifred estaba fregando los platos cuando sonó la llamada de Jane. Peggy habló con ella primero.

—He ido a ver a Arnold Rothstein —explicó—. Estaba muy enfadado, pero creo que le he calmado los ánimos. ¿Cómo está Winifred?

—De los nervios —contestó Peggy, mirándola—. ¿Se ha tragado lo de que es lesbiana?

—Sí, pero le ha mosqueado que Winifred estuviera tanto tiempo dándole largas en lugar de contárselo desde el principio.

Peggy asintió en dirección a Winifred para tranquilizarla. Esta se desplomó en el sofá como si le fallaran las piernas y se tapó la boca con ambas manos.

—Voy a presentarle a Eva Le Gallienne —le dijo Peggy a Jane—. Seguro que nos seguirá el juego.

—Buena elección. Tendrán que hacer que resulte convincente. Si Arnold llega a imaginar que lo ha engañado, no estoy segura de que pueda proteger a Winifred. Y tampoco quiero que piense que yo soy una mentirosa.

—¿Y Legs Diamond? ¿Alguna secuela grave?

—Una simple herida, pero necesitará alguna compensación para recuperar su orgullo. He sugerido que Winifred le haga llegar unas entradas de cortesía para que sus amigos y él vayan a ver *Santa Juana*. ¿Le preguntarás si le parece bien?

Peggy le transmitió la petición.

—Puede tener tantas como quiera —respondió Winifred al instante—. Cualquier noche. Los mejores asientos del teatro.

Peggy le pasó el teléfono. Winifred temblaba mientras le daba las gracias a Jane una y otra vez, y prometía que recurriría a todo su talento interpretativo para convencer a Arnold de que era lesbiana. De hecho, no pensaba quedar con ningún otro hombre, al menos en una

buena temporada.

—¿Y eso no te molesta? —le preguntó Peggy cuando colgó el teléfono—. ¿Y si conoces a alguno que te gusta?

Winifred negó vehementemente con la cabeza.

—En mi vida no hay sitio para los hombres ahora mismo. Las cosas son mucho más sencillas sin ellos.

Peggy se dijo que sencillas tal vez sí, pero no tan divertidas. En cuestión de hombres, sentía que estaba recuperando el tiempo perdido y quería ver a Alvan todo lo posible.

CUANDO WINIFRED SE marchó, Peggy bajó a comprobar el buzón del vestíbulo principal y el corazón le dio un vuelco al ver un sobre con el emblema de Boni & Liveright. Seguro que era una carta de rechazo. Lo abrió sin ningún miramiento y leyó rauda lo que había escrito, luego se detuvo y volvió a leer, incapaz de creer lo que veía.

«Tiene usted muy buen ojo para los matices de la interacción social —escribía Tommy Smith— y sus personajes me han atrapado enseguida.» Siguió leyendo en busca del «pero». No lo había. En lugar de eso, el editor decía que le gustaría publicar su libro y le pedía que se pusiera en contacto con él lo antes posible para concertar una cita.

Peggy corrió escalera arriba, releyó la carta una vez más para asegurarse de que no estaba interpretándola de forma errónea y luego llamó al número de teléfono que aparecía allí.

—Lo cierto es que esta tarde estoy libre —le dijo a la amabilísima secretaria de Tommy Smith, y fijaron la cita para las cuatro y media.

Cuando colgó, Peggy se agachó sobre la alfombra con las rodillas pegadas al pecho y esperó a que se le calmara el corazón. No era capaz de asimilarlo. ¿Sería un error? ¿Se habían traspapelado las cartas y el editor pretendía en realidad escribir a otra persona? Volvió a comprobarlo: mencionaba su título, *El reverso del libro.* Tenía que ser cierto.

«Ay, madre de Dios —no dejaba de pensar—. Ay, madre.»

Para la reunión se puso su traje gris perla con sombrero a juego y se aplicó un poco de pintalabios escarlata. Tomó un taxi para no presentarse allí sin aliento ni despeinada, pero eso hizo que llegara demasiado pronto, así que dio una vuelta a la manzana.

La secretaria de Tommy la acompañó arriba sin dejar de sonreír, a un conjunto de oficinas con moqueta de buena calidad, y le preguntó si quería un café mientras esperaba. Al cabo de unos segundos, una figura esbelta salió para estrecharle la mano e indicarle que pasara a un despacho enorme con una ventana que daba a la consulta del dentista de enfrente. Tommy Smith era más joven de lo que había

imaginado, y bastante guapo, con la frente alta, gafas redondas, y el pelo oscuro y repeinado hacia atrás.

—Señorita Leech, no sé cómo se organiza usted sus horarios, pero me parece que a estas horas uno ya puede tomarse un Martini y resultar respetable.

—Es una idea fantástica —dijo ella.

—Tenía el pálpito de que sería bebedora. —Sonrió—. Los mejores lo son.

Mientras le preparaba el cóctel, añadió: —Sabrá que publicamos el sello Modern Library: T. S. Eliot, James Joyce, Ezra Pound. Creemos que hay que hacer llegar toda una serie de voces nuevas al público estadounidense, y la suya, sin duda, es original.

«Intenta metérseme en el bolsillo», comprendió Peggy sin salir de su asombro. Ese hombre no imaginaba que estaba tan agradecida que se habría arrodillado para besarle los pies si se lo hubiera pedido.

—Nos gustaría publicar su libro el próximo año —siguió diciendo—. Y espero que ya esté trabajando en el siguiente. ¿Es así?

Le pasó su Martini y, nada más dar el primer sorbo, Peggy notó que lo había preparado con una ginebra de primera.

—Así es, sí —contestó, y comenzó a hablarle de la novela que había empezado, y que se titularía *Bodas de estaño*.

Trataba sobre una bella mujer, de nombre Lucia, que se acercaba al décimo aniversario de bodas y reflexionaba sobre su vida y su elección de marido.

Tommy estaba sentado tras su gran escritorio de caoba, escuchando con atención y haciendo alguna que otra pregunta, y al final dijo que le encantaba la idea.

—Veo que es la clase de temática en la que destacará. Posee un verdadero y extraordinario don para meterse en lo más profundo de las mentes de sus personajes y conseguir que a los lectores les importen. ¿Está muy avanzada? ¿Tiene algo a lo que pueda echar un vistazo?

Peggy se ruborizó.

—Todavía no. Aún estoy tanteando el terreno.

—No importa —dijo él con un gesto de la mano—. Tengo la confianza suficiente en su talento para ofrecerle un contrato por ambos libros. Me temo que solo podemos pagarle un adelanto de doscientos dólares, pero recibirá derechos de cada ejemplar que vendamos.

«¿Solo doscientos?» Era más de lo que ganaba ella en un mes. Masculló que estaría encantada de aceptar y, sin querer, le dio a la copa con la mano y derramó unas gotas sobre la encerada superficie del escritorio. Sintió el impulso de saltar de la silla y darle un abrazo a aquel hombre, pero le pareció que sería ir demasiado lejos.

Después de la reunión, salió del despacho flotando, algo mareada a causa de los dos Martinis y la fantástica noticia. Esa noche vería a Alvan, así que podrían celebrarlo juntos. Pero, antes, estaba impaciente por llegar a casa y llamar a su madre. Tal vez Peggy no había encontrado marido todavía, pero tenía novio, un contrato editorial y la sensación de que el mundo estaba a sus pies.

EL SÁBADO SIGUIENTE, el club de *bridge* se reuniría en el apartamento de Dottie en el Gonk. Jane llamó antes a Peggy por teléfono.

—Quería advertirte de que no le digas nada a Dottie sobre el encontronazo de Winifred con Arnold Rothstein y Legs Diamond. Ya me estoy imaginando sus chistes sobre pistoleros del hampa con alfileres de sombrero con perlas decorando sus genitales. La Mesa Redonda se deleitaría con ellos, pero me temo que podrían llegar a oídos de…

—Sí, Dottie puede llegar a ser bastante indiscreta —coincidió Peggy, y recordó los numerosos secretos que había divulgado a lo largo de los años—. ¿Le has dicho ya a Winifred que no lo comente?

—Sí.

Peggy tenía la noticia de su libro en la punta de la lengua, pero decidió guardárselo y contárselo a las tres a la vez, en persona.

El sábado, fue la primera en llegar con una bandeja de pastelitos de queso. Nunca lo acordaban, pero se daba por hecho que ella llevaba comida para las reuniones y la anfitriona de la noche ponía la bebida.

Dottie la recibió ataviada con un teatral chal de estampado *art déco* en tonos terracota, azul aciano y rosa palo que le colgaba casi hasta las rodillas. *Woodrow Wilson* estaba dormitando en su cesta; los bigotes canosos eran la única señal de su avanzada edad. La habitación estaba ordenada y olía bien. Peggy, y no era la primera vez, se dijo que trasladarse al Gonk había sido una idea fantástica para Dottie.

—¿Qué tal va el trabajo? —le preguntó con un gesto de la cabeza en dirección a la máquina de escribir, que estaba en una mesa junto a la ventana.

—Va —dijo Dottie—. No sé cómo, pero parece que estoy cumpliendo los plazos, a pesar de que los de abajo no hacen más que llamar a mi puerta a cualquier hora del día y de la noche. Ah, y mi obra teatral se estrena el mes que viene. Tienes que venir a la primera función.

Winifred y Jane llegaron juntas y dijeron que se habían encontrado en el vestíbulo. Peggy vio que iban entrelazadas del brazo y pensó que era bonito que, como efecto secundario del drama de Rothstein, se

hubieran unido aún más.

Esperó a que todas estuvieran sentadas y con una copa en la mano antes de hacer su anuncio.

—¡Tengo que daros una noticia! —Estaba resplandeciente. Todavía no se había acostumbrado a decirlo en voz alta—: Tommy Smith, de Boni & Liveright, quiere publicar mi novela.

Jane fue la primera en soltar un gritito. Se levantó de un salto y fue a abrazarla. Winifred la siguió.

—Todo es gracias a Dottie —dijo Peggy—. Nos hemos estado animando la una a la otra. No habría tenido valor de enviarle el manuscrito a Tommy si no me hubiera obligado.

—Te dije que ese hombre sabe reconocer un éxito de ventas —señaló Dottie—. Espero que negociaras un buen contrato para demostrarle que no eres pan comido.

Peggy rio.

—Me ofreció unos Martinis y se me comió con patatas. Quiere otro libro para el año que viene, así que debo ponerme a ello. Pero recuerda que tenemos un trato, Dottie. Ahora te toca a ti que te publiquen. Lo presiento. Tus poemas te harán ganar una fortuna.

—Bueno, claro, me gustaría ser una buena escritora y me encantaría ganar dinero —masculló Dottie—, pero, si no puedo tener ambas cosas, me quedo con el dinero. —Miró a Peggy—. Supongo que tú no necesitarás ganar más pasta si te casas con ese médico judío tuyo.

—Nadie ha dicho una palabra sobre matrimonio. —Peggy se sonrojó y pensó lo irritante que era seguir ruborizándose así una vez cumplidos los treinta.

Era evidente que nunca lo superaría.

Justo en ese instante, la puerta se abrió y por ella entró una mujer alta y atractiva que llevaba un vestido con un estampado de plumas de pavo real. A Peggy le sorprendió que no hubiera llamado primero, pero Dottie se levantó para recibirla sin pestañear siquiera.

—Dottie me ha hablado de vuestro «pequeño» club de *bridge* y me moría de ganas de conoceros a todas —dijo la mujer—. Soy Elinor Wylie.

Les estrechó la mano y ellas se fueron presentando mientras Dottie le preparaba una copa. No quedaban sillas libres, así que Elinor se acomodó en el reposabrazos de la de Dottie y cruzó sus esbeltos tobillos.

—Vosotras seguid y no os preocupéis por mí —dijo—. ¿De qué estabais hablando cuando os he interrumpido de una manera tan grosera?

—Del novio de Peggy —confesó Dottie—. Es médico y le interesa el psicoanálisis…

Elinor intervino sin dejarla terminar: —¡Dottie, tienes que ir a que

te psicoanalice! Piensa en todo el material que obtendrías para poemas y relatos. No tendría precio. ¡Dime que lo harás!

Peggy pensó que era una idea horrible. Miró a Jane y, por su expresión adusta, comprendió que la recién llegada no le había caído nada bien. Cruzaron una mirada.

Dottie, sin embargo, parecía estar prendada de ella.

—Tú eres toda una experta, ¿verdad, Elinor? ¿Por cuántos psicoanalistas has pasado?

—Por decenas. Y los he vuelto locos a todos. Aunque me parece que no es así como debería funcionar, ¿verdad? —Se rio de su propia ocurrencia—. Cada vez que pensábamos que hacíamos progresos, alguien cercano se me moría o sucedía algún otro desastre. Al final, todos los loqueros se me han quitado de encima. He sufrido muchísimas tragedias en la vida. Seguro que Dottie ya os lo habrá contado.

—Pues resulta que Dottie no te había mencionado siquiera —repuso Jane con la voz algo crispada.

Se produjo un silencio incómodo.

—Hace bastante desde nuestro último club de *bridge* —explicó Dottie—. Elinor y yo hemos estado hablando de poesía y conociéndonos mejor.

—Mira qué bien —dijo Jane con tal despreocupación que resultó maleducada.

Peggy intervino para cambiar de tema.

—Winifred, Neysa me ha contado que, además de tu éxito con *Santa Juana,* has recibido otro honor.

Todas preguntaron de qué se trataba.

—¡Ah, eso! Es una tontería. —Winifred parecía algo avergonzada.

Peggy se volvió hacia las demás.

—La revista *McCall's* ha pedido a sus lectores que voten a las diez mujeres más bellas del mundo y Winifred ha salido elegida como una de ellas. ¡Del mundo, nada menos!

Winifred puso una cara como diciendo que no se lo tomaba muy en serio, y entonces Elinor se levantó con brusquedad. Su expresión era pétrea.

—Bueno, seguro que no han lanzado las redes muy lejos… —comentó—. Si me disculpan, señoras. Tengo otro compromiso que atender.

Salió de la habitación con paso airoso y Dottie corrió tras ella. Las otras tres se miraron sin dar crédito a lo que acababan de presenciar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Peggy.

—Me parece que no le ha hecho mucha gracia no aparecer en esa lista —bromeó Jane—. No le ha gustado ni un pelo.

—Pues vaya nueva amiga más desagradable se ha buscado Dottie —

comentó Winifred.

Peggy resopló, divertida.

—Es la primera vez que te veo decir una palabra negativa sobre alguien, Winifred. Pero estoy completamente de acuerdo. ¿Cómo se ha metido Dottie en esto?

# Capítulo 33

# JANE

—ELINOR HA TENIDO una vida de lo más extraordinaria —comentó Dottie cuando regresó—. Es clarividente y afirma que recibe visitas del espíritu de una antepasada suya, Lizzie Wylie, a la que ahorcaron por bruja en el siglo XVII. Lizzie le ha dicho que morirá joven, así que intenta acumular todas las experiencias que puede, por si es verdad.

—¡Todo paparruchas! —espetó Jane—. No sé cómo has picado, Dottie.

Estaba muy molesta; a veces, su amiga era demasiado crédula.

—¡No te sulfures! No he dicho que la creyera. —Dottie se sentó y le dio un buen trago a su copa—. Pero resulta refrescante hablar con alguien cuyos puntos de vista son diferentes de los tuyos, sobre todo porque es una poetisa cuya obra admiro. —Sacó una baraja de cartas —. ¿Jugamos, señoras?

Jane hizo pareja con Winifred, y Dottie con Peggy, y empezaron el primer *rubber*. Jane estaba de mal humor y no conseguía quitárselo de encima; estaba distraída, así que cometió un par de errores de principiante que decantaron el resultado en favor del otro equipo.

—Vaya, mala suerte —dijo Winifred, a quien no le preocupaba en absoluto que Jane le hubiera fastidiado la partida.

Jugaron varios *rubbers* más, pero Peggy y Dottie vencieron. Jane no consiguió animarse en toda la tarde. Se alegraba por la noticia de Peggy, estaba contenta de haber podido salvar a Winifred de su apuro, pero le molestaba que Dottie se hubiera lanzado a una nueva amistad con alguien tan egocéntrico. Se dijo que no sentía celos de Elinor Wylie, pero resultaba irritante ver a una mujer tan inteligente como Dottie embaucada por ella. ¡Clarividente, faltaría más!

Y había otra cosa: desde que Dottie le había dicho que Harold tenía deudas acumuladas en el club de póker, ni siquiera la había llamado por teléfono para preguntarle si todo iba bien. Sabía que Harold y ella soñaban con fundar una revista, pero por lo visto no había caído en que también intentaban ahorrar dinero para conseguirlo.

De hecho, a Jane no le apetecía hablar de las deudas de juego de Harold con sus amigas. Se avergonzaba de él y, aunque no quería pensar mal de su marido, le pesaba mucho la idea de haberse casado con un hombre en quien no podía confiar en cuestiones de dinero, un hombre que había roto el pacto que tenían para ahorrar su sueldo

mientras vivían con el de ella, un hombre que tenía secretos.

Cuando Alec le entregó la lista completa de sus deudas, resultó que había perdido casi la totalidad de los treinta mil dólares que deberían haber estado en su cuenta de ahorros. ¡Treinta mil! Era una cantidad de dinero increíble. Jane estaba furiosa con todos los supuestos amigos que habían dejado que siguiera cavando su propia tumba en la mesa de póker, y especialmente con Alec. Pero, en realidad, la culpa no la tenía nadie más que Harold. Era él quien no sabía controlarse.

Al menos estaba arrepentido y se alegró de que ella tomara las riendas de sus finanzas. Si Jane lo respetaba un poco menos, hacía todo lo posible por que no se notara. Aunque quizá por eso estaba tan gruñona aquella tarde y no lograba relajarse.

Antes de salir de casa de Dottie, comentó que estaban preparando una propuesta para ofrecer la revista a posibles inversores.

—¿Dejarías que te incluyéramos como miembro del equipo editorial? —le preguntó a Dottie—. No podemos pagar nada de momento, pero te daremos números de la revista a cambio de tus consejos.

Dottie estuvo encantada de aceptar.

—Me aseguraré de que mis consejos valgan hasta el último centavo.

—¿Tenéis ya un nombre? —preguntó Peggy.

Al menos había una noticia positiva. A un habitual del Gonk que se llamaba John Toohey se le había ocurrido uno que Jane consideraba perfecto para una revista metropolitana y elegante.

—Vamos a llamarla *The New Yorker*.

Las demás reaccionaron con un entusiasmo instantáneo, y a Jane le pareció que sonreía por primera vez en años.

DE VUELTA EN el 412, Jane y Harold estaban estudiando otras revistas del mercado para intentar tomar la decisión sobre cuál sería el diseño de la portada. La mayoría de los artistas a quienes habían consultado habían propuesto un boceto estilizado con la silueta de Nueva York, pero a ellos les parecía un cliché. Uno había dibujado un telón que se levantaba y dejaba ver los rascacielos detrás, pero Harold detestaba esa interpretación excesivamente literal y se la lanzó a la cara al decepcionado artista.

Pasaban los meses y aún no se habían puesto de acuerdo en ningún diseño de portada, así que al final le pidieron consejo a Rea Irvin, por aquel entonces director artístico de *Life*. Rea hizo un boceto del que los dos se enamoraron a primera vista: un dandi sibarita con sombrero de copa observando una mariposa a través de un monóculo. A Jane le gustó la sutileza y el estilo, y también le agradó el sofisticado tipo de

letra que Irvin sugirió para el título. Aquello suponía un paso de gigante.

Si la portada les llevó meses de deliberaciones, con el contenido tardaron más aún. Harold siempre había sido un perfeccionista, pero el problema era que le costaba explicar lo que quería. Sabía lo que no le gustaba, pero solo cuando lo tenía delante, y los escritores y diseñadores tenían que proponer ideas constantemente hasta que conseguían su visto bueno. Publicarían relatos, poemas, reportajes sobre figuras prominentes, la columna «La comidilla de la ciudad» con cotilleos exclusivos para que los lectores sintieran que estaban «en el ajo», críticas teatrales y literarias, y también una pieza de moda titulada «De compras por la Avenida». Le presentaron otras ideas para columnas que Harold rechazó porque decía que «no le hacían salivar».

Una vez tuvieron lista la portada y la propuesta, Jane le pidió consejo a Carr Van Anda para confeccionar una lista de posibles inversores entre los medios de comunicación. Él calculaba que cincuenta mil dólares sería el mínimo que necesitarían para el lanzamiento, y les advirtió que se quedarían sin liquidez si no recuperaban la inversión en los primeros seis meses. Ese era el punto crítico, cuando podían encontrarse con que habían esquilmado sus fondos hasta el punto de que imprimir el siguiente número fuera imposible. Eso no les dejaba mucho margen para conseguir su objetivo; para entonces tendrían que haber triunfado ya.

Sin embargo, Jane tenía que recaudar antes esos cincuenta mil. Empezó por ir a su propio banco y convencer al director para que le concediera un préstamo de veinticinco mil, con el aval de su sueldo en *The New York Times* y su parte de la propiedad del 412. Después se dedicó a visitar a posibles inversores, encajando las reuniones cuando el trabajo se lo permitía.

—Interesante, pero demasiado arriesgado para mí —le dijo el primero—. Hay cientos de revistas en el mercado, y la mayoría quiebran después de dos o tres números.

—Admiro su espíritu, pero no hago obras de caridad —contestó otro.

Jane destacaba las credenciales y la experiencia de su equipo editorial. Además de a Dottie, tenían a Alec Woollcott, Edna Ferber, Heywood Broun y George Kaufman, entre muchos otros. ¿Acaso no contaba eso para nada?

Pero la respuesta siempre era que no. Estaba agotada, mental y físicamente. Todas las mañanas escribía una lista con tareas de las que ocuparse ese día: llamadas de teléfono que hacer, artículos que entregar, contactos a los que convencer… Además de comprar la cena y realizar otras labores domésticas del 412. Sentía que cargaba ella sola con todo el peso y, además, tenía que tragarse la bilis cuando

llegaba hasta arriba de bolsas y se encontraba a Harold, Alec y Hawley bebiendo whisky en el comedor comunitario.

—Se nos ha acabado el café, Jane —protestó Alec.

Estuvo a punto de contestarle que se comprara su propio café, ya que tenía por costumbre tomarse cuarenta al día, pero no quería enfrentarse a él. Necesitaban su ayuda con *The New Yorker* y no podían permitirse pagarle —al principio no podrían pagar a ningún colaborador—, así que era un tema peliagudo.

Una noche la invitaron a una fiesta que celebraban Raoul Fleischmann, el heredero del emporio de la panadería, y su esposa. Jane se puso a hablar con él en un rincón y le preguntó qué tal iba el negocio de la levadura.

—La levadura Fleischmann marcha de maravilla, pero el negocio es muy aburrido —confesó él—. Envidio a los literatos como ustedes, que emplean sus cerebros en actividades creativas. Lo más creativo que llego a hacer yo es escoger entre dos campañas publicitarias.

—¿Y por qué no entra en nuestro equipo? —propuso Jane en un momento de inspiración.

No se le había ocurrido abordar antes al hombre porque no trabajaba en los medios de comunicación, pero entonces le explicó sus planes para *The New Yorker*.

—Estamos buscando otros veinticinco mil dólares. Si pudiera invertir usted esa cantidad, sería uno de los dueños, tendría voz y voto en la dirección de la revista. Seguro que le resultaría más estimulante que la levadura.

—¿Solo veinticinco mil? Me gusta la idea —repuso él, pensativo—. Dígale a Harold que venga a verme mañana con la propuesta y veremos si podemos cerrar un trato.

Jane se contuvo para no gritar de alegría. Mantuvo una expresión muy profesional y acordó que Harold iría al despacho de Fleischmann a las once de la mañana del día siguiente.

Estaba impaciente por llegar a casa y contarle la noticia. Él ya conocía a Raoul del club de póker. Sin duda sería mejor trabajar con un amigo que con un desconocido, ¿o no? Beneficiaba a todo el mundo. Y, si se subía a bordo, pronto podrían lanzar la revista. Jane sintió un burbujeo de entusiasmo al imaginarlo.

A LA MAÑANA siguiente, salió temprano a trabajar, mucho antes de que Harold acudiera a reunirse con Raoul. Estaba investigando para un artículo sobre los asesinatos de decenas de nativos osage en Oklahoma que, según se creía, habían sido cometidos por orden de unos poderosos ganaderos de la zona que querían cavar pozos petrolíferos

en sus tierras. Era una historia espeluznante en la que no faltaban asesinos a sueldo de los bajos fondos ni intrincados feudos familiares. Jane tenía un contacto en la comunidad osage que le pasaba información privilegiada y estaba convencida de que el caso merecía atención nacional.

A mediodía, miró su reloj de pulsera y se preguntó cómo habría ido la reunión entre Harold y Raoul. ¿Estarían dándose un apretón de manos para cerrar el trato?

Cuando por fin llegó a su despacho a las tres de la tarde, llamó a su marido sin poder contener la emoción y le preguntó qué había ocurrido.

—Bueno, no está interesado —contestó Harold enseguida.

Ella se quedó pasmada.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no? Anoche parecía gustarle la idea.

—Puede que anoche estuviera borracho y a plena luz del día se lo haya pensado mejor. No lo sé. Encontraremos a otro, gatita. No temas.

Jane colgó y se quedó mirando el teléfono. Raoul no le había parecido de los que se echaban atrás, y sin duda no estaba borracho. ¿Qué le había hecho cambiar de opinión?

Llamó a la operadora para conseguir el número de su despacho y pidió que le pusieran con él.

—Me dio la impresión de que estaba interesado en entrar en *The New Yorker* —le dijo—. ¿Hay algo en la propuesta que no le haya gustado? Porque podemos cambiarlo, si con eso lo convencemos para participar.

—No ha sido *The New Yorker* lo que me ha querido vender Harold —explicó Raoul—, sino una revista llamada *Gaceta marítima.* Parece que el proyecto le apasiona, pero me temo que no ha logrado contagiarme su entusiasmo.

—*¿Gaceta marítima?* —Jane se llevó las manos a la cabeza. ¿Aún seguía aferrándose a esa vieja idea?—. Lo siento, me parece que Harold no acabó de entenderme cuando le dije que se reuniera con usted para hablar de la revista. *Gaceta marítima* es un proyecto que tenemos aparcado por el momento; es para *The New Yorker* para lo que queremos recaudar fondos. ¿Podría pasarme yo a presentarle la propuesta? —Consultó su reloj—. Tengo tiempo esta misma tarde, si a usted le va bien.

Raoul accedió a recibirla a las cinco. Jane sacó una propuesta bastante manoseada que llevaba en la cartera junto con una maqueta de la revista que incluía su magnífica portada y se presentó en su oficina a las cinco en punto.

Se sentó en un extremo de la enorme mesa de reuniones de Raoul, mordiéndose el interior de las mejillas mientras él leía la información.

—«No es para la vieja dama de Dubuque.» —El hombre sonrió—.

Me gusta.

Cuando llegó al final, asintió pensativamente con la cabeza.

—Me gusta mucho. ¿Está segura de que pide suficiente dinero? No hay que escatimar cuando se planea fundar una revista nueva.

—Muchos de nuestros amigos escritores y artistas trabajarán sin cobrarnos nada —explicó Jane—. Al principio, los costes solo serán los relativos a la impresión y la distribución.

—Ajá… —Raoul asintió mientras alargaba el brazo para contemplar la portada—. ¿Y dónde tienen las oficinas?

Jane sonrió.

—Ahora mismo, en nuestro comedor. El cuartel general llegará más adelante.

—Eso no parece muy profesional. —Fingió tocar un arpegio con los dedos sobre la mesa—. Tengo unos locales de oficinas que están vacíos en el 25 de la calle Cuarenta y cinco Oeste, y podrían ocuparlos si quieren.

—¿Está de broma? —dijo Jane—. Eso sería maravilloso, si… —Se detuvo para tomar aliento—. ¿Significa eso que le interesa la inversión?

—Desde luego. Como le dije en la fiesta, he estado buscando algo estimulante que hacer con mi tiempo. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Cuándo piensan empezar a distribuirla?

Jane se clavó las uñas en las palmas de la mano para contener su entusiasmo.

—Carr Van Anda opina que lo mejor es hacerlo a principios de año. Pensamos que el próximo enero, o febrero, tal vez.

—Fantástico. Dígame cuándo necesitan el dinero y cuándo quieren instalarse en las oficinas. —Se levantó y le dio la mano—. *The New Yorker,* ¿eh? Esto va a ser muy divertido.

Jane miró la hora. Las seis pasadas. Seguramente Harold estaría en el Gonk, así que decidió acercarse corriendo para darle la buena noticia.

La Mesa Redonda estaba abarrotada: Harold se había sentado con George Kaufman, Dottie con Bob Benchley, y Helen Hayes, al otro extremo de la mesa, ocupaba un sitio entre Charlie y Alec, que parecían competir por su atención.

Jane le dio un beso a Harold para saludarlo y se sentó en su regazo antes de dedicarle una mirada burlona.

—Me han dicho que has intentado que Raoul invirtiera en tu *Gaceta marítima*…

—Sí, pensaba que complementaría sus intereses panaderos, que le ayudaría a exportar y demás. Pero, como ya te he dicho, no le ha interesado. —Se encogió de hombros.

—Eso es porque lo que le interesa es *The New Yorker.* —Jane esbozó

una gran sonrisa—. Y ya tenemos inversor. Podremos sacarla el año que viene.

Harold arrugó el ceño durante unos segundos de desconcierto antes de reaccionar.

—¡Esta es mi chica! —anunció a la mesa mientras la rodeaba con un brazo—. Nunca acepta un no por respuesta. Sabía que encontrarías el dinero.

Recibieron un coro de felicitaciones mientras entrechocaban vasos llenos de bebidas translúcidas.

—¿Escribirás un relato para el número inicial, Dottie? —preguntó Jane—. Sobre el tema que quieras.

—Será un honor —repuso ella alargando las palabras—, pero dame tiempo de sobra. Decir que voy a la velocidad de un caracol sería insultar a los caracoles.

Jane se agachó por debajo del ala del sombrero de su amiga y le plantó un beso en la mejilla.

—Sé que no nos defraudarás.

En el otro extremo de la mesa, oyó que Alec hablaba con Helen Hayes en voz baja. Era evidente que Jane no debía enterarse de lo que decía, pero siempre había tenido muy buen oído.

—Yo conocí a Harold en los viejos tiempos, cuando todavía era un hombre, antes de dejarse mangonear por unas faldas —comentó, y Helen soltó una risita discreta.

Jane sintió que se encendía y se planteó contestar que se guardara sus opiniones para él solo. Pero aquello solo provocaría una discusión, y esa noche no quería nada que no fueran celebraciones. Aun así, se lo guardó para otro día. Las pullas de Alec eran como anzuelos que se le clavaban bajo la piel y no había forma de arrancar.

# Capítulo 34

# DOTTIE

LA OBRA DE Dottie recibió unas críticas estupendas —lo cual no fue ninguna sorpresa, ya que era amiga de la mayoría de los críticos teatrales de la ciudad—, pero las entradas no se vendían. La tercera semana, con una recaudación de taquilla que ascendía a tan solo noventa dólares, los productores decidieron cancelarla. Dottie se hizo la valiente delante de la pandilla del Gonk —«¡Noventa dólares! ¡Hoy invito yo!», exclamó—, pero que la asociaran a un fracaso hizo mella en su seguridad.

También estaba bloqueada con la selección de poemas para su antología. Decía que su trabajo no era lo bastante bueno, apenas unas cuantas rimas tontas que ni se acercaban a los profundos poemas de Elinor.

Esta insistía en que no se comparara con otros escritores.

—Cada uno de nosotros tiene una voz única —le decía—. No puedes comparar a Mozart con Beethoven, o a Rembrandt con Da Vinci. Los lectores adoran tus poemas. Le hablan a nuestra época.

—Sí, pero el único mensaje que transmiten es que el amor no funciona y que soy una poetisa terrible —respondía Dottie.

Nada que Elinor pudiera decir le quitaba de encima la sensación de que no se encontraba en condiciones de escribir. No le salían las palabras, la musa no estaba con ella.

Aun así, Dottie tenía toda la intención de crear un relato para el primer número de *The New Yorker*. Le preguntó a Harold si tenía algunas directrices que darle, pero él contestó que escribiera lo que quisiera, siempre que estuviera ambientado en Nueva York. Eso no la ayudó mucho. Sopesaba una idea, luego otra, las comentaba todas con Elinor, pero nada le parecía adecuado y la fecha de entrega no hacía más que acercarse.

—Afila esa lengua y escribe sobre literatos pretenciosos que creen en espíritus y vidas anteriores —sugirió Bob, apuntando a Elinor con su evidente indirecta.

Pero Dottie no se veía capaz de hacer eso; Elinor parecía su única aliada.

Ya había conocido otros períodos en los que le había resultado imposible escribir. «Volverá», se decía mientras luchaba contra el conocido terror que le cerraba el estómago solo con ver la página en

blanco. Se mantenía ocupada limpiando las teclas de la máquina, reorganizando el armario y cepillando a *Woodrow Wilson* para intentar no dejarse llevar por el pánico.

ELINOR LA INVITÓ a su apartamento del número 1 de University Place, cerca de Washington Square, para que conociera a su tercer marido, Bill Benét, que era el director de *The Saturday Review of Literature.* Era un hombre elegante alrededor de cuyos ojos se formaron unas cálidas arrugas cuando la saludó.

—Pasa, como si estuvieras en tu casa —le dijo al darle la mano—. No he dejado de insistirle a Elinor para que te invitara.

Dottie miró a su alrededor. El apartamento era pequeño, pero estaba amueblado con buen gusto, una mezcla de mobiliario antiguo y moderno en negro, rosa y plata. Por encima de la chimenea colgaba un enorme espejo plateado con un marco decorado con sirenas. En las estanterías pintadas de negro que ocupaban una hornacina se exhibía una colección de porcelana fina con peonías pintadas. El sofá y los sillones eran de un estilo anticuado, pero estaban tapizados con terciopelo de color rosa intenso.

Dottie se sentó en un sillón y se sorprendió de lo cómodo que era.

—Son Luis XV —explicó Elinor—, pero los he modernizado. ¿Nos traes un poco de café, niño?

Su marido desapareció por el pasillo.

—Lo llamo «niño» —explicó—. Él me llama «corderita» o «águila», según mi estado de ánimo. —Bajó la voz—. Nos adoramos, pero no es un matrimonio sexual. Hacía mucho que éramos amigos, y Bill regresó a mi vida en un momento muy bajo, cuando fracasó mi segundo matrimonio. Nos sienta bien hacernos compañía.

—¿No añoras las alegrías del baile conyugal entre las sábanas? —preguntó Dottie, desconcertada ante la magnitud de la confidencia.

—Cuando siento la necesidad, tengo una aventura —dijo Elinor—. El último fue un joven reportero llamado Ernest Hemingway. Tal vez hayas oído hablar de él.

—Desde luego que sí —repuso ella con cierta curiosidad.

Había conocido a Hemingway, y su terrenal masculinidad le había resultado muy atractiva, pero parecía muy unido a su mujer, Hadley.

—Fue un encanto. Me llamaba «gatita lasciva». —Soltó una risilla, como satisfecha con esa descripción—. La semana que viene, el niño y yo vamos a organizar una velada para nuestros amigos del mundo de la literatura. ¡Tienes que venir! Estará Edmund Wilson, y también Edna St. Vincent Millay… —Estaba enumerando nombres cuando Bill apareció con una bandeja de café y un bizcocho de jengibre—. He

invitado a Dottie a nuestra velada —le dijo.

—No puedes perdértela —coincidió él—. Hay un montón de personas a las que quiero presentarte.

—Varios viejos amigos vienen desde Washington, D. C. —añadió Elinor—. Hace más de diez años que no los veo porque, después de todo el escándalo que rodeó a mi primer matrimonio, allí soy persona *non grata.* Me parece que ya te lo he contado.

—¿El matrimonio con el abogado? —preguntó Dottie, haciendo memoria.

—Philip. —Elinor frunció los labios—. No era mala persona, pero nuestra vida era muy rutinaria. Tuve un hijo con él, por supuesto, pero luego vinieron todos los abortos naturales y, sencillamente, ya no podía respirar… —Se aferró el pecho con teatralidad—. Así que, cuando conocí a Horace, me lancé a sus brazos.

—¿Tu segundo marido? —A Dottie le costaba seguir la cuenta.

—Al final lo fue, sí —dijo Elinor—. Ni te imaginas lo traumático que resultó mi divorcio de Philip. El presidente Roosevelt había asistido a nuestra boda y éramos personalidades públicas. La alta sociedad me dio la espalda cuando me escapé con Horace. Por eso decidimos zarpar hacia Inglaterra. Y entonces Philip se pegó un tiro y me culparon a mí, aunque estaba a un océano de distancia.

—¿Qué fue de vuestro hijo? ¿Te lo llevaste a Inglaterra contigo?

—No, el pobre se quedó en Washington con la familia de Philip. Me partió el corazón en dos, como podrás imaginar. No me han permitido verlo desde entonces.

Hizo una pausa para beber un poco de café con cara de sufrimiento, como si contar la historia la estuviese afectando mucho.

—¿No lo ves nunca? —Dottie estaba horrorizada—. ¿Cómo pueden impedírtelo?

Elinor hizo un amplio gesto de impotencia.

—No hay nada que hacer. Es una pena que he aprendido a sobrellevar, junto con los suicidios de mi hermano y mi hermana. Fue una época espantosa. Cargo con mi dolor en un saco que me echo a la espalda mientras me tambaleo de un día al siguiente.

Parecía un verso de uno de sus poemas, aunque Dottie no recordaba de cuál.

Cuando se marchó, varias horas después, se dio cuenta de que Elinor y Bill no le habían hecho ni una sola pregunta sobre ella. A Elinor le gustaba ser el centro de atención, y Bill la complacía. Era un rasgo que Dottie habría desdeñado en cualquier otra persona, pero esa mujer la tenía fascinada. Rezumaba talento y seguridad en sí misma de una forma que envidiaba. Había sufrido tragedias y las había superado. Tal vez estando cerca de ella se le contagiara parte de esa fortaleza, como si fuera el polen de un lirio que caía e iba dejando su

rastro.

LA FIESTA DE Elinor y Bill estaba llena de grandes nombres del panorama literario de Nueva York que eran demasiado intelectuales y estaban demasiado ocupados para dejarse ver por el Gonk. Profesores de Harvard, una serie de editores literarios y varios de los mejores escritores del momento; personas que escribían de verdad, en lugar de sentarse a una mesa a hablar de ello.

Corría el champán y había exquisitos canapés, además de tarros de caviar con diminutas cucharitas de plata. En un rincón, Dottie vio a un grupo que usaba las cucharillas para esnifar cocaína, pero fue demasiado cobarde para unirse a ellos. Nunca la había probado y le asustaba perder el control. En lugar de eso, no hacía más que rellenar su copa de champán, intimidada entre tanto intelectual. ¡Ojalá Peggy estuviera allí! Se sentiría en su elemento.

A mitad de la velada, se dio cuenta de que se había quedado fuera de combate. No se notaba solo achispada, como de costumbre: estaba como una cuba y comprendió que, si se apartaba de la pared en la que se había apoyado, se desplomaría. Dejó la copa mientras se preguntaba cómo solucionarlo ¿Debía hacer el intento de regresar a casa?

Bill se dio cuenta de su aprieto.

—¿Estás cansada? —preguntó con ternura—. Ve a tumbarte un rato a nuestra habitación de invitados y luego, cuando te recuperes un poco, puedes regresar a la fiesta.

La llevó del brazo y la condujo por el pasillo sosteniéndola con firmeza mientras ella se bamboleaba y tropezaba con sus propios pies. En el dormitorio, le quitó los zapatos y le echó una manta por encima. Dottie se quedó dormida al instante.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido cuando alguien la despertó zarandeándola del hombro.

—¡Dottie! —exclamó la voz de Elinor—. ¡Despierta! Te echamos de menos.

Ella se aferró la cabeza con las manos. Sentía un dolor palpitante en las sienes y tenía el corazón acelerado. Levantarse era lo último que le apetecía, pero Elinor insistió, así que se puso de pie como pudo, miró su reflejo en el espejo, se limpió el maquillaje que se le había corrido debajo de un ojo y echó a andar por el pasillo. La concurrencia era menos nutrida, pero todavía quedaba media docena de invitados, bebiendo y charlando, mientras de fondo sonaba jazz en un fonógrafo.

—¡Aquí la tenemos! —anunció Elinor—. Mi maravillosa nueva amiga. —Se volvió hacia ella—. Justo estábamos hablando del suicidio

y me preguntaba si no te importaría enseñarnos tus cicatrices. Son impresionantes.

Dottie se quedó desconcertada. Les había contado lo de su intento de suicidio a varios habituales del Gonk, pero no al mundo en general. No quería que saliera en los periódicos.

—No seas tímida —insistió Elinor, y la empujó hacia delante—. Aquí todos somos amigos.

Dottie no podía negarse sin parecer una aguafiestas. Se arremangó y enseñó las muñecas para mostrar las irregulares cicatrices a los curiosos; se habían convertido en unas líneas pálidas, algo irisadas, que serpenteaban cruzando las delicadas venas y los tendones que se veían bajo la piel.

—Más baratas que unas pulseras de Tiffany —bromeó—. Y, sin duda, un tema mucho mejor para romper el hielo.

—Para mí son insignias al valor —exclamó Elinor—, y me enorgullece considerarme amiga tuya.

AL DÍA SIGUIENTE, de vuelta en su apartamento del Gonk, Dottie soportaba una resaca espantosa y se sentía muy sola. Neysa y Jack acababan de ser padres de una niña llamada Joan, así que su amiga había desaparecido en los borrosos reinos de la maternidad reciente. Bob, ahora que tenía a Charlie para salir por la ciudad y hacerse los machotes, la había desatendido. El tiempo libre de Jane estaba dedicado por entero a la revista, Peggy estaba monopolizada por Alvan y Winifred siempre andaba ocupada con trabajo.

Esa mañana, antes de salir del apartamento de Elinor, esta le había dicho: «Mi casa es tu casa». Y que, si alguna vez se sentía sola, podía ir allí a escribir, a charlar, o simplemente a sentarse y mirar por la ventana mientras se tomaba un té.

—Tal vez deberíamos adoptarla —le había sugerido Bill a su mujer —. ¿Es legal adoptar a una mujer de treinta años?

—No veo por qué no —repuso Elinor—. Tenemos que consultarlo.

Era agradable sentir que contaba con una especie de padres adoptivos. El ánimo de Dottie había ido decayendo a medida que el otoño se adentraba en el invierno y el día oscurecía ya casi antes de que ella se levantara de la cama. No era una persona invernal. Anhelaba sentir la calidez del sol en los huesos. Neysa y Jack no irían a Florida ese año, por la niña. Tal vez podría preguntar a Elinor y a Bill si ellos querrían ir…

Un rato después, cuando llamó para agradecerles la velada, le propuso el plan de Florida a su nueva amiga, pero ella enseguida contestó que no podía ir sin Bill, y que él no podía abandonar Nueva

York a causa de su trabajo.

—Lo entiendo. Es solo que suelo deprimirme bastante en invierno —dijo Dottie, tragándose las lágrimas.

—Ya te lo he dicho otras veces —repuso Elinor—. Deberías probar con el psicoanálisis. Seguro que ese novio de Peggy accedería a tratarte. Te juro que te cambiaría la vida.

Dottie colgó y empezó a darle vueltas. La idea tenía cierto atractivo. Peggy se había mostrado contraria cuando se lo había planteado, pero no le había dado un motivo concreto.

Sospechaba que el psicoanálisis le resultaría fascinante, pero ni en sueños podía permitirse pagar los honorarios de un profesional de Park Avenue. No ganaba dinero suficiente para complementar la mensualidad de Eddie y se había retrasado con el alquiler del Gonk. Tal vez Alvan no le cobrara nada; había dicho que le interesaba adquirir más experiencia.

Descolgó el teléfono y le dejó un mensaje en el hospital para que la llamara.

CUANDO ALVAN SE puso en contacto con ella, le dijo que estaría encantado de psicoanalizarla sin cobrarle nada y quedaron para la semana siguiente. Le dio la dirección de una consulta que compartía con otro especialista, no muy lejos del hospital.

La noche antes de la cita, Dottie se sentó en su habitación a beber ginebra, se sentía desesperadamente sola. Le daba miedo lo que pudiera ocurrir en aquella sesión, pero también sabía que no tenía alternativa. Debía hacer algo antes de tocar fondo.

Cuando la recepcionista la condujo a la consulta, lo primero que le llamó la atención fue una alfombra persa de intensos colores. Luego vio un diván con una mantita marrón echada por encima, y al lado había una mesita auxiliar con una jarra de agua y un solo vaso. El escritorio de él estaba situado detrás del diván; le pareció raro no poder verlo mientras hablaba con él, pero quizá fuera así como se hacía.

Alvan entró en la sala con su bata blanca de médico y un estetoscopio colgado del cuello.

—Dottie —dijo, y le estrechó la mano—. Me alegra mucho que hayas venido. Por favor, túmbate y ponte cómoda.

—Normalmente, cuando un joven me dice que me tumbe en un sofá, insisto en que me bese primero —repuso ella. Era una frase que se le había ocurrido la noche anterior. Él no se rio; Dottie solo oyó el susurro de los papeles. Se sirvió un vaso de agua—. No sé qué se supone que debo hacer. Soy virgen en psicoanálisis. ¿Irás con

cuidado?

De nuevo oyó el leve roce de un bolígrafo sobre una hoja.

—Comprendo que usas el humor como mecanismo de defensa —dijo Alvan—. Tal vez no seas consciente de ello, pero, cuanto más sincera puedas ser en estas sesiones, más deprisa progresaremos.

Dottie se sintió reprendida. Acababan de empezar y ya lo estaba haciendo mal. Tal vez no fuera buena paciente.

—¿Por qué no empiezas contándome un recuerdo de la infancia? —propuso él—. El primero que te venga a la cabeza. Descríbeme la escena.

Ella enseguida pensó en el día que su padre le presentó a la mujer que se convertiría en su madrastra. Estaban en el salón de una casa nueva, cerca de Central Park. Ella tenía seis años y su madre había muerto hacía poco más de un año. «Esta es la señorita Lewis —dijo su padre—. Dale la mano.»

Dottie recordaba los dedos huesudos que apretaron los suyos. En la habitación se oía el tictac de un reloj que sonaba más fuerte de lo normal, y le dio la sensación de que su vida, que ya había cambiado por completo desde el año anterior, estaba a punto de cambiar de nuevo y que todo lo que conocía iba a quedar hecho pedazos.

—¿Sentiste que esa mujer podía robarte el amor de tu padre? —preguntó Alvan.

Dottie frunció el ceño. No recordaba que su padre fuera un hombre cariñoso en esa época; solo distante y malhumorado. Pensándolo bien, seguramente estaba devastado por la pérdida y sentía pánico al verse solo con cuatro hijos que criar.

—Como madrastra, la señorita Lewis consideraba que su papel principal era el de embutirnos la religión hasta provocarnos náuseas. Mis hermanos eran adolescentes y lo bastante mayores para plantarle cara, así que yo me convertí en el objetivo principal de su celo religioso. Estaba convencida de que podía obligarme a amar a Dios, alma bendita.

Capa a capa, Alvan consiguió que repasara los recuerdos de esa época, y Dottie intentó aligerar el ambiente.

—Tenía religión por los cuatro costados —explicó—. En el colegio, las monjas me reñían por referirme a la Inmaculada Concepción como la «Espontánea Combustión». En cuanto llegaba a casa, la señorita Lewis, por entonces ya señora Rothschild, me preguntaba: «Dorothy, ¿cuánto has amado a Jesucristo hoy?». No tenía escapatoria… Entonces ella también murió. Tres años después de casarse con mi padre. Primero mi madre, luego mi madrastra.

—¿Qué sentiste?

Dottie parpadeó.

—¿Conoces *La importancia de llamarse Ernesto,* la obra de Oscar

Wilde? —No esperó su respuesta—. Tiene una frase que dice: «Perder a un padre puede considerarse una desgracia; perderlos a los dos raya en la negligencia». Bueno, pues yo perdí a tres. Empieza a parecer parricidio.

—Sospecho que te sientes culpable —dijo Alvan—. Porque querías que tu madrastra muriera, y así fue.

Dottie se quedó sin habla. Era cierto. Recordaba haber rezado en la capilla para que la señorita Lewis se cayera muerta y luego sentirse muy mala persona cuando ocurrió.

—Creo que ya hemos explorado suficiente para tratarse del primer día —dijo Alvan al cabo de un rato—. Pero, antes de que te vayas, me gustaría probar con unas asociaciones de palabras. Yo diré algo y quiero que respondas deprisa con lo primero que te acuda a la cabeza. ¿Estás lista?

Dottie tenía la garganta seca. Dio un trago de agua. Le temblaba la mano.

—De acuerdo.

—Familia —dijo él.

—Pérdida —repuso ella, y parpadeó.

—Hogar.

—«Donde cuelgo mi sombrero…» —canturreó, siguiendo la letra de la popular canción.

—Amor.

—Traición.

Cuando Alvan terminó con su lista de palabras, Dottie sintió que había desvelado demasiado, como si sus preguntas la hubieran abierto en canal. Intentó hablar con ligereza.

—O sea que ¿crees que estoy lo bastante loca para ser un buen sujeto de estudio?

—No, no estás loca, pero creo que podemos conseguir mucho si estás dispuesta a comprometerte a tres sesiones por semana. ¿Podrás hacerlo?

Se estremeció.

—Lo intentaré.

—Y quiero que dejes el alcohol mientras estemos trabajando juntos —pidió Alvan.

Aquello fue algo inesperado. La sorprendió.

—Es que no consigo dormir si no bebo algo —objetó.

—El sueño mejorará después de unos cuantos días sobria —prometió él—. Sospecho que el alcohol puede ser parte del problema, y te necesito con la cabeza clara si queremos hacer algún progreso.

Dottie soltó un hondo suspiro.

—Puedo intentarlo, aunque tal vez tenga que llevar una chapa con mi nombre, o ninguno de mis amigos me reconocerá.

Cuando salió a la calle, vio una tienda de refrescos. Aunque se suponía que solo ofrecían bebidas sin alcohol, la mayoría tenían destilados debajo del mostrador que vendían camuflados en botellas de apariencia inocente. Las palabras de Alvan sobre la sobriedad le resonaban en los oídos, pero decidió comprar un cuarto de galón de Haig & Haig, solo para conseguir pasar la tarde. Al día siguiente, cuando se sintiera más fuerte, intentaría dejar de beber, aunque no creía que tuviera un problema con el alcohol. No solía caer inconsciente en los bares clandestinos, como otros a los que conocía… Ella siempre conseguía regresar a casa.

Tal vez lograra hacerse con un poco de tranquilizante veronal que la ayudara a dormir. Alvan no había dicho nada del veronal. En Manhattan solo lo vendían con receta, pero podía conseguirse libremente en las farmacias de Nueva Jersey.

Al día siguiente, por la tarde, tomó un tren a Hoboken y compró todas las cajas que pudo encontrar en las farmacias a las que llegó a pie, así que regresó con provisiones más que suficientes para pasar el invierno psicoanalizándose sin alcohol.

Alvan le había advertido que sería duro. Los conflictos subyacentes que le habían provocado la depresión saldrían a la superficie. Opinaba que las pérdidas que había sufrido en la infancia habían sido interpretadas como rechazos por su yo juvenil. Esos sentimientos estaban enterrados en lo más profundo de su psique, pero, de adulta, la habían convertido en una persona dependiente, sobre todo de los hombres de su vida, y con tanto miedo a que la rechazaran que su ansiedad solo conseguía ahuyentarlos. A menos que resolviera esos temas, estaría atrapada en un círculo vicioso y jamás sería libre.

Dottie comprendía lo que le decía y quería mejorar, pero al mismo tiempo no conseguía desprenderse de cierta sensación de terror. ¿Sería lo bastante fuerte para lograrlo? ¿No se quebraría?

Aquella tarde, el teléfono sonó y ella estuvo encantada de oír la voz de Jane: su buena amiga Jane. Estuvo a punto de confesarle que se sentía deprimida, que había empezado a psicoanalizarse y estaba nerviosa por cómo iba a afectarla. Sin embargo, antes de que pudiera decir una palabra, Jane empezó a hostigarla.

—Nos prometiste un relato para *The New Yorker*, Dottie, pero pronto enviaremos el primer número a imprenta y no hay ni rastro. ¿Estás acabándolo ya?

—Lo siento —dijo ella apenas en un susurro—. Ahora mismo no puedo escribir.

—¡Has tenido seis meses enteros! —gritó Jane—. Te lo pedí hace una eternidad y dijiste que sí. Ahora tendré que buscar a otra persona para llenar ese espacio. No te haces una idea de la presión que tenemos encima, sin contar con esto tuyo.

—Lo siento —repitió—. De verdad que sí. Pero es que no puedo escribir.

—Seguramente porque estás demasiado ocupada asistiendo a las veladas de Elinor Wylie. ¡Gracias por nada!

Jane colgó y Dottie rompió a llorar con tal vehemencia que le dolió el pecho, le escocieron los ojos y sintió la mandíbula a punto de dislocarse. Jane jamás le había hablado así. Sentía que había perdido a una amiga justo cuando más la necesitaba.

# Capítulo 35

# WINIFRED

WINIFRED QUEDÓ CON Eva Le Gallienne en el Lorber's, un local nocturno bastante popular entre el público de la ópera, que tenía fotografías de cantantes famosos en las paredes y un gran piano al fondo. Llevaba un fedora negro que le ocultaba la cara con su sombra y, tras tomar asiento, paseó la mirada por el local y observó a la clientela. Por mucho que Jane la hubiera tranquilizado, todavía le ponía nerviosa ir a lugares públicos por si Arnold Rothstein o Legs Diamond estaban ahí. Solo se quitó el sombrero una vez se hubo asegurado de que no había moros en la costa.

En la mesa encontró un cuenco con palitos de apio y una crema aceitosa para untarlos, además de una jarra de agua. Winifred se sirvió un poco. Peggy le había prometido que Eva le caería bien, así que eso no le preocupaba demasiado, pero ¿hasta dónde tendrían que llegar para resultar convincentes como amantes?

Eva se presentó con diez minutos de retraso, alta y despampanante, con un abrigo negro que le llegaba a los tobillos y cuello de pieles de mapache, y un elegante corte de pelo a lo *garçon* de un rubio decolorado que causaba furor aquella temporada. A Winifred le gustaba el corte, pero aún no se había atrevido a despedirse de la melena ondulada hasta los hombros que había estado de moda el año anterior.

—¡Hola! —exclamó Eva con una sonrisa mientras se quitaba el abrigo y dejaba a la vista un vestido escarlata con un collar de cuentas de cristal que daba varias vueltas.

Winifred se levantó y se estrecharon la mano.

—¡Qué suerte tienes de poder llevar ese color! —comentó—. Con esta tez tan pálida que tengo, de rojo parezco un fantasma. Tú estás majestuosa y temible, como una sirena que atrae a los marineros a morir en las rocas.

—Creo que eso es un cumplido, así que gracias. Ya nos conocíamos, por cierto —le recordó Eva mientras se sentaba—. Fue en 1920, en una clase de baile en la Academia.

—¿De verdad? —Winifred hizo memoria, pero no lo recordaba—. No sé cómo agradecerte que hayas quedado conmigo. Me estás haciendo un gran favor.

—¡Cómo no iba a hacerlo! —repuso Eva, frunciendo los labios en un

mohín de compasión—. Ese encontronazo con los gánsteres debió de ser terrorífico. ¿Pedimos unos Martinis?

Llamó al camarero con una señal, imitó el gesto de llevarse una copa a los labios y dibujó una M en el aire con el dedo.

—Aquí ya me conocen —explicó—. Deberíamos beber champán para celebrar el éxito de *Santa Juana,* pero no lo sirven. He visto tu actuación tres veces y en cada una he aprendido algo nuevo.

—¡Tres veces! ¡Madre mía! —Winifred estaba sorprendida—. Es una obra muy buena.

—Eres tú quien la hace tan excepcional. En serio, me tienes sobrecogida con tu talento. —Se pasó los dedos por el pelo corto y Winifred se fijó en que llevaba muchos anillos con grandes piedras de diferentes colores, claramente falsas—. ¿Qué harás después de *Juana?*

—No me he comprometido con nada —repuso ella—. He recibido varias ofertas, pero es difícil encontrar un papel adecuado después de este. Mi agente empieza a estar frustrado conmigo, pero ahora mismo, si soy sincera, ni siquiera estoy segura de que quiera seguir actuando.

Lo que sin duda no pensaba hacer era aceptar más papeles estelares, para gran pesar de Max.

—¡No puedes dejarlo! ¿No lo echarías de menos? —Eva mordisqueó un palito de apio.

Winifred negó con la cabeza.

—Me encanta el teatro, pero no disfruto nada estando en el candelero. Doy clases en la Academia y voy a dirigir una producción de los estudiantes, me parece divertido. Después de eso, ya veremos…

El camarero les llevó los Martinis y ellas brindaron antes de beber con delicados sorbitos.

—Estoy intentando identificar tu acento —dijo Winifred—. Me considero una experta, y contigo detecto una mezcla: inglés británico, estadounidense y un deje de alguna lengua europea… ¿Francés, quizá?

Eva se echó a reír.

—¡Has dado en el clavo! —exclamó—. Nací en Londres, pasé la infancia entre esa ciudad y París, y a los dieciséis me vine a Nueva York, donde enseguida se me pegaron las vocales estadounidenses. Así que mi acento es un puro cóctel.

—Qué exótico. —Winifred sonrió—. Me encantaría visitar París y Londres algún día. Dicen que las producciones teatrales son magníficas.

—Algunas sí. Pero también pueden ser nefastas, igual que aquí. Yo quise ser actriz a los ocho años, cuando Sarah Bernhardt me firmó un autógrafo después de ir a ver *La bella durmiente* en París.

—¿No es extraño lo mucho que puede cambiar la vida en un instante? —reflexionó Winifred—. Yo decidí que quería ser actriz

cuando una de mis tías me llevó a ver *Peter Pan* en Broadway. Soñaba con ser Campanilla, por supuesto. De no ser por esa tía mía, puede que me hubiera hecho maestra de escuela, o secretaria. ¿Quién sabe?

—Habría sido una gran pérdida para el teatro —opinó Eva.

Winifred se sentía incómoda con todos esos cumplidos.

—¿Cuáles son tus ambiciones? —preguntó—. ¿Algún papel que tengas ganas de interpretar?

Eva negó con la cabeza.

—Me gusta actuar, pero mi ambición más candente es fundar mi propio teatro de repertorio con un grupo de actores afines. —Le brillaban los ojos—. Sería como una gran familia seleccionada con cuidado. Yo ejercería diferentes papeles, según conviniera: desde escribir hasta dirigir o actuar. ¿Qué te parece?

—Que es un plan maravilloso. ¿Te quedarás en Manhattan?

—Si puedo encontrar el teatro adecuado al precio adecuado. Quiero montar obras en las que crea: dramas interesantes que hagan reflexionar, dirigidos a mujeres, y no esos romances tan poco realistas que son el pan de cada día en Broadway. —Miró a Winifred fijamente, como si acabara de ocurrírsele una idea—. ¿Por qué no te unes a nosotros? Sería maravilloso tenerte en el equipo. No podría permitirme…

—Me encantaría —la interrumpió Winifred—. Y, si hay ocasión de dirigir, mejor aún. Ya me he cansado de que los directores varones me digan lo que tengo que hacer en el escenario, cuando casi siempre lo sé yo mejor que ellos.

Eva sonrió y le tendió una mano.

—Considéralo trato hecho —dijo.

EL GREMIO TEATRAL había patrocinado la producción de *Santa Juana* y Winifred llegó a conocer a sus fundadores, casi todos ellos augustos literatos con contactos en el mundo del teatro. Cuando mencionó que estaba interesada en echar a volar en el campo de la dirección, empezaron a enviarle guiones de jóvenes aspirantes a dramaturgos. A Winifred le gustaba leerlos en su tiempo libre e imaginar formas de llevarlos a escena: qué clase de escenario funcionaría, cómo escogería al elenco, qué trucos podrían llamar la atención del público.

Si leía uno que le gustaba, se lo pasaba a Eva, y pronto descubrieron que sus gustos teatrales eran similares. Disfrutaban sobre todo de las historias acerca de mujeres poco convencionales que se saltaban las normas del matrimonio y la maternidad. Empezaron a reunirse una o dos veces por semana para intercambiar ideas para el teatro de repertorio de Eva… y, por supuesto, para demostrar que tenían una

relación romántica, en caso de que algún socio de Rothstein las estuviera vigilando.

Ese invierno, Winifred aceptó un papel menor en una comedia de un nuevo y joven dramaturgo que se llamaba Stephen Vincent Benét. El texto le había encantado nada más leerlo, y no supo hasta tiempo después que su autor era el cuñado de la nueva amiga de Dottie, Elinor Wylie.

Dottie, Elinor y Bill Benét se presentaron una tarde en el ensayo, y Winifred los oyó susurrar en la primera fila. Al terminar, Elinor la abordó en el vestíbulo.

—Ha sido sencillamente maravilloso por tu parte que aceptaras un papel en la obra de Stephen recién salida de tu extraordinario éxito con *Santa Juana* —le dijo—. El director cree que el público se multiplicará por diez.

—No será para tanto —murmuró ella con modestia.

Elinor continuó como si no hubiera dicho nada.

—Por eso me preguntaba si no podrías cargar las tintas un poquito más. Tu interpretación, por lo que hemos visto hoy, es muy comedida. No me ha llegado quién es Peggy Thatch. ¿Me sigues?

—Se trata de un papel de reparto —explicó Winifred—. Poner más énfasis en ella estropearía el equilibrio de la obra.

—Sí, pero te tenemos a ti en ella, y el público querrá más. —Agarró a Winifred del brazo—. Piénsalo. Tal vez podrías cargar tus frases de más emoción. Acércate más al frente del escenario. ¡Sé una estrella!

Winifred sonrió con educación y miró a Dottie, pero ella estaba charlando con Stephen y no había oído a Elinor.

—Le comentaré tus opiniones al director —dijo—. Seguro que te las agradecerá. —Se puso el abrigo—. Me temo que ahora debo dejaros. Tengo otro compromiso.

Elinor protestó e insistió en que tenía que acompañarlos a tomar unos cócteles, pero Winifred no creía que pudiera aguantar sus consejos paternalistas ni un minuto más.

—Tengo un taxi esperándome —adujo—. ¡Adiós, Dottie, hasta pronto!

Se despidió con la mano y salió corriendo sin mirar atrás.

¿Qué veía Dottie en esa mujer? Era difícil encontrarle el atractivo.

UNA TARDE, WINIFRED y Eva salieron de un restaurante cerca de Penn Station e intentaron encontrar un taxi. Parecía que acababa de llegar un tren lleno y había una larga fila de personas con maletas en la parada, así que Eva la convenció para ir a pie; ella iba a reunirse con unas amigas en un bar clandestino solo unas manzanas al norte, y

Winifred volvía a casa.

Mientras caminaban, Winifred observaba a la muchedumbre. Era temprano tratándose de Nueva York —poco más de las siete—, pero los teatros habían terminado la función y las calles estaban abarrotadas. Ella llevaba el fedora negro para ocultar su rostro, pero aun así le angustiaba que pudieran reconocerla, o tropezarse con alguien de la banda de Rothstein.

Eva señaló una calle más tranquila.

—¿Atajamos por ahí para esquivar Times Square?

Estaban a pocas manzanas del apartamento de Winifred, que se conocía la zona y a menudo había tomado esa ruta, aunque normalmente la habría evitado por la noche.

Torcieron por la bocacalle con la intención de girar al norte en el siguiente cruce cuando, de repente, un joven se plantó ante ellas. Winifred oyó un clic metálico antes de ver el destello de una navaja. El instinto la hizo reaccionar: agarró a Eva del brazo y se volvió para echar a correr, pero tenían a otro hombre detrás, bloqueándoles el paso.

—Dadnos el bolso y no os haremos daño —dijo el primero, agitando la navaja cerca de la cara de Eva.

Esta retrocedió con brusquedad y Winifred gritó con todas sus fuerzas. El sonido pareció reverberar en el aire.

El segundo hombre blandió su navaja hacia ella.

—¡Calla si quieres conservar esa cara tan bonita!

Algo hizo contacto en el interior de Winifred. En una obra, hacía tiempo, un director había hecho que se formara en defensa personal, y en ese momento lo recordó. Utilizó el brazo izquierdo para bloquear la mano con la que el hombre sostenía la navaja y lanzó el puño derecho contra su cara, le dio en todo el pómulo y luego siguió con una despiadada patada en la espinilla. El atracador gritó y reculó cojeando.

—¿Qué demonios haces? —siseó Eva.

Winifred estaba tan embargada por la furia que apenas la oía. Se volvió hacia el primer atacante con los puños levantados como un boxeador.

—¡Dale el bolso! —La voz de Eva sonaba ronca a causa del pánico.

En lugar de eso, Winifred lo empujó con brusquedad mientras gritaba: —¡Largo de aquí! Dejadnos en paz.

En ese instante, la situación podría haberse decantado en cualquier dirección.

—Me ha destrozado en la pierna —protestó el segundo hombre, inclinándose para frotarse la espinilla.

—Estas tías están piradas —dijo el primero—. Completamente lunáticas.

Winifred levantó un pie con la intención de darle otra patada al segundo, que retrocedió como pudo. Los dos dieron media vuelta y desaparecieron en las sombras.

—¡Dios santo, Winifred! ¿Es que nunca te habían atracado? —gritó Eva—. Podrían habernos matado.

Ella, estupefacta aún ante su propia reacción, se frotó los nudillos de la mano derecha, con la que había golpeado el pómulo del hombre.

—Lo siento… No he pensado con claridad.

Eva sacudió la cabeza sin poder creerlo.

—La próxima vez olvídate de hacer de Jack Dempsey y dales el maldito dinero. Eres un peligro…, para ti misma y para los demás.

Winifred sabía que podrían haberles dado un navajazo. Ahora que todo había terminado y la oleada de adrenalina empezaba a remitir, estaba temblando. ¿Cómo había sido tan tonta? ¿En qué estaba pensando? Se disculpó varias veces con Eva, pero vio que su amiga seguía furiosa cuando se despidieron. No hacía más que mirarla de reojo, como si pensara que no estaba en sus cabales.

Winifred regresó a su apartamento y se sentó hecha un ovillo en un sillón junto a la ventana a mirar los ventanales oscuros del edificio de oficinas de enfrente. La luna estaba casi llena y sus fantasmagóricos rayos blanquecinos inundaban el salón.

Tenía que aprender a impedir que su rabia contra los hombres siguiera dominándola, o acabaría metiéndose en problemas de los que no sería capaz de salir airosa. Se estremeció y se abrazó los hombros con fuerza mientras su mente la llevaba de nuevo a un lugar que no soportaba recordar y a un tiempo en el que aún era joven e inocente y estaba llena de esperanza.

LO PRIMERO QUE le llegó fue el olor: un decorado recién pintado, inclinado contra la pared, en el que se veía un castillo bávaro con montañas al fondo. Llevaba cuarenta y cinco minutos esperando, sentada en una silla dura en mitad de una sala de atrezo llena de polvo. Contemplaba ese paisaje montañoso y se extrañaba de que no hubiera una cola de actrices esperando como ella. Era una audición para un papel con diálogo en una obra de teatro de Broadway y le resultaba increíble estar allí. El director la había visto durante una visita a la Academia, donde ella estudiaba, y le había pedido a su profesor que la enviara a hacer una lectura para él el lunes a las cinco.

Tal vez había sido un error y a él se le había olvidado por completo. ¿Cuánto debía esperar antes de salir al pasillo a buscar a alguien para preguntar? Decidió aguantar un poco más.

Justo antes de las seis, el director entró cargado con un montón de

textos que dejó en un amplio escritorio con la superficie tapizada en cuero. Era un hombre alto, bien vestido, con el pelo plateado, la tez bronceada y una sonrisa de blanco diamante. Debía de rondar los cuarenta.

—Ha venido usted. ¡Maravilloso! —exclamó, repasándola de arriba abajo—. Su imagen encaja en el papel: guapa, dura y atrevida.

Ella sonrió con modestia.

—¿Quiere que lea algo? —preguntó.

—Todavía no. ¿Podría caminar hasta esa pared y volver aquí? —Se sentó en una silla a observarla.

¿Qué clase de andares quería? Se decidió por un paso seguro, ya que el hombre había dicho eso de «dura y atrevida».

—¡Perfecto! —apuntó él, como si estuviera impresionado—. Ahora, levántese la falda para que pueda verle las rodillas y camine otra vez.

Ella obedeció, desbordante de entusiasmo. Deseaba ese papel más que ninguna otra cosa. ¡Solo con pensar en que podía conseguir su primer trabajo en Broadway a los diecisiete años, antes de acabar los estudios…! Era más de lo que se atrevía a soñar.

—Ahora quiero que coquetee conmigo, pero sin decir nada —pidió él, reclinándose en la silla—. ¡Muéstreme cómo lo haría!

Ella se detuvo a pensar una estrategia, luego se le acercó contoneándose y con una mirada sugerente, se inclinó para recolocarle la corbata y dejó que le mirara el escote y oliera su perfume.

Él no se movió. No era suficiente.

«De perdidos, al río», se dijo, se sentó en su regazo y le lanzó los brazos alrededor del cuello mientras lo miraba con unos ojos que esperaba que resultaran atrayentes: tímidos, pero desafiantes.

—Muy bien —susurró él—. Es una seductora nata. ¿Sabe cómo se besa a un hombre? ¿Lo ha hecho alguna vez?

—¡Por supuesto! —exclamó ella riendo.

Hacía casi un año que tenía novio y se habían besado muchísimo.

—¡Demuéstremelo!

No lo dudó. Tomó su barbilla con ambas manos y se acercó, lenta y deliberadamente, sin apartar los ojos de él hasta justo antes de que sus labios se tocaran. Notó que él se excitaba por debajo del pantalón y se sintió satisfecha. Eso significaba que debía de estar haciéndolo bien.

Se apartó un poco para verle el rostro: al director le costaba respirar, tenía los ojos entornados. Le encantaba el poder que tenían las mujeres sobre los hombres. Su novio se quejaba de que no era justo que lo excitara tanto y luego no siguiera hasta el final; pero no debía de importarle tanto, porque siempre volvía para repetir.

—Póngase de pie y vuélvase —ordenó el hombre con voz ronca.

Ella se levantó y dio media vuelta despacio, girando la cabeza para mirarlo.

Un instante después, se quedó sin respiración cuando él la empujó con fuerza y la tumbó sobre el escritorio. Al principio pensó que era otra prueba, parte de la audición y nada más, pero entonces notó que sus manos le levantaban la falda y tiraban de la ropa interior.

—¡Pare! —pidió sin demasiada convicción, e intentó incorporarse—. No, por favor, no.

Él la inmovilizó aprisionándole la nuca con una mano y aplastándole la cara contra la mesa. Ella no podía respirar. Empezó a forcejear para intentar zafarse, pero entre el escritorio y la fuerza del hombre solo consiguió girar la cabeza hacia un lado, con lo que al menos pudo tomar aire. Era lo único en lo que podía pensar: en respirar. Tenía el cuello torcido de tan mala manera que le daba miedo que pudiera partírselo.

Entonces él la penetro con brutalidad, y el dolor que sintió no fue comparable a nada que conociera. La dejó tan conmocionada que ya no intentó resistirse, se limitó a respirar y aguantar. El castillo bávaro seguía ante sus ojos, así que se concentró en él y el tiempo se detuvo mientras dejaba que la violara.

Cuando terminó, el director se agachó para recoger los textos, que se habían caído al suelo. Winifred se bajó la falda.

—Eres adorable, cielo —le dijo él con una mirada fría y sin sonrisa alguna en los labios—. Ya te llamaré.

Jamás lo hizo.

WINIFRED NO HIZO nada respecto a la violación. Rompió con su novio porque no podía soportar que se le acercara y contó los días hasta que le bajó el siguiente periodo para asegurarse de que no estaba embarazada. Después bloqueó ese recuerdo en lo más profundo de su mente. Todo había sido culpa suya y soportaría la vergüenza ella sola. Pero la próxima vez, maldita sea, la próxima se aseguraría de protegerse mejor.

Solo que, si tenía en cuenta lo que había ocurrido esa noche con Eva y los atracadores, su estrategia no parecía estar dando muy buen resultado. Sentada en su sillón mientras contemplaba la calle iluminada por la luz de la luna, se preguntó qué podía hacer.

# Capítulo 36

# PEGGY

HACÍA MESES QUE el club de *bridge* no se reunía, y Peggy echaba de menos a las chicas. Tenía otras amigas, por supuesto, pero solían ser silenciosos ratones de biblioteca, sin la verborrea de sus compañeras de *bridge*. Decidió que intentaría reunirlas, cosa que últimamente no era tarea sencilla. Primero llamó a Winifred para saber si todavía tenía función todas las noches.

—Acabo de terminar la obra de Stephen Benét y no voy a aceptar ningún papel más por el momento —fue su respuesta.

—¡Qué bien! Eso significa que podemos empezar la sesión de *bridge* más temprano, sin esperar a que llegues corriendo del teatro maquillada y con un peinado excéntrico.

—Debe de tocarme a mí hacer de anfitriona —dijo Winifred—. Dime cuándo pueden las demás y buscaré un nuevo cóctel para probar.

Peggy llamó a Jane a continuación.

—Lo siento, Pegs, pero no va a ser posible —contestó esta con brusquedad—. *The New Yorker* saldrá pronto y trabajo todo el día, todos los días. Tal vez podamos reunirnos en marzo.

La última a quien llamó fue a Dottie. Le había molestado enterarse de que Alvan la estaba psicoanalizando. Resultaba extraño pensar que su amiga le confesaba secretos íntimos al hombre con el que ella se acostaba, y estaba segura de que por parte de Alvan había sido poco profesional aceptar como paciente a alguien a quien conocía de su vida privada. A él le había dejado muy claro que pensaba que era un error, pero a Dottie le había ocultado sus reservas.

—Jane no puede quedar para jugar al *bridge*, pero me preguntaba si a ti te apetece que nos veamos en casa de Winifred —le propuso por teléfono—. Las tres solas, para variar.

—No estoy segura —dijo Dottie, que arrastraba las palabras con una voz que sonaba grave.

—¿Te he despertado?

Peggy miró el reloj. Eran las dos de la tarde, la hora en que solía llamarla. Dottie debería haber estado sentada ante su máquina de escribir.

—Últimamente no duermo bien. —Bostezó—. No estoy segura de lo

de Winifred. Jane podría molestarse si quedamos sin ella.

—No propongo que busquemos a otra jugadora —repuso Peggy—, pero podríamos vernos las tres para tomar un cóctel y charlar un poco.

—Prefiero no arriesgarme —insistió Dottie—. Jane ya está enfadada conmigo y Alvan dice que no puedo beber.

Ninguno de los argumentos de Peggy logró convencerla. Tal vez tendría que olvidarse del grupo de *bridge* hasta que estuvieran todas menos ocupadas. O rendirse del todo, aunque sería una lástima. Había disfrutado mucho de esas tardes con las chicas, pero, si ellas pasaban página, supuso que ella debería hacer lo mismo.

TOMMY SMITH LE hizo llegar unos comentarios editoriales para mejorar su novela. Le daba la impresión de que el personaje de la madre resultaba algo antipático y le pidió que hiciera un retrato más rico en matices; tal vez quería lo mejor para su hija, pero pertenecía a una generación con unas opiniones muy diferentes. También pensaba que los pretendientes eran demasiado desastrosos en general, sobre todo el que buscaba a una esposa que cuidara a su detestable madre hipocondríaca. Peggy se rio y le dijo que ese personaje estaba basado en alguien con quien había salido justo antes de cumplir los veinte.

Después de la reunión, releyó otra vez la novela y repasó el texto con mirada crítica en un intento de que sus descripciones resultaran más frescas y cuestionando las decisiones que había tomado la primera vez. ¿Por qué había llamado Vergie a la protagonista? ¿Era una referencia demasiado evidente a la virginidad? Tom decía que le gustaba el nombre y que dejara de preocuparse, pero ella se sentía demasiado expuesta ahora que el mundo, o por lo menos todo el que comprara la novela, iba a leer sus pensamientos más íntimos.

¿Pondría reparos su hermana Rose al retrato de la mimada hermana menor, a quien había llamado Pet? ¿Les importaría a sus padres que los padres de la novela fueran aburridos y faltos de imaginación?

Lo habló con Alvan, y él la tranquilizó.

—Pocos de nosotros nos reconoceríamos al vernos a través de los ojos de otro —dijo—. La imagen que tenemos de nosotros mismos se impone, porque creemos que nos conocemos mejor que nadie. Desde luego, eso puede ser cierto o no. Cuando te miras en un espejo, la imagen que ves está invertida de izquierda a derecha, pero al contemplar una fotografía tuya, ves la visión del fotógrafo, te ves tal como lo hacen los demás.

—¿Estás insinuando que otras personas pueden conocernos mejor que nosotros mismos? —Eso le parecía extraño.

—Varía según cada cual. Yo me conozco mejor de lo que me

conoces tú, y estoy seguro de que a ti te sucede igual.

Peggy asintió. Llevaban seis meses acostándose juntos y todavía sentía que no conocía a Alvan en profundidad. Conocía su cuerpo, sabía qué música le gustaba y qué libros leía, sabía que rara vez dudaba de sí mismo, pero no tenía la sensación de entender su corazón ni su alma.

—Sin embargo —prosiguió Alvan—, conozco a tu amiga Dottie mejor de lo que se conoce ella misma. Para ser una mujer tan inteligente, tiene un conocimiento propio muy limitado, porque ha bloqueado muchas áreas.

Peggy lo miró con reprobación.

—Alvan, te pedí que no hablaras de Dottie conmigo. No quiero que se inquiete por si me desvelas confidencias del diván de terapia.

Él no parecía pensar que hubiera problema alguno.

—Solo te he comentado generalidades. Nada específico.

—Lo único que quiero saber es que estás cuidando bien de ella —dijo Peggy—. Tú más que nadie deberías saber lo frágil que es.

—Por supuesto que la cuido —aseguró él con una expresión seria mientras los cristales redondos de sus gafas reflejaban el rostro de Peggy.

EL SÁBADO POR la tarde, Peggy fue sola a casa de Winifred y llevó un pan irlandés de soda que había hecho y un pedazo de queso.

Winifred preparó unos French 75 —un cóctel que llevaba ginebra, champán, zumo de limón y almíbar— y le ofreció una copa a Peggy.

—¡Salud! —exclamó.

Peggy bebió un sorbo y sonrió con apreciación.

—Esto está para relamerse —dijo, e hizo lo propio—. Podría beberme varios cubos.

Winifred rio.

—Tengo ingredientes de sobra. ¡Que no decaiga la noche!

Charlaron sobre el trabajo, sobre *The New Yorker,* sobre Dottie y el Gonk. Winifred preparó más copas y Peggy notó que se estaba achispando, cosa que no solía ocurrir.

—La semana pasada me encontré con Eva —comentó entonces—, y me dijo que te enfrentaste a unos atracadores que iban armados. Parecía bastante afectada.

—Ya lo sé. Me temo que perdí los papeles. —Winifred le relató la historia—. Por suerte, decidieron que no merecíamos tanto la pena.

—¿Llevabas mucho dinero encima?

—Menos de cinco dólares. Habría sido una estupidez morir por eso, pero me encendí.

A Peggy nunca la habían atracado en la ciudad. Llevaba cuidado con las rutas que elegía de noche y, sin duda, jamás habría ido por la zona de Times Square, que era famosa por la cantidad de carteristas.

—¿Pierdes el control a menudo? —quiso saber—. Tengo curiosidad. También te defendiste contra Legs Diamond, y jamás olvidaré cómo abofeteaste al amigo de Peter en el bar de Tony Soma. ¿Son lecciones que se aprenden al crecer en Brooklyn?

Winifred dio un trago de su copa y miró por la ventana.

—No —respondió al fin—. Tenía hermanos mayores, así que de niña me tocó defenderme, pero no se trata de eso.

Peggy esperó a que se explicara mejor.

—Me ocurrió algo hace ocho años, cuando estaba en la Escuela de Arte Dramático. Nunca se lo he contado a nadie. —Levantó la copa, volvió a dejarla, cambió la posición de las piernas para doblarlas y sentarse sobre ellas, se toqueteó la pulsera—. El pánico me hace atacar cuando me siento amenazada por un hombre.

Peggy notó que Winifred quería hablar; solo necesitaba un empujoncito.

—No tienes que contármelo si no quieres, pero sé que Alvan diría que los traumas enterrados pueden hacernos actuar de una forma irracional e impredecible. Si la emoción que va ligada a esa experiencia nunca se ha expresado, está latente y puede estallar en momentos inesperados como respuesta a desencadenantes de la vida cotidiana. ¿Crees que es eso lo que te ocurre?

—Sí. Es justo eso. —Winifred guardó silencio un momento y luego suspiró—. La verdad es…

Mientras le contaba la historia, se aferraba el cuello con una mano, y Peggy supuso que era un gesto inconsciente de autoprotección. Escuchó sin hacer ningún comentario, cada vez más preocupada por Winifred. Peggy había coincidido una vez con el director en cuestión en una fiesta de *Vanity Fair,* donde se había mostrado encantador e impecable. Jamás habría sospechado que fuera capaz de una agresión tan brutal. Era evidente que sabía ocultar su lado oscuro.

—¿Por qué no acudiste a la policía? —preguntó Peggy cuando Winifred dejó de hablar.

—Era su palabra contra la mía y habría dicho que yo lo había provocado. Además, habría tenido razón: sí que lo provoqué.

—Era él quien estaba en una situación de poder, tú solo hiciste lo que te pedía. No fue culpa tuya. —Peggy intentó imaginar a Tommy Smith acosándola. A menudo estaban los dos solos en su despacho, pero sabía que él, aunque ella hubiera sido tan guapa como Winifred, jamás se atrevería algo así. Era todo un caballero—. ¿Esa clase de conducta es habitual en tu profesión? —preguntó.

—Uy, claro. Chicas guapas y hombres poderosos; es una

combinación explosiva, y en el teatro tenemos a montones de unas y de otros. —Winifred calló un momento—. Pero no fui lo bastante lista para interpretar las señales. Si no hubiese estado tan preocupada por intentar conseguir el papel, podría haberlo impedido.

—¿Fue tu primera vez? —preguntó Peggy en voz baja.

—La primera y la única —susurró Winifred—. Desde entonces he salido con hombres, pero no consigo acostarme con ninguno.

A Peggy le sorprendió saber que tenía más experiencia sexual que su bellísima y glamurosa amiga, cuando esta podría conseguir a cualquier hombre que deseara. Pero era comprensible que se mostrara cautelosa, teniendo en cuenta lo que había sufrido. Se enfureció con ese director que había causado tanto daño y, sin embargo, se había ido de rositas.

—¿Y ya está? ¿Recogió sus textos y se marchó sin mirar atrás siquiera? —preguntó.

—Incluso me pidió que se los aguantara mientras él… —De pronto, Winifred arrugó la frente y se llevó una mano a la boca—. ¡Lo había olvidado! —Se volvió hacia Peggy, boquiabierta—. La puerta estaba cerrada con llave. Tuvo que abrirla para salir, y yo le aguanté los textos. Lo cual significa que giró la llave después de entrar. No me di cuenta. Supongo que estaba demasiado nerviosa… —Se le saltaron las lágrimas.

Peggy lo entendió al instante.

—Eso significa que lo tenía planeado desde el principio. Tu conducta no tuvo nada que ver. No debes seguir culpándote.

Abrazó a Winifred con fuerza y la dejó sollozar.

MÁS TARDE, PEGGY le contó a Alvan lo que sabía sobre ese director teatral sin mencionarle que la víctima había sido Winifred.

—Parece el clásico narcisista —opinó Alvan—. Se siente con todo el derecho a conseguir lo que desea y carece de empatía hacia los demás. Esa clase de personas son prácticamente imposibles de tratar mediante terapia. Son incapaces de cambiar.

—En las novelas, una conducta así sería castigada —dijo Peggy—. Ojalá sucediera lo mismo en la vida real. Apuesto a que no es la única chica a la que ha violado.

—¿Qué crees que sería de nosotros dos en una novela? —preguntó Alvan—. Espero que, si alguna vez escribes sobre un psicoanalista, me dejes en buen lugar.

Peggy se quedó parada. Alvan había cambiado de tema tan pronto que era evidente que no se daba cuenta de lo afectada que estaba. No sabía que la víctima de la violación era alguien tan cercano a ella, y

Peggy no podía decírselo sin traicionar la confianza de Winifred.

—¿Nosotros, en una novela? Me gusta la idea —dijo—. Un psicoanalista que es un amante talentoso y un gran cocinero… Casi parece demasiado bonito para ser verdad. Tendría que ponerle algún fallo. Tal vez ronque, o se ría rebuznando como un burro.

Alvan sonrió y Peggy pensó que no era capaz de imaginarse discutiendo con él. En lugar de gritarle, Alvan la miraría con esa sonrisa que transmitía tanta seguridad. Se preguntó qué tendría que hacer para conseguir desestabilizarlo, y si alguna vez lo descubriría.

# Capítulo 37

# JANE

EN EL 412, Jane calentó un poco de estofado de ternera en la cocina y lo metió en una fiambrera de hojalata antes de preparar también platos, tenedores y una hogaza de pan recién hecho y salir. Por una vez, se permitió ir en taxi a las oficinas de *The New Yorker* para que la comida siguiera caliente cuando llegara allí. Harold había estado trabajando todo el día y ella sabía que se habría olvidado de comer.

Lo encontró en su despacho, apenas visible tras un escritorio en el que se apilaban altas torres de papeles, bolígrafos desechados, ceniceros rebosantes y tazas de café sucias con moho creciendo dentro.

—No encuentro la historieta de la página diecinueve. La de «los pecados se pagan». —Se rascó la cabeza, y ella vio que tenía los dedos manchados de su tinta roja preferida.

—Come primero y luego la busco.

Le preparó un plato de estofado, cortó una rebanada de pan y se lo acercó antes de servirse ella. La única otra silla que había estaba llena de papeles, así que tomó asiento encima.

—Eso espero —repuso Harold mientras engullía el estofado a toda velocidad—. ¿Entiendes lo frustrante que es haber comprobado hasta el último trocito de papel de este escritorio sin encontrarla, y que tú vayas a dar con ella en cuestión de segundos? ¿Qué clase de brujería es esa?

Jane sonrió. Sencillamente era observadora. Mientras recorría la casa, reparaba en que Harold había dejado las llaves en el reposabrazos de su sillón preferido, que su cartera estaba junto al lavabo, donde había estado afeitándose, y que sus notas para el primer número de la revista habían acabado en el cesto de la ropa sucia, debajo de la camisa que se había puesto el día anterior. Era un despistado sin remedio en las cuestiones básicas del día a día, siempre lo dejaba todo en el primer sitio que encontraba y luego se marchaba sin pensarlo.

En las oficinas de la revista era más o menos igual de desorganizado, pero allí destacaba su extraordinario talento. Era un director brillante, capaz de tomar un artículo del más experto de los escritores, tachar un par de frases, garabatear unas cuantas notas al margen y transformarlo en una pieza infinitamente mejor como por

arte de magia. Sucedía lo mismo con las tiras cómicas: cambiando una sola palabra de la leyenda, lograba convertir algo con cierta gracia en una obra maestra de la sátira. Tenía la habilidad de encontrar el quid de cualquier obra.

El hecho de que pocas personas, aparte de Jane, pudieran entender su letra era un reto añadido a los muchos que implicaba trabajar con él. Cada vez que ella se presentaba en las oficinas, el personal la asediaba para pedirle que tradujera las anotaciones al margen de Harold, porque decían que no querían molestarlo a él. Lo cierto era que, a menudo, ni él mismo era capaz de descifrar su propia escritura… Pero Jane sí.

Harold devoró el estofado tan deprisa que Jane comprendió que estaba famélico. Le sirvió la mitad de su ración en el plato y le cortó otro trozo de pan. Había perdido peso; la camisa le quedaba ancha y los hombros huesudos se marcaban bajo la tela. Tenía los ojos enrojecidos de tanto leer sin gafas, seguramente porque no sabía dónde las había puesto. El pelo se le pegaba a la cabeza en mechones sucios. Jane, con cariño, pensó que parecía una caricatura de sí mismo.

Eran las nueve de la noche, pero las oficinas seguían bullendo de actividad con subdirectores, cajistas y diseñadores, ayudantes de *marketing* y personal de venta de publicidad. El equipo estaba formado por personas comprometidas y dispuestas a trabajar casi gratis hasta que *The New Yorker* levantara el vuelo.

—¿Es esa la tira cómica?

Señaló la esquina de una hoja de papel que sobresalía de una pila en precario equilibrio al otro extremo del escritorio. Tiró de ella con cuidado y admiró el trabajo a tinta.

—Te digo que es brujería —masculló Harold, que la dejó en una bandeja de documentos rotulada como «Urgente».

Jane rodeó la mesa y levantó una pierna para sentarse a horcajadas en su regazo, de cara a él. Le pasó los dedos por el pelo y le dio un beso en los labios.

—Hace siglos que no lo veo, señor Ross. ¿Sigue siendo el adorable marido con quien me casé hace casi cinco años?

—Menos adorable y más malhumorado, pero creo que seguimos casados, sí. A menos que tú sepas algo que yo desconozco.

—Necesitamos unas vacaciones —dijo ella—. Cuando avance el año y la revista sea un éxito arrollador. ¿Adónde iremos? ¿Qué te parece Europa?

—Ahora mismo me conformaría con Coney Island. ¿Recuerdas nuestras excursiones allí, comiendo perritos calientes de Nathan's antes de acabar mareados en la noria de Wonder Wheel?

—Uno de los puntos culminantes de mi vida —señaló Jane,

levantando una ceja.

—Alec nos ha invitado a Neshobe Island —dijo Harold—. No deja de incordiarme para que pongamos fecha, pero no parece que allí haya muchos servicios. Significaría dormir en tiendas de campaña, cortar nuestra propia leña y lanzar la caña en el lago para pescar la cena.

El año anterior, Alec se había unido a otros cinco amigos para comprar unos terrenos en una isla de un lago de Vermont, donde estaba construyendo una casa.

—No me seduce en absoluto —repuso Jane—. Pero ni remotamente.

No se le ocurría nada peor que verse atrapada en plena naturaleza con Alec haciendo de señor de la mansión. Algún día, cuando la revista tuviera unos beneficios astronómicos, Harold y ella se comprarían su propia casa junto al mar y allí celebrarían fiestas para sus amigos los fines de semana.

La mención de Alec había estropeado el momento de intimidad. Bajó del regazo de Harold.

—¿Te traigo un café, jefe? —preguntó Jane.

Él gruñó para aceptar el ofrecimiento, pero su atención ya estaba otra vez en el artículo que estaba leyendo cuando llegó ella.

Al salir por la puerta, Jane miró atrás y su corazón palpitó de amor. El problema del dinero era agua pasada; todo había llegado a buen puerto y su sueño estaba a punto de hacerse realidad. Sintió que jamás había amado tanto a Harold como en ese preciso instante.

EL DÍA DEL lanzamiento, el 21 de febrero, llegó en un suspiro. La revista estuvo a punto de no imprimirse a tiempo porque Harold estuvo toqueteando la tipografía y angustiándose por una coma en el artículo inaugural hasta el último minuto. Fue Jane quien le dijo al impresor que pusiera la rotativa en marcha y, cuando despertó la mañana del 21, lo primero que pensó fue que miles de revistas habrían llegado ya a los quioscos de la ciudad.

Había relatos de F. P. Adams, Fairfax Downey y Ernest F. Hubbard; también poemas, tiras cómicas y columnas, entre ellas una firmada bajo el aristocrático pseudónimo de Van Bibber III, que hablaba de cómo la calidad del licor que servía un anfitrión se había convertido en la nueva marca de estatus social en Nueva York. ¡Estaba claro que los lectores de *The New Yorker* no serían abstemios!

A Jane le molestaba que Alec, Edna Ferber y Heywood Broun no hubieran participado. Sabía que algunos escritores a quienes conocían habían preferido abstenerse, porque no querían que su nombre apareciera en una revista que podía quebrar sin dejar rastro. Dottie

había escrito varias críticas teatrales, pero no había contribuido con ningún relato. Jane había esperado un poco más de lealtad por su parte. Aun así, estaba decidida a que nada le estropeara la emoción del día.

Se vistió a toda prisa, dejó dormir a Harold un rato más y salió por la puerta. De camino al trabajo comprobó todos los quioscos por los que pasaba. Su distribuidor había cumplido; no encontró ni uno solo que no tuviera al menos algunos ejemplares. La portada, con su dandi con monóculo y sombrero de copa, destacaba entre sus competidores. En general, el diseño había sido todo un acierto.

—¿Cree que se venderá? —le preguntó a un quiosquero después de presentarse.

—El precio de quince centavos no está mal —opinó el hombre—. Depende de lo que haya dentro.

—¿Le hará propaganda por mí? —suplicó con una sonrisa que esperaba que resultara irresistible mientras desplazaba la pila a la parte de delante del quiosco—. Le estaría muy agradecida.

—Lo que sea por una dama —accedió él.

Vio que un hombre de negocios con traje hojeaba una, leía una tira cómica, reía por lo bajo y luego la dejaba otra vez.

—¿Es que no va a comprarla? —preguntó Jane.

El hombre se volvió, sorprendido de que lo hubiera abordado así.

—Me gustan las revistas, pero casi nunca tengo tiempo para leerlas. Mi mujer se enfada cuando se apilan en el salón.

—Si solo lee una revista a la semana, que sea esta —insistió Jane—. Le garantizo que le encantará.

—En tal caso, ¿cómo voy a negarme? —Sacó unas monedas del bolsillo y se las entregó, inclinó el sombrero y se alejó con su *The New Yorker* bajo el brazo.

Jane estaba entusiasmada por haber conseguido una venta, pero no podía pasarse el día allí. Tenía que llegar a *The New York Times* antes de las diez para asistir a la reunión editorial. Harold todavía no ganaba nada con *The New Yorker,* así que era primordial que no la despidieran.

AL FINAL DE la primera semana, las devoluciones fueron deprimentes: más de una tercera parte de los ejemplares que habían impreso llegaron de vuelta e inundaron el almacén.

—No está mal —opinó Carr Van Anda—. Habéis vendido dos terceras partes de vuestra primera tirada. Ahora tenéis que esforzaros con el *marketing* del siguiente número, porque ya no contaréis con la ventaja de la novedad.

Tenía razón: el segundo número no vendió tantos ejemplares, y el tercero menos aún. Raoul Fleischmann empezó a programar una reunión semanal en la que los jefes de cada departamento lanzaban sugerencias para fomentar las ventas, y Jane siempre intentaba asistir. Una de las mejores ideas que salió fue montar una columna semanal en la que algún famoso recomendara un producto seleccionado, desde corbatas hasta crema facial. Eso les supondría un interesante flujo de ingresos por parte de los fabricantes, que tendrían que pagar las recomendaciones, y también atraería a lectores que quisieran saber qué crema utilizaban mujeres como Winifred Lenihan.

—El contenido tiene que seguir mejorando con cada número —insistió Carr Van Anda—. En cuanto el nivel afloje, perderéis lectores y será cien veces más difícil recuperarlos de nuevo.

Harold y ella solían quedarse despiertos en la cama hasta tarde, compartiendo ideas para reportajes, relatos y reseñas hasta que se les cerraban los ojos. Su vida sexual había desaparecido del mapa, porque siempre estaban agotados. De momento, lo único que importaba era la revista.

UNA TARDE, CUANDO Jane llegó a las oficinas de *The New Yorker,* Harold no estaba por ninguna parte y nadie sabía adónde había ido.

—Prueba en el Gonk —le sugirió Lois Long, la guapa y joven directora de *marketing*.

Quedaba a la vuelta de la esquina, en la Cuarenta y cuatro Oeste, y hacía semanas que Jane no iba por allí, desde antes de Navidad. Encontró a varios grupitos de personas alrededor de la Mesa Redonda. Dottie estaba sola a un lado, encorvada sobre un vaso con un líquido de color ámbar. Llevaba un vestido verde musgo que tenía pinta de ser caro, con un montón de pliegues pequeños, y un sombrero a juego, decorado con muguetes de seda.

—¡Qué hay, forastera! —saludó Jane con una gran sonrisa—. ¿No habrás visto a Harold?

Dottie levantó la mirada sin sonreír.

—¿Se te ha perdido tu marido errante? Deberías atar más corta la correa conyugal. —Hablaba despacio y arrastrando las palabras, así que Jane supuso que no era su primer whisky.

Peggy había comentado que no debía beber alcohol mientras Alvan la estuviera psicoanalizando, pero era evidente que ella se estaba saltando la regla.

—¿Puedo hacerte compañía? —preguntó mientras se sentaba—. Llevo todo el día de pie.

—Estoy esperando a Elinor —dijo Dottie—, pero caliéntale la silla si

quieres.

Encendió un cigarrillo y Jane reparó en que había dejado su marca habitual, Chesterfield, y ahora fumaba Herbert Tareyton.

De cerca, vio que tenía la cara hinchada y los ojos enrojecidos. Jane dudó si comentarle algo sobre el alcohol, pero hacía mucho que no se veían y no quería incordiarla.

—Qué pena lo de *The New Yorker* —balbuceó Dottie—. Parece que no se ha detenido el tráfico, no han salido multitudes a la calle y, en general, nadie le ha prestado mucha atención. ¿Qué haréis ahora?

Fue como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago. La primera reacción de Jane fue a la defensiva.

—Va de maravilla para tratarse de una publicación nueva. Desde el principio planeamos darnos seis meses para recuperar la inversión.

—Dijiste que queríais incendiar el mundo de las revistas, pero apenas habéis conseguido una chispa. —Sus ojos oscuros centellearon.

Jane sí que se encendió.

—Tal vez nos iría algo mejor si hubiésemos tenido más apoyo de nuestro supuesto equipo editorial. ¿Tienes pensado escribirnos un relato dentro de poco?

—Las ratas no suelen saltar a bordo de los barcos que se hunden, ¿o sí? —Dottie le dio una honda calada a su cigarrillo y expulsó una larga columna de humo.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —espetó Jane—. Pensaba que las amigas intentaban apoyarse en sus nuevas aventuras, no despellejarse.

Dottie parecía una persona diferente. Era como si se estuviera convirtiendo en una imagen especular de Elinor Wylie, con sus vestidos de alta costura, sus cigarrillos caros y su actitud altanera incluidos.

—*Touché!* También hace siglos que yo no recibo tu apoyo. Dices que has estado demasiado ocupada con la revista… Pero ni siquiera es tuya, sino de Harold. Es su nombre el que figura en la cabecera. Tú solo eres la esposa del director.

La otra tomó una bocanada de aire.

—Si eso es lo que piensas, no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—¿Ah, no? —Dottie le dirigió una mirada de complicidad, como dando a entender que sabía mucho más de lo que decía.

Jane defendió su posición: —La idea de una revista humorística sobre Nueva York se me ocurrió a mí; yo recaudé el dinero para hacerla realidad; yo trabajo en ella todas y cada una de las noches, además de los fines de semana. El único motivo por el que no aparezco en la cabecera es porque estaría reñido con mi trabajo en *The New York Times.* —Se detuvo.

Tenía varios comentarios más en la punta de la lengua, pero decidió reprimirse.

Era evidente que Dottie no estaba de humor. Tal vez estaba más borracha de lo que parecía, y de ahí su beligerancia.

—Seguro que tu marido agradece todos los sacrificios que haces por él —dijo con un tono cargado de sarcasmo.

Jane sabía que estaba celosa porque era feliz en su matrimonio, pero hasta entonces eso no se había interpuesto en su amistad. Antes de poder contenerse, contraatacó: —Al menos yo sé cómo conservar un marido.

Lamentó sus palabras nada más pronunciarlas.

Dottie retiró la silla haciendo ruido y se puso de pie con brusquedad.

—Esperaré a Elinor arriba —dijo—. Adiós, Jane.

Esta pensó en correr tras ella, pero aún estaba demasiado furiosa. No le apetecía estar allí cuando llegara Elinor, así que salió del Gonk dando grandes zancadas y se dirigió hacia el 412 golpeando la acera con los tacones para desahogar su enfado.

Llamaría a Dottie por teléfono más tarde para disculparse. Le diría que estaba soportando muchísimo estrés y luego le preguntaría cómo se encontraba. No parecía ella misma. ¿Era posible que el psicoanálisis la estuviera convirtiendo en una bruja?

Abrió la puerta del 412 con la llave.

—¿Harold? ¿Hay alguien en casa? —preguntó.

El comedor estaba vacío, pero la puerta de su apartamento estaba entreabierta. Miró en el salón y luego en el dormitorio sin dejar de llamarlo. Fue entonces cuando oyó unos gemidos que procedían del cuarto de baño.

La puerta estaba bloqueada por las piernas de Harold. Jane empujó para abrirla un poco más y poder asomar la cabeza dentro, y entonces lo vio tirado en el suelo, aferrándose el estómago. Había salpicado de vómito todo el retrete.

—El estómago —susurró él entre arcadas—. Me está matando.

Jane se arrodilló en el suelo a su lado y le tocó la frente con el dorso de la mano. Tenía la piel gris y pegajosa.

—¿Crees que podría ser una intoxicación alimentaria? —preguntó.

Él negó con la cabeza y se estremeció de dolor.

—A mi padre le pasa lo mismo. Son úlceras, la maldición familiar.

Jane se sentó en el borde de la bañera; se sentía como si no tuviera un suelo firme bajo los pies. Harold era demasiado joven para sufrir úlceras. ¿Sería grave? Lo necesitaba sano como un roble para que compartiera la vida con ella y llegaran a ser dos ancianos. Si enfermaba, ¿quién llevaría las riendas de la revista?

—¿Quieres que pida un taxi para ir al hospital? —preguntó.

Harold volvió a negar con la cabeza mientras respiraba con pesadez.

—Mañana iré al médico. Me dará algún medicamento y me dirá que

no beba, que no fume ni coma cosas demasiado grasas. Ya es hora de empezar a ser más sensato. Supongo que hasta aquí ha llegado la juventud.

Se limpió la boca y ella lo ayudó a levantarse y a llegar hasta la cama. Le llevó un vaso de agua y luego regresó a limpiar el vómito del baño.

Las palabras que acababa de oír, «hasta aquí ha llegado la juventud», resonaban en su cabeza. Hacía mucho que Jane no se sentía joven. Quizá la última vez fue en Francia, en 1919, antes de casarse. Desde entonces, había tenido que madurar deprisa. Solo tenía treinta y dos años, pero se sentía como una mujer de cincuenta.

# Capítulo 38

# DOTTIE

DOTTIE LAMENTÓ AL instante su discusión con Jane. Estaba más borracha de lo que creía y por eso había arremetido contra ella diciendo esas maldades sobre la revista. Era cierto que no pensaba que fuera brillante. La calidad del humor que publicaban era mediocre, con algún que otro destello de genialidad, pero no debería haber criticado la creación de su amiga.

Entró en su apartamento y enseguida le llegó a la nariz el olor a excrementos de perro. Había olvidado por completo sacar a *Woodrow Wilson* a pasear. Tampoco le había puesto comida. ¡Qué pésima dueña era para su mascota!

—*¡Woodrow!* —exclamó mientras le llenaba el comedero.

Frunció el ceño al no oír más que silencio. Normalmente, el animal acudía y saltaba emocionado alrededor de sus piernas mientras daba pequeños ladridos nada más oír que se abría la puerta del armario, y que el comedero tocaba el suelo.

Dottie le había colocado la camita en el dormitorio, porque sus resoplidos le resultaban reconfortantes cuando se despertaba en plena noche. Fue hasta allí y se lo encontró profundamente dormido. Eso era raro. El menor ruido solía despertarlo.

Se acuclilló para acariciarlo y retiró la mano enseguida, con un grito. Estaba frío, inmóvil y rígido como un animal disecado.

—*¡Woodrooooooow!* —se lamentó.

Las lágrimas le caían mientras corría hacia el teléfono. ¿Qué iba a hacer? ¿A quién podía llamar? Marcó primero el número de Bob, pero contestó su mujer y, con un tono frío y hostil, le dijo que no estaba en casa. La siguiente persona a quien pensó en llamar fue Jane, pero no podía. No después de su discusión.

Miró el reloj. ¿Dónde se había metido Elinor? Debería haber llegado ya.

Marcó su número de teléfono esperando que contestara Bill, pero fue la voz de la propia Elinor la que oyó al otro lado de la línea.

—¡*Woodrow Wilson* ha muerto! —sollozó Dottie—. Está en el dormitorio y no sé qué hacer.

Elinor ahogó un grito de asombro.

—Ay, querida, sé lo mucho que adorabas a ese perro. Pero era viejo, y ahora ya descansa en paz. Te reunirás con él en la otra vida.

—Pensaba que ibas a venir —dijo Dottie mientras las lágrimas seguían rodándole por las mejillas. Sus palabras resultaban poco claras entre sollozo y sollozo—. Te necesito.

—¿Habíamos quedado? Estoy completamente inundada de trabajo con las pruebas de mi nueva antología y ya ni me acuerdo de cómo me llamo. —Se detuvo y Dottie creyó oír un suspiro—. Puedes venir aquí si te apetece y así consigues entretenerte con algo mientras yo termino. Quédate a cenar.

—Voy para allá —dijo Dottie con enorme gratitud—. Gracias.

Antes de salir, se detuvo en el umbral del dormitorio y se despidió de *Woodrow* con un susurro. No soportaba la idea de tocarlo ni de acercarse a él.

Al marcharse, le pidió a una camarera que le dijese a Frank Case que se ocupara del cadáver. Tal vez debería organizar un funeral, pero en ese momento no era capaz de pensar en ello. Antes tenía que encontrar la manera de asimilar esa pérdida; le resultaba tan abrumadora que no sabía cómo iba a sobrevivir.

BILL NO ESTABA en casa cuando Dottie llegó a University Place. Elinor le abrió la puerta y le dio un cálido abrazo.

—Fuiste la mejor madre que *Woodrow* pudo tener. Disfrutó de una vida feliz y ha tenido un final plácido. Debes recordar los buenos tiempos y no obsesionarte con su fallecimiento. —Le acarició la mejilla—. Ven, vamos a prepararnos un té, pero luego tengo que ponerme a trabajar otra vez. Está claro que el tipo que ha maquetado mi nueva antología no había visto un poema en su vida.

Dottie la siguió a todas partes mientras Elinor preparaba una tetera, sacaba un platito con galletas y lo llevaba todo a su luminoso salón.

—¿Quieres algo para leer? —preguntó, pero Dottie negó con la cabeza.

No encontraría la concentración necesaria. Le habría gustado hablar con su amiga, pero era evidente que Elinor no tenía tiempo.

—¿Por qué no pruebas con un puzle? —le propuso—. Tengo uno endemoniado que Bill y yo tardamos varios días en completar. Es un mapa de París con imágenes de todos los monumentos. ¿Has estado alguna vez? Tienes que ir. Tal vez puedas visitarnos allí la próxima ocasión.

Dottie se sentó a la mesa que había junto a la ventana y abrió la caja. Tenía la cabeza repleta de imágenes de *Woodrow* acurrucado en su regazo y lamiéndole la cara; tumbado a sus pies mientras ella trabajaba ante la máquina de escribir; saltando arriba y abajo con una alegría incontrolada cada vez que llegaba a casa. No había sabido

apreciar el afecto que le daba hasta ahora, cuando lo había perdido para siempre. Sacó un pañuelo húmedo del bolsillo para secarse los ojos. Elinor estaba muy concentrada en su trabajo al otro lado de la sala y no hizo caso de cómo se sorbía la nariz.

Dottie se concentró en el puzle. No había hecho ninguno desde niña. Empezó a buscar las esquinas y luego los bordes. Ojalá la búsqueda de las torres de la catedral de Notre Dame pudiera ayudarla a ahogar el clamor insistente de sus pensamientos más oscuros.

ESA NOCHE SE quedó a dormir en casa de Bill y Elinor. La idea de dormir en la habitación donde había muerto *Woodrow* era demasiado para ella. Todavía no se veía capaz ni de plantearse estar sola.

Al día siguiente sintió que estaba abusando de su hospitalidad. Elinor, que estaba ocupada mientras le pedía consejo a Bill sobre las pruebas y garabateaba notas en las páginas, casi no le prestaba atención, pero a Dottie le reconfortaba el mero hecho de estar allí, en la misma habitación que otros seres humanos. Continuó con el puzle, comió cuando sirvieron la comida, bebió las tazas de té que le pusieron delante, y durante casi todo el rato consiguió alcanzar cierto estado de indiferencia. Le habría encantado tomarse un whisky o dos, pero Elinor y Bill no tenían alcohol en casa a menos que fuesen a dar una fiesta. Además, Elinor sabía que Alvan le había prohibido beber mientras estuviera psicoanalizándose, así que tampoco podía ir a comprar algo para bebérselo allí.

La tercera mañana de su estancia, Elinor estaba un poco cascarrabias.

—¿No crees que deberías volver a casa y trabajar un poco, Dottie? Si no ingresas nada, te quedarás sin dinero y, entonces, ¿en qué situación estarás?

Ella no le confesó que no era capaz de escribir nada desde hacía semanas. Lejos de proporcionarle material para su obra, el psicoanálisis parecía haber secado por completo la fuente de su creatividad. No tenía ni idea de cuántos meses debía ya en el Gonk, pero eran muchos, y sus facturas del servicio de habitaciones no dejaban de multiplicarse. Eddie seguía pasándole una asignación, pero ella no lograba dejar de comprarse ropa nueva; era algo compulsivo. Decirle a Elinor que estaba sin blanca sería casi como tenderle un platillo para limosnas, y no quería ponerla en ese apuro.

—Después tengo sesión con Alvan —dijo—. Cuando termine, volveré a casa. Ya he abusado mucho de vuestra amabilidad.

Anhelaba que Elinor dijera: «¡No! Quédate todo el tiempo que quieras, por favor», pero no fue eso lo que respondió.

—Perfecto —repuso mientras se alejaba de nuevo a trabajar.

AL HABLARLE A Alvan de la muerte de *Woodrow Wilson,* Dottie lloraba tanto que apenas lograba pronunciar palabras coherentes.

—Esa mañana no lo saqué a pasear —dijo entre sollozos—. Ni le puse de comer. Ni siquiera recuerdo si lo hice el día anterior. ¿Crees que lo maté de hambre?

Alvan no solía contestar cuando le hacía preguntas directas. Dottie había tardado un tiempo en acostumbrarse a ello; las dejaba pendiendo en el aire hasta que ella misma las respondía.

—Era un perro viejo, Dottie —dijo esa vez, sin embargo—. No habría tardado en morir, de una forma o de otra. Pero me interesa lo que está sacando de ti esta nueva pérdida. ¿Te sientes culpable? ¿Abandonada? ¿Qué más?

Dottie se sonó la nariz. Le escocían los ojos. Intentó describir el doloroso abismo que sentía en su interior. La soledad. El terror a que la depresión la hundiera en sus profundidades. El miedo a no ser capaz de emerger de allí nunca más. Alvan no hizo ningún comentario, pero ella oía su lápiz desplazándose sobre el papel.

En el techo, encima del diván, había una grieta bastante importante y Dottie imaginó que el tejado se derrumbaba y la aplastaba. ¿Sería una muerte rápida o quedaría atrapada entre los escombros? Si la rescataban, ¿tendría que ir en silla de ruedas? Esa idea la atraía. Ojalá pudiera quedar lo bastante maltrecha para que alguien tuviera que hacerse cargo de ella. Tal vez podría ingresar en un sanatorio donde las enfermeras le llevaran las comidas y le remetieran bien la manta bajo las rodillas.

—Necesito que alguien me cuide —le dijo a Alvan—. Ya no soy capaz de estar sola.

Le aterrorizaba la idea.

Él le enumeró sus éxitos profesionales, como si con eso fuese a animarla. Dottie no podía decirle que ya no era capaz de escribir; no podía decirle que había vuelto a beber a pesar de sus órdenes; no podía decirle que estaba sin blanca. Aunque tal vez debería.

—Se ha acabado el tiempo —anunció Alvan.

Siempre le parecía que lo decía justo cuando ella estaba dispuesta a abrirse más. Una vez le preguntó por qué no tenía un reloj bien visible, pero él adujo que los pacientes desembucharían todas sus preocupaciones más profundas en los últimos cinco minutos y no le dejarían tiempo para ocuparse de ellas. No parecía notar lo desesperada que se sentía cada vez que la acompañaba a la salida de la consulta, como si ya tuviera la cabeza puesta en el siguiente

paciente.

Al regresar a pie a casa, se detuvo en la esquina de Park Avenue y contempló el tráfico que pasaba a toda velocidad. ¿Y si se lanzaba delante de un camión? Una pierna rota sería lo ideal, pero no quería que se le desfigurase la cara. Al final decidió que era demasiado arriesgado. Seguro que le salía mal, como todo en la vida.

Se detuvo en la tienda de refrescos y compró un cuarto de galón de Haig & Haig con el pretexto de que era solo para superar su primera noche sola sin *Woodrow*. Abrió la puerta del apartamento y detectó un olor a desinfectante. Cuando se atrevió a entrar en el dormitorio, vio que alguien había retirado incluso la camita del animal, y lo agradeció. Se lo habría recordado contantemente.

Dejó el whisky y sacó un vaso, preguntándose quiénes estarían abajo, en la Mesa Redonda. Tal vez encontrara a Bob, y sería estupendo verlo, pero casi siempre estaba con Charlie, y no era capaz de enfrentarse a eso. Tampoco se sentía ni mucho menos lo bastante fuerte para medirse con Alec. Si alguien hacía un chiste sobre la muerte de su perro, se vendría abajo.

Descolgó el teléfono y marcó el número de Peggy, pero sonó y sonó. Era última hora de la tarde; debía de haber quedado con Alvan. Se suponía que él no comentaba nada de lo que hablaban durante la terapia, pero tal vez le mencionara la muerte de *Woodrow*. Estaba convencida de que Peggy llamaría en cuanto se enterase.

Entonces lo intentó con Winifred. Ya la había rescatado una vez, cuando la llevó al hospital Lenox Hill. ¿Saldría en su ayuda una vez más? El teléfono no dejaba de sonar. Dottie intentó recordar si actuaba en alguna obra en esos momentos. En tal caso, ya estaría en el teatro, maquillándose y vistiéndose.

Con quien más le habría gustado hablar era con Jane, que le había dicho que pasaba todas las tardes en las oficinas de *The New Yorker*. Tal vez la muerte de *Woodrow Wilson* le diera una excusa para ofrecerle una rama de olivo.

Llamó a la operadora y pidió que le pusieran con la revista. La mujer de voz alegre que contestó al teléfono se identificó como Lois Long.

—No he visto ni a Jane ni a Harold en todo el día —informó—. ¿Es usted una amiga?

Dottie dijo que sí.

—Entre usted y yo —añadió Lois—, creo que Harold tiene algún problema de estómago y ella lo está cuidado. Seguro que mañana regresará para cerrar el número de la semana que viene. Tendría que estar a las puertas de la muerte para perdérselo.

Cuando Dottie colgó, las palabras «a las puertas de la muerte» resonaron en el interior de su cerebro. ¿Cómo serían las puertas de la

muerte? ¿Qué se sentía al saber que estabas a punto de morir? ¿Existía una sensación de paz en el último instante, aunque no hubiera ángeles ni coros celestiales?

Se sirvió un whisky a palo seco, se bebió la mitad de golpe y sintió que la familiar sensación de desenfoque se apoderaba de ella. Los versos de los poemas de Elinor sobre la muerte llenaban su cabeza: «Tu cielo está hendido como un velo rasgado», o «Las hojas muertas están barnizadas de un color como la sangre».

Se terminó el whisky y se sirvió otro. No era capaz de trabajar, no podía ganar dinero y sus amigas estaban demasiado ocupadas para verla. *Woodrow* había sido el único que la había querido de verdad, y ya no lo tenía junto a ella. Siguió bebiendo mientras apretaba un cojín contra el pecho. El dolor era físico, como si de verdad se le hubiera partido el corazón. Necesitaba ayuda. ¿Cómo podía conseguir que alguien la ayudara?

Al cabo de un rato tuvo que ir al baño. Allí dentro hacía frío. Una camarera había dejado la ventana abierta para airear el espacio, la brisa había entreabierto la puerta del armarito y Dottie vio su alijo de veronal. Casi sin pensarlo, se tomó un par de pastillas. Una se le quedó pegada en la garganta, así que fue a por whisky para hacerla pasar y luego se tragó varias más. De nuevo se le quedó una en la garganta y le provocó una arcada, pero ella continuó hasta que perdió la cuenta de cuántas se había tomado. Notaba un sabor amargo y polvoriento en la boca.

Y entonces, con una rapidez aterradora, empezó a sentirse cada vez más adormecida y supo que iba a desmayarse. El cuarto de baño se balanceaba, las paredes ya no eran verticales.

Se dejó llevar por el pánico al caer en el suelo embaldosado. Aquello no había sido inteligente. Quería estar lo bastante enferma para que alguien tuviera que cuidarla, pero no deseaba morir.

—¡Mierda! —gimió—. ¡No, mierda!

Oyó un sonido siseante en el interior de su cabeza. El vaso de whisky seguía en su mano. Con las últimas fuerzas que le quedaban, lo lanzó por la ventana del cuarto de baño y entonces perdió el conocimiento.

# Capítulo 39

# WINIFRED

WINIFRED ESTABA MIRANDO escaparates en la Quinta Avenida cuando oyó que alguien la llamaba desde el otro lado de la calle y, al volverse, vio a Bob Benchley esquivando el tráfico para llegar hasta ella. Lo saludó con la mano y exclamó un alegre «¡Hola!», pero, cuando se le acercó, vio que su expresión era funesta.

—¿Te has enterado ya? —preguntó Bob.

—¿De qué?

—Es Dottie. Está en el hospital. Siento ser el portador de malas noticias, pero… —Se quedó sin habla, como si estuviera a punto de llorar—. Anoche se tomó una sobredosis.

—Ay, Dios mío, ¡no! —Winifred se llevó una mano al cuello—. Pero ¿se recuperará?

—Sí, ahora mismo vengo de verla. Le he dicho que, si no para de hacer tonterías así, caerá enferma, y ha contestado que más o menos esa era la idea. —Sacudió la cabeza, desesperado.

—¿Es demasiado tarde para hacerle una visita? —Winifred miró su reloj; eran casi las cinco.

—Ya no es horario de visita, pero ¿por qué no vas mañana? Está en el Pabellón Harkness, en el Hospital Presbiteriano.

—Lo haré. Llamaré también a Jane y a Peggy. —Dudó un instante —. ¿Estás bien, Bob? Se te ve muy afectado.

—Todo lo bien que cabría esperar cuando una de tus mejores amigas ha decidido que no quiere seguir viviendo. Es que no soy capaz de…

Agachó la cabeza y Winifred posó una mano en su brazo.

—Lo sé. Yo tampoco.

Estaba acostumbrada a ponerse en el lugar de los personajes que interpretaba y a imaginar cómo sería ser ellos, pero no era capaz de suponer qué podía haber llevado a Dottie a intentar quitarse la vida. Era un concepto que quedaba más allá de su comprensión.

Winifred interrumpió su paseo y regresó corriendo a casa. Probó a llamar a Jane a las oficinas de *The New Yorker* y de *The New York Times,* y por fin dio con ella en el 412.

—¡No! —exclamó esta al enterarse—. Ay, Winifred, es todo culpa mía. Discutimos. Me enfadé con ella porque no nos había escrito un relato para *The New Yorker,* ella me acusó de descuidar nuestra

amistad… ¡Y tenía razón!

—No es culpa tuya, Jane. No es culpa de nadie. Vayamos mañana a verla y veamos en qué podemos ayudar.

Quedaron en encontrarse en la puerta principal del hospital a las dos de la tarde.

Luego llamó a Peggy.

—Acabo de enterarme por Alvan. Esta tarde hablará con ella. ¿Sabes cómo ha sido?

—No conozco los detalles.

—Frank Case estaba en el callejón de detrás del Gonk cuando un vaso cayó desde el cielo y no le dio en la cabeza por poco antes de estrellarse a sus pies. —A Peggy le temblaba la voz—. Al mirar arriba, vio que la ventana de Dottie estaba abierta y subió corriendo. Si no hubiera visto el vaso, seguramente ella no habría sobrevivido.

—¡Dios santo! —Un sollozo ahogó la voz de Winifred—. O sea que se había tomado una cantidad importante de pastillas, ¿no?

—Suficientes para tumbar a una mula, dice Alvan.

—¿Y qué le decimos mañana?

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

LAS TRES IBAN entrelazadas del brazo cuando recorrieron el pasillo del hospital hacia la habitación de Dottie. La encontraron incorporada en la cama, con la cara tan blanca como las almohadas sobre las que estaba apoyada.

—No recordaba que fuera tarde de *bridge* —dijo con una voz frágil y ronca—. ¿Alguien ha traído una baraja de cartas? Porque me temo que no lo pensé mientras me sacaban del Gonk en camilla.

—No creo que a ninguna nos apetezca jugar al *bridge* —repuso Jane al inclinarse para darle un beso en la mejilla—. Siento mucho que nos peleáramos, Dottie.

—¿Nos peleamos? —Se encogió de hombros—. No lo recuerdo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Peggy—. ¿Qué tal es el servicio de habitaciones?

—Todavía no he probado el servicio de restauración. Por algún motivo he perdido el apetito, pero os informaré en cuanto lo recupere.

Winifred miró la mesilla que había junto a la cama, donde le habían dejado una palangana a mano por si quería vomitar. Se preguntó si le habrían hecho un lavado de estómago. Se mareó un poco al pensarlo.

—¿Quieres que te traigamos algo? —ofreció—. ¿Unas uvas? ¿Revistas? Puedo bajar un momento a la primera tienda que encuentre.

—Me encantaría un traguito de Haig & Haig —dijo Dottie—, pero

mi médico es un aguafiestas que parece decidido a impedir que ingiera nada más fuerte que el agua en el futuro inmediato.

—Me parece sensato —comentó Peggy—. Dadas las circunstancias.

—¿Te tratan bien? —se interesó Winifred.

Había oído que a veces el personal médico podía ser brusco con los intentos de suicidio, porque pensaban que les hacían perder el tiempo con heridas autoinfligidas.

—Me tratan de perlas —contestó Dottie—. Y los demás pacientes también son muy amables. La chica de la habitación de enfrente se ha ofrecido a enseñarme a tejer en telar, y al fondo del pasillo hay un vizconde francés que me ha regalado una antología poética… en francés, claro.

Al principio, Winifred no sabía si se lo estaba inventando, pero luego vio el tomo debajo de la palangana: Baudelaire, *Les fleurs du mal*… Las flores del mal. ¡Curiosa elección!

—¿Te han dicho cuánto tiempo tendrás que quedarte? —preguntó Jane.

—No creo que sepan qué hacer conmigo todavía, pero os mantendré informadas.

—¿Por qué lo hiciste, Dottie? —dijo Jane con una voz cargada de tristeza.

A Dottie se le saltaron las lágrimas y se le descompuso el gesto.

—*Woodrow Wilson* había muerto. Sentí que él era todo lo que tenía.

Winifred notó que también a ella se le humedecían los ojos. Su familia había tenido un perro cuando era pequeña, un pastor desaliñado que se llamaba *Conal,* y ella lo quería con toda el alma. Lloró durante meses después de su muerte.

—Lo siento. Sé lo que es perder a una mascota —dijo, y se inclinó para abrazarla.

Dottie se aferró a ella.

—Uno de los famosos abrazos de Winifred. Los médicos deberían recetarlos en lugar de pastillas.

—Puedo darte uno siempre que quieras —prometió ella—. Llámame a cualquier hora de la noche y cruzaré la ciudad si hace falta.

Dottie empezó a sollozar con fuerza y buscó un pañuelo para cubrirse la cara.

—Estoy harta de tanto llorar —dijo—. ¿Quién habría dicho que un ser humano de un tamaño más pequeño de lo normal podría producir tantísimas lágrimas? —Cerró los ojos.

Tenía el rostro hinchado, pero la piel suave e inmaculada. El pelo se le veía enredado y le hacía falta lavárselo. Las cicatrices de las muñecas estaban brillantes, como rastros de caracol. Winifred pensó que parecía una niña de unos diez u once años. Una niña muy triste.

Después de la visita, las tres fueron a tomar un café. Winifred estaba

decaída y veía que las demás también.

—La culpa es de Elinor Wylie —opinó Jane mientras encendía un cigarrillo—. Dottie se ha sentido atraída por ese abracadabra suyo, esas monsergas de la vida después de la muerte, como una polilla hacia la luz. Si la ha convencido de que el más allá es un lugar soleado donde te reencuentras con tus seres queridos, la muerte no le parecerá algo tan definitivo. Incluso podría resultarle atractiva.

—Pues yo culpo a Alvan —dijo Peggy—. Se supone que la está protegiendo, pero creo que subestimó lo frágil que se sentía cuando empezó a hurgar en su pasado y a obligarla a enfrentarse a recuerdos traumáticos.

—¿Continuará con la terapia después de esto? —preguntó Winifred.

—¡Claro! Al menos, esa es su intención. —Peggy parecía enfadada—. Afirma que a menudo se produce un gran avance en la terapia justo después de un trauma, así que está convencido de que ahora podrán progresar de verdad. Anoche discutimos por ello. Le dije que Dottie no es solo un «caso» para que él experimente en beneficio de la investigación. Él, por supuesto, afirma que solo piensa en su bienestar, pero Dottie no le importa. No como a nosotras.

—Eso debe de ponerte en una situación difícil —señaló Winifred. Esperaba que no afectara a su relación. Peggy estaba desesperada por encontrar un marido con quien tener hijos, y Winifred se había preguntado si tal vez sería Alvan—. Intenta que esto no se interponga en tu felicidad. Alvan parece un buen hombre.

—Y siempre resulta útil tener a un médico en tu círculo más íntimo —señaló Jane—. Si te casas con él, podríamos llamar para pedirle consejo y así no tendríamos que pagar las facturas médicas.

Peggy sonrió a medias.

—Bien pensado. Si alguna vez me propone matrimonio, lo tendré en cuenta.

WINIFRED HABÍA QUEDADO con Eva para tomar una copa en el Tony Soma's más tarde, por primera vez desde su encontronazo con los atracadores. La había llamado para disculparse con ella por lo irresponsable de su conducta y Eva dijo que la perdonaba, aunque insistió en que no pensaba volver a pasear con ella de noche por las calles de la ciudad.

Escogieron el bar de Tony porque era uno de los locales clandestinos que estaban bajo la protección de Arnold Rothstein, de modo que tal vez el hombre acabaría enterándose de que habían estado allí. Winifred seguía poniéndose nerviosa cuando acudía a lugares públicos, pero no tenía más remedio si quería convencerlo de

que Eva y ella estaban juntas.

Fue la primera en llegar y consiguió hacerse con una mesa discreta que una pareja dejó libre al marcharse. El sitio estaba abarrotado, había un ruido similar al del público de un partido de béisbol, y deseó haber escogido un lugar más tranquilo. Después de ver a Dottie, estaba muy emotiva y no le apetecía tanta animación.

Todas las cabezas se volvieron cuando Eva hizo su entrada: llevaba unos tacones que la hacían alcanzar el metro ochenta y un abrigo de pieles de mapache. Winifred la llamó con un gesto de la mano y se levantó para darle un abrazo.

—Supongo que te has enterado de lo de Dottie, ¿no? —dijo Eva mientras se sentaba.

—Hemos ido a verla esta tarde —explicó Winifred—. Estaba frágil y pálida, pero al menos seguía viva.

—Me lo ha contado Alec Woollcott. Creo que nunca lo había visto tan preocupado.

—Todos sus amigos están muy abatidos. ¿Sabes que ya lo había intentado antes?

Eva asintió. Lo sabía todo el mundo, al parecer.

—Supongo que no la ayudamos lo suficiente después de aquello. Hablar del tema es tan difícil que acabas barriéndolo bajo la alfombra. Por fuera parecía estar bien, pero ¿y si esta vez lo hubiera logrado? No soporto ni pensarlo.

—Estás muy afectada. Deja que te pida una copa. —Eva miró hacia la muralla de personas que bloqueaban la barra.

—Me tomaría un Gin Rickey, pero tardarán siglos en traerlo.

—¡Espera y mira! —exclamó Eva. Se quitó el abrigo con elegancia y dejó a la vista un vestido negro con la espalda al aire y recubierto de lentejuelas con el que se abrió camino hasta la barra con la cabeza muy alta—. Perdón —oyó Winifred que iba diciendo con un aristocrático acento británico mientras apartaba a la concurrencia—. ¡Gracias! Muy amable.

En un periquete estaba en primera fila, doblando el dedo índice para llamar al camarero.

Regresó con sus bebidas en las características tazas blancas de café del Tony's.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Winifred, sorprendida.

—Actuando como si tuviera derecho divino —dijo Eva—. Te juro que así nunca me niegan nada.

Hicieron entrechocar las tazas. Winifred bebió un sorbo y sintió que el ardor se llevaba parte del peso que sentía encima desde que se había enterado de lo de Dottie.

—¿Has terminado la obra? —preguntó, refiriéndose a una que le había dejado a Eva para que se leyera.

Cuando esta iba a responder, la puerta se abrió de golpe y una nueva hornada de clientes entró gritando y aullando de risa. Winifred se tapó las orejas con las manos.

El grupito tuvo la molesta ocurrencia de quedarse justo al lado de su mesa. Eva los fulminó con la mirada, pero no parecía que tuvieran intención de moverse.

Winifred dio un sorbo a su taza y se estremeció.

—¿Sabes qué? —gritó por encima del ruido—. Aquí sirven matarratas y ni siquiera podemos oír lo que decimos. ¿Por qué no vamos a mi apartamento? Tengo una botella de vino francés.

—Siempre que vayamos en taxi —repuso Eva con una mirada de recelo, pero Winifred accedió enseguida.

ERA LA PRIMERA vez que Eva estaba en el apartamento de Winifred, y se paseó por él fijándose en todos los detalles.

—¡Es muy acogedor! Me encantan tus láminas de elefantes. Y esas lámparas. Y los colores.

—Es diminuto —dijo Winifred—. Pero va conmigo.

Se alegró de que Eva coincidiera con su gusto.

Fue a por el vino y dos copas que dejó en una mesita auxiliar junto al sofá. Abrió la botella y sirvió. Las dos se quitaron los zapatos y se sentaron doblando las piernas bajo el cuerpo.

—Esto está mejor —comentó Winifred antes de beber un trago y disfrutar de la calma y la comodidad de su propio hogar.

Hablaron de la obra que ambas habían leído y que se titulaba *El mestizo,* y Winifred anunció su novedad: iba a dirigirla en un pequeño teatro a pocas calles de Broadway. Sería un discreto primer paso en el mundo de la dirección. Ningún gran nombre, nada de escenarios lujosos; solo una historia con garra producida a bajo presupuesto.

Eva estaba encantada.

—Es justo lo que necesita el teatro neoyorquino —opinó—. Directoras que aporten un visión fresca y obras nuevas. Estoy harta de las viejas fórmulas trilladas.

Comentaron una obra que ambas habían visto hacía poco en Broadway y luego hablaron sobre directores con quienes ambas habían trabajado. Winifred seguía bastante emotiva después de haber visitado a Dottie, y estaba algo achispada por las dos copas de vino, así que se sorprendió confesándole a Eva lo del director que la había violado ocho años atrás. Le resultó más fácil contarlo por segunda vez. Ahora que ya había hecho resurgir los recuerdos, no sentía la sensación tan asfixiante que había tenido al relatárselo a Peggy.

—Es un auténtico horror —comentó Eva frunciendo el ceño—, pero

debo decir que no me sorprende. Ya he oído otras historias así de él. —Alargó el brazo para asir la mano de Winifred—. ¿Fue tu primera vez?

—Sí… —susurró ella—. La primera y la única.

—¡Pero si fue hace años! No puedes encerrarte para siempre o él habrá ganado. Estoy segura de que algún poeta dijo que vivir bien es la mejor de las venganzas.

—He salido con otros hombres, y pensaba acostarme con ellos, pero la idea de estar en una situación vulnerable y a solas con alguien que físicamente es más fuerte que yo… —Se estremeció—. Me produce pánico, así que lo evito.

—Qué lástima que nadie te advirtiera sobre él antes de la audición —dijo Eva—. Espero que les digas a las estudiantes con quienes trabajas que vayan con cuidado.

Winifred arrugó la frente.

—No he sido capaz. ¿Y si él llega a enterarse? Se pondría furioso.

Eva se indignó.

—¿Es que aún te da miedo? ¿Qué es lo peor que podría hacerte?

—No se trata solo de él, aunque sin duda ha sido el peor. Muchos otros directores se han tomado libertades, de una u otra forma. Seguro que tú te has encontrado con lo mismo.

Eva asintió con vehemencia.

—¡Dios mío, ya lo creo! ¿Alguna vez has trabajado con Gilbert Harris? «Solo un besito…» —dijo, imitando su voz quejosa—. Y Tony Moncrieff me manoseó de arriba abajo con la excusa de que me estaba tomando las medidas para el vestuario. Yo le contesté que le cortaría esos dedos gordos que tiene como volviera a hacerlo.

Winifred negó con la cabeza.

—Me exaspera que tengamos que soportar ese tipo de conductas si queremos actuar en Broadway.

—Deberíamos conseguir que Dottie escribiera un poema sobre eso —propuso Eva—. ¿Te lo imaginas? Los pondría bien firmes y en su lugar.

Winifred sonrió.

—La idea resulta tentadora, pero Dottie no es famosa por su discreción. Y no creo que ahora mismo esté en el mejor momento para algo así.

—¿Tienes lápiz y papel? —preguntó Eva—. Escribamos uno nosotras.

Ella misma volvió a llenar las copas mientras Winifred iba a por papel y algo para escribir, y empezaron a improvisar versos que Eva iba apuntando. Reían con cada nueva ocurrencia y se interrumpían sin cesar para proponer algo nuevo.

El poema final resultó torpe y *amateur,* pero las hizo reír tanto que

hasta les dolía el costado. Winifred lo declamó con su mejor dicción de clase alta:

**Guía de directores para actrices** Gilbert Harris querrá robarte un beso, Daniel O'Neal es más bien de muslo.

Igual que Cornell, Lawrence y Brand, Tony Moncrieff a sus dos manos da uso.

Líbrate de Simms si te sienta en su regazo.

Cuidado con Ambrose, que te arrancará la ropa.

Y si un famoso salido quiere hablar en privado, tú pon pies en polvorosa.

Un papel es un papel, y el trabajo puede ser redondo, pero no queremos que nadie acabe haciéndonos un bombo.

—Me parece que no nos nominarán para ningún premio de poesía —dijo al terminar.

—Pero deberíamos hacerlo correr entre nuestras amigas actrices —apuntó Eva—. Estamos todas en el mismo barco. Lo pasaré a limpio.

—Me sorprende que tú también hayas tenido problemas. —Winifred cambió las rodillas de postura—. Tienes pinta de indomable.

—¿Yo? —Eva puso cara de incredulidad—. Eres tú la que apuñaló a Legs Diamond en la entrepierna y atacó a unos rateros armados en un callejón.

Winifred hizo una mueca de arrepentimiento.

—Me asombra que hayas querido volver a verme después de eso.

—Por supuesto que quería volver a verte —dijo Eva con una voz grave y ronca.

Miró a Winifred con una expresión muy tierna.

Esta reparó entonces en que sus pies se estaban tocando sobre el sofá. «Debería apartarme», pensó, pero no lo hizo. Sentía una gran intimidad con Eva y no quería estropear el momento.

—Me alegro mucho de que Peggy nos presentara —dijo.

—Mmm… Yo también me alegro.

Eva dejó la copa. Se inclinó hacia Winifred, le retiró un mechón de pelo tras la oreja y le dio un beso en la mejilla. Al ver que Winifred no se movía, le dio otro en la sien, luego dejó que sus labios se deslizaran hacia abajo y la besó en los labios.

Winifred olía su perfume de jazmín. Se puso tensa. ¿Deseaba seguir? ¿No acabaría con eso su amistad?

—No soy lesbiana —susurró, apartándose un poco.

—Yo tampoco —repuso Eva, y volvió a besarla.

Winifred sintió una tensión en el estómago y un hormigueo en los pechos, y se permitió relajarse y abandonarse a esa sensación. Le resultó tan natural y esencial como respirar.

Un rato después, abrió la cama plegable y se desnudaron la una a la otra para meterse entre las sábanas.

«O sea que así es el sexo con una mujer», pensó más tarde, mientras

estaban tumbadas con las extremidades entrelazadas y los rostros muy juntos. Notaba un delicioso palpitar entre las piernas y tenía los labios hinchados de tanto besar.

—¿Estás bien? —preguntó Eva.

—Mejor que bien. —Winifred respiró hondo—. Infinitamente mejor. Sentía que se había abierto una puerta que le permitiría ser libre.

# Capítulo 40

# PEGGY

CUANDO A DOTTIE le dieron el alta en el hospital, Peggy empezó a visitarla en el Gonk durante la hora de la comida varias veces por semana. Estaba a un breve paseo desde su trabajo y pensó que en persona identificaría mejor que por teléfono cualquier señal de que Dottie volvía a tener ideas suicidas. Siempre llevaba sopa casera y sándwiches para que pudieran comer juntas. Al principio charlaban sobre sus amigos y las noticias de actualidad, y no tanto de temas personales, pero un día Dottie empezó a hablar de la sobredosis.

—Caí desde un lugar lleno de luz y posibilidades a un lugar oscuro y sin esperanza —dijo—. Fue como encontrarme en el fondo de un pozo profundo con unas paredes tan escarpadas que no parecía posible trepar para salir de ahí.

Peggy reparó en que hablaba con un tono de voz plano, como si ya no le quedara entusiasmo por nada.

—¿Y ahora? ¿Todavía estás en ese pozo profundo?

Dottie tuvo que pensarlo.

—No, pero noto que voy a la deriva, como un barco que se ha soltado del amarre.

—¿Qué podemos hacer para anclarte de nuevo? —preguntó Peggy—. ¿Cuál es la respuesta? ¿Los amigos? ¿El trabajo?

—Ya estoy trabajando —dijo Dottie—. No es fácil, pero me obligo. —Desde que salió del hospital había conseguido terminar un relato mediocre y varios poemas, según había dicho—. Todos son profundamente cínicos, desde luego. En mis mundos ficticios no hay posibilidad de redención.

Le enseñó a Peggy un poema titulado «Résumé».

—Puede que sea el más oscuro de todos —señaló—. ¿Qué te parece?

Era breve, de solo ocho versos con tres o cuatro palabras en cada uno. Enumeraba los inconvenientes de diferentes métodos de suicidio, desde asfixiarse con gas hasta usar un arma o colgarse, y concluía que, para eso, más valía seguir vivo.

—¡Caray! —exclamó Peggy, perpleja—. Es el poema más deprimente que he leído jamás, pero también es muy potente. Tienes que incluirlo en la recopilación. ¿Te falta mucho para terminarla?

—Solo un poco —dijo Dottie, mordiéndose el labio inferior—. Pero

me pone nerviosa enviarla. No estoy lo bastante fuerte para recibir un rechazo.

—Te presentaré a Tommy Smith en la fiesta de lanzamiento de mi libro, la semana que viene —repuso Peggy—. Porque vendrás, ¿no?

La fiesta se celebraba en las oficinas de Boni & Liveright, y se propuso comentarle a Tommy que se mostrara alentador. No quería ser responsable de hundir a Dottie otra vez en ese lugar oscuro y sin esperanza.

LOS PADRES Y la hermana de Peggy fueron en coche a Manhattan para asistir a la fiesta, y Alvan la recogió a ella en un taxi. De camino, pasaron a buscar a Dottie para que no tuviera que ir sola.

Peggy estaba nerviosísima, pero al menos sabía que estaba guapa. Winifred la había ayudado a escoger un espectacular vestido de cóctel de crespón de China con cuello de terciopelo verde y media manga. Se había cortado el pelo en una melenita ondulada hasta la barbilla y llevaba los pendientes de esmeraldas que le había regalado Alvan. Lo único de lo que tenía que preocuparse era de las primeras reseñas de la novela, que saldrían publicadas en cualquier momento; de eso, y de presentar a Alvan a su familia.

Su padre le estrechó la mano con tal entusiasmo que casi parecía que estuviese bombeando agua de un pozo. Su madre fue excesivamente cortés y le preguntó de dónde era su familia y dónde se había criado, mientras que su padre lo interrogó acerca de su trabajo en enfermedades pulmonares. Alvan les habló de su diseño de una nueva cámara de oxígeno que ayudaría a los pacientes que sufrían trastornos respiratorios. Parecía llevar bastante bien el tercer grado paterno, así que Peggy aprovechó la ocasión para acompañar a Dottie al otro extremo de la sala y presentarle a Tommy.

Este tomó las manos de Dottie entre las suyas mientras le hablaba.

—Es un gran honor conocerla —dijo—. He leído su trabajo, desde luego, y estoy convencido de que nuestro editor de poesía, Horace Liveright, estará encantado de publicar cualquier cosa que pueda ofrecernos. Aunque sea la lista de la compra.

—Tenga cuidado con lo que promete —le advirtió Dottie—. Mi antología se titula *Cuerda suficiente*[2] y aborda temas bastante lúgubres. Quien la publique debería regalar una cuchilla para que los lectores puedan abrirse las venas después de leerla. —Le lanzó una mirada tímida y coqueta a través de sus pestañas—. O, como mínimo, para que puedan rasurarse el desagradable vello facial.

Tommy sonrió de oreja a oreja, todavía sosteniéndole la mano.

—Le presentaré a Horace en cuanto esté lista. Y tal vez podríamos

invitar también a un representante de Gillette.

Dottie soltó una carcajada: un sonido bastante poco habitual en aquellos días.

Peggy los dejó charlando y se paseó por la sala para saludar a sus invitados. Recibió numerosas felicitaciones y peticiones para que firmara ejemplares mientras los ayudantes de Boni & Liveright no hacían más que llevarle otro cóctel en cuanto se acababa el anterior. En las mesas había apilados numerosos ejemplares de su libro, con cubiertas azules y letras doradas. Cada vez que abría uno y lo hojeaba, le sorprendía ver ahí dentro sus palabras, y su nombre, Margaret Leech, en la cubierta. No parecía real; todavía no.

Tommy Smith dio unos golpecitos en su copa con una estilográfica para conseguir la atención de los invitados y comenzó su discurso. Dijo que, nada más leer las primeras páginas del libro de Peggy, supo que tenía que publicarlo, y que estaba encantado de anunciar que el crítico literario de *The New York Times* compartía su opinión. Se sacó la reseña del bolsillo haciendo una floritura y empezó a leer: decía que Peggy era «una novelista potente y original, perspicaz psicóloga y diestra observadora, con un talento excepcional para ofrecer vívidos retratos».

Peggy notaba que le ardía la cara. ¿Se había inventado Tommy esa cita? No podía creer que un periódico tan prestigioso dedicara tanta atención a su minúsculo libro, y mucho menos que lo elogiara de esa forma. Vació el cóctel de un trago y alguien le quitó la copa vacía y le puso otra llena en la mano sin preguntar.

Dottie la miraba desde el otro extremo de la sala con una sonrisa nostálgica. ¿Estaría imaginando que algún día le tocaría a ella? ¿O solo deseaba beber un trago? Todavía no le permitían consumir alcohol. Peggy levantó su copa hacia ella en un brindis silencioso.

SUS PADRES HABÍAN reservado una mesa para cenar en un restaurante cercano e invitaron también a Dottie y a Tommy. Alvan trabajaba en el turno de noche del hospital, así que no pudo acompañarlos.

Peggy entrelazó un brazo con el de su madre y el otro con el de Dottie mientras paseaban hacia el restaurante.

—¿Qué te ha parecido Alvan? —le preguntó a la mujer—. ¿Es lo bastante respetable para ti?

Hubo un silencio.

—Me gusta —dijo su madre—. Pero he charlado con él acerca de su ascendencia y está claro que algún día se casará con una buena chica judía. Espero que no te hayas hecho ilusiones de que te pida la mano.

Peggy siguió andando; sus pasos resonaban con una fuerza inusual.

Sabía que era cierto. ¿Por qué su madre tenía que acertar siempre en todo?

—Me alegro de que sea amigo tuyo —continuó diciendo la mujer—, pero no te pondrá un anillo en el dedo, y estoy segura de que habrás sido lo bastante lista para no dejar que toquetee la mercancía.

Dottie soltó un soplido y Peggy le dio un codazo en las costillas.

—Eso sería como intentar meter una tortilla en la cáscara del huevo —masculló Dottie.

Peggy esperó que su madre no la hubiera oído.

Llegaron al restaurante y los condujeron a una mesa redonda. Dottie se sentó al lado de Tommy Smith, y no tardaron en abstraerse en su propia conversación. Se los veía tan animados que Peggy temió que Dottie estuviera coqueteando con él. Tendría que encontrar un momento tranquilo para advertirla de que estaba casado.

Su padre se había encargado de que el restaurante consiguiera champán, y se lo sirvieron en unos vasos rectos y opacos. Peggy sintió una emoción especial al ver que el hombre se levantaba y daba un pequeño discurso sobre lo orgulloso que estaba antes de proponer un brindis por su inteligente hija.

Después de pedir la comida, la hermana de Peggy, Rose, se inclinó hacia delante.

—Yo también tengo noticias —anunció con una sonrisa tímida—. Las próximas Navidades llegará un paquetito muy especial.

Peggy tardó unos instantes en entenderlo.

—¿Esperas un niño? ¡Rose, qué maravilla! ¿Cómo no lo has dicho antes?

—Esta es tu noche —repuso su hermana, llevándose un brazo protector a la tripa—. Pero he creído que debíais saberlo.

Peggy se levantó y rodeó la mesa para darle un abrazo.

—Que me hagas tía es el mejor regalo del mundo. Estoy muy feliz.

Era cierto. Estaba feliz, por supuesto que sí, pero tuvo que esforzarse por no dejar de sonreír mientras todos comentaban la noticia. No tenía celos de Rose, ¿verdad? Sí, tal vez un poco. No le molestaba que estuviera embarazada, pero deseaba con toda el alma poder ser madre ella también.

UN PAR DE noches después, Peggy invitó a cenar a Alvan en su apartamento y comentaron cómo habían ido las presentaciones con la familia.

—Son buenas personas —dijo él—. Tu padre es un todo un caballero, pero no estoy seguro de qué le parecí a tu madre. Me hizo muchas preguntas sobre mis creencias religiosas. —Sonrió con cierta

burla hacia la generación anterior, que seguía dándole mucha importancia a esos detalles.

—A mí me dijo que no te dejara toquetear la mercancía si no piensas ponerme un anillo en el dedo —comentó Peggy con una sonrisa conspirativa.

—¿De qué mercancía estamos hablando? —preguntó Alvan, y alargó una mano para acariciarle los pechos—. ¿De esta? —Le metió una mano por debajo de la falda—. ¿O de esta? Tal vez deberías llamarla por teléfono y pedir que te lo aclare.

—Eres perverso —señaló Peggy mientras le apartaba la mano y se levantaba para recoger los platos. Siguió hablando con la cabeza vuelta hacia un lado, como si no tuviera importancia—: Mi madre está convencida de que algún día tendrás una boda tradicional con una buena chica judía, con su firma de la ketubá, su vaso roto y demás.

—Seguramente sí —dijo Alvan. Sus palabras cayeron como si fueran piedras—. Pero aún falta para eso. Estoy disfrutando mucho con mi autora de fama mundial, que es sexy e inteligente, y también una cocinera fantástica. ¿Quién querría cambiar nada de todo eso?

Peggy asintió para sí mientras servía el postre. En el fondo sabía que él nunca se casaría con ella y, a decir verdad, tampoco estaba enamorada de él. Sin embargo, las palabras de su madre y la noticia de Rose le habían recordado que no podía retrasarlo más. Tener hijos era uno de sus deseos más intensos y debía empezar a buscar un posible padre antes de que fuera biológicamente imposible tenerlos. Pronto cumpliría treinta y un años; no había tiempo que perder.

Esa noche, cuando hicieron el amor, se sintió más salvaje y libre que nunca. Alvan pensó que ese ardor especial se debía a su nueva posición como autora publicada, pero fue porque Peggy sabía que sería la última vez que se acostarían juntos y quiso aprovecharla al máximo.

A la mañana siguiente, cuando él se marchó, le escribió una carta de agradecimiento por los meses que habían pasado juntos y le deseó felicidad, pero le comunicó que no le veía futuro a su relación y que por eso le agradecería que no volviera a llamarla.

Justo después de enviarla por correo, se preguntó si había cometido un error. Alvan había sido su primer amante y, si no encontraba a nadie más, tal vez fuera el único. El sexo con él era delicioso y las conversaciones, fascinantes. ¿Qué había hecho?

Los días siguientes estuvo algo baja de moral, preguntándose cómo reaccionaría él a su carta. ¿Intentaría reconquistarla, tal vez? Si lo hacía, ella se sentiría tentada. Añoraba formar parte de una pareja y le entristecía pensar que Alvan podía haber sido su única posibilidad de tener hijos. Quizá habría podido convencerlo para que se casaran, pese a los temas religiosos, si hubiera aguantado algo más.

¿Y ella? ¿Le habría dicho que sí si se lo hubiera pedido? ¿Habría podido casarse con alguien a quien no amaba solo para ser madre? Sabía que muchas mujeres lo hacían, pero ¿eran felices con su elección? ¿Y si nunca encontraba a nadie más? Ya no estaba en edad de merecer, por así decirlo, y no tenía precisamente una cola de pretendientes en la puerta.

Entonces llegó una carta de Alvan, educada, pero sin rastro alguno de pasión. Le decía que entendía sus motivos y que no intentaría hacerle cambiar de opinión. Era la clase de respuesta que podría haber escrito ella a un anunciante que había decidido retirarse de las publicaciones de Condé Nast. Era evidente que Alvan tampoco estaba enamorado.

Peggy seguía triste, pero al menos aquella carta le confirmó que había hecho lo correcto. Alvan estaba demasiado centrado en sí mismo para ser la clase de marido que ella deseaba tener.

# Capítulo 41

# JANE

JANE SUBIÓ LA escalera de las oficinas de *The New Yorker* dando pequeños saltos. Eran las ocho de la tarde y Harold ya debería haber dado orden de imprimir el siguiente número, así que esperaba poder llevárselo a casa a cenar. En lugar de eso, oyó fuertes voces que salían de su despacho y reconoció el tono pomposo de Alec. Se detuvo un momento a escuchar.

—Es un disparate —estaba diciendo Harold—. Echa por tierra el ritmo de un texto que, por lo demás, está muy bien argumentado. Quitarlo mejora enormemente el artículo.

—Quitarlo no es una opción —contestó Alec—. Si insistes, retiro todo el texto y te quedas con una página en blanco. Tú eliges.

Harold se pasó los dedos por el pelo y tiró de él.

—¿Por qué me haces lo mismo cada vez, Alec? Estas emboscadas tuyas en el último minuto son muy poco profesionales y muy poco dignas de un amigo.

—Destrozar mi artículo tampoco es digno de un amigo. —Alec se cruzó de brazos, atrincherado en su posición.

Jane asomó la cabeza por la puerta.

—¿Problemas? —preguntó con ligereza—. ¿Necesitáis un árbitro imparcial?

—¡No es asunto tuyo! —bramó Alec—. ¡Largo de aquí!

Jane se quedó de una pieza ante su falta de educación y abrió la boca para contestar, pero Harold levantó la mano.

—¡Tregua! —pidió—. La frase se queda, pero no vuelvas a hacerme esto, Alec. Lo digo en serio. —Se volvió hacia ella—. Jane, dentro de dos minutos estoy contigo.

Descolgó el teléfono para llamar al impresor.

Alec pasó raudo junto a Jane sin mediar palabra. Ella le sacó la lengua a su espalda.

MIENTRAS CENABAN EN el 412 —un insulso plato de pollo con bechamel y arroz hervido, para no agravar las úlceras de Harold—, Jane le preguntó por el comportamiento de Alec.

—Ahora que ha decidido participar en la revista, ha pasado de mero espectador a tirano —se quejó Harold—. Intenta dirigir las reuniones editoriales, pero, por suerte, Raoul lo mantiene a raya. Y no te lo pierdas: va anotando cuánto le debemos, aunque le he dicho que de momento no pagamos a los colaboradores. —Arrugó la nariz—. El dinero se acaba y Raoul ha insinuado que paremos la publicación durante el verano, porque se venden menos ejemplares, y la retomemos en otoño.

Jane se horrorizó.

—¡No podemos hacer eso! No ahora que empezamos a contar con una base lectora más amplia. El público tiene una memoria muy corta. Nadie se acordará de nosotros en otoño, y todo el esfuerzo que hemos invertido no habrá servido de nada.

—Eso le he dicho yo. Le he pedido que repase los números una vez más.

Harold dejó el tenedor, como si el esfuerzo de llevárselo a la boca fuese demasiado para él, apoyó la cabeza en una mano y cerró los ojos.

—¿Ha entregado Dottie algún relato? —preguntó Jane, esforzándose por distraerlo de las preocupaciones económicas.

Eso lo hizo sonreír.

—Pues sí. ¡Y es genial! Va de un hombre con resaca que le pregunta a una amiga si hizo el ridículo la noche anterior, y ella no deja de insistir: «Estuviste perfecto», pero a lo largo de la historia queda claro que no fue así. ¡Típico de Dottie!

Jane rio.

—¡Maravilloso! Estoy impaciente por leerlo.

La llamaría para darle las gracias. Hasta el momento les había escrito tres relatos y un poema, además de hacer críticas teatrales con regularidad para una columna titulada «Anoche». Parecía encontrarse en un período de intensa productividad, aunque tenía algo de frenético, como si intentara distraerse para no pensar en sus problemas.

El nombre de Dottie en la portada de la revista ayudaría a vender más ejemplares, pero, por lo que respectaba a Jane, Alec era prescindible. Deseó que Harold dejara de encargarle artículos. Con eso, al menos rebajaría en parte la constante presión que soportaba.

UNA ABRASADORA TARDE de finales de julio, Jane corrió de vuelta al 412 para recoger unas notas del artículo en el que estaba trabajando y le sorprendió encontrar la puerta de su apartamento privado entreabierta. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que tal vez

Harold se había sentido indispuesto en la oficina y había vuelto a casa a descansar. En lugar de eso, entró en su salón y encontró a Alec sentado en una butaca, leyendo una carta, como si aquellos fuesen su sala y su sillón.

—¡Hola! —exclamó Jane con sorpresa—. ¿Te ha abierto Harold? ¿Está aquí? —Miró alrededor.

—No, hace un tiempo me dio una llave para que pudiera tomar prestados libros cuando quisiera. —Dejó la carta que estaba leyendo y se levantó—. Supongo que subiré otra vez arriba. —Y se acercó lentamente a la puerta.

Jane se inclinó para darle la carta, pensando que se la había dejado, y vio que iba dirigida a ella. Era de una amiga, Janet Flanner, que vivía en París. Jane le había escrito para preguntarle si le interesaría contribuir a la revista con una pieza titulada «Carta desde París», y aquella debía de ser su respuesta.

Se quedó pasmada ante el descaro de Alec, que se había atrevido a leer su correspondencia. ¿La había abierto él mismo, o ya lo había hecho Harold y él la había encontrado allí por casualidad? De cualquier forma, era una invasión de su intimidad imperdonable. Le dio repelús pensar que Alec entraba en su apartamento y curioseaba entre sus pertenencias. Tenía que hacer algo.

Llamó a Harold a la oficina y le preguntó si había abierto la carta de Janet Flanner. Él reaccionó con asombro y dijo que no.

—Pero ¿le diste a Alec una llave de nuestro apartamento? —quiso saber ella.

—Se la presté una vez, hace siglos, y nunca me la devolvió —reconoció Harold—. ¿Quieres que se la pida?

Jane se mordió el labio. No quería que su marido tuviera más estrés en esos momentos.

—Déjamelo a mí —dijo—. Yo me encargo.

Esperó unos minutos para ordenar las ideas. Alec había cruzado un límite y ella tendría que tomar medidas. Hasta ahí habían llegado.

Subió a la segunda planta y llamó a su puerta. Cuando Alec abrió, en lugar de invitarla a pasar, se plantó en el umbral cortándole el paso.

—Alec, te informo de que queremos recuperar tus dependencias —dijo—. Harold y yo necesitamos más espacio. Te daremos tiempo para que busques otro apartamento, desde luego.

Él entornó los ojos.

—¿Sabe Harold algo de esto?

—Por supuesto que sí —mintió Jane—. Lo hemos hablado no hace ni cinco minutos. ¿Recuerdas que desde el principio dijimos que era un acuerdo temporal? Este es nuestro hogar y lo queremos para nosotros solos. —Habló con un tono agradable, incluso sonriendo,

aunque el corazón le iba a toda velocidad.

—No creo que Harold quiera que me vaya. ¿Por qué no te vas mejor tú, Jane? ¿Cuánto tardarás en reconocer que tu matrimonio es una farsa? —Su rostro se retorció con maldad—. Harold está harto de que te entrometas en la revista y obligues a todo el mundo a tragarse tus ideas. Nos harás un gran favor si eres tú la que se marcha.

—Claro, eso te encantaría, ¿verdad? —espetó ella—. Así podrías mangonear a Harold aún más. Su salud se está resintiendo y tú eres en gran medida responsable. Te he comunicado nuestra decisión de que salgas de la casa y, si me obligas, haré que te presenten un aviso oficial de desahucio.

Alec se apoyó en la pared, como dando a entender que no tenía ninguna intención de marcharse, y ladeó un poco la cabeza.

—Siempre me ha maravillado que Harold se casara con alguien tan del montón. Tan corriente y moliente. Con ese físico y esa personalidad tan chabacanos; es un milagro que lograras pescar marido, y más aún a un hombre tan brillante.

Jane ya había demostrado paciencia suficiente; de pronto, se sintió dispuesta a pelear.

—En realidad no eres impotente, ¿verdad, Alec? —dijo—. Hay quien cree que eres homosexual, pero yo opino que solo utilizas esa vieja historia de las paperas como excusa, porque estás demasiado gordo y eres demasiado asqueroso para conseguir a las chicas con las que te gustaría dejarte ver. ¿Realmente pensaste que tenías alguna oportunidad con Neysa? ¿O conmigo, para el caso? Intenta trabajarte un poco la personalidad, además de la cintura, si no quieres quedarte soltero toda la vida.

—¿Crees que alguna vez me interesaste? Eso es ridículo. Te desprecio, Jane. Siempre lo he hecho.

Ella sabía que estaba mintiendo. Habían sido amigos, años atrás. Solo dejaron de serlo cuando se casó con Harold.

—¿Por qué apartas a todas las personas que se preocupan por ti, Alec? Dottie, Harold, yo… A este paso, vas a ser un viejo muy solitario. A veces me pregunto si la persona que más detestas no serás tú mismo.

Alec le cerró la puerta en las narices con tal fuerza que un espejo vibró contra la pared. Temblando de ira, Jane bajó la escalera a zancadas y regresó a su apartamento. Tendría que contarle a Harold lo que acababa de hacer y obligarlo a que la apoyara, pero no se arrepentía. Era insoportable vivir bajo el mismo techo que alguien que se mostraba tan hostil; Harold debía encontrar un hogar apacible al regresar del trabajo, no otro campo de batalla.

Lo llamó a la oficina, pero estaba reunido. Ella tenía que regresar a *The New York Times* y escribir su artículo para la edición de la

mañana, así que hablaría con él más tarde. Solo esperaba que Alec no lo importunara mientras tanto con su propia versión distorsionada de su choque tectónico.

YA ERA TARDE cuando Harold regresó a casa oliendo a whisky. No debía beber, por sus úlceras, pero Jane se guardó de criticarlo.

—¿Has hablado con Alec? —preguntó.

Él asintió.

—Intentaría mediar, pero supongo que ya no hay vuelta atrás —dijo él. Llevaba el agotamiento escrito en la cara—. Alec dice que está buscando otro apartamento.

—Bien —repuso Jane—. Aquí tendremos un ambiente mucho más apacible sin él.

Harold fue al baño y ella oyó que abría el armarito para sacar sus pastillas y llenaba un vaso con agua del grifo. A continuación se lavaría los dientes. Después de cinco años de matrimonio, se conocía de memoria todas sus costumbres, igual que él las de ella.

Sabía que profería un pequeño gruñido cuando se inclinaba para quitarse los calcetines; sabía que los lanzaría al cesto de la ropa sucia y no acertaría; sabía que, tras meterse en la cama, se quedaría dormido en cuestión de minutos, y tan profundamente que no se despertaría ni aunque un huracán arrasara la habitación.

Le gustaba mirar su rostro cuando dormía, porque se le relajaban las arrugas que solía tener durante el día; hundía la mejilla en la almohada y su respiración era tan leve que apenas se percibía. El amor que sentía por él en esos momentos era puro y sin complicaciones; no tenía que ver con su pasado compartido, tampoco con el futuro que esperaba junto a él. Solo ocupaba el momento presente, y la llenaba de felicidad de la cabeza a los pies.

*THE NEW YORKER* superó el verano como buenamente pudo sin interrumpir su publicación y, justo cuando estaban a punto de quedarse sin dinero, Raoul Fleischmann apareció con un préstamo de su madre que los mantendría a flote y les proporcionaría más dinero para tener la liquidez suficiente, La suerte de la revista dio un vuelco en otoño, cuando un artículo titulado «Por qué vamos al cabaré» se distribuyó por todo el mundo y, gracias a ello, ganaron miles de nuevos lectores. Parecía que existía un público para la información de primera mano sobre la vida nocturna de la ciudad, así que Harold le

encargó a Lois Long que escribiera una columna llamada «Mesa para dos», en la que ofrecía animadas descripciones de sus atrevidas aventuras en clubes y bares clandestinos de toda la ciudad.

En el 412, Jane y Alec tenían la precaución de evitarse. Si ella lo oía en el comedor comunitario, se quedaba en su apartamento. Si estaba en el vestíbulo, esperaba a que se hubiera marchado antes de salir ella. Alec había dicho que estaba buscando apartamento, pero el progreso parecía lento y no había ninguna señal de que pensara hacer las maletas.

Las úlceras de Harold empeoraron después de Navidad y, al final, por prescripción médica, ingresó en un sanatorio para someterse a una cura de reposo durante dos semanas. Jane lo animó a ir; era justo lo que necesitaba. Su propia vida también era más fácil de gestionar cuando solo tenía que ocuparse de su trabajo durante el día y de quedar con sus amigas por la tarde. Volvió a pasar el rato con Dottie, Winifred y Peggy, juntas y por separado. Dottie y ella fueron a bailar al Savoy Ballroom, un club de Harlem. Les gustaba porque era uno de los pocos locales nocturnos donde blancos y negros podían mezclarse. Evitaba el Gonk a toda costa, y apenas ponía un pie en las oficinas de *The New Yorker*.

El día que Harold tenía que salir del sanatorio, lo llamó y le preguntó si quería que fuera en tren hasta allí para acompañarlo de vuelta a Manhattan. No estaba segura de si estaría muy débil, y tal vez le fuera bien un poco de ayuda durante el viaje.

—No hará falta —dijo Harold—. Pero sí quiero un poco de paz durante la convalecencia, así que he reservado una habitación en el hotel Webster. Solo será una temporada. El médico me ha dicho que evite toda fuente de tensión.

—¡Pero si soy tu mujer! —protestó ella—. Espero no ser una fuente de tensión.

—No, pero la situación en casa es… difícil para mí.

Maldito Alec, que todavía no se había marchado.

—¿Quieres que vaya a verte después y cenamos juntos? —propuso.

—Mañana. Esta noche me irá bien descansar después del viaje.

Jane se preguntó si estaba enfadado con ella por haber discutido con Alec. Los dos habían sido muy buenos amigos antes de eso. Comprendía que lo ponía en una posición delicada, pero ella era su mujer y él debía apoyarla.

—Lo entiendo —dijo—. Es solo que te echo de menos, cielo. Estoy impaciente por verte.

—Yo también te echo de menos, gatita.

Jane colgó el teléfono con decepción. Había estado contando los días para volver a verlo, pero suponía que tendría que esperar. Su salud era lo primero. Pobre Harold.

# Capítulo 42

# DOTTIE

DESPUÉS DE QUE Peggy terminara su relación con Alvan, Dottie dejó el psicoanálisis. Además, tampoco tenía la sensación de estar progresando. Entendía mejor por qué reaccionaba como lo hacía ante ciertos desencadenantes —sobre todo, por qué era tan sensible a «los altibajos emocionales de las relaciones románticas», como lo expresaba Alvan—, pero no sentía que le hubiera dado herramientas para ayudarla a cambiar. Tal vez sería así para siempre y debía aprender a vivir con ello.

Cuando salió del hospital después de la sobredosis, Winifred se ofreció a invitarla una tarde a su salón de belleza preferido. Le dijo que ella iba una vez a la semana.

—No es que sea vanidosa —señaló, algo avergonzada—, pero en mi trabajo es importante tener buen aspecto.

Su salón habitual no era uno caro del Upper East Side, sino un establecimiento de Chinatown regentado por inmigrantes egipcias. Era un sitio limpio, con iluminación tenue, cojines mullidos en el suelo y una suave música egipcia que sonaba de fondo. Una mujer mayor con velo se hizo cargo de Dottie y le sostuvo la cara con cuidado entre las manos para examinarla primero de un lado, luego del otro, y después declarar que le iría bien un masaje con aceite caliente en la cabeza y los hombros, seguido de una limpieza de cutis.

Dottie se tumbó en los cojines mientras la mujer le aplicaba gotas de aceite aromáticas en la piel y empezaba a frotar despacio y con sensualidad. Al cabo de poco, cayó en una especie de letargo en el que se sintió protegida, cuidada y completamente en paz con el mundo. Cuando la mujer empezó a masajearle el cuero cabelludo, se le relajó hasta el último músculo del cuerpo y casi sintió ganas de llorar. Era maravilloso que te mimaran así. Sin duda, Alvan le habría dicho que la esteticista era una sustituta de la figura materna, pero no le importaba. La mujer era buena en su trabajo y Dottie no quería que el tratamiento acabara jamás.

—Si fuera usted un hombre, le pediría que se casara conmigo —dijo después.

—Si yo fuera un hombre, diría que sí —respondió la mujer con una sonrisa.

Dottie se volvió hacia Winifred.

—Te juro que esta última hora me ha ayudado más que un año entero de psicoanálisis. Alguien debería decirle a Alvan que ha escogido la profesión equivocada.

Después de ese día, empezaron a quedar todos los viernes por la tarde en el salón de belleza para hacerse uno o dos tratamientos, y luego iban a tomar un refresco. A Dottie le gustaban la delicadeza y el tacto de Winifred. Peggy y Jane no hacían más que interrogarla sobre si comía como era debido, cuánto estaba trabajando y, sobre todo, cuánto alcohol consumía, pero Winifred esperaba que le diera la información de manera voluntaria y nunca la presionaba.

Normalmente hablaban de temas femeninos, como la última moda, consejos de belleza y artículos de revistas que habían leído, pero un día Dottie soltó algo de lo que acababa de enterarse y que la había dejado muy alterada.

—¿Sabías que Charlie MacArthur se ha casado con Helen Hayes? —preguntó, y calló un momento para serenarse—. Bob me ha llamado para contármelo.

Winifred frunció los labios con compasión.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué ella y no yo? —dijo Dottie. Era como si le hubieran dado una puñalada en la espalda, aunque suponía que no tenía derecho a estar molesta—. Tú la conoces, Winifred. ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Winifred negó con la cabeza, perpleja.

—No tiene tu ingenio ni tu inteligencia, pero supongo que es bastante agradable.

Dottie se echó a reír.

—Espero que nunca digas de mí que soy «bastante agradable». Haces que suene como el insulto más vil.

—Tal vez Charlie deseaba una vida apacible, con una esposa dócil. Tú nunca lo habrías sido.

Dottie soltó un bufido.

—Alec me dijo que ya le había sido infiel antes de acabarse el pastel de bodas. Pues buena suerte, chica. Tengo que conseguir apartarme de los Charlies de este mundo. Me falta resistencia para la clase de hombre que te acelera así el corazón.

—¿Y cuál es la alternativa? —preguntó Winifred—. ¿Salir con alguien que te guste, pero que no te provoque esa emoción? El sexo sin pasión debe de ser como un cóctel sin alcohol.

Dottie estaba de acuerdo.

—También puedes acostarte con hombres casados solo por el sexo, con la tranquilidad de saber que de todas formas nunca llegará a nada. Yo lo he estado probando últimamente.

—No parece muy edificante —opinó Winifred—. Seguro que es

posible tenerlo todo: amor, sexo y también amistad. Si escoges con cuidado.

Sonrió para sí con una mirada perdida.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —preguntó Dottie al fijarse en su expresión.

Winifred negó enseguida con la cabeza.

—Tengo curiosidad por ese hombre con el que te vi en el Gonk la semana pasada. Uno muy joven. Pelo castaño, con la raya al lado. Tan entregado a ti que se deleitaba con cada palabra que decías.

Dottie hizo memoria.

—Debes de referirte a Seward. Seward Collins. Es un periodista literario que intenta fundar una nueva revista sobre libros y quiere encargarme algo.

—Pues parece que quiera de ti algo más que un «encargo»… A menos que eso sea un eufemismo. —Winifred le ofreció un guiño travieso.

Era cierto. Seward la adoraba, cosa que a Dottie le resultaba divertida. No era su tipo: poquita cosa y más bien bajito, ni la mitad de guapo que Eddie o Charlie, y seis años menor que ella, lo cual suponía demasiada diferencia de edad. Lo único que lo salvaba era su inteligencia y su fortuna, ya que era el heredero de una cadena de tiendas de tabaco.

—Mi máquina de escribir tiene más años que él y me resulta mucho más útil —le dijo a Winifred—. Aunque supongo que la atención me halaga.

—¿Por qué no le das una oportunidad? Lleva la amistad un poco más allá —propuso Winifred con una mirada sugerente—. Tal vez te sorprenda.

Dottie arrugó la nariz.

—Nunca me he acostado con alguien sin sentirme arrebatada por la pasión… o sin estar demasiado borracha para que me importara. Tomar decisiones racionales no es mi *modus operandi* cuando se trata de amor.

—¿Y qué tal te ha funcionado? —preguntó Winifred con esa clase de mirada compleja, en parte molesta y en parte seria, que solo una actriz era capaz de conseguir.

Después de su conversación, Dottie lo estuvo pensando. Estaba harta del juego del escondite que implicaba salir con un hombre casado: no poder llamarlo a casa ni hacer planes con antelación, y ser siempre la segunda opción en sus prioridades. Era un mal sucedáneo de una relación y, además, existía el riesgo de enamorarte y que te hicieran daño. Seward la adoraba y estaba soltero…

RECORDÓ LAS PALABRAS de Winifred sobre que tal vez el joven la sorprendiera y decidió probar. Si era bueno en la cama, tal vez se planteara una aventura con él; si era un desastre, pasaría página.

Seward parecía nervioso cuando lo invitó a su apartamento una tarde, le ofreció asiento y empezó a besarlo. El chico llevaba meses detrás de ella, pero, cuando se le presentó la oportunidad, no acababa de lanzarse.

—¿Estás segura de que quieres esto? —preguntó con incredulidad.

Dottie prácticamente tuvo que desnudarlo para que se diera cuenta de que pretendía hacer el amor con él, y entonces se convirtió en un participante entusiasta. No tenía el talento de Charlie, pero tampoco habría practicado con un surtido tan amplio de mujeres…, y eso no tenía por qué ser malo.

La tarde después de su primera noche de pasión, Seward le regaló un reloj de oro de Cartier con diamantes engastados. Era delicado y caro, con una esfera *art déco* y correa de concha.

—Te habría salido más barato en el local de Polly Adler —comentó Dottie mientras se lo ponía en la muñeca y admiraba cómo le quedaba—. Allí las chicas solo cuestan diez dólares, o eso tengo entendido.

Seward se sonrojó.

—No pretende ser un pago por lo de anoche. ¡Es un regalo! Me gustas mucho, Dottie. Quiero que sepas que mis intenciones son serias.

—Pareces un agente inmobiliario que pretende cerrar una venta —señaló ella, pero su entusiasmo la conmovió.

Era agradable tener a alguien tan perdidamente enamorado. Y un hombre perdidamente enamorado y rico le parecía un extra. ¿Por qué no darle una oportunidad? Después de todo, tal vez podía intentar sentir lo mismo por él.

EN ABRIL, NEYSA llamó para proponerle que los visitara a Jack y a ella en la casa que se habían construido en Sands Point, en Manhasset Bay.

—No es tan magnífica como la mansión de Herbert Swope —dijo—, pero tiene unas vistas espectaculares. Queremos presentarte a la pequeña Joan. Ahora que ya gatea y balbuce algunas palabras, tiene que conocer a su tía Dottie.

—¿Puedo presentarme con un acompañante? —preguntó ella—. Tiene coche y podría llevarnos hasta allí.

Era agradable contar con un novio al que poder invitar, y quería exhibir a Seward delante de Neysa. Su amiga había sido tan condescendiente con lo de Charlie que Dottie deseaba demostrarle de una vez por todas que lo había superado.

Seward y ella llegaron un viernes por la noche, ambos hambrientos

después del trayecto, pero por algún motivo la pequeña Joan no quería irse a dormir, así que la cena se retrasó. Para cuando sirvieron la comida, todos habían bebido demasiado whisky —hacía tiempo que Dottie había abandonado su intención de ser abstemia— y discutió con Jack sobre política sudamericana, un tema del que ella no sabía absolutamente nada. Seward parecía avergonzado, pero mantuvo la cabeza baja y no intervino.

Dottie despertó al día siguiente con un dolor de cabeza terrible y, cuando decidió bajar para pedir un poco de aspirina en polvo, Neysa le puso a su hija en los brazos.

—Se ha terminado todo el desayuno como una niña buena —dijo con una crispante voz infantil—. Y ahora se va a quedar con su tía Dottie mientras mamá busca la aspirina para el dolor de cabeza.

Dottie nunca había sostenido a un bebé, pero había visto que las madres los movían arriba y abajo, así que agitó a Joan en los brazos. La niña soltó un gritito de satisfacción y Dottie la zarandeó con más energía, pero entonces la pequeña abrió la boca, soltó una arcada y le vomitó una papilla de un amarillo anaranjado sobre la bata de seda.

—¡Joan! —exclamó Dottie, sosteniéndola con los brazos estirados mientras observaba el estropicio y luego fingía reñirla—: Tengo por norma romper la amistad con todo el que me vomita encima. Es mi última advertencia.

La niña arrugó la cara y empezó a llorar. Neysa cruzó la cocina corriendo para quitársela de las manos.

—Dottie, por el amor de Dios, no entiende el humor de los adultos.

—Y tú tampoco, al parecer —murmuró ella.

Con ese desafortunado comienzo, el día solo hizo más que empeorar cuando Dottie descubrió que todo su horario estaba condicionado por la pequeña Joan. Comidas, salidas… Nada podía ocurrir a menos que la niña estuviera a gusto y feliz. Seward se avenía a todo como un huésped educado, pero a ella le costaba horrores. No podía evitar pensar en su hijo, Jacob, que ya habría cumplido cuatro años. Seguro que habría estado corriendo y riendo y hablando con todos, y estaba convencida de que habría sido mucho más interesante que esa niña tan sosa, que no hacía mucho más que llorar y cagar.

Neysa había cambiado. Dottie había esperado recuperar la amistad adulta y los cotilleos que solían compartir cuando eran vecinas de descansillo. No reconocía a esa persona que hablaba con voz de bebé y a quien no le interesaba ningún tema más que su niña prodigio. Echaba de menos a su antigua compinche y deseaba encontrar aunque solo fuera un destello de ella.

Después de comer, envió a Seward a que le sirviera una ginebra de la licorera que había en el salón para sentirse algo más afable y menos sarcástica. Con el vaso en la mano, salió al jardín para reunirse con

sus anfitriones, pero no se dio cuenta de que Joan estaba gateando en el césped. Cuando vio a la niña descalza, ya era demasiado tarde para frenar, pero al menos tuvo la presencia de ánimo —y la agilidad— de lanzarse lejos y evitar pisarla. Para conseguirlo, se golpeó el hombro e hizo un mal gesto con las lumbares, pero estaba segura de no haber tocado a la pequeña, que de todas formas se puso a berrear con su formidable capacidad pulmonar.

Neysa corrió hacia ella, levantó a la preciosa criaturita y empezó a examinar hasta el último centímetro de su piel en busca de alguna herida.

—¡Cómo has podido! —repitió varias veces—. ¡Solo es un bebé!

Tanto Jack como Seward se apresuraron a asegurarle que había sido un accidente y, por suerte, nadie había salido herido.

—¿Que no hay nadie herido? —espetó Dottie al oír eso—. ¿Y yo no cuento, solo porque no llevo pañales? —Se frotó el hombro, que le dolía y estaba magullado.

Neysa y Jack se retiraron al interior de la casa para acostar a Joan y que durmiera la siesta. Dottie había derramado su bebida, así que envió a Seward a por otra.

—Bueno, ha sido mala pata —comentó este al regresar—. Pero debo decir que caes con una elegancia espectacular. O con una espectacularidad muy elegante.

—Hago lo que puedo —repuso ella—, pero creo que no estoy hecha para adorar a un bebé. Sin duda, Joan crecerá y se convertirá en una joven excepcional, pero ahora mismo me aburre más que una ostra.

—¿Y qué esperabas? —preguntó Seward—. Es un poco joven para bailar claqué y dar recitales de flauta.

—Supongo que todos los niños son aburridos —dijo Dottie—. En la naturaleza, muchos animales se comen a sus crías y, viendo a la pequeña Joan, entiendo por qué.

—¡Serás bruja!

Dottie se volvió y vio a Neysa en la puerta. Había oído hasta la última palabra.

«Mierda», dijo para sí.

—¡Cómo te atreves! —espetó Neysa—. No has hecho más que quejarte desde que has llegado. Nunca he visto a una invitada más maleducada. No sé por qué te has molestado en venir, si tanto te aburrimos.

—Por nostalgia, supongo —dijo Dottie—. Te conocí en los días en que todavía tenías personalidad.

Seward se puso en pie enseguida.

—Dottie —dijo—. Me parece que es hora de que nos marchemos. ¿Por qué no recoges tus cosas y te llevo de vuelta a la ciudad?

—Muy buena idea —convino Neysa, que temblaba de rabia.

Dottie se encogió de hombros y subió a hacer la maleta llevándose el vaso consigo.

—¿HE ESTADO FUERA de lugar? —le preguntó a Seward durante el trayecto de vuelta, todavía con la ginebra en la mano—. ¿O Neysa ha reaccionado de una forma exagerada? No sé, sinceramente, ¿no te ha parecido uno de los bebés más aburridos que has visto jamás?

—Sí, sí y sí —dijo él.

—A la porra la invitación para pasar el verano con ellos. Qué lástima perdernos cualquier nueva habilidad que haya adquirido la pequeña Joan… Tendrán que encontrar a otros invitados a quienes matar de aburrimiento.

En el fondo estaba triste por haber puesto fin a su amistad. Tal vez pudieran retomarla algún día, en un futuro lejano, cuando Neysa abandonara el culto a la maternidad y volviera a ser divertida. Aunque lo dudaba.

DOTTIE Y SEWARD pasaron casi todo el verano juntos haciendo excursiones a la playa en el coche de él. También le compró un terrier escocés que se llamaba *Daisy,* una monada que resultó tener un gusto infalible en cuestión de humanos y siempre gruñía a Alec, pero saltaba con la lengua fuera para recibir a Winifred.

Seward tenía una conversación pasable y le ofrecía a Dottie muchos consejos útiles para vender su obra, pero tanta adoración empezaba a ponerla de los nervios. Siempre lo tenía dispuesto a ir a buscarle un refresco o una sombrilla, sí, pero ese entusiasmo lo hacía menos viril a sus ojos. El atractivo de acostarse con él empezó a palidecer. Cuando el verano dio paso al otoño, Dottie seguía aferrándose a la relación porque era preferible a estar sola, pero se sorprendía siendo desagradable con el pobre Seward cada vez más a menudo.

—Cielo, ¿subes a buscar mi pitillera? —le pidió una noche en el Gonk—. Está en la cómoda.

Él se levantó al instante.

—Ni siquiera se lo has pedido por favor —comentó Peggy cuando él no podía oírla—. Lo tratas como a un felpudo. Seguro que para ti no es agradable, y le estás rompiendo el corazón al pobre chico.

Dottie se sintió culpable e hizo hincapié en darle las gracias cuando regresó.

Otra noche, Bob le preguntó: —¿Dónde tienes hoy al chico de los

recados? ¿Está arriba, dándole lustre a los zapatos y zurciéndote las medias? Espero que le pagues un buen sueldo.

Dottie se sintió reprendida.

Cuanto más se enfriaba su pasión, más la perseguía Seward. ¿Era así como se había sentido Charlie al final de su relación, cuando ella no hacía más que ir detrás de él? ¿Era cruel por su parte dejar que Seward se hiciera ilusiones? ¿Sería ella su Garza Blanca algún día?

Intentó obligarse a ser más amable con, pero era evidente que el final se acercaba.

¿Conseguiría enamorarse de un hombre que también la amara a ella? ¿O estaba destinada a perder la cabeza solo por quienes no la correspondían? Su historial no dejaba mucho lugar a la esperanza, pero al menos había podido disfrutar de una aventura de varios meses en la que no le habían roto el corazón y tras la que tampoco había querido quitarse la vida. Estaría eternamente agradecida por esas pequeñas bendiciones.

# Capítulo 43

# WINIFRED

WINIFRED LLEVÓ A Eva a la fiesta de presentación de la primera antología de poemas de Dottie, *Cuerda suficiente,* que Elinor Wylie había organizado en su apartamento. Cuando llegaron, la sala estaba abarrotada y solo quedaba sitio para quedarse de pie. En la mesa donde servían las bebidas había tal aglomeración que era imposible acercarse. Jane las llamó con el brazo. Había tenido la precaución de hacerse con una bandeja entera de bebidas y pudo ofrecerles una a cada una.

—No sé por qué tenía que celebrarse la fiesta aquí, y no en las oficinas de la editorial —se quejó—. Creo que Elinor quiere robar protagonismo.

—Reconoce que ha demostrado tener espíritu deportivo al permitir que las hordas pisoteemos su alfombra persa y derramemos licor en sus sillas de anticuario —señaló Eva mirando alrededor.

—¿Espíritu deportivo u olfato comercial? ¡Mirad! —Jane les enseñó un ejemplar del libro, que llevaba una elegante sobrecubierta en gris y amarillo—. Dottie se lo ha dedicado a Elinor. Es evidente que prefiere las nuevas amistades a las viejas.

A Winifred le sorprendió ver a Jane tan celosa.

—Me comentó que Elinor la había ayudado mucho a la hora de editar y ordenar los poemas —dijo, conciliadora—. Supongo que por eso la menciona.

Eso no apaciguó a Jane, que miró con mala cara a un corpulento editor literario cuando el hombre le golpeó el codo al pasar junto a ella.

—Veo que Dottie no ha invitado a Seward —señaló Winifred mirando a la protagonista del día, que se encontraba al otro extremo de la sala.

Estaba preciosa con el vestido carmesí que Winifred le había aconsejado que se comprara; el color realzaba su pelo y sus ojos oscuros.

—Lo ha mandado a tomar viento —informó Jane—. Todos lo veíamos venir.

—Pues qué pena… —dijo Winifred. Opinaba que Seward le daba estabilidad a Dottie, pero era evidente que aquella no era una cualidad que buscara en un hombre—. ¿Dónde está Harold? ¿Vendrá

más tarde?

Jane dudó antes de contestar.

—No es una ocasión muy de su agrado —lo excusó—. Nunca ha sido muy forofo de las fiestas. Además, se acerca la fecha límite para el siguiente número.

Habló sin mirarlas, y a Winifred le dio la impresión de que ocultaba algo. Se preguntó qué sería.

—Y ya que estamos… —siguió diciendo Jane, aunque no quedó claro a qué se refería—, me pregunto si alguna de vosotras podría arrojar algo de luz sobre esto.

Sacó una copia de «Guía de directores para actrices», el poema que Winifred y Eva habían coescrito, y se lo entregó.

—¿Cómo narices ha llegado a tus manos? —preguntó Winifred, intentando poner cara de póker—. Les hemos dado copias a muy pocas personas.

—No puedo desvelar mi fuente —dijo Jane—, pero me parece divertido, a la vez que toca un tema serio. Harold tiene muchas ganas de publicarlo en *The New Yorker,* si conseguimos el permiso del autor… o las autoras. —Miró a una y a otra.

Winifred sintió cierto recelo.

—No se mencionaría ningún nombre, ¿verdad?

—Podría pedirle que lo publicara de forma anónima.

Winifred miró a Eva como preguntando: «¿Por qué no?».

—Creo que puedo hablar en nombre de las autoras para darte permiso —repuso Eva—. Siempre que sus nombres no se relacionen con ello.

—¡Maravilloso! —exclamó Jane—. Ya os haré saber…

Se vio interrumpida por Elinor, que pedía silencio para hacer un anuncio. Bill la ayudó a subirse a un escabel para que se la viera por encima de las cabezas de los presentes y ella empezó a alabar la genialidad simpar de Dottie en un discurso salpicado de elogiosos superlativos y numerosas menciones de nombres conocidos.

Dottie quería morirse de vergüenza ajena y, al cabo de pocos minutos, la interrumpió tirándole de la manga, con lo que casi la hizo caer del escabel.

—Olvídate de tanta hipérbole, Elinor —pidió, arrastrando las palabras—. ¡Limítate a decirles que compren el maldito libro!

DESPUÉS DE LA presentación, Winifred y Eva fueron a cenar, y especularon sobre cuál sería la reacción si Harold publicaba su poema en *The New Yorker.*

—Llegará a los oídos de los directores que mencionamos —comentó

Winifred con preocupación.

—Pues que se enteren —replicó Eva—. ¿Qué van a hacer, más que cambiar de actitud para intentar probar que las acusaciones son falsas? Ojalá hubiésemos citado también a… —Y nombró al director que había violado a Winifred.

—¡Dios mío, no! Detestaría que pensara que he tenido algo que ver. —Se estremeció solo con pensarlo.

—Ya no puede hacerte daño —la tranquilizó Eva—. Y, si con eso se lo piensa dos veces antes de agredir a alguien más, habremos conseguido algo bueno.

—¿Qué crees que dirán en el Gremio Teatral? —preguntó Winifred.

La junta de la asociación la había invitado hacía poco a dirigir el primer curso que organizaban para actores, y ella se había sentido honrada y contentísima de aceptar. Detestaría que algo pusiera en peligro su nuevo papel.

—No tienen forma de enterarse —opinó Eva—. No lo pienses más.

Después de cenar, fueron paseando a casa de Winifred. Eva vivía en Nueva Jersey, donde compartía un apartamento con otras tres mujeres, así que solían quedarse en el de ella, pese a lo pequeño que era. Había pensado que sentiría que invadían su espacio cuando Eva empezó a dejar allí ropa y artículos de tocador, pero en realidad le encantaba. Las noches que Eva no estaba, se sorprendía acariciando su bata irisada de seda rosa y oliendo su aroma a jazmín, todavía maravillada por la suerte que había tenido.

Enamorarse de una mujer había sido una gran revelación, algo del todo diferente a sus anteriores relaciones con hombres. Para empezar, estaban en igualdad. Ninguna de las dos dominaba la toma de decisiones, sino que lo discutían y lo acordaban todo, y Winifred nunca se sentía intimidada ni avasallada. Compartían las tareas de cocina y limpieza, hablaban del trabajo y apoyaban los planes de la otra. Era como tener a una mejor amiga y una amante en la misma persona. A Winifred le encantaba esa clase de intimidad, además de las delicias del sexo.

Lo único que todavía le costaba era pensar en sí misma como en una lesbiana. ¿Qué diría su ferviente madre católica si se enteraba? ¿Afectaría a su carrera? ¿Y sus amigas? ¿La repudiarían?

—No hace falta que lo sepa nadie, ¿o sí? —dijo Eva—. Nuestras amigas suponen que pasamos tiempo juntas por Arnold Rothstein. Tu madre cree que soy una nueva compañera. La gente del teatro piensa que colaboramos. ¡Es fácil!

Pero Winifred se preguntaba qué ocurriría más adelante. Si Eva fuese un hombre, algún día se plantearían casarse; ellas, sin embargo, no podrían hacerlo jamás. Empezaba a considerar si no debían buscar un apartamento juntas. Podían escoger uno con dos dormitorios, para

que las visitas no sospecharan que eran algo más que compañeras de piso. ¿Bastaría con eso?

—Te preocupas demasiado —opinó Eva—. Disfrútalo y ya está.

Le retiró el pelo de la nuca con una caricia y dejó que sus labios se posaran en la piel sensible de debajo de la oreja.

EL POEMA DE *The New Yorker* suscitó muchos comentarios, la mayoría de apoyo. Los directores aludidos reaccionaron con el silencio. La advertencia estaba ahí fuera, y Winifred pensó que había merecido la pena si, con eso, las actrices jóvenes estaban algo más seguras.

Cuando sonó el teléfono una mañana y oyó la voz de Jane, supuso que llamaba por el poema, pero no le habló de eso.

—Solo te aviso de que Walter Winchell escribió acerca de Eva y de ti en su columna «Sobre todo celebridades», en el *Evening Graphic* de anoche.

A Winifred se le desbocó el corazón.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Qué ha dicho?

—Se refiere a vosotras como a «una conocida pareja lesbiana» y cita a supuestos amigos que le han comentado que sois inseparables.

Winifred se quedó de piedra.

—¿Con quién puede haber hablado? ¿Qué amigos dirían eso?

Jane se apresuró a tranquilizarla.

—Puede que no haya sido ningún amigo; es solo algo que dicen los periodistas. En la presentación del libro de Dottie había muchísimos reporteros, tal vez alguno os viera juntas y sacó conclusiones precipitadas… —Calló un momento—. También dice que pasasteis juntas las vacaciones de verano. ¿Es cierto?

Winifred se sintió angustiada.

—¿Cómo puede saberlo? Es una indiscreción y… me asusta.

A Jane pareció sorprenderle su reacción.

—¿No era eso lo que queríamos? Seguro que ahora Arnold Rothstein se quedará convencido.

Winifred comprendió que estaba resultando contradictoria.

—No me importaba que lo supieran algunas personas para que dejara de molestarme, pero esto es diferente. Los lectores darán por hecho que es cierto porque sale en los periódicos.

—Pero ¿quién lee a Walter Winchell? —señaló Jane—. No lo pienses más.

Solo que, por lo visto, había muchísima gente que leía «Sobre todo celebridades». La siguiente ocasión que Winifred se pasó por el Gonk, Alec Woollcott alzó su copa hacia ella.

—Aquí llega nuestra nueva amiga de Safo. Será mejor que te cortes

esas uñas tan largas, cielo.

—¡Cállate, Alec! —le espetó mientras rodeaba la mesa para sentarse cerca de Dottie.

—Cuando un hombre y una mujer se casan, necesitan una licencia matrimonial —siguió diciendo él—. Pero cuando dos lesbianas se juntan, lo que necesitan es una licencia menstrual.

Un par de tipos rieron por lo bajo, pero entonces Dottie intervino.

—No sigas, Alec. No eres listo, no eres divertido y no haces más que atraer la atención sobre el hecho de que tu única experiencia sexual consiste en darle al manubrio.

Se oyeron carcajadas salaces por toda la mesa, pero Winifred no soportaba quedarse allí. Giró sobre sus talones y se marchó.

Eva le insistió en que no dejara que le afectara tanto, pero ella se sentía sucia, como si tuviera a desconocidos espiando por la ventana del dormitorio. Más aún, le preocupaba que en el Gremio Teatral cambiaran de opinión sobre su nuevo puesto cuando leyeran la columna de Walter Winchell. Que una actriz fuese homosexual era aceptable, pero ¿una maestra que trabajaba con chicas jóvenes? Tal vez la despidieran por ejercer una influencia inmoral.

Cuando asistió a la primera reunión de la junta para hablar del curso de formación de actores, miró a todas las personalidades de la sala a la espera de que alguien hiciera algún comentario, pero el tema no surgió, así que supuso que no se habían enterado… todavía.

Unos días después comió con Max y, por supuesto, la historia ya había llegado a sus oídos.

—Me parece fantástico —dijo con una gran sonrisa—. Tenías una reputación demasiado seria, no lo bastante sexy, pero desde que se publicó esa columna he recibido montones de ofertas para que interpretes papeles de mujer fatal.

Winifred negó con la cabeza.

—No me interesan. Voy a dejar la actuación. —Y le contó lo del curso de formación de actores que iba a dirigir.

Max encendió un puro con parsimonia y la miró a través de una bocanada de humo.

—Las ofertas se agotarán pronto si no sigues actuando y… siento ser así de franco, querida, pero ya no eres tan joven.

Winifred sonrió.

—Lo sé. *Santa Juana* fue mi canto del cisne. Fue un papel extraordinario, pero me enseñó que no quiero vivir la vida ante los focos. Me encanta el teatro, pero mi futuro está entre bambalinas. Así que me temo que eso significa que ya no necesitaré tus servicios.

Vio que su agente estaba molesto. Le temblaba un ojo cuando dio un gran trago a su bebida.

—Eres una mujer extraña —comentó después—. Debo decir que me

sentí aliviado cuando supe que tienes gustos sáficos. Todo este tiempo he pensado que eras frígida.

Winifred no pudo contener la risa.

—¿Por qué? ¿Porque nunca me he abierto de piernas para ti? Menudo capullo arrogante estás hecho.

—No eres tan estupenda como te crees —repuso él—. Chicas guapas como tú las hay hasta debajo de las piedras. Un día brillan y al siguiente se han extinguido.

Winifred se levantó y metió los brazos en las mangas de la chaqueta.

—Me alegro de que no vayas a tener problemas para reemplazarme, entonces. Adiós, Max.

Su intención había sido despedirse de él con profesionalidad, pero eso no significaba que tuviera que dejar que la insultara.

—Furcia —lo oyó murmurar mientras recogía su bolso.

Winifred no había tocado el Martini que había pedido. Pensó en tirárselo a la cara, pero en el último momento cambió de opinión y apuntó a su entrepierna, donde le dejó una mancha en la franela gris claro, como si se hubiera orinado encima.

—Esto, por las medias que me destrozaste —dijo antes de salir de allí.

Le había prometido a Eva que no volvería a agredir a ningún hombre, pero seguro que ese no contaba, ¿verdad?

# Capítulo 44

# PEGGY

PEGGY LLAMÓ A Jane para proponerle que organizara una reunión del club de *bridge* en el 412; la primera desde hacía siglos. Ahora que las ventas de *The New Yorker* aumentaban, esperaba que estuviera bajo menos presión.

—Alec sigue sin marcharse —explicó Jane— y aquí el ambiente es tóxico. Si se entera de que vais a venir, seguro que nos estropea la fiesta portándose como un cerdo.

Peggy dijo que, en tal caso, podían ir a su casa, y propuso una fecha.

Winifred fue la primera en llegar. Aún faltaban veinte minutos, así que Peggy la puso a trabajar con los canapés de atún. No se habían visto desde la publicación de la columna de Walter Winchell, y Peggy no pudo resistirse a preguntarle por ella. Le sorprendió que a Winifred se le saltaran las lágrimas.

—No me importa contarles a los lectores de las revistas qué tono de pintalabios uso, pero con quién comparto mi cama no es asunto de nadie.

Se secó los ojos con un pañuelo y tuvo mucho cuidado de no estropearse el maquillaje, luego se centró en colocar montoncitos de atún en las galletitas saladas con una rodajita de pepino haciendo equilibrios encima.

—Entonces, ¿es verdad?

A Winifred le temblaron los labios.

—Sí, me he… —escogió la palabra con cautela—: «liado» con Eva.

Peggy reaccionó con asombro al principio, pero luego, al pensarlo, le pareció lo más lógico. Winifred y Eva estaban hechas la una para la otra: su inteligencia, su amor por el teatro, su gran estilo a la hora de vestir… Ambas tenían una personalidad cálida y sin complicaciones. Le alegró haber actuado de casamentera, aunque hubiese sido sin querer.

—Pareces muy afectada. ¿Tan en serio va lo vuestro?

—La quiero —murmuró Winifred—, pero no veo cómo continuar con esto.

Cortó varias rodajas más de pepino y soltó un grito cuando el cuchillo se le resbaló y le hizo un corte en la yema de un dedo.

Peggy sacó su botiquín de un cajón de la cocina. Vio de reojo que

Winifred seguía enjugándose las lágrimas y decidió decirle lo que pensaba.

—¿Por qué no? ¿Porque un periodista sensacionalista os ha mencionado en su columna? —Tomó la mano de Winifred y le limpió el corte con un trozo de algodón empapado en antiséptico—. ¿Te has parado a pensar lo escasas que son las ocasiones en que nos enamoramos a lo largo de la vida? —siguió argumentando—. Mis padres, una única vez. Jane y Harold, una. Yo todavía no lo he conseguido, y quizá nunca me suceda. Y Dottie lo pasa fatal a causa del amor.

Le envolvió el dedo con una venda que cortó antes de remeter por un extremo para que quedara pulcra. Era una de las habilidades que había aprendido en Francia tras la guerra.

—Aun así, dicen que es la experiencia más importante que podemos tener los humanos, la que más determina nuestra existencia. De manera que, si has encontrado la felicidad con Eva, sería un delito negártela. —Tenía una opinión muy firme al respecto—. Y negártela por algo que salió en los periódicos hace más de una semana, y que la mayoría de la gente ha olvidado ya, es una locura.

Winifred soltó una risa débil.

—No es por lo que escribiera ese tipo.

—¿Por qué, entonces? Y no me digas que es la culpabilidad católica, porque ya sabes lo que pienso de eso.

Winifred se giró y miró por la ventana.

—Vivo una mentira, porque no soy lesbiana. Siempre me han atraído los hombres. No es justo para Eva.

—Por mí, como si eres una sirena o… un unicornio. ¿Y si es la única vez en tu vida que te enamoras? ¿Estás dispuesta a acabar con ello por una definición miope de a quién se supone que debemos amar?

Peggy estaba asombrada con su propia reacción. Había pensado mucho en el amor mientras escribía *Bodas de estaño*. El personaje principal era una belleza que empezaba a cumplir años, una Elinor Wylie que impostaba una dulce puerilidad de cara al exterior mientras por dentro se esforzaba para asimilar el ocaso de sus días de gloria. Se recordaba en su lejana boda y examinaba la particular mezcla de frustraciones y pena, y los escasos momentos de felicidad que había vivido mientras su marido y ella se iban distanciando con el paso de los años. En consecuencia, Peggy había reflexionado bastante sobre lo que conformaba un buen matrimonio.

Sabía que había hecho lo correcto al romper con Alvan. Cuanto más se alejaba de la relación, más reparaba en que a ambos les había resultado cómoda, pero nunca habían sentido nada cercano al amor. El hecho de que él no intentara hacerla cambiar de opinión se lo había confirmado.

¿Encontraría algún día a alguien a quien amar, o era demasiado analítica? Tal vez el amor se desintegraba en cuanto lo reducías a sus componentes e intentabas catalogarlo como en un experimento de laboratorio.

Winifred parecía sorprendida de su vehemencia.

—Creía que te resultaría extraño —dijo—. Lo que menos esperaba era que me animases a continuar con la relación.

—¿Qué piensa Eva? —preguntó Peggy.

Winifred negó con la cabeza.

—No le ve ningún problema. Pero para ella es diferente. Ha tenido otras amantes, también hombres, y se encuentra cómoda. ¿Crees que soy una mojigata?

—Tal vez. —Peggy frunció los labios—. Dale tiempo. No tomes una decisión apresurada que quizá llegues a lamentar.

Dottie y Jane llegaron juntas. Dottie se sentía triunfal porque *Cuerda suficiente* se estaba reimprimiendo por tercera vez mientras Boni & Liveright intentaba cubrir la demanda. La reseña que habían publicado en *The Bookman* la había descrito como «una gigante de las letras estadounidenses», Edmund Wilson decía que era «una poetisa distinguida e interesante», y el *New York Herald Tribune* se había referido a su trabajo como «whisky a palo seco».

—Enhorabuena —dijo Peggy mientras se tragaba un minúsculo hormigueo de envidia.

Dottie ya tenía la reputación de ser la mujer más divertida de Nueva York antes de que saliera su libro, por eso se había convertido en un éxito de ventas instantáneo. No había comparación posible entre ambas.

Tommy Smith le había dicho que *El reverso del libro* se estaba vendiendo razonablemente bien para tratarse de una primera novela, y estaba convencido de que las ventas aumentarían con la segunda. Ella deseaba poder ganar lo suficiente para dejar su trabajo en publicidad, que cada día se le hacía más tedioso, aunque en realidad se sentía muy agradecida solo con que la hubieran publicado.

Cuando ocuparon sus asientos en la mesa de juego, Jane estaba algo apagada y Peggy pensó que parecía cansada.

—¿Qué tal está Harold? —preguntó, pensando que tal vez su reciente enfermedad les estuviera pasando factura.

—Apenas lo veo. Está casado con *The New Yorker*. Al menos mi rival no es otra mujer. —Puso una sonrisa amarga.

Peggy sirvió unos Gimlets —un cóctel hecho con ginebra y cordial de lima— en unas elegantes copas de cristal que su madre le había regalado por la publicación de su primera novela.

Dottie lo probó y se relamió los labios con satisfacción.

—Uno de estos mejorará mi juego en el *bridge*. Dos, y me tendréis

bailando sobre la mesa. Tres, e intentaré seducir a Winifred.

Todas rieron. Winifred incluida.

Peggy empezó a barajar las cartas.

—Por cierto, ¿alguna de vosotras se fijó en si dije o hice algo que pudiera molestar a Elinor en la presentación de mi libro? —preguntó Dottie—. Me había tomado un par de copas, pero no recuerdo haberme orinado en los muebles ni haber besado a Bill en la cocina… Sin embargo, no se pone al teléfono cuando la llamo.

—Interrumpiste su discurso —dijo Jane—. Se ofende enseguida, ¿verdad? Recuerdo que, cuando la conocimos, se molestó porque Winifred había sido elegida una de las mujeres más bellas del mundo y ella no.

Peggy se estrujó la sesera, pero no recordaba que Dottie se hubiera portado mal.

—¿Le has preguntado a Bill?

—Sí. Dice que ahora mismo no quiere ver a nadie, pero no sé si es verdad. Me parece una conducta bastante excéntrica, ¿no creéis?

Jane soltó una risotada.

—Hablas de una mujer que afirma charlar de vez en cuando con una antepasada que fue bruja en el siglo XVI, ¿y esta es tu prueba de que es excéntrica?

Dottie no puedo evitar reírse. Peggy repartió las cartas y jugaron varios *rubbers* con sus habituales tomaduras de pelo bienintencionadas.

—Dottie, ¿por qué no has salido con un corazón? —preguntó Peggy, frustrada—. Puede que no sea una buena estrategia para tu vida en general, pero habríamos ganado esta baza.

—Una chica nunca tiene suficientes diamantes —le dijo Winifred a Jane, meneando el anular en una torpe indirecta de qué lanzar a continuación.

Peggy se dijo que seguían jugando al *bridge* espantosamente mal, pero al menos habían llegado a esa fase en que apreciaban los matices del juego. Además, se divertían y olvidaban sus preocupaciones durante un par de horas.

A las dos de la madrugada, cuando se marcharon entre risitas y con un andar algo tambaleante, Peggy le dio a Winifred un breve abrazo.

—No olvides lo que te he dicho —susurró—. Solo se vive una vez.

LA FRASE RETUMBABA todavía en la cabeza de Peggy a la mañana siguiente, mientras padecía la resaca. Hacía meses desde que había cortado con Alvan, y no había intuido ni el menor interés por parte de ningún hombre. Iba a charlas en la biblioteca, al teatro, a

inauguraciones en galerías de arte, pero siempre parecía quedarse atrapada en una esquina con algún vejestorio gruñón.

Había empezado a dejarse caer más a menudo por el Gonk para ver si allí había algún hombre interesante, pero, aparte de Alec, todos eran mujeriegos casados. Bob Benchley siempre estaba enamorado de alguna chica mientras su sufrida esposa lo esperaba en casa, criando a su descendencia, y Charlie MacArthur seguía tan incorregible como siempre pese a su reciente matrimonio. Dottie salía mucho con los dos. ¡No era de extrañar que fuese tan cínica respecto al amor!

El nacimiento de la sobrina de Peggy —una niña a la que llamaron Adelie— supuso para ella una ocasión de pura felicidad. Regresó a Newburgh enseguida y se pasó todo el fin de semana con la criaturita en brazos, imbuyéndose de su calidez, su dulce aroma y sus ruiditos de gatito. Tal vez no lograra tener hijos propios, pero decidió que sería una tía cariñosa para esa niña y quizá la ayudara a dar forma a su personalidad y sus gustos.

Cuando volvió a subirse al tren el domingo por la noche, hizo recapitulación de las bendiciones con las que contaba: era una autora publicada, ganaba lo suficiente para mantenerse y vivir en Manhattan, disfrutaba de un grupo de amigas estimulantes y gozaba de salud. Tenía más que la mayoría.

*Bodas de estaño* se publicó en mayo y las reseñas de la prensa elogiaron la profundidad psicológica de la novela. Ese comentario satisfizo a Peggy. Su objetivo había sido escarbar en las profundidades de un matrimonio y desenterrar los pequeños secretos que los cónyuges se ocultaban entre sí, y esperaba haberlo logrado. Tommy Smith parecía contento y le preguntó qué escribiría a continuación, así que contaba con publicar una tercera novela que empezaba a cobrar forma en su cabeza.

Una mañana, Tommy la llamó para decirle que el *New York World* quería publicar un reportaje sobre ella. Peggy reaccionó con asombro y timidez. ¿Por qué querría nadie leer algo sobre ella? Era una solterona de treinta y tres años que vivía sola, tenía un trabajo sin porvenir en ventas publicitarias y casi todas las tardes regresaba a casa para sentarse ante la máquina de escribir. Sería el artículo más aburrido del mundo.

Heywood Broun fue el elegido para realizar la entrevista, y le propuso que se vieran en el Gonk, donde el *New York World* les pagaría una comida.

—Pedí el Plaza —dijo él—, pero querían que te observara en tu hábitat natural.

Peggy se echó a reír. Hacía años que conocía a Heywood, y eso hizo que se sintiera más relajada que con un desconocido.

—Espero que no les digas a tus lectores que soy miembro del llamado Círculo Vicioso. —El término lo había acuñado la hija de Frank Case, que había escrito unas memorias sobre los habituales de la Mesa Redonda en las que exageraba bastante la realidad—. Me temo que estuve de acuerdo con Dottie cuando dijo que solo son un hatajo de escritorzuelos riéndose de sus propios chistes malos en lugar de cumplir con una jornada laboral decente.

Heywood apuntó sus palabras.

—¡No publiques eso! —suplicó, alarmada.

—No te preocupes —dijo él—. Estoy escribiendo una pieza de ensalzamiento.

Ella no había oído nunca ese término, pero sonaba bien.

—Eres buena amiga de Dottie, ¿verdad? ¿Cada cuánto os veis?

Peggy miró alrededor. Dottie no había bajado aún, pero solo eran las doce, que para ella era temprano.

—Comemos juntas a menudo. Mi oficina no queda lejos del Gonk, y también nos reunimos en nuestro club de *bridge*. —Le contó que lo habían fundado en respuesta al club de póker Tanatopsia de los hombres, que ya estaba disuelto.

—¿Y vuestro club tiene un nombre igual de pretencioso? —preguntó Heywood con una sonrisa de complicidad.

Peggy sonrió.

—No, ni mucho menos. Ni siquiera jugamos mucho a las cartas. Más bien se trata de ponernos al día, chismorrear y beber cócteles.

—Ah, ¿de modo que apoyas el contrabando de alcohol? Muy caritativa.

—Sí, supongo que somos como una Sociedad de Beneficencia para Contrabandistas. ¡No vamos a dejar que los pobres se mueran de hambre en las calles!

También anotó eso.

—¿Y cuándo ves a las otras dos? ¿Solo en el club de *bridge*?

—Siempre me llevo a Winifred conmigo cuando voy de compras —explicó Peggy—. Tiene muy buen ojo para el estilismo. Y Jane conoce a todo el que es alguien en la ciudad de Nueva York, así que resulta muy útil. También es una bailarina extraordinaria, igual que Dottie. Cuando salgo a bailar con esas dos, me siento a mirarlas como si fuera la prima que ha venido del pueblo.

—Supongo que proporcionarán material entretenido para tus novelas, ¿no? —comentó él sin dejar de escribir con el lápiz.

Peggy lo pensó un momento.

—La fiesta del escondite de *Bodas de estaño* tiene algunas similitudes con las fiestas a las que he ido con las chicas del *bridge*, pero nada más

que eso.

Una semana después, cuando el artículo salió publicado con el título de «Las chicas de Manhattan», Peggy se quedó de piedra al ver que Heywood la hacía parecer una jovencita despreocupada que se paseaba de fiesta en fiesta por la ciudad con Dottie, Winifred y Jane. Le gustó bastante esa versión de Peggy Leech; era mucho más interesante que la auténtica.

—¡Brillante! —señaló Tommy por teléfono—. Si con eso no se disparan las ventas, me como mi sombrero de fieltro.

UNOS DÍAS DESPUÉS de la publicación del artículo, Peggy recibió una carta del dueño del *New York World,* Ralph Pulitzer. Le decía que era un admirador de sus novelas y le preguntaba si podía invitarla a comer. Le pedía que llamara a su secretaria para concertar una cita.

Peggy llamó y reservaron mesa para más de tres semanas después, porque el señor Pulitzer estaba fuera de la ciudad hasta entonces.

Peggy sentía curiosidad por la invitación. Llamó a Jane por teléfono y le preguntó si lo conocía.

—Me lo he encontrado en varias recepciones. Es bastante reservado y estirado. ¿Sabías que es heredero de Joseph Pulitzer, el magnate de la prensa que fundó el premio que lleva su nombre? Me pregunto qué querrá.

—Pues parece que es amante de los libros y quiere hablar de literatura —dijo Peggy—. ¿Qué edad tiene? ¿Está casado?

—Sí, está casado con una Vanderbilt, aunque no recuerdo cuál. —Jane hizo una pausa—. Y es mayor que nosotras. Debe de tener cuarenta y tantos o cincuenta años.

De manera que no era una cita romántica. Eso desconcertó a Peggy más aún. Tal vez tuviera una propuesta literaria que hacerle. O quizá quería ficharla para que trabajara en la venta de publicidad para el *New York World.* Tendría que esperar para saberlo.

EL DÍA ANTES de la comida, la secretaria del hombre llamó para comunicarle que había reservado en el Voisin, en Park Avenue, a las doce y media. Era un restaurante francés clásico, de los que no ponían los precios en la carta.

—Vas a codearte con la flor y nata —comentó Dottie—. Nada de eructar ni sorber la sopa.

Peggy se puso el traje gris perla que Winifred le había ayudado a

elegir, con una blusa rosa palo y un collar de perlas. Esperaba dar una imagen chic y literaria al mismo tiempo.

Ralph ya estaba sentado a la mesa cuando acompañaron a Peggy por el enorme y tenebroso local, iluminado solo por arañas de luz. El hombre se levantó para estrecharle la mano y ella vio que era alto, con una frente amplia, el pelo entrecano y gafas redondas.

—Estoy encantado de conocerla, señorita Leech —dijo—. Ya era un admirador después de leer *El reverso del libro,* pero Tommy Smith me hizo llegar hace poco un ejemplar de *Bodas de estaño* y debo decir que se ha superado usted.

—Gracias. —Peggy sonrió—. Eso es lo que todo autor desea oír. Si no mejoramos con cada libro, ¿para qué seguir escribiendo?

—Su retrato de un matrimonio distanciado es tan perspicaz. Posee usted la sagacidad de Edith Wharton… o de George Eliot.

—Son dos de mis autoras preferidas —reconoció, resplandeciente al recibir el halago—. Así que es una forma muy prometedora de comenzar nuestro encuentro.

Un camarero les llevó la carta y les sirvió agua.

—Si le gusta la langosta, puedo recomendarle la termidor —señaló Ralph—. Pero, por favor, elija lo que quiera.

Peggy repasó la larga lista. Se alegraba de que no hubiera insistido en pedir por ella, como solía hacer Alvan; daba a entender que tal vez no estuviera lo bastante familiarizada con los nombres de los platos para poder escoger por sí sola, lo que resultaba paternalista.

Después de pedir, él le preguntó por su trabajo en Condé Nast y ella le describió su rutina diaria. En un esfuerzo por parecer divertida, le confesó que su jefe la sacaba de quicio porque no hacía más que pasearse la mar de ufano y nunca se sentaba a trabajar.

—Cuando escribo informes para él, me divierto incluyendo palabras que sé que no entenderá —dijo—. Esta misma mañana he colado el adjetivo «presciente» en un memorándum.

Ralph soltó una risa socarrona.

—Seguro que lo usará para intentar parecer inteligente y acabará pronunciándolo mal. ¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó y, cuando Peggy se lo dijo, exclamó—: ¡Anda, pero si lo conozco! Es un tipo agradable.

Peggy se dio cuenta de que había sido terriblemente indiscreta e intentó desdecirse, pero entonces Ralph se echó a reír.

—¡Le estoy tomando el pelo! —confesó—. No lo conozco y espero no hacerlo nunca.

A partir de ese momento, la conversación fluyó con naturalidad. Charlaron sobre literatura, y él quiso saber lo que pensaba de *El gran Gatsby* —a Peggy le gustaba, aunque le encontraba fallos—, su sincera opinión sobre Edna Ferber —sentimientos encontrados—, y si era

admiradora de Melville —muchísimo—.

Pasaron dos horas como si nada, pero, cuando él pidió la cuenta, Peggy seguía sin saber nada del motivo de su invitación.

—Me ha gustado mucho conocerla —dijo Ralph—, y me preguntaba si le apetecería cenar conmigo en alguna ocasión.

—¿Cenar? —repitió ella como una boba—. ¿Por la noche?

—Sí. —Ralph rio—. Es cuando suelo hacerlo.

No parecía del tipo de hombre infiel y mujeriego, pero Peggy sabía que los había con muchos rostros diferentes. Pese a que había disfrutado de la conversación con Ralph, no tenía ningún deseo de convertirse en su nueva amante.

—¿No querría acompañarnos su esposa? —sugirió para ver cómo reaccionaba.

—Mi esposa y yo nos divorciamos el año pasado —dijo él—. Espero que no le resulte escandaloso.

Ella negó enseguida con la cabeza.

—Por supuesto que no.

Entonces Ralph se puso serio: —Vivía atado al trabajo y no presté suficiente atención al matrimonio; un poco como el marido al que describe usted en *Bodas de estaño*. El resultado fue que mi mujer se enamoró del preceptor de nuestros hijos, con quien está casada ahora. Tenemos dos chicos —añadió—. Ralph Junior, que tiene veinte años, y Seward, de quince. Los dos viven conmigo. Una larga respuesta a su tan elegante pregunta. —Sonrió—. Ahora que sabe todo eso, ¿accederá a cenar conmigo?

—Me encantaría —dijo Peggy sin dudarlo—. ¡Sí, por favor!

# Capítulo 45

# JANE

EL MÉDICO LE había aconsejado a Harold que comiera cantidades pequeñas y siguiera un horario fijo, así que empezó a frecuentar un pequeño restaurante que había cerca de las oficinas, regentado por una mujer muy maternal llamada Katarina, que decía que tenía parte eslovaca, parte croata y parte serbia. Todos los días servía un menú con sabrosos estofados de carne y verduras, y a Harold le preparaba platos especiales que no le perjudicaran las úlceras.

Jane siempre cenaba con él si no tenía otro compromiso. Era uno de los momentos del día en que lo tenía para ella sola, porque, para su consternación, todavía vivía en el hotel Webster. Decía que allí dormía mejor, que era más práctico para ir a la oficina y que, si se despertaba en plena noche, podía levantarse y trabajar sin molestarla. Insistía en que era una simple cuestión de practicidad, pero a Jane le preocupaba que sucediera algo más. Anhelaba hacer el amor con él y dormir entre sus brazos, en su propia cama. ¿Por qué no sentía él lo mismo?

Alec seguía sin marcharse del 412, y ella estaba segura de que su presencia hostil era el quid de la cuestión. Cada vez que lo pensaba, se ponía furiosa. Habían depositado muchas esperanzas en su experimento de vida comunitaria, y les había funcionado bastante bien durante una temporada, hasta que Alec abrió una brecha y lo estropeó todo. Después de su discusión, había dejado de pagar el alquiler, lo cual hacía que Jane estuviera colérica. Cuando oía su llave en la puerta, se retiraba a su apartamento hasta que él había pasado de largo porque sabía que, si se lo encontraba cara a cara, le sería imposible contenerse y no darle un bofetón.

Todos los días le llevaba a Harold ropa limpia de casa, junto con cualquier libro que él le pidiera, y recogía su ropa sucia del hotel. Después de cenar juntos, él siempre regresaba a *The New Yorker* para seguir trabajando. Tras la pelea con Alec, le había pedido a Jane que dejara de ir a la oficina, porque no quería arriesgarse a que se produjera otro fuego cruzado entre su mujer y uno de sus mejores amigos. Estaba demasiado agotado para soportar ese conflicto.

—Tendrás que ser tú quien eche a Alec de casa de una puñetera vez —le dijo Peggy una noche mientras cenaban—. Plántate.

—Me ha prometido que está buscando otro sitio —aseguró él—. No creo que tarde mucho más.

—Eso espero —repuso ella—. No recuerdo la última vez que hicimos el amor.

Sacó un pie del zapato y acarició con él la pierna de Harold; el largo mantel de cuadros ocultaba sus avances al resto de comensales.

Harold sonrió.

—Hace mucho tiempo, estoy de acuerdo. La culpa es mía. El exceso de trabajo y la fatiga, junto con mis malas digestiones, me han convertido en un eunuco.

—¿No podrías frenar un poco el ritmo? —preguntó ella—. Raoul me ha dicho que la tirada ha alcanzado los diez mil ejemplares y sigue creciendo de manera constante. Seguro que hay otras personas que pueden llevar parte de la carga, ¿o no?

—Mmm… —Harold masticaba con la boca llena—. Todavía tengo que supervisar los contenidos. No hay nadie en quien confíe para encontrar el equilibrio adecuado entre diversión y seriedad. Y todavía no nos acercamos siquiera a la tirada de *Smart Set;* ellos tienen cuatrocientos mil lectores, y mi misión es tentarlos a todos para que se suban a bordo.

—¿Qué te parecería preparar un par de números por adelantado y luego tomarte dos semanas de vacaciones con tu mujer? —propuso Jane—. Te ayudaré. Podría perseguir a los escritores, hacer correcciones, tratar con los impresores… Haré lo que me digas.

—Es una idea tentadora —dijo Harold—. Déjamelo a mí.

Jane lo conocía lo bastante para saber que eso era una forma de quitársela de encima. Aunque lograra llevárselo de vacaciones a rastras, se pasaría todo el día al teléfono con la oficina o leyendo propuestas de artículos.

De vuelta en el 412, se tumbó atravesada en su cama de matrimonio, echándolo de menos y con un gran dolor en el corazón. Quería recuperar a su marido. Siempre había aceptado que tendrían que sacrificarse para fundar la revista, pero dormir separados era llevarlo demasiado lejos.

«Esto también pasará», se dijo, recordando las palabras del rey Salomón. En cuanto la revista marchara sola y Alec se hubiera ido, Jane se aseguraría de poner su matrimonio en solfa.

ALEC SE MARCHÓ del 412 a finales de primavera con gran estrépito y golpeteo de maletas y cajas de libros. Jane no preguntó adónde iba. No le importaba si tenía que dormir en la calle, aunque dudaba que fuera el caso. Su acomodada familia le pasaba una asignación con la que complementar lo que ganaba escribiendo.

Subió a la planta de arriba para comprobar sus dependencias y vio

que las había dejado en un estado lamentable. La alfombra estaba manchada; las sábanas, rasgadas; y parecía que hiciera meses que allí no limpiaba nadie. Pero por fin se había marchado. Jane respiró hondo. Contrataría a las mujeres chinas que habían cocinado en la primera cena de Navidad del 412 para que hicieran una limpieza a fondo. Ella no podía soportar tocar aquel caos.

Bajó y llamó a Harold a la oficina.

—¡Por fin se ha ido! —anunció—. Las campanas de las iglesias deberían estar tocando y los barcos del puerto haciendo sonar las sirenas como al final de la guerra. No soy capaz de describirte el alivio que siento.

—Eso está bien —dijo él, y por su tono comedido Jane comprendió que había alguien más en el despacho.

—Pensaba hacer un poco de pollo a la parrilla para cenar hoy. ¿Querrás acompañarme, queridísimo marido mío?

El pollo era su plato preferido.

—Esta noche no puedo —dijo Harold—. Estaré aquí hasta tarde.

Jane frunció el ceño. No era la noche en que enviaba el número siguiente a imprenta.

—¿Qué emergencia hay?

—Bah, solo lo de siempre. Estoy hasta arriba de trabajo. ¿Puedo llamarte más tarde?

—Pensaba ir a buscarte, y puedo ayudarte a recoger las cosas del hotel para que vuelvas a casa. ¿Quieres que lo haga yo sola?

—En cuanto a eso… —repuso él, y Jane notó su incomodidad—. He pagado la habitación durante un mes más. Es que me resulta muy práctico. Ahora tengo que dejarte, Jane. Te llamaré en cuanto tenga un momento.

Ella colgó el teléfono y se sentó a la mesa con el pollo crudo delante, preguntándose qué diablos estaba ocurriendo. Había creído que el motivo principal por el que Harold no regresaba a casa era Alec; ahora decía que era el trabajo. Pero había muchos hombres que conseguían compaginar el trabajo con su matrimonio. Harold y ella siempre se habían dado mucha libertad; quizá demasiada. Una idea alarmante se encendió en su cabeza: ¿tendría una aventura?

En cuanto pensó aquello, Jane empezó a inquietarse. Casi todos los hombres casados que conocía tenían aventuras. ¿Por qué había supuesto que Harold sería diferente? ¿Había estado ciega ante las señales de advertencia?

«Él no es así», dijo una voz en su interior. Sus ojos nunca seguían a las camareras guapas, ni siquiera sabía coquetear.

Sin embargo, antes de casarse la había cortejado con divertidas cartas de amor y bonitos detalles. Se había mostrado bastante decidido a conquistarla. Si hubiera conocido a otra mujer a quien deseara

seducir, sería perfectamente capaz de hacerlo.

Jane tenía dos opciones: podía quedarse sentada en casa y preocuparse, o podía investigar. Metió el pollo en la nevera, se puso una gabardina larga y un *cloche* gris, y atravesó a toda prisa Midtown hasta la calle Cuarenta y cinco Oeste.

Lo primero que hizo fue mirar por las ventanas del Katarina's, pero Harold no estaba allí. En una bocacalle oscura encontró un rincón desde el que se veía bien la entrada de las oficinas de *The New Yorker* y se apostó allí, fumando para pasar el tiempo. ¿De verdad tenía Harold una aventura? ¿Y qué haría ella en ese caso?

Vio a otros miembros del personal de la revista que se marchaban a casa y se despedían con la mano o de viva voz, algunos de ellos de camino al Gonk, pero no a Harold. Él no salió hasta pasadas las siete, solo, y cruzó para ir al restaurante. Caminaba ligeramente encorvado y parecía tener muchos más años de los treinta y cuatro que había cumplido. Jane deseó correr hacia él y rodearlo con sus brazos, pero se reprimió. Debía descubrir la verdad.

Harold comió solo en el restaurante y no se quedó allí más de media hora antes de regresar a la oficina. A Jane le rugía el estómago, pero no podía arriesgarse a dejar su puesto de observación por si se perdía algo. Dio un respingo al oír un susurro tras ella y, al girarse, vio una rata marrón de unos treinta centímetros rebuscando entre una bolsa con restos de verduras. Le lanzó una piedra para espantarla.

Dos horas después, estaba temblando de frío y tenía los pies entumecidos cuando Harold salió de *The New Yorker* y caminó despacio por la acera hacia el Webster, donde entró. Jane vio cómo se encendía la luz de su habitación en la tercera planta. Ansiaba correr hasta allí y sorprenderlo, pero, después de haber esperado tanto rato, sería una lástima abandonar su misión espía a esas alturas. Tal vez su amante secreta estuviera de camino.

Al principio, Harold no corrió las cortinas, así que lo vio caminar de un lado a otro en mangas de camisa. Se pasó los dedos por el pelo mientras leía una hoja de papel con un gesto que ella conocía bien. Pasadas las once, seguía trabajando. No era de extrañar que tuviera úlceras.

Justo antes de la medianoche, Harold cerró las cortinas y la luz se apagó poco después. No se había reunido con ninguna otra mujer. La excusa de que no iría a casa porque estaba trabajando parecía ser cierta. Sin embargo, si no se tomaba algún día de descanso de vez en cuando, enfermaría de nuevo. Ojalá lograra arrastrarlo a casa para cuidarlo como era debido.

Jane encendió otro cigarrillo, el último del paquete, y regresó a pie al 412 sintiéndose muy sola. Era una tortura saber que él estaba allí y no poder reunirse con él. Por lo visto, Harold no la añoraba tanto

como ella a él, porque Jane no podía soportar dormir sola sabiendo que su marido estaba a solo unas manzanas.

No dudaba de que la amaba —al fin y al cabo, se había casado con ella—, pero tal vez no tanto como antes. Jamás se había sentido tan abandonada en toda su vida adulta.

DOS SEMANAS DESPUÉS de la marcha de Alec, como Harold seguía sin regresar al 412, Jane decidió que había llegado el momento de que hablaran. Esperó hasta el día después de que enviara a imprenta el número de la semana y fue a cenar con él al Katarina's.

Estaba tan aterrada que le parecía sentir una roca alojada en el pecho. Primero comentaron las noticias y Jane, que intentaba mantener un ambiente distendido, le habló de varios artículos que estaba preparando para *The New York Times*. Esperó a que terminaran de cenar antes de sacar el tema que ocupaba su pensamiento.

—Empiezo a sentirme como si fuéramos muy buenos amigos más que marido y mujer —dijo con una sonrisa lánguida—. ¿No te pasa lo mismo?

Él la miró directamente a los ojos.

—Eso no es tan malo, ¿verdad?

Jane se preguntó si Harold llegaría a entender algún día lo devastada que la había dejado esa frase. Ella le había dedicado su vida entera. Lo adoraba de la cabeza a los pies. Quería ser su amante, no su amiga. Luchó por contenerse.

—¿Y los votos matrimoniales, lo de amarnos y respetarnos hasta que la muerte nos separe? —preguntó, y se encendió un cigarrillo con dedos temblorosos.

—Yo siempre te querré —dijo él enseguida, tomando las manos de su mujer entre las suyas—. Durante el resto de nuestra vida. Esa parte es cierta.

—Pero no parece que quieras vivir conmigo —susurró Jane.

Harold guardó silencio durante unos segundos antes de contestar con unas palabras que le destrozaron el corazón: —No. Me temo que no.

# Capítulo 46

# DOTTIE

DOTTIE SE QUEDÓ de piedra al enterarse de que Jane y Harold se separaban. Sería una separación amistosa, según aseguraba Jane: ella seguiría haciéndole la colada y cenarían juntos casi todas las noches, pero habían acordado vivir cada uno por su lado.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Dottie con una oleada de ansiedad —. Si la pareja más compatible del mundo no consigue que su matrimonio funcione, ¿qué esperanza nos queda a los demás?

Sabía que Harold tenía una habitación en el hotel Webster, pero suponía que solo era algo temporal.

—Dejamos que la pasión se escapara cuando no mirábamos —explicó Jane—. La culpa es mía. Debería haberme esforzado más en esa faceta del matrimonio. Me centré demasiado en la revista, aun a costa del romanticismo. Aunque todavía nos queremos mucho, parece que con eso no basta.

El Gonk se vio sacudido por ondas expansivas semejantes a las que seguían a la explosión de una bomba. Todos sus amigos estaban convencidos de que era una fase y lo superarían. La ruptura de Jane y Harold era inconcebible. Dottie no le comentó a Jane que solo Alec parecía triunfal e iba por ahí diciendo que él hacía años que lo predecía, porque Jane insistía en llevar los pantalones y ningún hombre debería someterse a algo así.

Winifred se la llevó al salón de belleza para invitarla a una de sus sesiones de las tardes de los viernes con intención de animarla, pero, aunque se dejó cortar el pelo, no pareció relajarse ni disfrutar del placer sensual de los tratamientos como hacía Dottie.

—Permitidme estar triste una temporada —dijo con la voz quebrada —. Primero necesito pasar el duelo. Supongo que, con el tiempo, me encontraré mejor.

Dottie recordaba que, cuando Eddie la dejó, y luego Charlie muy poco después, no había sido capaz de imaginarse siendo feliz de nuevo. Jane siempre había sido más dura que ella. Tal vez resultaba más fácil cuando habías cumplido los treinta y contabas con más experiencia en la vida, porque eras consciente de que, por muy mal que fueran las cosas, normalmente siempre había algo brillante y reluciente aguardando a la vuelta de la esquina. En su caso había sido un libro de éxito. ¿Para Jane? Quién sabía.

ELINOR WYLIE SEGUÍA negándose a ver a Dottie, y su silencio le resultaba cada vez más hiriente. Ella le escribía cartas, pero no recibía respuesta, y Bill se la quitaba de encima cuando llamaba por teléfono. Un día se presentó en su casa porque pasaba por la zona, pero, aunque estaba segura de haber visto que las cortinas del salón se movían, nadie abrió la puerta. Era evidente que la habían borrado de su vida.

Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que por descuido había dicho algo que había ofendido a Elinor, igual que había ocurrido con Neysa cuando dijo que su hija era aburrida. ¿Qué podía haber sido? Estaría bien saber de qué se la acusaba y tener la oportunidad de defenderse.

El trabajo no aflojaba: *McCall's* quería que escribiera una columna mensual, y también había aceptado críticas de libros para *The New Yorker,* así que tenía ingresos regulares. Boni & Liveright la presionaba para que sacara una continuación de *Cuerda suficiente,* y ella ya tenía un título —*Pistola al atardecer*[3]*,* que reflexionaba sobre sus temas habituales, la belleza y la muerte—, pero no le habría ido mal la ayuda de Elinor para seleccionar algunos poemas. Se sentía enterrada bajo papeles repletos de garabatos aleatorios e ilegibles que se resistían a todos sus intentos de organización.

La separación de Jane y Harold ocupaba gran parte de sus pensamientos. Su propia vida amorosa seguía dando bandazos a causa de sus encuentros ocasionales con hombres casados y unas cuantas pasiones no correspondidas, pero no tenía a ningún compañero de cama habitual. A veces se preguntaba si debería haberse quedado con Seward: era un buen hombre, aunque no consiguiera encender su fuego. Al menos habían seguido siendo amigos. No podía decir que fuera feliz, pero tampoco se sentía desgraciada.

Una mañana, mientras caminaba de un lado a otro en bata, dando sorbos a su taza de café y contemplando el caos de las habitaciones, llamaron a la puerta con unos golpes imperiosos. Fue a abrir y allí encontró a Jane.

—Ah, hola —dijo Dottie, sorprendida—. ¡Pasa! Me temo que no hay sitio para sentarse. Los poemas se han quedado con los mejores asientos.

—Lamento decir que traigo malas noticias —informó Jane mientras avanzaba intentando no tirar las pilas de papeles que había por el suelo—. Acabo de saber que Elinor Wylie ha muerto.

Dottie sintió que un frío le cubría toda la piel, como si la hubieran metido en una bañera de agua helada.

—¿Que ha muerto? —susurró—. Pero ¿cómo? ¿Se ha suicidado? —Habían hablado a menudo de ello. ¿Lo habría hecho Elinor

finalmente?

—Desconozco los detalles —dijo Jane—. El *Times* está preparando la necrológica para que salga en el periódico de mañana. Podrías llamar a Bill.

Dottie negó con la cabeza.

—No quiero enterarme por teléfono. Voy allí. ¿Estás segura de que no pueden haberse equivocado de persona?

Jane hizo un gesto negativo.

—Lo dudo. —Vaciló un instante—. No era la mayor admiradora de Elinor, pero iré contigo si quieres compañía.

—¿Lo harías? —Dottie se aferró a su brazo—. Voy a vestirme. Hay café… —Señaló hacia su pequeña zona de cocina.

Mientras se preparaba, Dottie oía los latidos de su corazón. ¿Cómo era posible que Elinor ya no estuviera? Su corazón ya no latía y su cerebro ya no pensaba. ¿Cómo lo habría hecho? Una sobredosis parecía lo más probable, pero ¿por qué no la había encontrado Bill a tiempo? Lamentaba muchísimo que Elinor hubiera fallecido antes de que las dos se hubieran reconciliado. De pronto estaba muerta —¡muerta!— y ya era demasiado tarde.

Pensó en todas las personas que conocía y habían fallecido: su madre y su madrastra, su padre y su tío… Todos ellos mayores que Elinor, que debería haber disfrutado de muchos años más.

Por una vez, Jane no protestó cuando tomaron un taxi. La ocasión parecía merecerlo. Llegaron al número 1 de University Place y encontraron las cortinas corridas y la casa en silencio.

Dottie llamó al timbre y esperó hasta que un Bill muy pálido abrió la puerta y las hizo pasar.

—Sabía que vendrías —dijo al borde de las lágrimas—. Te estaba esperando.

—¿Sigue aquí? —preguntó Dottie, por si Elinor estaba tumbada plácidamente en la cama con las manos cruzadas sobre el pecho.

Le habría gustado verla una última vez y despedirse con un beso.

—No —dijo Bill—. Murió ayer por la tarde. Los de la funeraria se la llevaron anoche. —Contuvo un sollozo.

Estuvieron con él en la cocina mientras preparaba una tetera y buscaba las palabras para explicar cómo había ocurrido.

—No me dejó que te lo contara, Dottie, pero el verano pasado sufrió un derrame cerebral en Inglaterra que provocó que se cayera por la escalera y se dañara la espalda. Me la traje a casa en silla de ruedas y empezó un tratamiento, pero no sirvió de nada. No pudo volver a caminar.

Dottie se sentó y se tapó la cara con las manos. Pobre Elinor, pobrecilla. Seguro que no había podido soportarlo. Jane le puso una mano en el hombro mientras Bill seguía relatando.

—Luego, en noviembre, sufrió otro derrame que le dejó la cara torcida, y ya no podía hablar con claridad. Se negaba a ver a nadie, incluso a ti, y no me permitía contar lo que ocurría. No quería tener compañía si no podía estar estupenda. —Se ahogó al pronunciar esas palabras.

—Ojalá me lo hubiera dicho —susurró Dottie—. Pensaba que estaba molesta conmigo.

—En absoluto. No soportaba verse impedida. No podía con ello. Fue una bendición que se fuera cuando lo hizo. Si no, estoy convencido de que se habría quitado la vida. Yo siempre tenía cuidado de no dejarle pastillas cerca, por si acaso. En cambio, anoche, salí de la habitación unos minutos y, cuando regresé, la encontré derrumbada en la silla de ruedas y ya no estaba con nosotros. No respiraba, no le latía el corazón. Se fue discretamente.

—¡Era tan joven! —exclamó Dottie, horrorizada—. Demasiado para un derrame cerebral.

—Estoy de acuerdo, solo tenía cuarenta y siete años —dijo Bill.

Dottie parpadeó.

—A mí me dijo que eran treinta y tantos. Recuerdo que me extrañó que le hubiera dado tiempo a tener tres maridos y ocho embarazos, pero supuse que trabajaba deprisa. Imagino que es prerrogativa de las mujeres mentir sobre su edad.

—Estaba estupenda para tener cuarenta y siete —señaló Jane—. Era una mujer muy bella.

Llevaron el té al salón y Bill les habló del funeral que la propia Elinor había planificado, con lecturas poéticas en una sala llena de azucenas y velas aromáticas.

—Quería que leyeras tú —le dijo a Dottie.

—Por supuesto que lo haré.

Era extraño estar sentada en el salón de Elinor sin que ella lo presidiera desde su sillón Luis XV rosa. Dottie se preguntó si su espíritu seguiría flotando por allí cerca, escuchando su conversación, pero lo único que sentía era una gran ausencia. Le afectó mucho la irreversibilidad de la situación, darse cuenta de que no volvería a ver a su amiga. Tal vez existiera un más allá o tal vez no, pero, aunque se encontraran allí algún día, no sería lo mismo. Elinor no podría ayudarla a editar sus poemas, no la entretendría con coloridas y excéntricas anécdotas. Jamás volvería a oír su voz, con ese extraño acento transatlántico.

—¿Bill? —preguntó—. ¿Crees que Elinor, en sus poemas, capturó este sentimiento con exactitud? ¿El vacío que deja la muerte?

Él asintió.

—Estaba pensando lo mismo justo antes. —Sacó un pañuelo y se lo llevó a los ojos unos segundos antes de poder hablar de nuevo—.

Siempre supe que ella moriría antes que yo, solo que nunca pensé que sería tan duro.

AL SALIR DE allí, Jane y Dottie fueron a un bar clandestino situado en un sótano que había cerca. Parecía que la ocasión requería una bebida fuerte.

—Qué útil es tener contactos en los bajos fondos —murmuró Dottie al ver que Jane conocía al portero.

Todavía era la hora de comer y el local estaba vacío, salvo por un barman delgado que les sirvió generosas dosis de whisky.

Brindaron en honor a Elinor.

—Tengo curiosidad —dijo Jane—. ¿Qué te hizo pensar que tal vez se había suicidado?

—Hablábamos mucho de ello —explicó Dottie—. Conocía a muchas personas que se habían quitado la vida, y su obra a menudo trata del suicidio. Coincidíamos en que es contagioso, como el sarampión. En cuanto conoces a alguien que lo ha hecho, la posibilidad anida en los recovecos de tu mente.

Jane se estremeció.

—¿Conocías a alguien que se hubiera suicidado antes de intentarlo tú?

—No, pero… —Dudó si contárselo o no a Jane—. No te enfades, pero lo que me hizo empezar a pensar en ello fue una entrevista de Elinor que leí en la prensa. Conseguía que pareciera una buena forma de escapar de unas circunstancias intolerables, justo en una época en la que yo buscaba una vía de escape.

—Fue irresponsable por su parte. Me pregunto a cuántas personas más inspiró para intentarlo, y si alguna de ellas lo consiguió.

Dottie reparó en que Jane tenía una arruga en la frente que antes no estaba ahí. Al mirar con más atención, le vio varias canas en las sienes.

—No se puede responsabilizar a los escritores de la forma en que los lectores reaccionan a lo que han escrito. Si piensas eso, ¿cuántos amores fallidos serían culpa mía? Caray, la creciente tasa de divorcios podría explicarse por entero gracias a mi escritura. —Habló sin pensarlo, y entonces reparó en la expresión de dolor que cruzó por el rostro de Jane—. Ay, mierda, lo siento. Yo y mi lengua sin control.

—No pasa nada.

—Pero Harold y tú no vais a divorciaros, ¿verdad?

Jane bebió un trago.

—No lo hemos hablado.

Dottie la observó; en el fondo estaba convencida de que se

reconciliarían al cabo de poco. Tenían que hacerlo.

—¿Crees que algún día volverás a intentarlo? —preguntó Jane—. Suicidarte, quiero decir.

Dottie lo había hablado largo y tendido con Alvan en sus sesiones.

—No puedo garantizar que no. Durante el resto de mi vida tendré que estar en guardia por si vuelvo a caer en ese lugar oscuro en el que no parece haber salida. Si identifico las señales a tiempo, espero poder cambiar de rumbo. —Dio un hondo suspiro antes de proseguir—: A medida que me hago mayor, me siento más anclada. La seguridad económica ayuda. La amistad ayuda. Pero tengo que ser consciente de que, cada vez que me enamoro, me convierto en una tonta del bote.

—Siempre he querido preguntarte si hay algo que pudiera haber hecho. Dime cómo ser mejor amiga.

A Dottie le conmovió que le dijera eso.

—Mantente en contacto. Si hace un tiempo que no sabes de mí y no te devuelvo las llamadas, preséntate en mi puerta con una botella de whisky. —Sonrió un poco—. ¿Sabes que, desde mi sobredosis, Peggy me saca a comer varios días a la semana y nunca pasa un día sin que me llame por teléfono?

Jane no parecía sorprendida.

—Peggy tiene un don para la amistad. Me alegra saber que te cuida tanto.

—Soy incapaz de imaginar qué he hecho para merecerlo. A veces he soltado comentarios crueles a sus espaldas, pero nunca hablaba en serio. No sé por qué digo esas cosas. Las palabras caen de mi boca como los pepinillos se caen de un sándwich de ternera en salmuera.

—Solo eres Dottie haciendo de Dottie. ¿Te gustaría que también yo te llamara todos los días?

—No, pero deberíamos salir a bailar más a menudo. Podríamos tener una noche fija.

—Me encantaría —repuso Jane—. Ahora mismo no me apetece estar sola en casa. Necesito mantenerme ocupada.

—¿Es así como se supera una ruptura? —preguntó Dottie—. ¿Manteniéndose ocupada?

—Es mi forma de hacerlo. Aprieto los dientes y sigo adelante.

Dottie tomó nota de ello. Le daba reparo volver a enamorarse, por si con ello destruía su recién encontrada estabilidad. Aunque se cruzara en su camino un hombre soltero y decente, seguro que ella daría un amplio rodeo, porque el amor la aterrorizaba. Quizá no sería así siempre. Tal vez algún día podría canalizar parte de la fuerza de Jane y permitirse amar de nuevo.

Todas esas ideas surgieron en un solo instante, mientras estaba sentada a la mesa, frente a su amiga, en ese bar clandestino de un sótano cerca de Washington Square, el día después de la muerte de

Elinor. Fue uno de esos momentos insólitos en los que el mundo parecía lleno de posibilidades y —algo extraño en Dottie— se sentía en paz.

# Capítulo 47

# WINIFRED

EVA INVITÓ A Winifred a ir a París con ella ese verano y le dijo que estaba emocionada por enseñarle sus locales predilectos. Le apetecía sentarse con ella en las terrazas de las cafeterías a beber vino tinto y comer *crêpes suzette;* deseaba ver el famoso espectáculo de Josephine Baker en el Théâtre des Champs-Elysées; quería que pasearan por las Tullerías, donde Édouard Manet había pintado sus icónicos cuadros. El plan parecía divino, pero Winifred no quería comprometerse. Sabía que con su indecisión le hacía daño a Eva y tenía que darle una respuesta pronto.

No había duda de que la amaba. Siempre sonreía al verla entrar en una sala, porque era una garbosa bomba de energía. No había nadie cuya opinión respetara más, o cuya conversación encontrara más inspiradora. No soportaba la idea de herirla, y por eso le resultaba tan importante ser del todo sincera con ella.

Si lo sopesaba racionalmente, las dificultades de su relación parecían insalvables. No quería darse a conocer como lesbiana en público, pero tampoco deseaba llevar una doble vida, así que ¿cómo iba a resolverlo? Vivía con miedo a que alguien del Gremio Teatral descubriera su secreto y la despidieran. Su madre había conocido a Eva y le había caído bien, pero reaccionaría de otro modo si algún día conociera la verdad. Su padre la repudiaría.

Winifred se preguntaba si solo se había enamorado de una mujer porque los hombres la habían tratado fatal a lo largo de los años. Ser considerada una «gran belleza» había sido una maldición. Los hombres no hablaban con ella de la misma forma que, por ejemplo, con Jane o con Peggy. Mientras les daba conversación, se daba cuenta de que le miraban los labios en lugar de escuchar lo que decía. No podían resistirse a tocarla, como si fuera de propiedad pública. Deseaban poseerla sin detenerse a averiguar quién era en realidad.

Tal vez la mayor parte de su desconfianza hacia el sexo opuesto se debía a aquella audición de cuando aún estudiaba y el afamado director la violó. ¿Era ese el motivo de que en la actualidad estuviera con Eva? ¿Era por culpa de él? Creía que había superado su agresión, pero quizá no fuera así; tal vez nunca lo lograra.

A WINIFRED LE horrorizó enterarse de que el Gremio Teatral había invitado al famoso director a su cena anual. Había conseguido evitarlo durante los años transcurridos desde la agresión, y la idea de estar en la misma sala que él le provocaba náuseas. Le habían pedido que dijera unas palabras en la cena, pero no podía ir, no quería ir. Tendría que negarse.

—Eres la directora del recién estrenado programa de formación de actores y mereces un lugar en esa mesa —le dijo Eva—. Si lo rehúyes, dejarás que gane él.

Pero no se trataba de «ganar». Winifred sabía que no podría estrecharle la mano, sonreír y darle la bienvenida al Gremio como si entre ellos no hubiera ocurrido nada. Todo su cuerpo protestaba ante esa idea. Tendría que encontrar la forma de evitar ese apretón de manos. Aun así, quería vomitar solo con imaginarse cerca de él. Y también sentía miedo, como si aún tuviera poder para hacerle daño.

A medida que la cena se acercaba, empezó a soñar con la agresión; los sueños eran tan realistas que incluso recordó el olor de su gomina y sintió su mano apretándole la cabeza contra el escritorio con tal brutalidad que temía que el cuello pudiera partírsele. Recordó las magulladuras en las caderas y, después, el terror mientras contaba los días hasta que le bajó el periodo. Lo que más recordaba, sin embargo, era la vergüenza. Ese hombre la había tratado como a una cualquiera, le había hecho sentir que no valía nada. Tal vez él mismo no recordara que había violado a Winifred Lenihan antes de que fuera famosa, pero ella nunca lo olvidaría.

Fantaseaba con acercarse a él y darle un bofetón con todas sus fuerzas. Pero eso le costaría su nuevo trabajo. Tenía que haber otra forma. Y entonces se le ocurrió…

WINIFRED SE ENGALANÓ para la velada con un vestido de satén azul medianoche que le dejaba toda la espalda al descubierto y se puso un delineador de ojos a juego para acentuar el color de sus iris. Tenía que sentirse absolutamente segura si iba a hacer lo que se había propuesto.

El Gremio había alquilado dos grandes salas en el hotel Biltmore, una para tomar unas copas antes de la cena y otra para la cena en sí. Winifred llegó pronto, se acercó a inspeccionar las tarjetas con el nombre de los comensales que había en cada plato y movió un par de ellas para acomodarlas a su plan. Cuando los invitados empezaron a llegar, arrinconó a uno de los miembros de la junta, un caballero de edad avanzada, y lo tuvo entretenido conversando con él mientras

miraba la puerta con el rabillo del ojo.

El director llegó solo, con un esmoquin elegante y unos dientes tan blancos que le hacían juego con la camisa. Ella sintió que se le encendía el rostro y empezaban a sudarle las manos. El hombre era alto y sonreía mientras saludaba a los demás miembros de la junta, creyéndose el dueño del mundo, rebosando autoridad. Cuando se dirigió hacia donde estaban ellos, Winifred se escondió tras una columna para que no la viera. Todavía no.

Los llamaron para cenar, y los invitados recorrieron la mesa en busca de sus nombres en las tarjetas. Winifred estaba sentada en el extremo contrario que el director, en un lugar desde el que tenía una buena vista del hombre. Vio que levantaba el menú impreso que había en el plato y que en ese momento descubría la copia de «Guía de directores para actrices», tal como la había publicado *The New Yorker,* que ella le había dejado ahí.

La dobló por la mitad enseguida, sin leerla, y Winifred supuso que ya la conocía. Claramente nervioso, el director miró alrededor para ver si alguien más tenía el poema. Winifred no lo había distribuido entre los demás, pero tenía su propia copia bien visible en las manos y entonces fingió leerlo. Él se dio cuenta. Sus ojos se clavaron en el rostro de Winifred y mostraron un instante de reconocimiento seguido de una mirada de horror. Sí que la recordaba. Winifred se alegró de ello.

Mientras cenaban, estuvo charlando con sus vecinos de mesa. Notaba los ojos del director sobre ella, pero se negó a devolverle la mirada.

Cuando retiraron los platos, tres de los directores, Winifred incluida, se dispusieron a dar un pequeño discurso sobre su trabajo. Ella había memorizado el suyo al dedillo y no necesitaba notas.

—Para mí es un honor y un orgullo —empezó— ser la primera directora del curso de formación de actores del Gremio Teatral. Este año tenemos a cuarenta estudiantes, y el objetivo es incrementar ese número hasta unos cien el año próximo.

Hubo un aplauso cortés y Winifred esperó a que terminara antes de hablar de las variadas técnicas que enseñaban, desde la dicción hasta la esgrima, pasando por la técnica escénica y el verso shakespeariano.

—Muchos de nuestros alumnos son todavía adolescentes y es la primera vez que salen de casa para vivir en la ciudad —siguió diciendo—. Yo misma tenía solo diecisiete años cuando empecé mi formación, y recuerdo con claridad lo joven y vulnerable que era. —En ese momento miró al director a los ojos y le dirigió sus siguientes palabras—: Todos sabemos que en nuestra profesión hay gente sin escrúpulos, y las actrices jóvenes pueden ponerse en peligro cuando acuden a una audición. Anhelan conseguir su primer trabajo, desde

luego, pero no saben cómo protegerse del abuso de quienes están en una posición de poder.

Unos cuantos miembros del público notaron que hablaba sin dejar de fijarse en el director, y eso pareció desconcertarlos. Él mantenía la cabeza gacha y evitaba todas las miradas.

—Por eso propongo que el Gremio Teatral contrate a un responsable del bienestar de los alumnos, una persona de confianza a quien puedan recurrir en caso de encontrarse con algún problema al dar los primeros pasos en su carrera. Nuestro deber es ofrecerles protección. Necesitaremos recaudar fondos para ese puesto, y quisiera preguntar si a alguno de los aquí presentes le gustaría hacer una contribución. —Afiló su tono—. ¿Qué me dice usted, señor?

No lo había acusado directamente, pero el mensaje no podía ser más claro.

El hombre tosió.

—Desde luego.

—¿Con cuánto podemos contar por su parte? —preguntó Winifred.

—¿Cuánto sugiere? —dijo él con voz ronca.

—Tal vez podría empezar por donar mil dólares…

Un hondo suspiro de asombro recorrió la mesa. Winifred había pensado pedir cien, pero, al tenerlo delante, la ira reprimida resurgió y estuvo a punto de asfixiarla.

El director accedió. No tenía elección. Ella terminó su discurso y tomó asiento mientras expulsaba el aire despacio entre los labios para controlar su corazón desbocado.

En cuanto los demás discursos acabaron, se escabulló. Ya había hecho lo que tenía que hacer, y no quería tener que estrecharle la mano después, ni darle la sensación de que estaba perdonado. Su perdón no estaba en venta.

DESPUÉS DE LA cena del Gremio, Winifred esperaba sentirse liberada. Se había enfrentado a su agresor y lo había puesto en su sitio. Sin embargo, Eva todavía aguardaba la respuesta a su invitación a París. No era justo tenerla en vilo. Winifred debía tomar una decisión sobre su relación, en un sentido o en otro.

Un domingo al mes iba a su casa, a Brooklyn, para comer con su familia. Nunca sabía a quiénes encontraría allí. Sus hermanos y sus hermanas utilizaban a su madre como niñera gratuita, así que siempre había un montón de niños correteando, y su padre se unía a ellos si no estaba en la cama con resaca. Una tía a quien le tenía mucho cariño también solía ir a menudo, y entre su madre y ella preparaban una comida que podía estirarse para alimentar a un ejército si era

necesario.

«¡Mete unas cuantas patatas más en la olla!», exclamaba su madre cuando llegaban nuevos invitados veinte minutos antes de que se sentaran todos a la mesa.

Después de comer, obligaban a los más jóvenes a lavar los platos, y Winifred le preguntó a su madre si le apetecía dar un paseo hasta el muelle. La mujer pareció sorprendida, pero accedió, se quitó el delantal y se atusó el pelo. Hacía una cálida tarde de primavera, así que no necesitarían los abrigos.

Winifred no había planeado la conversación. Solo quería estar un rato a solas con su madre, pero al llegar al agua se le ocurrió preguntarle algo.

—Cuando papá te pidió que te casaras con él, ¿dijiste que sí enseguida o tardaste un tiempo en decidirte?

Su madre sonrió al oírla y miró con cariño el agua que relucía al sol.

—Estaba tan nervioso, el pobre, que no fui capaz de seguir torturándolo.

—¿No tuviste ninguna duda?

Desde el punto de vista de Winifred, había sido un matrimonio desastroso. Aunque su padre se ganaba bastante bien la vida en los muelles, su debilidad por la bebida había ensombrecido su día a día.

—Hemos tenidos nuestros más y nuestros menos, claro, pero sabía que era el que Dios tenía pensado para mí.

Winifred se estremeció al oír mencionar a Dios. Seguro que Dios no tenía pensado que ella estuviera con una mujer.

—Pero ¿cómo lo supiste? —insistió.

—Vaya, es que haces unas preguntas muy difíciles. Algunas cosas se saben y ya está. —Buscó una piedra plana y la lanzó para que rebotara sobre el agua—. Ni se me ocurrió pensar en rechazarlo, porque no podía soportar la idea de perderlo. Es lo más que puedo acercarme a la verdad.

Winifred imaginó cómo sería perder a Eva: no poder tumbarse entre sus brazos nunca más ni hacer el amor con ella. No creía que pudieran seguir siendo amigas, como Jane y Harold. Había demasiada pasión para que su amistad funcionara. Se enfrentaba a una elección complicada: o todo o nada.

—¿Qué tal está tu amiga Eva? —preguntó su madre.

Winifred dio un respingo.

—Pensaba que a lo mejor la traías hoy.

—No, mamá. Quería pasar un rato contigo. —Rodeó la cintura de su madre con un brazo—. Eva está bien. La verdad es que me ha invitado a ir a París este verano. Tiene familia allí.

—Qué maravilla —dijo su madre—. ¿Irás?

Ella se encogió de hombros.

—Depende.

—Parece una oportunidad de las que no hay que dejar pasar —opinó su madre—. Es una chica encantadora. Me cayó bien enseguida.

—Qué bien. Me alegra que te guste.

Winifred desvió la conversación hacia temas familiares: la próxima boda de una prima, el quinto embarazo de su hermana mayor, la nueva casa de su hermano.

Regresaron a casa, tomaron una taza de té y llegó la hora de que Winifred regresara a Manhattan en metro. Su madre la acompañó a la parada y le dio un fuerte abrazo. Winifred inhaló su familiar aroma de cocina casera mezclado con un toque de polvos de talco de lila.

—Lo único que me importa es que seas feliz —le dijo la mujer—. Espero que lo sepas.

—Gracias, mamá.

Winifred la abrazó también.

—Por eso creo que deberías ir a París con la encantadora Eva. Solo se vive una vez, no lo olvides.

Se quedó helada. ¿Qué le estaba diciendo su madre? ¿Acaso sospechaba algo? ¿Podía haberle llegado la noticia de la columna de Walter Winchell?

—A tu padre no hay que contárselo todo. —Su madre le dio un beso en la mejilla—. Venga, ahí llega tu tren. Vete ya, y envíame una postal de la Torre Eiffel.

Winifred se sentó en el vagón sin dar crédito. No necesitaba el permiso de su madre para amar a Eva, por supuesto, pero sentía que acababa de dárselo, y eso la ayudó a tomar una decisión.

Estaba impaciente por regresar a Manhattan y llamarla para decirle que sí, que irían juntas a París. En cuanto a lo demás, ya lo solucionarían sobre la marcha.

# Capítulo 48

# PEGGY

LA MAÑANA DE su boda, Peggy se despertó temprano y se estiró entre las suaves sábanas de su cama del hotel Astor mientras notaba cómo la felicidad le corría desde los dedos de las manos hasta los de los pies. La luz del sol se filtraba por entre las cortinas de brocado. El vestido de seda color crema que Winifred le había ayudado a elegir colgaba por fuera del armario cerrado, y el aire estaba impregnado del sutil aroma de un ramo de orquídeas raras que Ralph le había enviado la tarde anterior.

Su noviazgo había sido tradicional, aunque más breve que la mayoría. No saltaron directos a la cama, pero, tras aquella primera comida, empezaron a salir a cenar con asiduidad y hablaban por teléfono todos los días. Él le presentó a sus hijos, que eran unos chicos corteses y bien educados, con el fino sentido del humor de su padre. Tres meses después, Ralph la sorprendió una tarde al anunciarle sus intenciones.

—A riesgo de espantarte, quiero que sepas que me he enamorado de ti —dijo—. Seguramente creerás que es demasiado pronto para que te pida matrimonio, y estoy dispuesto a esperar lo que haga falta, pero desearía que me dieras alguna indicación si estoy ladrando al árbol equivocado.

Al recordarlo tuvo que sonreír.

—Me parece que estás en el árbol correcto, así que, por favor, sigue ladrando —respondió ella.

Antes de aceptar el anillo de compromiso con un diamante enorme que le ofreció, Peggy dijo que tenía un par de condiciones.

—¿Te plantearías tener un hijo conmigo, si yo puedo? Siempre he querido ser madre.

Tenía treinta y cuatro años, y él cuarenta y ocho, así que quizá fuera demasiado tarde, pero no podía renunciar a su sueño sin más.

A él se le iluminó la cara.

—No puedo imaginar nada que me hiciera más feliz.

—Además, estaré encantada de renunciar a mi trabajo en Condé Nast, pero no dejaré de escribir, así que tendrás que aceptar a una esposa trabajadora.

—No querría que fuera de ninguna otra forma —repuso él—. Tienes demasiado talento para dejar de escribir.

No hubo bailes a la luz de la luna ni serenatas ni poemas de amor; fue una decisión tomada con mucha reflexión, pero Peggy sentía que todo era como debía ser.

La reacción de Dottie al enterarse de la noticia fue impagable.

—Bueno, Peggy Leech, explícame cómo es que vas a casarte con un millonario que tiene una gigantesca mansión en la Quinta Avenida y un palacio junto al mar en Sands Point, porque yo, para empezar, no consigo entenderlo.

Lo más curioso era que, para Peggy, el dinero no había tenido ninguna importancia.

—Pues porque nos divertimos juntos y me permite seguir siendo yo misma —respondió.

Y era la verdad.

PRONUNCIARON LOS VOTOS en el ayuntamiento y después el Rolls-Royce de Ralph los llevó de vuelta al hotel Astor, donde trescientos invitados los esperaban en el fabuloso jardín de la azotea. Las pérgolas y las arcadas que daban sombra estaban recubiertas de flores, y los camareros se paseaban con bandejas de bebidas y canapés. La cena se sirvió en el restaurante con techo de cristal, que habían decorado con helechos y enredaderas para crear una pared vegetal que ondeaba levemente. Luego hubo baile en una pista al aire libre con la música de la banda de Duke Ellington, a quienes Ralph había contratado para esa noche porque Peggy se los había puesto por las nubes. A sus pies, Nueva York era una alfombra destellante con el plateado río Hudson tiñéndose de rosa en la puesta de sol.

Peggy había oído muchas veces a otras novias diciendo que el día de su boda se les había pasado tan deprisa que casi no habían tenido tiempo de disfrutarlo, y estaba decidida a que no le ocurriera lo mismo. En lugar de eso, tomó nota hasta del último detalle: Ralph, que le secó una lágrima cuando leyeron los votos; los chicos —sus hijastros—, que parecían unos hombres adultos con esos esmóquines; sus tías ancianas, a quienes por descuido les sirvieron ponche con alcohol y no con fruta, y estuvieron parlanchinas y dicharacheras durante toda la velada.

Winifred y Eva salieron a la pista a bailar un foxtrot, ambas tan altas y deslumbrantes que las conversaciones se detuvieron porque los invitados se volvieron para contemplarlas. Llevaban unos vestidos cuyos tonos mora y arándano se complementaban, y parecían dos elegantes flores de tallo largo en un jardín estival.

Peggy buscó con la mirada a las demás chicas del club de *bridge* y descubrió a Jane sentada con Harold a una mesa en un rincón. Tenían

las cabezas muy juntas porque estaban enfrascados en una intensa conversación. Peggy le había pedido a Jane su opinión antes de añadir a Harold a la lista de invitados, y ella enseguida le dijo que lo incluyera, pero a Alec no. «Por favor, a Alec no.» Se fijó en que su amiga había perdido peso últimamente. Aquel día debía de traerle recuerdos difíciles de su propia boda, ocho años atrás, pero, tratándose de Jane, lo afrontaba con una expresión valiente.

Dottie había desaparecido de la pista de baile y Peggy no la veía por ningún lado. Parecía más estable, pero ella sabía que nunca dejaría de preocuparse por su amiga. Ralph bromeaba diciendo que él tenía a dos niños a su cargo y Peggy a una, solo que la de ella era mucho menos obediente.

Reparó en que sus hijastros caminaban con torpeza y supuso que habían estado pidiendo bebidas alcohólicas en la barra. Se acercó a ellos y les dijo que podían irse a su habitación si querían. Ya habían cumplido con su deber del día.

—Gracias…, mamá —dijo Seward, algo inseguro al llamarla así.

Peggy levantó una mano. Los chicos ya tenían una madre.

—Llamadme Peggy, por favor.

—Gracias, Peggy —dijo Ralph Junior—. ¿Podemos llevarnos unos refrescos a la habitación? —Y cruzó una mirada con su hermano.

—Claro que podéis llevaros «refrescos» —repuso ella, sonriendo porque creían que no había descubierto su secreto—. Y también un poco de pastel.

Mientras la novia miraba a los invitados, Ralph apareció a su lado y entrelazó un brazo con el de ella.

—¿Estás tomando notas para tu próxima novela? —preguntó.

—Puede que sí —contestó Peggy antes de volverse para abrazarlo—. Por cierto, ¿has visto a Dottie por alguna parte?

—Pues lo cierto es que sí. Se está besando con Charlie MacArthur en un apartado. ¿Crees que deberíamos intervenir?

—¿Que está qué? —preguntó Peggy levantando la voz.

Aquello era un desastre. ¿Cómo se le ocurría a Dottie, después de todo lo que había sufrido? Y Charlie… Bueno, se le ocurría una variada selección léxica para él. Su mujer se había quedado en casa porque estaba en las últimas semanas de embarazo.

—¿Por dónde?

Ralph señaló y ella echó a correr en esa dirección, aunque paró a recoger a Jane y a Winifred por si necesitaba refuerzos.

Dottie estaba sentada en las rodillas de Charlie en un rincón oscuro, con los ojos cerrados y los labios pegados a los de él. Le rodeaba el cuello con los brazos mientras una mano de él le acariciaba el muslo por debajo del vestido de lamé plateado. Las tres los rodearon y Peggy le dio unos golpecitos a su amiga en el hombro.

—¿Qué narices estás haciendo, Dottie? —inquirió Jane con los brazos en jarras.

Dottie levantó la mirada con todo el pintalabios color frambuesa corrido y se hizo la inocente.

—¡Lo siento! Estaba ocupada aprendiendo de uno de mis errores. ¿Me necesitabais?

Peggy le tiró del brazo y la obligó a levantarse.

—Quiero un momento a solas con las chicas del club de *bridge*. Venid conmigo, las tres.

Sin soltar a Dottie del brazo ni un instante, las condujo a una barandilla desde donde se podía contemplar la silueta de la ciudad. La luna era apenas una hoz que brillaba en el cielo negro, y los edificios, tiznados contornos con intermitentes lucecitas amarillentas que se perdían a lo lejos.

—Quería daros las gracias a las tres por ayudarme a llegar hasta donde estoy hoy —dijo Peggy tras volverse para mirarlas—. ¿Os acordáis del primer día del club de *bridge*, cuando hablamos de nuestras ambiciones? No solo he conseguido ser una autora publicada, también me he casado. —Extendió la mano izquierda para admirar la alianza que le adornaba el dedo—. No podría haber hecho ninguna de esas dos cosas sin que vosotras me animarais.

—Pues claro que sí —repuso Winifred, rodeándola con un brazo—. Pero entiendo lo que quieres decir. Hacerme amiga vuestra, chicas, me ha dado seguridad para seguir una carrera más satisfactoria en el teatro, y no limitarme a salir al escenario para vomitar las palabras de otras personas.

—Harold y yo por lo menos hemos conseguido poner en marcha *The New Yorker* —dijo Jane—. Y eso significa mucho. —Se volvió hacia Dottie—. ¿Cuál era tu ambición? Debería haber sido mantenerte alejada de los Charlies de este mundo.

Dottie arrugó la frente como si intentara recordar algo.

—Creo que era convertirme en un genio. Y me parece recordar que el *Western Kansas World* me describió así en una reseña de *Cuerda suficiente.*

Jane la miró con indulgencia, ladeando la cabeza.

—Besuquearte con Charlie esta noche…, ¿es eso una genialidad? ¿O una estupidez?

Dottie hizo una mueca graciosa, digna de una niña de cinco años.

—Siempre he creído que la diferencia entre la genialidad y la estupidez es que la genialidad tiene límites.

Los primeros compases de la popular canción de Duke Ellington «Creole Love Call» llegaron desde la pista de baile. Dottie se levantó el dobladillo del vestido, Jane empezó a mover los hombros y las cuatro amigas se pusieron a bailar, cada una con su particular estilo.

# Agradecimientos

ESTOY EN DEUDA con Lucia Macro, mi editora en William Morrow, porque me animó a escribir sobre Dorothy Parker. Hacía mucho que Dottie me fascinaba, pero ¿tendría los arrestos de inventar diálogos para la mujer más ingeniosa del mundo? Lucia pensaba que sería capaz, y también me propuso escribir sobre un grupo de amigas, así que la novela resultante es en gran parte hija de su imaginación.

También me ayudó un pequeño grupo de amigos. Anna Sullivan me dio inestimables consejos sobre Winifred desde el punto de vista de una actriz y me ayudó a comprender los mundos diferenciados del teatro, el vodevil y las películas en la década de los veinte. Dave Yorath me ayudó con el humor, así como con consejos sobre las complejidades del *bridge*. Peggy Vance fue una colaboradora extraordinaria al hacer de lectora beta de todo el manuscrito y añadir algunos chistes impagables. Su madre, Claire Nielson, también compartió conmigo sus valiosísimas apreciaciones. Otras lectoras beta fueron las siempre brillantes Karen Sullivan y Lor Bingham, que me hicieron llenar páginas enteras con anotaciones detalladas y me ayudaron a hacer esta novela infinitamente mejor de lo que habría sido sin ellas.

Vaya un enorme agradecimiento para el equipo de genios de William Morrow: Liate Stehlik, Asanté Simons, Amelia Wood, Danielle Bartlett, Sophie Normil, Jennifer Hart y Michelle Meredith, además de Lucia Macro. No podría desear una editorial mejor. Y una mención especial para mi correctora, Kim Lewis, que es la mejor con la que he trabajado jamás…, y esta es mi novela número once.

En Reino Unido, todo mi amor para el enérgico y creativo equipo de Avon: Molly Walker-Sharp, Becci Masell, Eli Staler, Ellie Pilcher, Oli Malcolm y Helen Huthwaite. Siempre, siempre, consiguen sacar un conejo de la chistera.

Mi enorme gratitud a mis agentes de Sheil Land Associates, en especial a Vivien Green, a quien va dedicado este libro. Fue una de las mejores decisiones de mi vida, allá por 1999, acudir a una reunión en el desván donde tenía su despacho, un par de puertas más allá de la antigua casa de Dickens en Londres, y aceptar su oferta para representarme. Gracias también a las maravillosas Gaia Banks, Alba Arnau y Nishta Hurry, que consiguen todas esas fantásticas ventas en el extranjero.

Promocionar novelas en los años del COVID fue más sencillo gracias a los entregados amantes de los libros que realizaron entrevistas *online* y en formato *podcast*. Hacen que parezca fácil, pero sé que se requiere

mucho tiempo, habilidad y esfuerzo, desde concebir las perspicaces preguntas hasta la posterior edición. Muchas gracias a todos los que me invitaron a charlar sobre mi última novela, *The Collector's Daughter:* Jeff Rutherford de *Reading and Writing,* Cindy Burnett de *Thoughts from a Page,* Carolyn Pouncy de New Books Network, Julia Kelly de Ask an Author, Diana y Michele de *Wine, Women and Words,* Erin Branscom de My Level 10 Life, Ashley y Tegan de *Bent Biblios,* Book Chat with Kim the Bookworm y Charlie Place de *The Wormhole.* Un abrazo a mis amigas y autoras Dinah Jefferies, Hazel Gaynor, Jenny Ashcroft y Tracy Rees, que siempre están dispuestas a hacer un Facebook Live. Gracias también a los blogueros y lectores que publicaron reseñas. Su trabajo representa una gran ayuda y les estoy muy agradecida por su tiempo y su esfuerzo.

Mi amor y mi gratitud a mi hermana, que regala ejemplares de mis libros a todos sus amigos, y a mi sobrina, que me está enseñando a usar el *smartphone*. A Lor, que crea unos vídeos y unos *memes* increíbles, y a Hope por sus fotos. A Hasan Demir por dejarme celebrar fiestas de presentación al aire libre en su maravilloso restaurante de North London. A mis amigas de natación por las conversaciones y los consejos sobre hipotermia. A Christina Jansen por mis fotos de autora, y a Lee por arreglarme el ordenador. A Sue por su sempiterna sabiduría, y a Karel por ser una persona tan única y divertida con quien vivir. En último lugar, aunque no por ello menos importante, a mi hermano Gray por su cáustico sentido del humor, aun en los peores momentos. Tengo muchísima suerte de contar con vosotros en mi vida.

# Epílogo histórico: qué sucedió después

EN ALGÚN MOMENTO de 1921 o 1922, Dorothy Parker, Jane Grant, Winifred Lenihan y Peggy Leech empezaron a reunirse una vez a la semana en casa de alguna de ellas para aprender a jugar al *bridge*. Marion Meade menciona al grupo en *Dorothy Parker,* una excelente biografía, y Jane Grant también lo recuerda en sus memorias. Las mujeres se reunieron en el apartamento de Dottie poco después de su primer intento de suicidio, y ella las recibió con unos lazos negros atados a las muñecas. Puede que el grupo de *bridge* no durara mucho tiempo, pero decidí utilizarlo como instrumento para vincular las historias de estas cuatro mujeres extraordinarias en esa década tan memorable.

Lo que más me atraía era que cada una de ellas es fascinante por derecho propio, y todas lograron grandes hitos en sus carreras durante los años veinte pese a que el mundo era todavía muy masculino… y a que todas consumían grandes cantidades de alcohol casero, que venía a ser etanol puro.

De las cuatro, Dottie es la más conocida con diferencia. Disponemos de abundante información sobre ella, así que lo difícil fue decidir qué partes seleccionar para construir la trama. Sus admiradores se preguntarán por qué no he incluido a Bob Sherwood, a su hermana Helen, a su amante casado Deems Taylor o el viaje a Europa con Seward; seguramente les habría gustado leer algo más sobre las obras que publicó en esos años. Detectarán en qué puntos he desplazado hechos para que encajaran en mi cronología, así como todo el material que he inventado. Los hechos principales de su vida son ciertos, pero los diálogos y los pensamientos los he imaginado yo —al margen de alguna que otra frase original que he tenido el descaro de parafrasear—, y todas las escenas son ficticias. Para suponer cuáles fueron las raíces de la angustia que culminó en sus dos intentos de suicidio en esa década, me he guiado por las pistas de sus relatos y poemas, pero nadie puede saber con seguridad qué le pasaba por la cabeza, evidentemente.

Jane Grant escribió unas memorias de los años en que Harold y ella estuvieron tratando de sacar adelante *The New Yorker,* pero son unos textos muy objetivos y poco emocionales, incluso cuando habla sobre su ruptura matrimonial, que debió de destrozarla. En ellas no existe ninguna acritud hacia Alec, aunque es evidente que fue un punto de ruptura en su vida. Jane tampoco se queja del sexismo de sus compañeros periodistas ni de su detención por infringir la Ley Seca, a pesar de que eran sobre todo los hombres quienes bebían alcohol en el

412. Incluso minimiza las pérdidas de juego de Harold diciendo: «Sabía que no era momento para recriminarle nada». Sus memorias se publicaron en 1968, muchos años después de los hechos, y para entonces podemos suponer que el impacto emocional ya se había atenuado. Tengo la impresión de que Jane era una mujer dura, que no se andaba con tonterías y se arremangaba cuando hacía falta, de modo que así es como la he retratado.

Mi conocimiento del personaje de Peggy Leech procede en gran medida de las tres novelas que escribió, en las que se perciben su aguda inteligencia y perspicaz visión de la naturaleza humana. Analiza lo difícil de las relaciones entre ambos sexos en una época en que muchas mujeres anhelaban ser más que «mujercitas de las afueras», mientras que los hombres pretendían tenerlas a buen recaudo en casa mientras ellos disfrutaban una vida independiente. Gracias a las memorias de otras personas sé que Peggy salió con Alvan Barach durante un tiempo, pero que rompieran porque él era judío y era improbable que se casara con ella es una suposición mía. Peggy pudo conocer a Ralph Pulitzer mucho antes de que iniciaran una relación romántica, porque él era una figura periférica de la Mesa Redonda, pero decidí hacerlo aparecer más hacia el final de la novela, justo cuando ella está a punto de perder toda esperanza de conocer a un hombre decente.

Tengo muy pocos datos sobre Winifred Lenihan, más allá de lo que dice su página de la Wikipedia y las reseñas de producciones en las que apareció. Por su apellido imagino que su familia era irlandesa. La pregunta que me propuse responder fue por qué, después de conseguir tan enorme éxito con *Santa Juana,* decidió abandonar la interpretación y dedicarse a la enseñanza y la dirección. Tal vez deseaba tener más control sobre su carrera. Es cierto que resultó elegida una de las mujeres más bellas del mundo por los lectores de la revista *McCall's,* así que estoy convencida de que a menudo se vería perseguida por depredadores similares a Rothstein y el director teatral sin nombre. La he emparejado con una mujer como amante porque entre los habituales del Gonk había muchas actrices lesbianas y parecía encajar en la trama, pero es probable que no fuera homosexual, ya que se casó a la edad de treinta y cinco años (ver página 9 de este apartado).

Disfruto mucho escribiendo esta clase de ficción biográfica en la que doy voz a mujeres interesantes cuyas figuras siento que no han quedado representadas como merecen en los libros de Historia, o bien no aparecen en ellos en absoluto. En general resulta más sencillo cuanto menos se sabe de un personaje, porque entonces tengo más margen de maniobra para adaptar su historia al esquema de la trama. De hecho, las piezas de *Las chicas de Manhattan* encajaron fácilmente en cuanto me formé una opinión sobre cada una de las cuatro

protagonistas y sentí que podía intuir lo que habrían hecho en esas circunstancias.

Se trata de una novela, no de cuatro biografías entrelazadas, pero espero que haga justicia a los desafíos que afrontaron las protagonistas, mujeres que deseaban una carrera satisfactoria y una relación amorosa de respeto mutuo durante los años veinte, todo ello con el malogrado experimento de la Ley Seca como telón de fondo. Me ha encantado escribir este libro y solo desearía poder retroceder en el tiempo para conocerlas y tomarme con ellas un combinado, o tres, mientras saboreamos los canapés de Peggy y escuchamos los cotilleos de la última y desafortunada aventura romántica de Dottie.

**Qué sucedió después**

**Jane Grant** y Harold Ross se divorciaron en 1929, para desconcierto de sus amigos, que estaban convencidos de que se reconciliarían. Ella volvió a casarse en 1939 con William B. Harris, director de la revista *Fortune,* pero continuó involucrada en la dirección de *The New Yorker* y preparó una versión para el otro lado del Atlántico dirigida a las Fuerzas Armadas durante la Segunda Guerra Mundial. En 1924 fue miembro fundador del New York Newspaper Women's Club, y escribió para diversas revistas y diarios a lo largo de toda su carrera. En 1968 publicó unas memorias tituladas *Ross, The New Yorker and Me,* sobre su primer matrimonio y la lucha por sacar adelante la revista en los años veinte. En la década de 1950, su segundo marido y ella se trasladaron a una granja de Connecticut, donde dirigieron un exitoso negocio de venta por correo para jardineros domésticos.

**Dorothy Parker** se trasladó a Hollywood y empezó una carrera como guionista en los años treinta, gracias a la que fue nominada a Premios de la Academia por *Ha nacido una estrella* (1937) y *Una mujer destruida* (1947). Poco a poco se fue involucrando más en causas políticas de izquierdas, lo que provocó que acabara en las listas negras de la era McCarthy. En 1933 se casó con Alan Campbell, un actor bisexual con quien trabajó en varias películas. Se divorciaron en 1947, volvieron a intentarlo en 1950 y se separaron de nuevo en 1952, en parte por culpa del alcoholismo de ella. Siguieron casados y continuaron trabajando juntos hasta 1963, cuando él murió a causa de una sobredosis. Dottie se trasladó a un hotel residencial de Nueva York y vivió allí hasta la edad de setenta y tres años, todavía escribiendo y participando de vez en cuando en programas de radio. Al morir, le dejó su patrimonio a Martin Luther King Jr.

**Winifred Lenihan** no abandonó por completo la interpretación, pero después de *Santa Juana* se centró más en la enseñanza y la dirección. En la década de 1930 dirigió una serie de *sketches* radiofónicos del

escritor y dramaturgo Booth Tarkington, patrocinados por The Great Atlantic and Great Pacific Tea Company. Consideraba que los actores no debían quedarse quietos ante el micrófono, sino que los animaba a desplazarse y conseguía que su interpretación fuese más naturalista; una técnica que sigue empleándose en nuestros días. Mientras trabajaba en esas piezas radiofónicas se enamoró de Frank Walker Wheeler, vicepresidente de la Tea Company, divorciado y con tres hijos. Se casaron en 1934, pero solo disfrutaron de siete años juntos antes de la muerte prematura de él. Winifred no volvió a casarse, pero siguió trabajando. Realizó una única aparición en pantalla en 1949, en una película llamada *Jigsaw,* y perteneció muchos años al consejo de la Actors' Equity Association. Su encontronazo con Arnold Rothstein, su relación con Eva Le Gallienne y su bisexualidad han sido invención mía.

**Margaret (Peggy) Leech** se casó con Ralph Pulitzer en 1928, el mismo año en que se publicó su tercera novela, *The Feathered Nest,* y un año después de que coescribiera una biografía de Frank Comstock con Heywood Broun. Decidió que prefería dedicarse a la historia en lugar de a la ficción, y en 1942 fue la primera mujer en ganar el Premio Pulitzer de Historia por su libro *Reveille in Washington,* sobre Rose Greenhow, famosa espía de la Guerra de Secesión estadounidense. En 1960 ganó otro Pulitzer por *In the Days of McKinley*. Al casarse se convirtió en madrastra de los dos hijos que Ralph tenía de su anterior matrimonio, y Ralph y ella tuvieron dos hijas, aunque por desgracia la mayor murió de poliomielitis antes de cumplir un año de edad. A Peggy la sobrevivieron dos nietos, Kate y Nathaniel Freedberg.

**Otros habituales del Algonquin Alec Woollcott** escribió una columna para *The New Yorker* desde 1929 hasta 1934. También fue autor de obras teatrales, guiones de cine y libros. Nunca se casó, y murió en 1943, a los cincuenta y seis años, después de escribir a sus compañeros de un programa de radio en directo una nota que decía: «Estoy harto».

**Harold Ross** continuó siendo director de *The New Yorker* hasta su muerte, en 1951. Se casó dos veces más después de Jane, pero ambos matrimonios fracasaron a causa de su obsesión con el trabajo.

**Bob Benchley** se convirtió en colaborador habitual de *The New Yorker,* además de ser guionista y actor, y apareció en la película *Enviado especial,* de Alfred Hitchcock, en 1940. Había sido abstemio al principio de la Ley Seca, pero, en cuanto empezó a beber, le cogió demasiado gusto al alcohol y murió de cirrosis hepática en 1945.

**Edna Ferber** escribió trece novelas, entre ellas *Showboat,* que se

convirtió en un musical de éxito en Broadway; *Cimarrón,* cuya adaptación cinematográfica ganó un Oscar a la Mejor Película, y *Gigante,* protagonizada en la gran pantalla por James Dean. También escribió ocho obras teatrales y varias colecciones de relatos, además de dos autobiografías. Nunca se le conoció ninguna relación romántica.

**Charlie MacArthur** escribió diversos guiones y obras que tuvieron éxito, y ganó un Oscar por *The Scoundrel* en 1936. Siguió casado con Helen Hayes hasta su muerte, en 1956.

**Helen Hayes** fue una actriz de gran éxito que ganó un Emmy, un Grammy, un Oscar y un Tony en una carrera que se extendió a lo largo de ochenta años. También fue una importante filántropa y financió un centro de rehabilitación que llevó su nombre, además de varias asociaciones benéficas para actores.

**Frank Case** compró el Algonquin por un millón de dólares en 1927 y continuó siendo el propietario y el director hasta su muerte, en 1946. Escribió varios libros sobre sus experiencias con los habituales de la Mesa Redonda.

**Contrabandistas**

**Arnold Rothstein** murió de un balazo en noviembre de 1928 a cuenta de una deuda de juego. Su imperio criminal quedó dividido entre sus antiguos socios.

**Legs Diamond** sobrevivió a varios intentos de asesinato antes de que consiguieran acabar con él mientras estaba en la cama en una pensión de Albany, Nueva York, en 1931. Hubo muchos sospechosos, pero nunca se identificó al asesino.

**Larry Fay** murió a causa de una herida de bala en una fiesta de Fin de Año, donde le disparó el portero de un club nocturno del cual era copropietario.

**Extras**

**Edwin «Eddie» Pond Parker** murió en 1933, posiblemente a causa de una sobredosis de opiáceos después de una intervención dental.

**Neysa McMein** continuó siendo una popular ilustradora de revistas hasta finales de la década de 1930, cuando se impuso la fotografía a color. Su matrimonio con Jack Baragwanath duró hasta su muerte, aunque ambos tuvieron diversas aventuras.

**Jack Baragwanath** escribió una autobiografía en 1962 titulada *A Good Time Was Has.* Todos los veranos, en la casa de Sands Point que compartía con Neysa McMein, celebraba algo que llamaba «Semana de la Libertad», durante la cual sus amigos varones y él recibían a grupos

de mujeres mientras su esposa se ausentaba.
**Tony Soma** prosperó con el final de la Ley Seca y abrió un restaurante legal llamado Tony's Wife, además de un popular cabaré.
**Hawley Truax** se convirtió en el presidente de *The New Yorker,* y también fue conocido como poeta y filósofo, además de por ser un caballero de modales impecables.
**Carr Van Anda** fue director editorial de *The New York Times* desde 1904 hasta 1932 y consiguió muchas primicias importantes, como el hundimiento del *Titanic* o el descubrimiento de la tumba de Tutankamón. Fue «periodista de periodistas» y ayudó a muchos a labrarse una carrera, entre ellos Jane Grant.
**Herbert Swope,** director del *New York World,* tuvo una casa alquilada en Manhasset Bay desde 1919, pero no compró su mansión de Land's End hasta 1928, de manera que la suposición de que la casa de Daisy Buchanan en *El gran Gatsby* está inspirada en la suya es falsa (la novela se publicó en 1925). He manipulado un poco la cronología para que Dottie y Eddie lo visitaran en 1923.
**Alvan Barach** realizó varios descubrimientos de peso en el tratamiento de enfermedades pulmonares, como el enfisema y la neumonía. Era defensor del ejercicio físico y, algo más controvertido, afirmaba que fumar sin tragarse el humo no perjudicaba la salud. Practicó el psicoanálisis como actividad suplementaria.
**Elinor Wylie** fue tan conocida por los escándalos de su vida privada como por su poesía. En sus últimos ocho años publicó cuatro antologías poéticas y cuatro novelas.
**Eva Le Gallienne** dirigió la Civic Repertory Theatre Company desde 1926 hasta 1936, y produjo treinta y siete obras en el Fourteenth Street Theatre de Nueva York. Tuvo relaciones con varias lesbianas destacadas del momento, entre ellas Tallulah Bankhead y Mercedes de Acosta.
**Raoul Fleischmann** invirtió más de setecientos mil dólares en *The New Yorker* antes de que empezara a dar beneficios, y más adelante reconoció que nunca creyó que fueran a lograrlo. Puede que su relación con Harold Ross fuera voluble, pero continuó siendo dueño de la revista hasta su muerte, en 1969.
**Tommy Smith** se convirtió en el editor jefe de Boni & Liveright en 1919 y dirigió su línea editorial a lo largo de las siguientes décadas. La empresa cayó en la bancarrota en 1933, pero Tommy siguió adelante con la compañía que surgió después, Liveright Publishing Corporation.
**Seward Collins** invirtió el dinero de su familia en abrir la librería American Review Bookshop y publicar dos revistas literarias, *The Bookman* y *The American Review.* Se casó con una mujer que era vidente y médium, y durante los años treinta estuvo muy interesado

en ese mundo.

**Ralph Pulitzer** fue el dueño del *New York World* hasta 1931 y vicepresidente de Pulitzer Publishing Company después. Murió en 1939, durante una operación abdominal. Le sobrevivieron su viuda, Peggy Leech; sus hijos, Ralph y Seward, y su hija, Susan. Peggy continuó viviendo en su hogar de la Quinta Avenida durante el resto de su vida.

# Sigue leyendo: más material de lectura (y audiovisual)

**Sobre las mujeres en los años veinte**: Marion Meade, *Bobbed Hair and Bathtub Gin: Writers Running Wild in the Twenties*, 2004

**Sobre Dottie:** Wyatt Cooper, «Whatever You Think Dorothy Parker Was Like, She Wasn't», artículo en *Esquire*, 1 de julio de 1968

Kevin C. Fitzpatrick, *A Journey into Dorothy Parker's New York*, 2005

John Keats, *You Might as Well Live: The Life and Times of Dorothy Parker*, 1970

Marion Meade, *What Fresh Hell Is This?*, 1987; edición en español con traducción de Beatriz López Buisán: *Dorothy Parker,* 2000 (en mi opinión, la mejor biografía) Marion Meade, editora, *The Portable Dorothy Parker*, publicado por primera vez en 1944, pero yo he utilizado la edición revisada y ampliada de 2006

The Dorothy Parker Society ofrece mucha información en línea en dorothyparker.com y también organiza visitas guiadas a pie por la ciudad de Nueva York

**Sobre Jane:** Jane Grant, *Ross, The New Yorker and Me*, 1968

**Sobre Peggy:** Margaret Leech, *The Back of the Book*, 1925

— *Tin Wedding,* 1926

— *The Feathered Nest*, 1928

**Sobre Winifred:** *Jigsaw*, la película de cine negro de 1949 en la que tiene un pequeño papel está disponible en YouTube.

**Sobre Neysa:** Brian Gallagher, *Anything Goes*, 1987

**Sobre Edna:** Julie Gilbert, *Ferber: Edna Ferber and Her Circle*, 1978

**Sobre Elinor:** Evelyn Helmick Hively, *A Private Madness: The Genius of*

*Elinor Wylie*, 2003

**Sobre la Ley Seca:** Michael A. Lerner, *Dry Manhattan*, 2007
Ken Burns y Lynn Novick, *Prohibition*, serie documental de PBS, 2011

**Sobre la mesa redonda del Algonquin:** James R. Gaines, *Wit's End: Days and Nights of the Algonquin Round Table*, 1977
Aviva Slesin (directora), *The Ten-Year Lunch*, documental de PBS, 1987
Alan Rudolph (director), *La señora Parker y el círculo vicioso*, 1994 (no soy muy fan de esta película, protagonizada por Jennifer Jason Leigh en el papel de Dottie, pero vale la pena verla)
**Sobre el Broadway de los años veinte:** Moss Hart, *Act One*, 1959
Gilbert Maxwell, *Helen Morgan, Her Life and Legend*, 1974

# Notas

[1] Las profesiones y los estados civiles corresponden a 1921, año en el que empieza la novela.

[2] Titulada originalmente *Enough Rope* (Boni & Liveright, Nueva York, 1926).

[3] Titulada originalmente *Sunset Gun* (Boni & Liveright, Nueva York, 1928).

MAEVA

Título original: *Manhattan girls* © Grapevine Publishing, Ltd., 2022
© de la traducción: Laura Manero Jiménez, 2023

© MAEVA EDICIONES, 2023
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

Diseño e imagen de cubierta: Opalworks BCN sobre imagen de © Mark Owen / Trevillion Images

MAEVA defiende el *copyright* ©.
El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.
Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 9788419638403

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

# Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
**www.maeva.es**

Maeva Ediciones en las redes sociales